



Extracto del libro Luz o Tinieblas

Edición especial
revisada y actualizada
por Lolo Morales

5 de Julio de 2010

Historia de los papas de Roma: **La simiente del Falso Profeta**



La simiente del Falso Profeta | Primera Parte



Índice del Tema

- Introducción
- Antecedentes: La Roma cristiana del primer siglo
- Pedro no fue obispo de Roma
- Habemus papam
- El engaño constantiniano
- Seguimos con la historia...
- El Concilio de Nicea
- Sobre la tiara y la mitra

Introducción

Curiosamente, la historia de los papas romanos jamás se ha impartido en las aulas escolares a lo largo de los siglos, ¿por qué? Lejos de eso, se ha ido ocultando a la vista de las gentes, hasta constituir un misterio, un misterio que es preciso investigar con empeño si es que se pretende realmente saber acerca de la vida de esos señores que han dicho y dicen de sí mismos ser los vicarios de Cristo en la tierra.

Por lo tanto, no nos conformaremos con dar una serie de datos anecdóticos sobre la cuestión. Viendo la gran importancia que debería tener para el fiel al culto de Roma, en cuanto a conocer en qué basa su esperanza, será menester conocer el fundamento de la misma analizando meticulosamente la actuación (o mejor llamarle a esto el *fruto*) de esos que también se llaman así mismos sucesores de Pedro.

A lo largo de toda esta larga exposición de varios capítulos, demostraremos la absoluta incongruencia de la atribuida *infabilidad*, y la llamada “*sucesión apostólica*” (que jamás se produjo).

Antecedentes: La Roma cristiana del primer siglo



La ciudad de Roma en la época apostólica era muy pequeña en relación con la gran urbe de hoy en día, quizás no estuviera poblada por más de 250.000 almas. Las ciudades del Imperio Romano eran muy

pequeñas en comparación a las de ahora. En ese tiempo vivía mucha menos gente que hoy en día, como todo el mundo sabe. Esta es la razón por la cual, cuando en la época de los apóstoles, la gente se convertía a Cristo en una ciudad, el apóstol Pablo, o alguno de sus colaboradores, como por ejemplo Tito, ordenaba a un **obispo**, llamado también, **presbítero** (Ti. 1: 5).

Este **obispo** en realidad era un **pastor o anciano**, el cual se rodeaba de otros ancianos o presbíteros, nombrados también por el apóstol o sus ayudantes (Hchs. 14: 23; Tito 1: 5) y constituían **el gobierno de esa iglesia local** que se acababa de levantar en esa ciudad.

No obstante en cuanto a Roma, cuando Pablo escribe su Epístola a los Romanos, es decir, a los cristianos de la capital del Imperio, y eso fue hacia el año 55 d.C., no existía, en realidad en ese tiempo una iglesia constituida como tal, sino un **grupito de creyentes que se reunían por las casas**. En la misma epístola en cuestión, Pablo lo resalta cuando les envía su salutación. En ella, no se dirige a la iglesia de Roma, sino que se dirige “a todos los que estáis en Roma...” (Romanos 1: 7).

Así que, hacia algo más de la mitad del primer siglo de nuestra era, ni siquiera había en Roma una iglesia organizada, sino **grupitos de creyentes diseminados**. Es difícil entonces imaginar la figura de un *obispo* en esas circunstancias. Precisamente, Pablo les escribe explicándoles la intención que tenía de ir a verlos para congregarlos y darles a conocer más sobre el Evangelio en el cual habían creído (ver Romanos 1: 9-13).

Tendrían que pasar algunos años hasta que se formara una iglesia como tal en Roma de todos esos grupos de creyentes dispersos. Cuando Pablo escribió su Segunda Epístola a Timoteo entre los años 65 al 68 d. C, leemos en 4: 21 de ciertos cristianos destacados de Roma: Eubulo, Pudente, Lino y Claudia. Evidentemente, en ese tiempo la iglesia cristiana en Roma estaba en marcha. Eusebio de Cesarea en su obra “*Historia Eclesiástica*”, nos dice que Lino fue el primer obispo de Roma. Entendiendo que eso fue así, esto no hace de Lino el segundo papa, así como Pedro tampoco fue el primero. Sencillamente Lino fue el primer *anciano* de la iglesia que se encontraba en la ciudad de Roma. Lino tenía tanta responsabilidad

pastoral como cualquier otro pastor de cualquier iglesia cristiana evangélica actual que ande en el temor de Dios.

Pedro no fue obispo de Roma

No existe ningún documento contemporáneo a Pedro que diga que este fuera obispo de Roma, ni menos aún, papa, sencillamente, porque eso no ocurrió. Ireneo, obispo de Lyon (178-200), escribió hacia el año 180, una obra para refutar el *gnosticismo*. En ella incluyó la lista más antigua de los obispos romanos que se conserva. En total eran los doce primeros hasta su tiempo. El nombre de Pedro no aparece.

El primero de ellos es Lino, y lo califica de sucesor de los “*apóstoles fundadores*” en plural, y no existe ninguna mención del apóstol Pedro en particular al respecto. Lo que escribe Ireneo es lo siguiente:

“Los bienaventurados apóstoles fundadores, transmitieron a Lino el ministerio episcopal -sigue Ireneo- a ese Lino lo menciona Pablo en las cartas a Timoteo. Le siguió Anacleto. Y tras éste, en el puesto tercero después de los apóstoles, obtiene el ministerio episcopal Clemente, que también vio personalmente a los bienaventurados apóstoles, y frecuentó su trato. Como bajo él estallase una revuelta no pequeña entre los hermanos de Corinto, la iglesia envió un escrito a los corintios”.

Nótese que en este párrafo de un hombre de fe del siglo III se dicen cosas interesantes: Primero, no fue un apóstol, llámesele Pedro quien transmite por sucesión el presbiterio a Lino, sino el conjunto de los “*apóstoles fundadores*”. Segundo, en cuanto a Lino, a Anacleto, e incluso a Clemente, todos ellos, tuvieron trato por igual con los “*apóstoles bienaventurados*”, es decir, no había mención alguna de alguien en especial exaltado. Tercero, cuando menciona la revuelta en Corinto, a los de Corinto no les llama *fieles*, sino *hermanos*, es decir, los pone a la misma altura que a Clemente y también a sí mismo. Cuarto, y no por ello menos importante, no dice que es Clemente como obispo de Roma que escribe a los *hermanos* de Corinto, sino: “*la iglesia envió un escrito a los corintios*”, es decir, la iglesia que estaba en Roma, escribe a la iglesia que estaba en Corinto; es decir, un trato de igual a igual.

Volviendo a Pedro, Eusebio de Cesarea, el autor de la "*Historia Eclesiástica*", nunca le menciona como obispo de Roma. No podía hacerlo, porque Pedro nunca lo fue. Como costumbre más o menos generalizada, antes del siglo V, a los obispos de todas las ciudades, queridos y apreciados por el pueblo cristiano, se les llamaba "*papas*", como un apelativo cariñoso, no como un título jerárquico como se entiende hoy en día, y menos todavía como *vicarios* de Cristo. Esto último ni se les había pasado por la cabeza a aquellos hombres.

Habemus papam

No obstante, a partir del emperador Constantino (s. IV), la cosa se torció, y empezó a notarse cada vez más la diferencia entre dos clases sociales: El *clero* y el *laicado*. Ni una cosa ni otra enseñó el Señor Jesús, ni sus apóstoles (ver 1 Pedro 2: 4-10). Con el tiempo, el apelativo de "*papa*" se transformó en un *título*, y fue dado al que era políticamente el obispo más importante del Imperio, el obispo de la ciudad de Roma, a la sazón, Siricio, a finales del siglo IV. Esto sencillamente obedecía a que Roma era la capital del Imperio. Esa designación fue acordada en el Concilio de Toledo de ese año, aunque de momento no suponía una *exclusividad*, ésta llegó mucho más tarde, en el año 1073, por la imposición de Gregorio VII. No obstante, dicho papa, en ese año, prohíbe por decreto que se llame "Papa" a otro que no sea a él mismo.

Así que encontramos que no es hasta la Edad Media cuando por fin se entiende por papa al papa de Roma de forma exclusiva, y por resuelta imposición de un mismo papa romano. Escribe Antón Casariego de forma muy acertada:

"En los tiempos del cristianismo se seguía el principio... heredado de la tradición hebrea apostólica. Luego... se abandonó este principio y comienza a instituirse la separación entre laicos y sacerdotes (teoría de la consagración). Este grupo se divide a su vez en categorías, y se va afianzando el poder de los obispos, que pasan a ser cabeza de una determinada comunidad o iglesia, como sucesores de los apóstoles, de modo que a aquella dirección... (anterior), le sucede un episcopado monárquico influido por el romanismo. La jerarquía se va convirtiendo en la depositaria de la doctrina de la salvación, y los creyentes ven reducido su papel al de fieles. Por otro lado, durante los tres primeros

siglos, la Iglesia funcionaba como una federación de iglesias locales unidas por una fe común, pero libres y relativamente autónomas en su ámbito”.

Esto último, así fue, en efecto, hasta el tiempo del emperador Constantino.



“Busto del emperador Constantino”

El engaño constantiniano

Cuando Constantino el emperador romano, en el siglo IV se “convirtió” al cristianismo, decidió hacer de éste ***la religión oficial del Imperio***. Antes de estas cosas, los cristianos vivían la mayor parte del tiempo bajo persecución, muchas veces atroz. Nerón, Calígula, Decio, Domiciano, sólo por nombrar algunos, fueron emperadores bajo cuyo mandato, los cristianos sufrieron persecuciones indecibles durante los tres primeros siglos.

Mientras tanto, la fe de aquellos hombres y mujeres, tan auténtica, se fortalecía cada día dadas las circunstancias tan extremadamente adversas. Desde que Constantino, no sólo da libertad de culto a los cristianos, sino que declara el culto cristiano como *oficial*, todo empezó a *relajarse*.

Al principio todos aquellos creyentes, del primero al último estaban pletóricos de gozo ¡no era para menos, el mismísimo emperador romano se convertía y reconocía públicamente su fe ante todo el Imperio! Los *pastores* que antes vivían perseguidos, ahora eran considerados héroes. Llenos de honores, lujo y, por qué no decirlo, de mundanalidad, fueron acomodándose y relajándose. En su generalidad, la Iglesia empezó a dejar de ser *sal y luz*.

Por otra parte, como el cristianismo era *obligado*, las gentes paganas debían hacer profesión de su nueva *fe* sin estar convertidas de veras. Unos años más tarde, la Iglesia visible ya no era cristiana en su mayoría, y poco a poco *surgía* la iglesia de Roma, ni tan siquiera *caricatura* de la Iglesia de Cristo.

Los líderes cristianos de la era de Constantino cometieron un muy grave error. Cayeron en la trampa de permitir que el cristianismo viniera a ser una “religión”, y además, la oficial del Imperio, colaborando activamente con todo ello. En el momento en que algo es *obligado*, ya deja de ser genuino. Tiene que haber libertad de culto para que exista libertad de conciencia. Al acabar Constantino con la libertad de culto, acabó con la libertad de conciencia, y la iglesia visible se pervirtió.

A partir de Constantino, el error entraba a bocajarro en la iglesia visible. El obispo de Roma era escogido por el Emperador a su antojo. Este obispo de Roma, aún en esa época, no era considerado el “papa” o “Sumo Pontífice”, esto vendría mucho después. Sin embargo, ya en el siglo III, CALIXTO I (217-222), obispo de Roma, es considerado el pensador de la *idea* del papado, pues es el primero en sostener la primacía del obispo romano, aunque no se le hizo mucho caso.

Ahora bien, este fue en un principio un caso aislado, y también es menester echar un vistazo a la vida de ese obispo: De vida *agitada*, defendía la tesis de que un obispo, aunque incurriera en pecado grave, no podía ser depuesto. No obstante s. Cipriano opinaba todo lo

contrario, añadiendo el hecho de que creía en la *igualdad* jurídica de todos los obispos, fueran de donde fueran. Aquí podemos apreciar que los padres de la Iglesia (y no sólo s. Cipriano), consideraban que era imposible que un obispo de Roma, o de cualquier otro lugar pudiera desempeñar su cargo si su vida no era correcta delante de Dios, como es natural.

Seguimos con la historia...

PONCIANO (230-235) y FABIANO o FABIÁN (236-250), los dos obispos de Roma, se consideraban simples presbíteros como cualquier otro de cualquier otro lugar, y nada más. Eso sí, en sus días sufrían el acoso de los emperadores romanos, Maximino Tracio y Decio, respectivamente. Aquellos eran hombres que no buscaban honores ni distinción alguna, sino que, como buenos pastores de la grey, servían de la mejor manera que sabían a los hermanos. No obstante, poco a poco, el *ego* empezó a florecer en los obispos de la capital del mundo. Pronto empezaron las peleas carnales, típicas de comportamientos pre-apostáticos. El gran problema, entre otros, eran las actitudes autoritarias de unos y de otros, ausentes del pensamiento y voluntad del Maestro.

Después de Fabián, fue nombrado **CORNELIO (251-253)**. Al mismo tiempo, se eligió a NOVACIANO, por una minoría. Este era un gran teólogo que se opuso a la praxis penitencial de Cornelio. Novaciano acusó a Cornelio de una serie de cosas. Le acusó de *laxo*, de mantener relaciones con obispos idólatras, de evitar la persecución (cosa que se veía muy grave en ese tiempo), etc. Cornelio rechazó las inculpaciones de Novaciano, y una vez afirmado en su cargo, le expulsó de la Iglesia. Con que ganó Cornelio sobre Novaciano, este último es considerado *antipapa* por Roma, siendo Cornelio, en realidad, no un “papa”, sino sólo un obispo de Roma de turbia reputación.

ESTEBAN I (254-257), tuvo una importante controversia con s. Cipriano, obispo de Cartago (África). A causa de la terrible persecución de aquellos días, muchos se volvían atrás, pero luego, volvían arrepentidos. La comunidad cartaginesa rebautizaba a aquellos que volvían así; no obstante, Esteban, no estaba de acuerdo con eso amparándose (y eso es importante) por primera vez en el que

sería principio de actuación dogmática en Roma, de que *“nada debe innovarse, que no haya sido transmitido por la tradición”*. Este *“principio”* es el que los papas han ido declarando una y otra vez, aunque, como es sabido, para apoyarse siempre en su propia tradición a modo de la “pescadilla que se muerde la cola”, o, “que fue primero, el huevo o la gallina”. Pero, fijémonos en esto: s. Cipriano, obispo de Cartago no aceptaba órdenes de otro obispo, ni siquiera del de Roma, y hasta la muerte de Esteban, se mantuvo el *cisma* entre Roma y Cartago.

A la sazón, s. Agustín de Hipona estaba mediando en toda esta disputa entre las dos iglesias. Se le atribuye a éste la frase: *“Roma ha hablado, la discusión ha concluido”*, y con ella, Roma, siglos más tarde, pretendió defender la *infabilidad* papal y el dogma de que la salvación se obtiene sólo a través de ella, argumentando a su favor utilizando esa frase agustiniana como una espada.

Sin embargo, en el contexto donde está ubicada esa frase, Agustín quería decir algo muy diferente. Escribe Von Dollinger:

“A Agustín le parecía más que suficiente, y por tanto podía considerarse que el asunto tocaba a su fin. Un juicio romano en sí mismo no era concluyente...” (J.H. Ignaz von Dollinger, *The Pope and the Council* (Londres, 1869), p. 58).

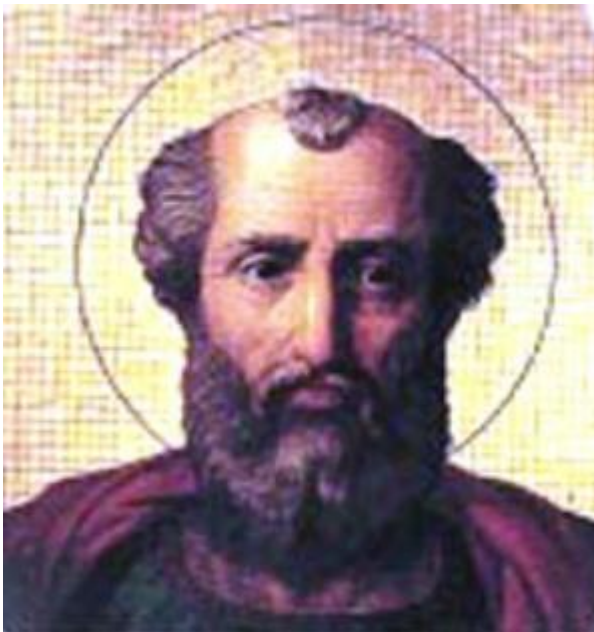


“Ignaz Von Dollinger”

En otras palabras, Agustín usó de esa frase de modo irónico viniendo a decir que ya estaba bien de tanto “tira y afloja” por parte del obispo romano. En ninguna otra parte de sus voluminosos escritos, s. Agustín siquiera llegó a sugerir que el obispo de Roma tenía la palabra final sobre cuestiones de fe o moral. En realidad, Agustín daba la razón a la iglesia africana en cuanto a esa controversia bautismal.

Cuando la razón de ser del cristianismo, esto es, el amor, dejó de ser la amalgama que unía a la iglesia visible, esta empezó a caer en picado hacia la apostasía. El legalismo, la sinrazón y el autoritarismo surgieron como plaga que destruye la verdadera fe, que es genuina, y poco a poco el oscurantismo apareció en aquella iglesia. Cuando el amor se va, el espíritu religioso y legalista viene, para quedarse. Sólo un verdadero arrepentimiento basado en los méritos de Cristo puede librar a los presos de esa trampa de vacía religiosidad.

DIONISIO (259-268), se enfrentó a otro obispo, el de Alejandría, que se llamaba también Dionisio. La disputa era de tipo doctrinal. Lo interesante de ver aquí, era que la disputa era entre iguales. Esto queda claramente probado por el hecho de que a esa disputa se la llamó: *“La controversia de los dos Dionisios”*.



“Caracterización de Dionisio”

¿El obispo de Roma, un apóstata? Este, entre muchos otros, fue el caso de MARCELINO (296-304). En plena persecución de Diocleciano, según los donatistas, entregó los libros sagrados a los romanos, y ofreció incienso a los dioses. En el siglo VI, aparece esta información en el católico “*Liber pontificalis*” (Libro de los papas). En él se menciona que ese obispo romano ofreció sacrificios a los dioses. De esta manera, se libraría de la persecución.

Mathieu-Rosay, comentarista católico-romano, dice de él: “Es desconcertante que en el fragor de la persecución más cruel, el jefe de la Iglesia muriera tranquilamente en la cama”.

No obstante, Roma lo elevó a los altares con el nombre de San Marcelino. Dice de él el obispo católico-romano Strossmayer: “*Marcelino, era un idólatra. Entró en el templo de Vesta, y ofreció incienso a la diosa*”.

Durante el episcopado de **MILCIÁDES o MELQUIADES (311-314)**, en el año 313, el emperador romano Constantino, publicó el edicto de Milán, que estableció la libertad religiosa, tras conseguir el dominio de la parte occidental del imperio al vencer sobre el general Magencio. Esa libertad religiosa no hizo sino empeorar las cosas desde la perspectiva espiritual, ya que catapultó la apostasía.

Le sucedió a Milcíades, **SILVESTRE I (314-335)**. En su tiempo tuvo lugar el Concilio de Nicea (325), que declaró algo que siempre ha estado en la Palabra de Dios, la verdad de la deidad de Cristo y la doctrina de la Trinidad, en contra del *arrianismo*. La deidad de Cristo fue válida dejarla plasmada en este concilio como un dogma de fe del papismo, pero sin embargo la doctrina de la “trinidad” es tan falsa como Judas, como tal, no parece en toda la Biblia, éste papa elevó por su propia inspiración de hombre corrupto al rango de Tercera Persona Divina al espíritu santo de Dios al que también debía dársele la misma adoración que al Dios Padre y al Dios Hijo, cosa que tampoco aparece en ninguna parte en la Biblia que el espíritu santo de Dios sea una Persona Divina y que tampoco deba dársele adoración y gloria, cuando la Biblia dice que solamente a Dios el Padre se le debe dar adoración y gloria (Ap.5:13-14). Tal doctrina falsa se reflejó en famoso *credo niceano* surgido de ese concilio.

Esta es la porción del credo niceano que es bíblicamente falsa:

"Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria"

Sin embargo, a partir de ese momento, el emperador romano, lejos de perseguir a la Iglesia, ahora se implicaba en los asuntos de la misma. Fue Constantino quien como emperador convocó dicho concilio, no fue el obispo de Roma. A partir de ese momento, el emperador convocaría los concilios y no se elegiría un papa sin su autorización y previo pago monetario, a modo de impuesto. Su actuación tuvo éxito, dado que ya existía desde tiempos de Nerón una iglesia pseudo cristiana, llena de espíritu y ritos babilónicos, que tomó paulatinamente la preponderancia y visibilidad que luego mostró la falsa iglesia de Roma, por todos sabido.

En aquel tiempo, la iglesia visible permitió que eso fuera así, y las consecuencias fueron desastrosas, no sólo para la propia Iglesia, sino para toda la humanidad.



"Caracterización de Silvestre"

El Concilio de Nicea

Del Concilio de Nicea (325), surgió mucho bien. Se definió un principio, que en los años por venir se abandonaría absolutamente, y

lo cual debería dar de pensar a más de un acérrimo católico-romano, convencido de la verdad e *infabilidad* de la iglesia de Roma. Este principio o dogma niceno, es el siguiente: La declaración de igualdad de los cuatro patriarcados; a saber: Jerusalén, Antioquía, Alejandría, y Roma. Estamos hablando del primer Concilio ecuménico de Nicea, donde se estableció el “*Credo Nicénico*”.

De la misma manera que se mantuvo a lo largo de la historia de la iglesia visible este principio de fe, ¿no debería haberse mantenido el principio, también de fe, de la *igualdad* de la Iglesia Universal? ¿No volvió a definir el Concilio de Constantinopla (381) el principio de *igualdad* de la Iglesia de Jesucristo, diciendo que la misma es: Una, Santa, Católica (universal) y Apostólica?, entonces, con el tiempo, ¿Cómo es que el obispo de Roma, viéndose suficientemente fuerte, se atribuyó, no sólo el título de “*Obispo de obispos*” y “*Sumo Pontífice*”, sino que encima declarara que la Iglesia de Roma (es decir, la Occidental), es la *única y verdadera* Iglesia de Jesucristo, contradiciendo abiertamente el dogma de Nicea del 325 y el de Constantinopla del 381, sin hablar del espíritu y la letra del Nuevo Testamento, echándolo todo por tierra? ¿Por qué Roma pretende legitimarse en los dogmas que se han establecido, sólo cuando le conviene?

Después de los apóstoles, y bastante antes de Constantino, el obispo de Roma (o pastor de la iglesia que estaba en la ciudad de Roma), al igual que cualquier otro obispo de cualquier otra ciudad, era elegido por ser reconocido, según el testimonio del Espíritu Santo, por los de su alrededor, otros ancianos, diáconos, etc. de la ciudad. En el caso del obispo de Roma, seguidamente después de su elección, era ordenado por imposición de manos del presbiterio y del obispo de Ostia. Después de Constantino, cuando el cristianismo se hizo “*religión oficial*”, con todo lo que ello implicó, el obispo de Roma era elegido por el emperador con el concurso de las familias patricias e influyentes de Roma. De ese tiempo salió elegido JULIO I (337-352). Este Julio, apoyó a Atanasio (293-373), donde este último defendió la ortodoxia de la fe en el Concilio de Nicea. Aquí vemos que no fue el obispo de Roma el que convocó el concilio en cuestión como la jerarquía romana por venir lo hubiera deseado, sino otra persona, además de otros, como veremos.

Hacia el año 343, se produjo el primer cisma entre Oriente y Occidente. Vergonzosamente, los obispos de uno y otro bando se *excomulgaron* mutuamente, eso fue en el sínodo de Sárdica (Sofía). Este sínodo había sido convocado por sus respectivos emperadores, para intentar que el obispo de Occidente y los de Oriente llegaran a un acuerdo; acuerdo que nunca llegó. A partir de ese tiempo, dado que los obispos orientales no reconocían la autoridad del obispo de Roma, y ni siquiera mostraban el más mínimo interés por la cuestión, el romano, poco a poco, empezó a desarrollar abruptamente actitudes autoritarias y megalómanas que caracterizaron en el devenir de los siglos su papel despótico por todos conocido.

El Espíritu de Cristo ya hacía tiempo que se había ido de aquella forma de iglesia. Sin embargo, el espíritu legalista y de fe ciega entró con fuerza en Roma y se quedó hasta la fecha, aunque hoy en día se intente camuflar con un falso *ecumenismo*, propósito del Concilio Vaticano II. Esta negación de la fe y culto a la sinrazón fue sin duda manifestado siglos más tarde por un buen hijo de Roma, Ignacio de Loyola, que lo expresó tan claramente en sus “Ejercicios Espirituales” cuando dijo:

“Si deseamos proceder de forma segura en todas las cosas, debemos agarrarnos con fuerza al siguiente principio: Lo que me parece blanco, lo creeré negro si la Iglesia jerárquica así lo determina”.

Esta declaración demencial de fe ciega y sin base, ya no bíblica, sino de simple sentido común, sigue rigiendo. Nada ha cambiado. Este espíritu de sinrazón y de entrega de la voluntad a cambio de nada, es resultado de la herencia de aquellos días de principios apostáticos, fruto del orgullo espiritual sin precedentes de unos hombres que se nombraron a sí mismos “*Cristo en la tierra*”.

Sobre la tiara y la mitra

Hagamos un pequeño inciso en nuestro relato histórico. Ya a partir de entonces, (s. IV), el obispo de Roma se tocaba con la *tiara*. La tiara era un tocado de distinción que usaban los sacerdotes paganos persas y también los emperadores orientales. Escribe Ralph Woodrow: “La tiara que usan los papas, aunque decorada en formas diferentes y de diferentes edades, es idéntica en su forma a la usada por los “dioses” que se muestran en las viejas tablas paganas de Asiria”.

Usando de ese tocado, el obispo de Roma, ridículamente, pretendía distinguirse del resto de los mortales, especialmente, del resto de sus colegas allí donde estuvieran por la faz de la tierra. En el momento de su introducción, la tiara del romano no tenía ninguna corona, así como eran las tiaras de los sacerdotes persas; pero las cosas, a través de los años fueron acelerándose.

La tiara pontificia actual tiene *tres coronas*. Esta es la definición que da la enciclopedia católica al respecto:

“Tocado alto, usado por el Papa con tres coronas que simbolizan su triple autoridad: Soberanía espiritual sobre las almas, temporal sobre los Estados Pontificios, y mixta de ambas categorías, sobre todos los demás reyes y poderosos de la tierra”.

Las prendas religiosas, como las tiaras, las mitras, o el resto de vestimentas que estamos acostumbrados a ver, delatan la intencionalidad del que las lleva. Esta pompa sólo se empezó a usar para impresionar a los *fieles*. Nunca Cristo ni sus apóstoles requirieron llevar esas indumentarias, ni las llevaron, porque como dice Pedro, el que dicen fue su primer papa: “Vuestro atavío no sea el externo...de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de gran estima delante de Dios” (1 Pedro 3: 3, 4).



Blasón de Benedicto XVI, Tiara de tres coronas, y Mitra Papal

Respecto a la **mitra**, usada por los papas, cardenales y obispos, esta es una prenda de cabeza alargada que tiene forma de boca de pez

mirando hacia arriba, ¡curiosa forma!; ¿por qué tan singular diseño? Ciertamente, esta es una prenda que jamás usó ni el Señor ni ninguno de sus discípulos.

La mitra usada por Aarón y los sumos sacerdotes judíos, era completamente diferente, puesto que ellos usaban turbante. Por lo tanto, la mitra romana no es conocida en las Escrituras; así pues, ¿de dónde proviene este tipo de mitra? Aunque le parezca extraño (y debiera asombrarse), el diseño de la mitra católica romana es exactamente idéntico al usado en la antigua religión babilónica. Representaba a *Dagón*, el “dios-peza” (“Dag” significa pez).

Este era un culto pagano que el verdadero Dios del universo aborrece. Este culto a ***Dagón se*** hizo especialmente popular entre los idólatras filisteos, (ver Jueces 16: 21-30; 1 Samuel 5: 5, 6). Vemos en esta ilustración como era pintado Dagón en esculturas de Mesopotamia (Babilonia).

La cabeza del pez formaba una *mitra* sobre la cabeza del hombre, el resto del pez caía sobre el cuerpo del sacerdote pagano que a la sazón representaba a su dios. Más tarde, la figura del cuerpo del pez fue quitada, y sólo se usó la *mitra* en forma de cabeza de pez para adornar la cabeza del gran dios mediador. Esa mitra antigua y pagana es exactamente la misma que usa el papa y su jerarquía.

Seguimos...

Cuando el tiempo del obispo romano **LIBERIO o LIBORIO** (352-366), el emperador Constancio, buscando lo que creía ser suyo de derecho, es decir, el dominio sobre la iglesia visible, por no ver mucha diferencia entre ésta y cualquier otro poder político y religioso, intervino haciendo condenar a Atanasio, San Atanasio, según el santoral católico-romano. Con ello, también pretendía imponer la doctrina herética de *Arrio*, la cual niega la Deidad de Cristo. Puesto que Liberio se le opuso, le mandó desterrar a Berea (Tracia) en el 335.

Viéndose Liberio en tan mala situación, traicionó a Atanasio, obispo de Alejandría, y fiel a su persona. Escribió cartas en las que excomulgaba a Atanasio, implorando al emperador que le permitiera regresar a Roma. Para congraciarse con Constancio, públicamente apoyó las doctrinas arrianas, contrarias a lo establecido en Nicea, y en la Biblia.

En otras palabras, apostató. Contento el emperador, le dio permiso de volver a Roma, donde fue recibido con grandes honores en el año 358. He aquí un *infallible* obispo de Roma. ¡Un papa arriano! No vayamos a pensar que ese “papa” hereje fue excomulgado, como lo hubiera sido cualquier fiel católico acusado del mismo delito, no, sino que lejos de esto, consta en el “*Liber Pontificalis*” como un papa de la lista oficial. Está enterrado en las grutas vaticanas.



“*Sobre Liberio*”

DÁMASO I (366-384). Este obispo de Roma, que consta como papa en el *Libro Oficial*, fue elegido simultáneamente al tiempo que otro papa, a su vez elegido por su facción rival, el diácono Ursino. La lucha fue armada y violenta, y el primero logró derrotar al segundo. Más tarde, después de una sangrienta batalla que duró tres días, Dámaso, con el respaldo del emperador, salió victorioso. ¡Extraña manera de ser elegido *vicario* de Cristo!

Este obispo fue acusado de cometer grandes faltas, y para tapan lo feo del asunto, el emperador le declaró inocente en un tribunal imperial especialmente levantado para la sazón. La iglesia visible ya era un poder político-religioso de enorme influencia en las almas de miles de ciudadanos del Imperio Romano. Los emperadores se empezaban a dar cuenta de ese hecho y buscaban la manera de aprovecharse de ello. Por todo ello, Dámaso reclamó la colaboración del Estado para imponer decisiones eclesiásticas. Eso le encantó al emperador Teodosio. En el año 380 selló la alianza con un decreto que exigía a todos los súbditos del imperio que aceptaran (no el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo), sino “*La religión de Pedro*”, de la cual,

decía, eran depositarios el obispo romano Dámaso de Roma y Pedro de Alejandría, obispo de aquella ciudad. Este decreto, y atención a esto, ha sido calificado como *“la Escritura Notarial Clásica de la Iglesia Estatal Católica”*. Con ello, Dámaso, crea el concepto de *“Sede Apostólica”* o *“Santa Sede”*, y en esa línea ya se va perfilando la afirmación de la identidad del papa con Pedro.



“Dámaso I”

Escribe Dave Hunt:

“Dámaso...fue el primero quien, en el 382, usó la frase “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”, para reclamar la autoridad espiritual suprema. Este papa sanguinario, adinerado, poderoso y extremadamente corrupto, se rodeó de lujos que habrían hecho sonrojar a un emperador. No hay forma alguna de poder justificar cualquier conexión entre él y Cristo. Sin embargo, sigue siendo un eslabón en esa cadena de alegada sucesión ininterrumpida hasta Pedro” (*“A Woman Rides the Beast”*, p. 108).

Dámaso, exigía la continencia a los clérigos casados, por ver el sexo como algo pecaminoso. Además, a partir del año 373 permite algo que nunca había antes ocurrido en las congregaciones, el uso del *incienso*, costumbre traída del paganismo. Los primeros cristianos y teólogos Tertuliano y Lactancio, sencillamente habían dicho en su día: *“Los cristianos no quemar incienso como los paganos”*; no obstante, el papa Dámaso como buen pagano, hizo lo propio. El uso

indiscriminado del incienso se hizo *oficial* más adelante. Es interesante la aportación que hace al respecto Sten Nilsson, profesor de la escuela bíblica “*Livets Ord*”, de Suecia:

El papa Dámaso había sido obispo durante 12 años después de haber sido elegido con una influencia importante de los monjes de “Monte Carmelo”, que era una institución que pertenecía a la religión babilónica, que originalmente había sido fundada por los sacerdotes de la reina Jezabel, la controladora esposa del perverso rey Acab de Israel (1 Reyes 16: 31). De esta manera en el año 378 el sistema religioso babilónico llegó a ser una parte de la Iglesia de Roma, porque el obispo de Roma, que más tarde llegó a ser la cabeza de la iglesia organizada, ya era el sumo sacerdote de la Orden Babilónica. Toda enseñanza pagana de Babilonia y Roma, fue introducida paulatinamente en la Organización Religiosa Romana. Poco después de que Dámaso llegara a ser Papa, los ritos babilónicos fueron promovidos. El culto de la Iglesia Romana llegó a ser babilónico. Y durante su tiempo los templos paganos fueron embellecidos y sus ritos establecidos”. (*Sten Nilsson, Guds sjufaldiga förbund, Livets Ords bibelcenter, Uppsala 1993*).

Así pues, el papa Dámaso era en realidad un luciferino declarado. Veremos a lo largo de este libro que el culto babilónico y el romano han ido de la mano durante demasiados siglos, llegando a ser una misma cosa.

El sucesor de Dámaso fue **SIRICIO (384-399)**. S. Jerónimo, uno de los *padres* de la Iglesia, el que tradujo al latín la Biblia y se la conoce como la *Vulgata*, no veía en Siricio a un hombre de Dios ni mucho menos; decía de él que era *necio*; sin embargo, Roma le hizo *santo*, ¿por qué? Siricio, creó escuela; desde luego, escuela *papista*. Él es el que diseñó la “**decretal**”, modelo de carta que desde entonces usarán los obispos de Roma, en las cuales, dejando de lado todo tono fraternal, adoptarán un estilo oficial y autoritario como el de los escritos imperiales. **De hecho, Siricio fue el primer obispo de Roma en recibir el título de papa;** así le denominan en un escrito que el sínodo de Milán le dirige en el año 390. Ya vimos de la actitud prepotente que tuvo ese obispo de Roma hacia la iglesia española, en concreto la que se reunía en Tarragona.



“No se puede ocultar la realidad de ese rostro: **Siricio**”

INOCENCIO I (401-417), según san Jerónimo, fue hijo de san Atanasio, obispo de Alejandría. Supo hacer un aprovechado uso de las *decretales* para extender el poder del papado. Fue un gran jurista, sin embargo no tuvo ningún pudor en faltar a la verdad histórica con tal de conseguir sus metas. Siguiendo descaradamente con la tesis de la primacía de Pedro que favorecía a sus ambiciones, dijo: “Es un hecho patente que en toda Italia, en Galia, España, Africa y las islas intermedias, nadie ha erigido iglesias sino aquellos a quienes el venerable apóstol Pedro o sus sucesores instituyeron como obispos”. De este modo, debido al casi nulo acceso al conocimiento que hubo por siglos, debido al temor religioso y supersticioso en cuanto a contradecir las disposiciones de Roma, debido al temor a los castigos divinos y humanos, los *juristas* romanos se aprovecharon para imponer sus falsedades y manipulaciones al resto de los *fieles*. Y como no, ese obispo de Roma fue canonizado.

Roma iba imponiéndose al resto del mundo. Tal y como en otro tiempo lo hizo con la fuerza de la espada, ahora lo hacía con la fuerza del incipiente papado. El mismo espíritu despótico que estaba en la Roma imperial, se fue metiendo, para quedarse, en la Roma religiosa. Inocencio estableció que todos los “casos graves” debían ser juzgados en Roma, y como no definió lo que era grave, se reservó de hecho el

criterio de inmiscuirse en cualquier asunto que le pudiera interesar, para demostrar que él tenía el poder sobre la cristiandad. Agustín de Hipona, al conocer el resultado de la excomulgación de Pelagio, monje asceta inglés, por parte de Inocencio, dijo irónicamente: “Como Roma ha hablado, la causa ha concluido”. Ha de quedar claro que esta frase fue dicha por Agustín con total ironía, no podía ser de otro modo.

A Inocencio I le siguió ZÓSIMO – san Zósimo- (417-418), que sólo duró un año e hizo algo contrario a lo que se esperaría en cuanto a la *infabilidad*, ya que después de nombrar al obispo de Arlés como primado de Francia, su sucesor BONIFACIO I – san Bonifacio- (418-422), revocó ese nombramiento. Este Bonifacio, decretó que las mujeres, aun las religiosas, no podían tocar los ornamentos sagrados y subir al altar. Fue el emperador Honorio el que, después de desestimar a Eulalio, favorito de Zósimo, eligió a Bonifacio, (*¿sucesión apostólica?*). Verdaderamente aquello fue: ¡Dad al César lo que es del César!, evidentemente el papado es cosa del César, más que de Dios.

Bajo este obispo romano traído del paganismo, entran los cirios pascuales en los templos. Dijo el apologista cristiano del s. IV, Lactancio refiriéndose a los paganos: “*Ellos encienden velas a Dios, como si Él viviera en las tinieblas; ¿y no merecen los tales ser calificados de locos los que ofrecen luces al Autor y dispensador de la Luz?*”. Años más tarde surgieron otros “locos” de entre las filas supuestamente cristianas.

CELESTINO I - san Celestino- (422-432). Aunque al obispo de Roma se le llamaba papa, no llegó a ser papa tal y como lo entendemos hoy inmediatamente. Todavía la iglesia de África tenía mucho poder e influencia. Celestino quiso imponerse ante una cuestión africana, pero el sínodo de Cartago del año 426 prohibió cualquier intervención de Roma en los asuntos africanos. Aun en el año 431, a causa del Concilio de Efeso, el legado pontificio (romano), declaraba: “Pedro, cabeza de los apóstoles, columna de la fe y piedra fundamental de la Iglesia, vive y juzga hasta el día de hoy y para siempre en sus sucesores”. El Concilio ecuménico de Efeso, con todo lo herético que llegó a ser, ni siquiera se pronunció ante tan altaneras palabras; sin embargo, poco a poco, esa falsedad fue calando. Obviamente, por todo el esfuerzo que hizo este papa para levantar el papado, Roma lo

levantó a él como *santo*. Lo mismo ocurrió con el siguiente papa que veremos.

En el año 450, **LEÓN I** -*san-* (440-461), obispo de Roma, *asume* para sí la supremacía en Occidente, por ello se le denominó "**Magno**", como si se tratara de un emperador cualquiera. Este fue el primer papa que exigió la "**plenitudo potestatis**", es decir, la totalidad del poder. Después de él, a todos los obispos de Roma se les denomina herederos de San Pedro. No obstante, estas sólo fueron sus intenciones. León I le envió a Flaviano en el año 449 una carta conteniendo su tratado sobre el asunto, sin embargo, no fue aceptada la cuestión hasta que recibió la aprobación del concilio de Calcedonia; dicho tratado no podía convertirse en una regla de fe hasta que estuviese confirmado por los obispos (*Dollinger, op. Cit. P. 59*). Según la formulación de León I, en teoría, el papa ya estaba por encima de todo y de todos. No obstante, pasarían siglos antes que el obispo de Roma procurara dominar el resto de la Iglesia visible, y aún más tiempo antes de que se aceptara su primacía.

No importaría como fueran en lo personal, si dignos o indignos, morales o inmorales, porque el mismo título y condición del papa era garante del amparo y reconocimiento de la divinidad misma. En otras palabras, el papa estaba por encima de todos los hombres, y como Dios en la tierra, podía "atar y desatar" según su voluntad; porque su voluntad era la voluntad de Dios. Esta idea blasfema fue desarrollándose a lo largo de la existencia de la Roma religiosa hasta llegar a su culminación en el Concilio Vaticano I.

El mismo León I, hablando del papado como institución originaria en Pedro, dice: "Aquel que reúne en sí para siempre la solicitud de todos los pastores con el cuidado de las ovejas que le han sido confiadas y que incluso en un sucesor indigno nada pierde de su dignidad". El *ministerio* pontificio, como herencia de San Pedro, está por encima de la propia persona que lo ejerce, y eso, en la práctica, da *licencia* para hacer y deshacer al antojo del pontífice. En otras palabras: "La institución pontificia justifica al pontífice". ¡Pues ni una cosa ni otra! Ni de Pedro viene el pontificado, porque tal cosa no existe ante Dios, ni el pontificado inexistente ante los ojos de Dios da *licencia* al pontífice, que no lo es, a hacer lo que le parezca... Sin embargo, la trampa ya estaba urdida, y el mundo la fue creyendo con el paso del tiempo.

Aunque en toda Italia fue aceptada la primacía de León I, en el resto de Occidente, alguna voz se levantó en contra, recordemos que la iglesia africana, antes que el Islam llegara allí, muchos años más tarde, era políticamente fuerte. No obstante, el emperador Valentiniano II, percatado del poder político de la iglesia visible, y viéndose beneficiario de ese poder aglutinador de las masas, dio todo su apoyo y fuerza para acallar toda voz contraria a la de León. Por lo tanto, decretó que los derechos primordiales del papa debían ser reconocidos sin limitación alguna en el Imperio Romano de Occidente, y no sólo por todos los obispos, sino incluso por parte del propio Estado. Ahí tenemos la malévola mezcolanza de la iglesia con el estado. Este último ayudando a una falsa iglesia a sostenerse por el interés de tener a toda la población del Imperio *sujeta* al poder civil a través del poder religioso (ver Ap. 17: 1, 2). Un poder sirviendo al otro para sus propios fines; y así ha sido siempre...



“La figura del emperador, por interés apoyó abiertamente al papa León I, y de ahí en adelante...”

Occidente estaba ganado. Oriente era otra cosa. León I, haciendo honor a su nombre, impuso su autoridad todo lo que pudo, pretendiendo mostrar su superioridad ante el patriarca bizantino. Todo ello resultó en la preparación del que llegaría a ser el Cisma del año 1054. La cuestión era clara. Había dos ciudades imperiales, la vieja Roma, y la nueva Constantinopla, la antigua Bizancio (Constantino el Grande fue allí para reforzar su imperio en el Oriente). Las dos ciudades pugnarían muy carnalmente por el control de la cristiandad visible. No obstante, esto benefició sobremanera a la Roma religiosa con su obispo al frente. Estando el emperador en Constantinopla, el papa romano desarrolló en adelante un poder casi absoluto. En cuanto a lo religioso, la estrategia fue increíble. La “Virgen” y los “Santos” reemplazaron a los dioses paganos (sólo de nombre) como patronos de las ciudades. Este papa León I, hacía alarde de que Pedro y Pablo habían reemplazado a Rómulo y Remo como patronos protectores de Roma. Esto no es más que paganismo camuflado de cristianismo, porque, como vimos anteriormente, no existen “patronos ni patronas” protectores de parte de Dios.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, ante un milagro que Dios hizo a través de Pablo, los lugareños diciendo: “Dioses bajo semejanza de hombres han descendido a nosotros” (Hechos 14: 11), querían exaltarle y adorarlo, llamándole Mercurio. No obstante, la respuesta del apóstol fue tajante: “Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo...” (14: 15). Del mismo modo, esos papas paganos debieran haberse arrepentido y exaltar al único que merece tener, y tiene todo el Señorío en cielos y tierra, Jesucristo nuestro Señor. Esos “patronos”, sea que lleven nombres paganos o nombres de cristianos son en realidad entidades demoníacas contra las cuales la Iglesia de Jesucristo tiene lucha (ver Efesios 6: 12). Estas huestes de maldad son las que oprimen a las gentes, y tanto los paganos como los católico-paganos, creen que son entidades protectoras, y les llaman “patronos o patronas”. Lo único que hizo la falsa iglesia del siglo V en adelante, fue cambiar el nombre de los dioses paganos por nombres cristianos, tal como hizo León I. Lo que produjo esta estratagema fue confundir y engañar a muchos millones de católicos de todos los tiempos.

La simiente del Falso Profeta | Segunda Parte



Índice del Tema

- El monaquismo (breve apunte)
- Volvemos a Roma
 - Un papa que negó la doctrina de la Transubstanciación
- La formación de los Estados Pontificios
 - Las Falsificaciones Simaquianas
 - La Fórmula Hormidas
 - Luchas internas y compra del cargo

- **Hijos de papas**
- **El papa Vigilio, la disputa de los tres capítulos, y el monofisismo**
- **No era Roma la única “Santa Sede”**
- **Gregorio I el Grande y la “columna de Focas”**
- **Sabiniano el usurero**
- **El primer “papa” coronado como Sumo Pontífice: Bonifacio III**

Sería un error avanzar sin prestar, aunque someramente, atención a uno de los hechos destacables, consecuencia del error de la supuesta iglesia del siglo V. Me estoy refiriendo al *monaquismo*.

Los frailes, palabra que viene por corrupción de la voz latina *fratres* (*hermanos*), es el nombre dado a aquellos que se proponen vivir, bajo voto formal, lejos del mundo y sujetarse a reglas de, a veces, severo ascetismo, formando comunidades dirigidas por un *superior* y agrupados en tantas órdenes religiosas diferentes. También se les llama *monjes*, y su condición de vida, el *monaquismo*, es debido a lo solitario a lo cual muchos se consagran. Viven en conventos, en claustros, en monasterios. El monaquismo es una de las más conspicuas instituciones de Roma, y una que a lo largo de la historia, le ha producido mayores recursos, sin exceptuar aquí la fachada de *santidad*. Pero de hecho el monaquismo es una invención totalmente pagana.



“Orden monástica papista”

Ya existía en el lejano Oriente mucho antes de la venida de Jesucristo, y mil años antes de Benedicto, el que levantara la orden de los Benedictinos. Buda organizaba sus frailes en la India. Cuando vino el Señor Jesús, enseñó todo lo contrario a los principios monacales: los discípulos suyos tenían que ser sal y luz en la sociedad; aun no siendo del mundo, debían estar en el mundo, para llevar el Evangelio.

De los primeros tres siglos de la era cristiana, no se halla ningún vestigio de frailes o algo por el estilo. Quizás deberíamos apuntar a la figura de Basilio como el verdadero fundador de una orden de frailes en Oriente, entrando el siglo V. Cien años más tarde, Benedicto de Nersia erigió en Montecasino el primer y verdadero monasterio en Occidente. El monaquismo entre los así llamados cristianos apareció cuatro siglos después de Cristo y sus apóstoles, y nada absolutamente tiene que ver con el cristianismo auténtico. Muchos, llevados por un equivocado sentido de fervor cristiano, se han hecho monjes para así, con pobreza, celibato, cilicio y castigos corporales, vencer las tentaciones y alcanzar imaginarios méritos. Creen que a fuerza de sacrificios y privaciones, obtendrían la purificación de sus almas. Esto es contrario a la enseñanza de la Biblia. El monaquismo como tal, ha

estimulado la ociosidad; ha sustraído a la sociedad, tanto hombres como recursos; ha fomentado el fanatismo religioso, y lo ha empujado al derramamiento de sangre (los dominicos y la Inquisición, por ejemplo). Ha sustituido paulatinamente la salvación por la fe en Cristo Jesús por la búsqueda de la salvación mediante las obras y prácticas rituales.



“Basilio, el precursor del Monaquismo”

Volvemos a Roma

León I tuvo otras preocupaciones, esta vez de orden interno. Es **HILARIO I -san – (461-468)**, que intentó resistirle. En esa lucha por el poder, gana León. Hilario más tarde sería su sucesor. **SIMPLICIO – san – (468-483)**, el siguiente obispo de Roma, también lucha contra los griegos por la supremacía episcopal. Una de las características del falso cristianismo, es justamente la lucha por el poder. Recordemos que el Señor Jesús dijo que quien quisiera ser el primero, debería ser el servidor de todos. Esto ya se había olvidado por aquel entonces.

Fue durante el *pontificado* de Simplicio que se produjo el derrumbamiento final del imperio de Occidente. No obstante, el incipiente papado, como sucesor del imperio, no sólo seguía en pie, sino que sería exaltado. Prácticamente a todos los papas que lucharon por imponerse ante el patriarca de Oriente, Roma les ha hecho “*santos*”.

A Simplicio, le siguió FÉLIX II o III -san Félix- (483-492). Este fue el primer obispo romano nacido de la nobleza del senado romano. Fue obispo de Roma siendo viudo y con hijos. A causa de la controversia *monofisita* (*), Félix *excomulgó* al patriarca Acacio. También se enfrentó al emperador bizantino. Todo ello sólo constituyó un agigantar la separación entre Oriente y Occidente.

(**El monofisismo es la doctrina que dice que en Cristo hay una sola naturaleza*).

Un papa que negó la doctrina de la Transubstanciación

GELASIO I (492-496), el que llegara a ser san Gelasio según Roma, y rechazara la doctrina de la *transubstanciación*, en un escrito dirigido al emperador Atanasio I en el año 494, formulaba por primera vez la teoría de los “*dos poderes*”, a saber: El mundo está regido por la *autoridad papal* y la *autoridad imperial*. La segunda tiene el poder temporal, (démonos cuenta que en ese momento, todavía no se esgrimía la “*llave del poder temporal*” del papa como sucedería más adelante). Sin embargo, acerca del poder temporal del emperador sobre las cosas de este mundo, como el emperador es miembro de la iglesia, está subordinado a ella, por lo tanto, su poder temporal está subordinado al primero de los poderes, es decir, a la autoridad del papa. Esta definición es la “*carta magna*” del papado universal. No es de extrañar que, a pesar de todo, al obispo romano Gelasio le hicieran “*santo*”.



“El dogma de la transustanciación, la que supersticiosamente asegura que el pan se convierte en el auténtico cuerpo de Cristo cuando lo conjura el cura romano, sólo era un rumor en la época del papa Gelasio I, y este la negó”



“Representación de Gelasio I”

Al finalizar el siglo V, el último y único gran antagonista del incipiente papado es el emperador bizantino (el antiguo imperio romano del oriente), y el patriarca ortodoxo. La política tradicional de Roma fue la

de fomentar el desmembramiento de Italia y la separación de Oriente y Occidente en aras de consolidar su poder. Según el comentarista católico- romano Beynon, “fue una política que, perniciosa o no para la sociedad...fue de sumo beneficio para la organización religiosa. Prueba de ello es que a pesar de los desmanes de los papas, a pesar de la corrupción, a pesar de los – en ocasiones – altísimos impuestos, a pesar de las guerras y represiones, la organización política católico-romana siguió adelante”. En otras palabras, el papado creció a base de manipulación política.

La formación de los Estados Pontificios

Para que hubiera un estado del papa, tenía que haber un *territorio*. Cuando el papa decidió ser como el emperador, y más aún, estar por encima de él, necesariamente requería tener lo que el emperador, y más todavía. Ya no eran suficientes las basílicas, ni siquiera las catedrales que más tarde fueron construidas. Tierra es poder. El papa tenía el poder, ¿por qué no tener la tierra?

Resulta tremendamente paradójico que estos papas fueran escogidos por los propios emperadores. Reyes ostrogodos, emperadores bizantinos, gobernadores, lombardos, y luego los francos, fueron los encargados de hacer sentar en la “*Cátedra de San Pedro*” o “*Silla de San Pedro*” a los dirigentes político-religiosos de la “*crístiandad*”.

Por cierto, y en cuanto a la “*Silla de San Pedro*”. Una comisión científica nombrada por Pablo VI, en julio de 1968, declaró que *ninguna* de las partes de esa Silla era de la *era apostólica*. Usando un sistema que se conoce para medir la antigüedad de los objetos (siempre que no tengan más de 4.000 años), midiendo la actividad radioactiva del carbono en la madera, puede determinarse la fecha en que se cortó el árbol. En el informe oficial consta que la célebre Silla data a lo sumo del siglo IX de nuestra era. En ella, además, apareció mientras se limpiaba, la representación pagana de las “*Doce obras de Hércules*”, por lo tanto, el origen de la “*Cátedra o Silla de San Pedro*”, objeto de culto, y prueba esgrimida por el Vaticano de que el apóstol Pedro la había hecho construir para él, es absolutamente falsa.



“Pío XII llevado en volandas y sentado sobre la “silla gestatoria”

A pesar de las continuas luchas entre Oriente y Occidente, Teodosio el Grande aparentemente logró unir el Imperio, aunque sólo en su tiempo. Cuando muere en el año 395, su hijo Arcadio recibe el Oriente, y Honorio el Occidente. El imperio romano occidental, con capital en Rávena desde el año 404, subsiste ochenta años más, pero siempre bajo la amenaza de los bárbaros.

En el año 476, con la derrota de Rómulo Augusto infligida por Odoacro, expira el imperio occidental. Mientras Occidente se dividía en reinos independientes, según la costumbre de las tribus bárbaras, el trono imperial oriental siguió. Este Odoacro, rey de la tribu germánica de los hérulos, invadió Italia, tomó el título de rey de Italia, y fue reconocido por el emperador bizantino Zenón (481). Así fueron las cosas hasta el año 493, año en el cual fue destronado y asesinado en Rávena por Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos.

Se acomete el intento de reconquista del Occidente, esta vez por parte de Justiniano en el 536. En el 553 acaba de expulsar a los ostrogodos, y Roma cae bajo el control de los bizantinos (Oriente). Esto es

intolerable, especialmente para el obispo de Roma, el cual llevaba muy mal su dependencia del emperador griego y su rivalidad con el patriarca de Constantinopla.

Según Roma, todos los obispos de Roma hasta Gelasio I (492-496) eran “*santos*”. ANASTASIO I (496-498) ya no lo fue, todo porque se le consideró muy complaciente con los orientales, hasta el punto de que en la Edad Media se le tuvo por hereje (*¿Sucesión Apostólica?*); todo por cuestiones meramente políticas. En el “*Liber pontificalis*” que se empezó a escribir en el siglo VI, se anota tras su muerte con gran tinte de resignación: “*La voluntad de Dios lo ha permitido*”.

Las Falsificaciones Simaquianas

SÍMACO-san Símaco- (498-514), tuvo que enfrentarse a un oponente elegido por los partidarios bizantinos, es decir, por los de Oriente. Buscó ayuda del rey de los godos, Teodorico el Grande, el cual no era católico ¡sino *arriano!*, es decir, completamente hereje. Pero claro, con tal de mantener el solio pontificio, cualquier cosa era menester... Los partidarios bizantinos, por contra, acusaron a Símaco frente al emperador, así que Teodorico, hombre relativamente tolerante, convocó un sínodo en el año 502 para estudiar las acusaciones. No obstante él tenía muy en mente que el papa romano no podía ser juzgado por sus súbditos, como había sido previamente establecido. Así pues, lo dejaron “*en las manos de Dios*”.

Llegar a esa conclusión no fue algo baladí. Requirió de un proceso manipulador importante. Fue decisiva la presentación de las posteriormente llamadas “**Falsificaciones Simaquianas**”, conjunto de documentos falsificados que pretendían proceder de otros sínodos y de la historia papal. Según esas *falsificaciones*, el emperador Constantino el Grande y el obispo Silvestre I, habían decretado que nadie podía someter al papa de Roma a un tribunal (*Prima sedes a nemine iudicatur*).

Gelasio, como vimos, ya defendió algo por el estilo. Ante esa invención, curiosamente no se levantaron voces en contra. Un temor supersticioso flotó en el ambiente, y las ideas de la súper-primacía papal penetraron en la mente y corazón de los católicos romanos de aquel tiempo, para quedarse. Hoy en día, en el Código Canónico, se incluye orgullosamente ese mismo pensamiento: “*La Santa Sede no*

es juzgada por nadie”... añade a esto un servidor: “*Excepto por Dios, que sí lo hará, en Su debido tiempo*”. Es increíble la ceguera de Roma al levantar como *santo* a un hombre como Símaco que no dudó en mentir, falsear, manipular y lo que hiciera falta con tal de seguir en el poder político-religioso del papado. Claro que eso interesaba a todos los que se beneficiaban de ese poder.

La Fórmula Hormidas

Le siguió **HORMIDAS o Hormisdas -san- (514-523)**, como sucesor de Símaco. Este formula el “**primado doctrinal**” de la Iglesia romana. Hurtando la declaración del Concilio de Constantinopla del año 381 en la cual se dice que la Iglesia de Jesucristo es “Una, Santa, Católica y Apostólica”, la llamada “**Fórmula Hormidas**”, declara que esta Iglesia es **sólo** la iglesia que está bajo el papa de Roma, por lo tanto, le añade el calificativo de “**romana**”. Esto será retomado en el Concilio Vaticano I, y expuesto en la enseñanza posterior de Pío X en su célebre catecismo. **Este Hormidas fue otro buscador de poder.**

Le sigue a Hormidas, **JUAN I -san- (523-526)**. Mientras tanto, el emperador Teodorico, imponía su dominio sobre el papado. Siendo él, arriano, veló por sus intereses religiosos. Al planearse unos problemas derivados de ciertas medidas antiarrianas en Constantinopla, el emperador envió a Juan, que se supone contrario al arrianismo, a defender los intereses de los seguidores de tal herejía. Fracasó Juan en su cometido, y a su regreso en el año 526 fue encarcelado, y murió. La realidad es que ese papa estuvo dispuesto a apostatar de su fe católica, en vez de seguir los pasos de los primeros obispos que enfrentaron el martirio antes que negar su fe. A este papa indigno, Roma también le declara “*santo*”.

Luchas internas y compra del cargo

Teodorico, el rey ostrogodo, ordenó la elección de **FÉLIX III (o IV) -san- (526-530)**. Este papa romano quiso asegurarse su sucesor, y designó a Bonifacio. No obstante, a su muerte, en vez de Bonifacio, fue consagrado como papa de Roma, **DIOSCURO (530)**, en la basílica de Letrán con todos los honores, o sea, que no le hicieron caso (*¿Sucesión Apostólica?*). No obstante al poco murió Dioscuro y esta vez fue elegido **BONIFACIO II (530-532)**, favorable a los godos. Este intentó designarse un sucesor, pero no lo consiguió. El clero no se lo

permitió. Es más no sólo le obligó a revocar la decisión, sino que le hizo quemar el decreto de designación emitido en favor del diácono Vigilio (¿dónde está aquí la *infabilidad* papal, y la *Sucesión Apostólica*?).

Le siguió **JUAN II (533-535)**. Este obispo romano fue elegido gracias a una escandalosa **simonía** (*), es decir, **compró** el cargo, comprando los votos. Fue el primer obispo romano en cambiar de nombre, cosa que ha llegado a ser costumbre como se sabe. Cambió de nombre porque el suyo original era *Mercurio*, y claro, le parecería demasiado pagano, aunque muy acorde con la manera en que había llegado a la silla papal (*Mercurio* era el dios romano de los *comerciantes* y los *mercaderes*, y también de los *ladrones*).

(* *Simonía: compra de los cargos eclesiásticos incluyendo el papado*)



“Las llamadas indulgencias y los actos de simonía fueron claves para que en su día Lutero clavara sus 95 tesis en la catedral de Wittenberg en Alemania”

Viendo **Atalarico** (que sucediera a Teodorico), que la diócesis romana se iba enriqueciendo, y que se movía dinero para conseguir cargos eclesiásticos, incluido el de obispo, no quiso quedarse atrás, y decretó ejercer como juez en las elecciones pontificias, estableciendo que por ello, en cada elección, se le tenía que abonar una buena cantidad.

Respecto al asunto de la *simonía*, dice Teófilo Gay: “A través de la historia papal, nadie ha dado al mundo ejemplo más horrible de simonía que aquel que dieron los papas, los cuales todo lo vendían

por dinero, el cielo, la tierra, tronos, mitras, a Cristo mismo. Han hastiado al mundo con el cinismo de su impiedad, y han hecho aborrecible el nombre santo del Señor, en el cual pretendían obrar”.

Aún no era la Roma religiosa suficientemente fuerte en aquella época. Todavía no ejercía el papa soberanía verdadera sobre reyes y emperadores como ocurriría más adelante. Al contrario, nos encontramos a veces con papas que fueron obligados a complacer a los reyes hasta el servilismo. ¿Tendrá esto algo que ver si lo comparamos con la actuación de Pedro y Juan ante el sanedrín de Jerusalén cuando no se doblegaron ante aquellos políticos y exclamaron: “Es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres?”.

Hijos de papas

Esta actuación servil ocurrió con **AGAPITO I -san- (535-536)**, al igual que ocurriera con Juan I. Este papa, que era un hijo bastardo (hijo de clérigos) al igual que Bonifacio I, y Gelasio I, fue obligado por **Teodojato**, el nuevo rey godo, a viajar a Constantinopla para tratar de convencer a Justiniano de que no emprendiera la conquista de Italia. Falló en su misión, y murió allí. Entonces Teodojato, al conocer la noticia de su muerte, hizo ascender al solio pontificio a un hijo del anterior papa Hormidas. Este fue **SILVERIO -san- (536-537)**.

¡Este no fue el primer hijo de papa como hemos visto, ni sería el último! Le sucedió de inmediato **VIGILIO o VIRGILIO (537-555)**. Este Vigilio era el mismo que Bonifacio II quería como su sucesor, y había estado todo el tiempo intrigando para llegar a ser papa. Fue elegido por Belisario, general bizantino que conquistara Roma, ¿por qué?, el obispo católico Strossmayer lo dice:

“el papa Vigilio compró el Papado a Belisario, teniente del Emperador Justiniano. Verdad es que compró con promesa y nunca pagó. El general Belisario, al tiempo de recibir la propuesta simoníaca de Vigilio, acusó de alta traición al papa Silverio, el cual fue depuesto sin miramientos.”

Por disposición del recién nombrado papa Vigilio, Silverio, el hijo del papa Hormidas, fue deportado a la isla de Ponza, donde moriría

rápidamente a causa de los malos tratos recibidos. Un papa envía a otro papa a la muerte; no sería este un caso aislado.



“El obispo católico Strossmayer”

El papa Vigilio, la disputa de los tres capítulos, y el monofisismo

Vigilio, fue elegido papa, por orden del general Belisario, a instancias de la emperatriz Teodora. Anteriormente, había viajado acompañando a **Agapito I** en su viaje a Constantinopla. Allí aprovechó para *negociar* con la emperatriz acerca de una disputa de orden doctrinal.

La emperatriz estaba empeñada en que se aceptara el punto de vista doctrinal de ella, en concreto, su rechazo absoluto acerca de lo que se vino a llamar, la disputa de los “*tres capítulos*” (*). A cambio de su designación para el papado, Vigilio se comprometería a declarar nulas las actas del Concilio de Calcedonia (451) relativas a ese asunto doctrinal. También declararía nula la declaración contraria al *monofisismo* (el Concilio de Calcedonia decretó que Cristo tiene dos naturalezas, la divina y la humana). Al hacer así, se ponía de acuerdo con las tesis de la emperatriz que eran *monofisitas*, contrarias a la teología de la iglesia occidental, y todo hay que decirlo, también bíblica.

(* Este es el nombre que se da al conjunto de los escritos de tres teólogos de Antioquía de tendencias nestorianas: Teodoro de Mopsuestia, Ibas de Edesa y Teodoreto de Ciro.)

A Vigilio no le importó depender del emperador del imperio Oriental o Bizantino, cambiar de teología, desterrar a su antecesor y enviarle a una muerte segura, ¡y todo esto por conseguir el poder papal! El papa **Vigilio** fue un ejemplo en la antigüedad papal de un hombre sediento de poder que no paró de dar bandazos de un lado a otro entre una y otra tendencia doctrinal con tal de conservar su puesto. Como él, muchos papas negociaron con su cargo y con la doctrina según sus intereses personalistas. Estos sólo son algunos ejemplos de esos obispos romanos “*infallibles*”.

En el año 543, el emperador **Justiniano** se convirtió a las tesis monofisitas de Teodora, su esposa, por lo tanto *condenó* a los ya desaparecidos teólogos nestorianos de la escuela de Antioquía (los tres capítulos). La explicación es la siguiente: Así como el *monofisismo* enseña que en Cristo sólo existe una naturaleza, la doctrina *nestoriana* dice que en Cristo hay dos personas. Es decir, son doctrinas totalmente opuestas. El Concilio de Calcedonia determinó que en Cristo no hay dos personas sino **una con dos naturalezas, la Divina y la humana.** Esta última es la doctrina cristiana tradicional y bíblica. Esa declaración de Calcedonia es la que quería la emperatriz que se anulara.

En el 547, el emperador mandó al papa Vigilio que se personara en Constantinopla y sin ningún rubor, éste aceptó la condena de parte del mandatario aunque no anuló la declaración dogmática de Calcedonia, por guardarse un as en la manga. Esto no satisfizo a la iglesia de Occidente y en un sínodo de obispos africanos, Vigilio ¡fue excomulgado! El emperador Justiniano y el mismo papa decidieron convocar un concilio general para arreglar la cuestión, pero antes de reunirlo, Justiniano volvió a emitir un edicto en el cual condenaba a los “*tres capítulos*”.

Vigilio, que a la sazón pretendía congraciarse con los obispos que le habían excomulgado a través de ese nuevo concilio, se enfadó y se encerró en el templo de san Pedro en Constantinopla. Los soldados

imperiales le detuvieron allí, contra los cuales arremetió con patadas y puñetazos.

Finalmente el Concilio se celebró en el 553 en Constantinopla en el cual se condenó la doctrina de los tres nestorianos, radicalmente contraria al **monofisismo** profesado por el emperador y su esposa. Sin embargo, Vigilio prohibió la condena. Poco después, presionado y temeroso, revocó la prohibición y suscribió la declaración del concilio del emperador, el famoso II Concilio de Constantinopla el cual dice Roma que fue convocado por el papa Vigilio, cuando en realidad fue convocado por el emperador Justiniano a instancias de su esposa Teodora. En ese tiempo, los papas todavía no mandaban sobre los emperadores y reyes, y eran los emperadores los que convocaban los concilios, no los papas; además, por una buena suma de dinero nombraban a los papas. La corrupción era la moneda de cambio.

Josef Gelmi, comentarista católico-romano, dice de ese papa: “Vigilio, que falto de carácter cambió repetidas veces de opinión y que careció por completo de valor para dar testimonio, es una de las figuras más trágicas de la historia del papado. Y lo que más ha de sorprender en todo ello, es el neto contraste entre el desarrollo de la doctrina soberana del papado y la triste realidad histórica”.

Este, es otro historiador católico-romano que se sorprende de los hechos del papado romano. ¿Cómo pueden algunos creer de verdad en la *infabilidad* papal ante tales evidencias históricas?, ¡y sólo estamos empezando!

Al tristemente célebre Vigilio le sucedió PELAGIO I (556-561). Se dice que fue instigador del envenenamiento de Vigilio. Recibió el papado de manos del emperador Justiniano. Como no podía ser de otro modo, acabó sujetándose al II Concilio de Constantinopla. Esto hizo que se levantaran desconfianzas en Occidente, allí, el obispo Facundo de Hermiane llamó al papa “*perseguidor de muertos*” refiriéndose a la condena de los tres teólogos antioqueños ya muertos hacía tiempo.

No era Roma la única “Santa Sede”

A aquellos que siempre han pensado que en Roma, desde tiempos apostólicos, ha estado sita la única Sede, les conviene saber que no fue así. No había una única Sede “apostólica” o “Santa Sede” todavía

en la época del obispo de Roma Pelagio I. Esto lo asegura Pedro de Rosa, entre otros historiadores imparciales, diciendo:

“El papa Pelagio (556-560), habla de herejes que se separan a sí mismos de las Sedes Apostólicas, es decir, Roma, Jerusalén, Alejandría y Constantinopla. En todos los primeros escritos de la jerarquía no se menciona una misión especial para el Obispo de Roma, ni todavía el nombre específico de “Papa”...De las más o menos ocho herejías en los primeros seis siglos...ni una sola es decidida por el Obispo de Roma...Ninguno ataca la autoridad suprema del pontífice romano, porque nadie había oído eso antes” (Pedro de Rosa, *Vicars of Christ* (Crown Publishers, 1988, pp. 205-206).

PELAGIO II (579-590), pidió ayuda a los francos, que no obtuvo, por el asedio de Roma por parte de los arrianos longobardos. A la sazón, el emperador Justino II, no podía ayudar pues estaba enfrascado en combate contra los persas y ávaros. Con todo, el papa Pelagio no había podido recibir la confirmación de su cargo por parte del emperador, preceptiva desde Justiniano, a causa del asedio de Roma.

Gregorio I el Grande y la “columna de Focas”

Le sucedió GREGORIO I el Grande -san- (590-604). Este era biznieto del papa Félix II. En aquel tiempo la rivalidad entre las “iglesias” de Oriente y Occidente era acérrima; hasta el punto en que Gregorio envió un escrito de felicitación y buenos deseos a Focas, un militar que llegó al trono imperial habiendo asesinado al emperador Mauricio. La historia completa es la siguiente:

Gregorio, irritado al ver al patriarca de Constantinopla llamarse “**patriarca ecuménico**”, escribió furiosas cartas diciendo que cualquiera que tomara ese título era precursor del Anticristo. No obstante, cuando Focas (*Flavius Phocas Augustus*) asesinando al emperador Mauricio para sentarse sobre su trono, fue excomulgado por Ciríaco, patriarca de Constantinopla, Gregorio, en cambio, hizo cantar un “*Te Deum*” en su honor y le escribió una carta lisonjera en la esperanza de conquistárselo e inducirlo a suprimir el título de “**ecuménico**” al patriarca de Constantinopla para darlo al de Roma. ¡Y le resultó!; años más tarde, el asesino emperador Focas con un decreto nombraba al obispo de Roma cabeza de la cristiandad; pero

Gregorio no pudo disfrutarlo, había muerto ya; de manera que el primer “pontífice” como tal fue su sucesor **Bonifacio III**.

La “*columna de Focas*” por este levantada aún existe en el foro romano, y es el monumento que recuerda el nacimiento del papado como tal, fijando a la vez irrevocablemente la fecha.



“La columna de Focas”
“Representación del general Focas, el asesino que coronó a un falso obispo de Roma como “Pontifex Maximus” (Sumo Pontífice)”

Volviendo a Gregorio, este sabía que no podía recibir apoyo de Bizancio (Oriente), y tuvo que pactar con los longobardos, que eran arrianos, para que no conquistasen Roma. Para ello les proporcionó un fuerte rescate. Todo ello hizo que se centralizasen los bienes eclesiásticos, y en especial los territorios. De ahí se sentaron las bases del poder territorial del papado.

Dadas las circunstancias, Gregorio, al que luego llamarían el Grande, se transformó en soberano temporal de la ciudad de Roma, con funciones políticas y administrativas. No obstante, después de Gregorio, el papado estuvo bajo el dominio bizantino durante el siglo

VII y parte del VIII. Fue ese papa, Gregorio I el Magno, el que hizo oficial el uso pagano del incienso en las iglesias.

Sabiniano el usurero

A Gregorio I el Grande le sucedió **SABINIANO (604-606)**. Este hombre fue consagrado papa antes de su ordenación sacerdotal. Cuando llegó verdadera hambre a la ciudad de Roma, Sabiniano no tuvo ningún problema en seguir mostrando una gran avaricia que le llevó hasta lo criminal.

Dice de él Mathieu-Rosay, comentarista católico-romano:

“un miserable aprovechado que, en los momentos más sombríos de una época de escasez, vendió a los hambrientos el trigo de la Iglesia a precios usurarios. El pueblo, indignado, no se lo perdonaría nunca”.

El primer “papa” coronado como Sumo Pontífice: Bonifacio III

Le siguió el papa **BONIFACIO III (606-607)**. Este fue coronado como “*Sumo Pontífice*” (Pontifex Maximus) por el asesino emperador Focas en el año 606, el mismo título que tenían los antiguos césares. Dice la enciclopedia católica de ese emperador:

«Focas (o Phocas), emperador de Bizancio, se proclamó a sí mismo emperador en el año 602 después de matar a Mauricio. Su gobierno fue notable sólo por su crueldad con que lo ejerció».

¡El papa fue coronado “Pontifex Maximus” por un asesino!, y esto ha sido aceptado hasta hoy.

La simiente del Falso Profeta | Tercera Parte



Índice del Tema

- El papa y el emperador
 - La cuestión honoriana
 - Un valiente emperador iconoclasta: León III
 - ¿San Pedro o Júpiter?
- El poder temporal
 - Mentir para vencer
 - Herederos de nadie
 - El papa, un señor feudal poderoso
 - Del feudo al reino
 - Agua bendita
 - La Papisa Juana

El papa y el emperador

Hasta el año 685, la elección del llamado obispo de Roma fue derecho exclusivo del emperador. Es decir, que el poder civil era quien escogía al que creían era el responsable de la Iglesia de Jesucristo. ¡Qué lejos está esto de las palabras de Jesús: “Dad a Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios!”. Aquí el Cesar daba lo que

suponen era de Dios a hombres sin Dios. En el año 752, el obispo de Roma será elevado en hombros después de su elección. En el año 795 se hablará del “*poder temporal*” del papado, y ya en el año 800 se establecerá la “*supremacía temporal*” del obispo de Roma. Pero vayamos por partes...

La cuestión honoriana

HONORIO I (625-638), este papa fue tan controvertido por lo que explicaremos a continuación que llegó a ser condenado como hereje por la llamada “*cuestión honoriana*” en un concilio general (680-681), en el VI Concilio Ecuménico de Constantinopla. LEÓN II (682-683), ratificó esa condena. El papa Honorio, buscando el atraerse a los *monofisitas*, de los cuales ya hablamos, suscribió la propuesta del patriarca de Constantinopla acerca de que se hablara de “*una sola voluntad de Cristo*”. De este modo, el papa, a lo que parece poco versado en teología griega, tomaba postura favorable a las tesis bizantinas en la cuestión *monoteleta* (*).

(* *El monotelismo es la doctrina que habla de dos naturalezas en Cristo, una divina y otra humana, pero una sola voluntad*).

La cuestión llegó tan lejos que Honorio fue condenado por haberse puesto de lado del acérrimo rival de Roma, Bizancio. La tradicional ley del silencio, hizo que el nombre de ese papa fuera borrado del “*Díptico eclesiástico*”, es decir, de la tabla o índice autorizado de los papas, y que fuera “*traidor contra la doctrina de san Pedro y demás apóstoles*”.

La enciclopedia católica dice así respecto al *monotelismo* y a Honorio:

“Su doctrina fue expuesta por el emperador Heraclio y el obispo Honorio de Roma con la intención de atraerse a los monofisitas...”

Nótese que a Honorio no le llama la enciclopedia: *Papa*, sino simplemente: *obispo*. Aquí se planteó un problema en lo sucesivo para Roma. Claramente, un papa se había equivocado en cuanto a doctrina (*¿infabilidad papal?*), luego, el principio jurídico de que “*un papa no podía ser juzgado por nadie*” debería completarse, en lo sucesivo, con una coletilla que dijese: “*si no apostata de la fe*”. Pero, ¿realmente Honorio *apostató* de la fe por creer un principio doctrinal supuestamente equivocado?, es decir, una cosa es llegar a creer

cierta doctrina, digamos poco ortodoxa, pero otra muy diferente es *apostatar* de la fe. Nadie puede juzgar que Honorio *apostató* de la fe por mantener un entendimiento doctrinal diferente al de la iglesia occidental.

El problema con la “*cuestión honoriana*” poco tenía que ver realmente con asunto doctrinal alguno, sino más bien con un asunto meramente político y que todavía perdura: la rivalidad entre la iglesia de Roma y la iglesia Ortodoxa. Muchos historiadores católico-romanos sostuvieron hasta el siglo XIX que no era cierto que se hubiera declarado hereje a Honorio, y acusaron a “*griegos malintencionados*” de introducir falsedades en las actas conciliares. No obstante, la evidencia al fin se impuso.

En el formulario papal, el llamado “*Liber diurnus*”, se especifica que cada nuevo papa debe abjurar del *monofisismo* y de sus seguidores, incluyendo al papa Honorio I. Tenemos entonces, según Roma, otro papa hereje más (que forma parte del *Liber Pontificalis*, por lo tanto, no fue considerado *antipapa*). Así que, el asunto de la “*infabilidad papal*” sufre otro importante revés.



“*Efigie de Honorio I*”

MARTÍN I -*san*- (649-653), fue coronado huyendo de la ratificación del emperador, como era la costumbre, por tal causa, fue desterrado a Crimea. Este papa declaró dogmáticamente que María fue siempre virgen, incluso después de dar a luz a Jesús, es decir, que ¡Jesús nació sin romper el himen!

Le siguió EUGENIO I -*san*- (654-657), este, se sujetó al emperador, volviendo todo a su cauce. En ese tiempo, el papado aún sin suficiente fuerza, requería del emperador para su protección y amparo. ¿Cómo podría ser que una institución supuestamente divina requiriera del poder secular? ¿Acaso fue así con la iglesia primitiva?, evidentemente, no.

VITALIANO -*san*- (657-672), siguió la misma política de extrema sumisión al Cesar. Compárese esa actuación con la de los primeros cristianos que morían en el circo romano antes de siquiera quemar un poco de incienso al emperador. Estos papas declarados *santos* por Roma, no sólo quemaban incienso al emperador sino que le besaban los pies si fuera necesario con tal de permanecer en el *solio* pontificio.

Ireneo, obispo de Lyon en el siglo II, discípulo de Policarpo que a su vez lo fue del apóstol San Juan, nos dejó escrito que el número 666 (Ap. 13: 18), significa "*Lateinos*", es decir, *Latín*, porque los caracteres griegos de este nombre colocados juntos dan la suma de 666. Pues, precisamente, el papa Vitaliano, en el año 666, declaró que la Iglesia romana sería la Iglesia Latina, e instituyó el latín como lengua oficial y universal de la Iglesia, ¿coincidencia?, ¡no!

AGATÓN, como no, -*san*- (678-681), fue el primer papa al que el emperador eximiera del pago de una cantidad para su confirmación en el cargo.

Le siguió LEÓN II (682-683); de él ya hablamos cuando comentamos sobre la "*cuestión honoriana*", este papafue el que condenara a su antecesor, Honorio I. Añadir que, el ejemplo de Honorio, ponía en duda la suprema autoridad dogmática del papa como ya vimos. Pero todo ello es cuestión baladí si lo comparamos con otras. **SERGIO I** (687-701), fue acusado de llegar al papado gracias a haber comprado con oro el favor de la autoridad civil competente. Este fue elevado a los altares como *san* Sergio I. La razón, estudiándola, es muy evidente, ese papa se negó a suscribir las conclusiones del sínodo

Trulano del año 692 que eran hostiles al papado y contrarias a la costumbres occidentales del celibato, el cual se fue imponiendo poco a poco, como algo “*sagrado*”.

CONSTANTINO I (708-715), fue el último papa que viajara a Constantinopla hasta Pablo VI. Firmó un tratado de paz con Justiniano II que exponía la finalización de la llamada “*cautividad bizantina del papado*”. A partir de ahora, Roma iba a ser paulatinamente, Roma. Durante toda la historia, hasta entonces, las relaciones entre Roma y Constantinopla fueron malas, a partir del año 726 fueron peores.

Un valiente emperador iconoclasta: León III

El emperador León III (717-741), publicó el primero de sus edictos iconoclastas (de *icono*: imagen; *clasta*: romper). Este emperador hizo algo muy valiente, decretar la destrucción de las *imágenes*, no obstante, esto determinaba un extendido enfrentamiento con la religiosidad idolátrica de los católico-romanos. Así pues, ordenó la destrucción de todas las imágenes religiosas, tanto de Oriente como de Occidente en sintonía con los principios bíblicos y el sentir de los primeros cristianos.

Ya para ese entonces, el *paganismo* hacía siglos que había entrado en la iglesia visible, y ésta era sólo una mezcla y sincretismo de religiones diversas con cierto barniz cristiano sólo en apariencia.



“*Moneda del emperador León III*”

Ese *neopaganismo* romano, la norma en Occidente, encontró su *valedor* en la persona del papa GREGORIO II (715-731); por supuesto, y como no podía ser de otro modo, “*san*” Gregorio II. Este

hombre idólatra desafió al emperador León con dos cartas en las que declaraba no ser *adoración* el culto a las imágenes, sino sólo *veneración*. Evidentemente, ese papa no tenía a mano la Sagrada Escritura que dice: “**No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás...**” (Éxodo 20: 4, 5).

Osadamente le dijo al emperador que no tenía miedo de un posible ataque suyo. En ese tiempo, las milicias romanas estaban ya muy bien organizadas y además el papa contaba con el apoyo de los lombardos. Por eso decía amenazadoramente:

“No tengo más que retirarme veinticuatro millas Campania adentro, y tú podrás seguir con tu obra. Pero en cuanto a la estatua de san Pedro, que todos los reinos de Occidente consideran un Dios sobre la tierra, el Occidente entero se tomaría una terrible venganza”.

He aquí la amenaza de ese papa pagano, y nótese aquí la idolatría manifiesta de ese papa hecho “*santo*”, defendiendo una imagen, y lo que ésta representa para el papado: “... *en cuanto a la estatua de san Pedro, que todos los reinos de Occidente consideran un Dios sobre la tierra*”. No tiene ningún reparo en denominar a Pedro un “*Dios sobre la tierra*”. Así, al igual que *Pedro*, cada papa es también un “Dios” sobre la tierra, según su propio discurso.

A partir del año 726, el papado se acercaba cada vez más al mundo franco-germánico.

¿San Pedro o Júpiter?

En cuanto a esa estatua de s. Pedro, es preciso saber que esa estatua en cuestión era la representación del dios Júpiter. Esa grandiosa estatua de bronce, fue alterada, y se la nombró como la de “san Pedro”. Hasta hoy en día, la estatua es vista con profunda veneración, y como no decirlo, pues es la realidad, se dirige a ella *adoración* por parte del pueblo, tanto es así, que el pie de la estatua ha sido besado tantas veces por los fieles, que los dedos están gastados casi por completo.

Pero no sólo por parte del pueblo esto ocurre. Consta en fotografía como el desaparecido papa Juan XXIII se acerca a la estatua para besarla, revestida para la ocasión, con un manto y una tiara pontifical de tres coronas (como la de los papas actuales).

Si esto no es un acto de adoración, ¿qué es un acto de adoración entonces? Esta práctica de besar a un ídolo o estatua es de origen absolutamente pagano, el mismo paganismo que la Biblia condena.



“La estatua de Júpiter convertida en la de “san Pedro”

Cuál sería (y es) el amor de Roma a las imágenes que en el año 731, en un sínodo romano, siendo entonces papa **GREGORIO III** (731-741), claro está, “*san*” Gregorio III, ¡se decretó la *excomuni3n* a todos los *iconoclastas*! En ese tiempo, dada la presi3n del emperador bizantino debido a esa excomuni3n, este papa Gregorio pidi3 ayuda al franc3s Carlos Martel, debido tambi3n a que ya no pod3a contar con los lombardos.

ZACARÍAS -*san*- (741-752), fue el 3ltimo papa griego de nacimiento, ¿por qu3 ser3a? Los papas iban a mirar hacia el norte de aqu3 en adelante; y los del norte iban a mirar con cierta admiraci3n al papado.

El mayordomo del 3ltimo rey merovingio, Pipino, protagoniz3 un golpe de estado contra su rey y se estableci3 en el poder. Poco antes, le plante3 a Zacar3as la cuesti3n de si pod3a seguir llamando rey a

alguien que sólo ostentaba el título, o si no se debería más bien llamar así a aquel que tuviera todo el poder, como él, claro.

El papa, astutamente, le respondió según su gusto. Entonces Pipino, con la conciencia ya más tranquilase hizo coronar rey de los francos (751), encarcelando al último merovingio en un monasterio. Fue el legado papal, el arzobispo Bonifacio el que ungió a Pipino el Breve como rey de todos los francos. Esa fue la primera vez que un soberano franco era ungido con el “*óleo sagrado*”.

Eso era lo que el papa estaba buscando porque al tener todo el apoyo y *fe* del recién nombrado rey de todos los francos, ya le permitía independizarse de Bizancio, es decir, de Oriente, para siempre. Además, empezaba a comprobar que su influencia religiosa en Occidente le permitía controlar a los *poderosos*, pretendiendo mucho más, buscando un auténtico “*poder temporal*”. Evidentemente, este papa fue elevado como “*santo*” por Roma.

Además de los asuntos netamente políticos, la realidad de la vida religiosa de aquellos días es para tenerla en consideración. Cuando san Bonifacio al visitar Alemania descubrió que ninguno de los clérigos respetaba sus votos de celibato, le escribió al papa Zacarías al respecto, diciendo:

“Los jóvenes que pasaron su juventud violando mujeres y cometiendo adulterio están ascendiendo en las filas del clero. Estaban pasando las noches en cama con cuatro o cinco mujeres, y luego levantándose a la mañana...para celebrar misa”.

Con todo ello, el obispo Rathurio se defendió diciendo que si excomulgaba a los sacerdotes pecadores “*no quedaría ninguno para administrar los sacramentos, excepto los muchachos. Si excluía a los bastardos, conforme lo demanda la ley canónica, ni siquiera los muchachos estarían disponibles*” (De Rosa, *op. Cit.* Pp. 404-405).

Así era la realidad eclesial en aquellos tiempos, e iría a peor sin lugar a dudas hasta las más altas instancias de la jerarquía: el mismo papado.

El poder temporal

Una de las “*dos columnas*” del papado es la llamada *Sucesión Apostólica*; la segunda es la llamada “*poder temporal*”. Sobre esta teatral columna, el Vaticano basa su afirmación de que el papa tiene autoridad sobre los reyes de la tierra. Esta “*columna*”, totalmente antagonista al mensaje neotestamentario, por clara referencia del mismo Jesucristo, se basa en un documento falso, llamado las “*Donaciones de Constantino*”. Esa sería la “*base legal*” para justificar la pretensión papal del *poder temporal*.

Durante el papado de **ESTEBAN II** (752-757), se urdió lo que la historia ha llamado la “*Falsa donación constantiniana*”. Un funcionario papal, Cristóforo, metió mano a una antigua leyenda sobre el papa Silvestre (314-335), y basándose en ella, redactó un documento que presentó como original del tiempo del emperador Constantino el Grande.

Además de las atenciones que el emperador romano tuvo con ese obispo de Roma, inventó que además le había otorgado Roma, Italia y el Occidente entero como recompensa por haberle sanado milagrosamente de la lepra al bautizarle (cuando se sabe que Constantino fue bautizado, cuando seguramente ya había partido a su destino final desde su lecho de muerte).



“Estampa que recoge la fantasiosa donación del emperador Constantino al obispo romano Silvestre”

Una estafa parecida ya había ocurrido en el siglo V, como vimos, pero con Cristóforo, el engaño fue más completo y creíble, aunque no del todo. Había lagunas y anacronismos en el *documento* de ese funcionario que hicieron dudar a los eruditos de los siglos por venir. Por ejemplo, en el escrito decía que Constantino se llamaba a sí mismo el vencedor de los hunos, ¡cincuenta años antes de que éstos aparecieran por Europa! El obispo de Roma era llamado *papa*, ¡setenta años antes de que se usara ese título por primera vez, y casi doscientos años antes de que fuera exclusivo suyo!

Además de todo esto, Cristóforo, al cual el Vaticano en lo sucesivo le debe todo lo que es y tiene a causa de su engaño, comenzó a fabricar detalles audazmente, incluyéndolos en la célebre *“Donación de Constantino”*:

“Constantino había regalado una diadema o corona al “papa” y sus sucesores...el manto púrpura y la túnica escarlata y todos los atributos imperiales...el cetro imperial, con todos los estandartes y banderas y ornamentos similares”.

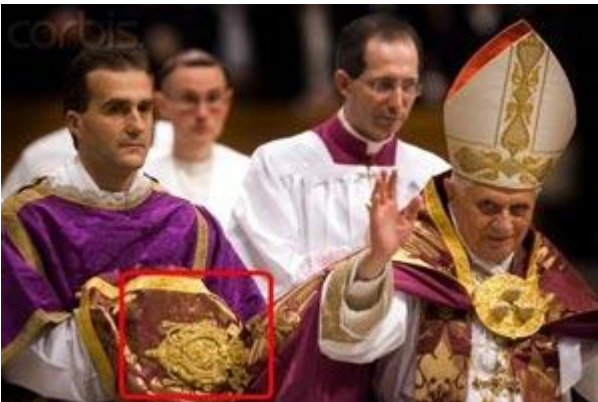
Muy ansioso estaba Cristóforo de mantener ciertos privilegios y honores de su oficio, así que inventó lo que Constantino concediera a la curia; unas dignidades parecidas a las que había disfrutado el

senado romano: “...cabalgar en caballos blancos adornados con gualdrapas del blanco más puro, calzando zapatos blancos, como los senadores”.

Pero todo esto no eran más que preparativos para la cuestión más importante: Demostrar que el papa no sólo era independiente desde Constantino, sino que, además era superior a él.

Todo ello era una absurda mentira tal y como hemos estado estudiando hasta ahora. El papa siempre estuvo sujeto al emperador hasta ese momento; y aún más, era el emperador el que lo escogía bajo pago de una suculenta cantidad. No obstante, Cristóforo daba a entender que incluso habían ofrecido la corona imperial a Silvestre, pero que este, por ser tan modesto, la había rechazado, y en su lugar, habría aceptado un simple gorro frigio, precursor de la gran tiara de tres coronas.

En otras palabras, esto significa que si Constantino había seguido disfrutando de la corona, era gracias a la buena y generosa voluntad del obispo romano Silvestre. Con todo, la intención del funcionario papal era muy evidente al dar su explicación del por qué Constantino estableció su capital en el Oriente. Según él, esa decisión fue tomada porque no estaba bien que un emperador terrenal compartiera la sede del sucesor de Pedro. ¡Menuda mentira!



“Recurso heráldico como ornamento estético de las nuevas prendas litúrgicas que ha recreado el actual papa Ratzinger; a él le encantan estas cosas”

Lo siguiente, según Cristóforo, es lo que el emperador dejó escrito en sus “*Donaciones*”:

“...para que la corona pontifical pueda mantenerse con dignidad, nosotros renunciamos a nuestros palacios, a la ciudad de Roma y a todas las provincias, plazas y ciudades de Italia y de las regiones del Occidente y las entregamos al muy bendito Pontífice y Papa Universal, Silvestre”, ¡todo ello cuando en esa época el título de Pontífice y Papa universal ni siquiera existían!

Mentir para vencer

La “*Falsa Donación Constantiniana*”, llegaba en un inmejorable momento. El papa Esteban II, veía que el Islam se iba apoderando de mucho territorio, pero es que además, debido a la decadencia del imperio bizantino, los lombardos y logobardos, dominaban Italia, y, no reconocedores del *poder temporal* del papa, amenazaban la sede papal. Por lo tanto, el papa debía buscar a alguien crédulo y fuerte que pudiera librarle de sus enemigos. Esa sería una práctica que acabaría convirtiéndose en costumbre.

Surgido el Islam (siglo VII), los ejércitos musulmanes con su *guerra santa*, barren el norte de Africa, España, etc. capturando las tierras del papa en el nombre de Alá. Perdían territorio aquí y allá, y los bárbaros se aprovechaban de la coyuntura. Llegó un momento en que al papa sólo le quedaba la Italia central, y el ejército de los lombardos estaba preparado para tomar posesión de lo que le quedaba.

Su única esperanza estaba en Pipino III, el nuevo rey franco. Pero, ¿cómo iban a conseguir que defendiera Roma con su ejército? Necesitaban un plan ingenioso para lograrlo. Si el rey franco recibía una carta de *San Pedro* desde el cielo pidiendo su ayuda, quizás tragara el anzuelo. Así que falsificaron una carta.

La marcaron con letras de oro en un pergamino costoso y le dijeron al rey franco que el mensaje era tan importante que el mismo San Pedro la trajo del cielo y se la entregó al papa. Una procesión religiosa impresionante fue al rey Pipino con la “*carta de San Pedro*”, rogándole desde el cielo que salvara Roma. El rey estaba asombrado de que el mismísimo *San Pedro* hasta le conociera.

Creyó cada palabra de la carta falsa y reunió a su ejército para defender Roma. Para asegurarse del éxito de su propaganda, el mismo papa Esteban cruzó los Alpes y se personó en la corte franca. Recibido por Pipino, reclama osadamente la "*Propiedad de San Pedro*", es decir, lo que supuestamente Constantino había regalado a su antecesor de hacía cuatro siglos: Los que vendrían a llamarse los "*Estados Pontificios*".

El rey franco, se avino sin rechistar, y en Quierzy en ese mismo año del 754, se sella el tratado de amistad entre el papado y los francos. El rey le promete al papa los territorios que había de arrebatarse a los lombardos, y el papa le unge a él y a sus hijos Carlos y Carlomán.

Además, Esteban le da el título de "*Patricius Romanorum*", es decir, "*Protector de los romanos*", con lo cual quedaba ya suficientemente claro que se había traspasado a los francos la soberanía protectora sobre Roma y el papado. El usurpador Pipino cumplió con su parte, derrotando a los lombardos en los años 754 y 756, consiguiendo un tratado por el que se legalizaba la *restitución* de territorios al papa.

La enciclopedia católica dice así: "*Esteban pidió ayuda a Pipino el Breve contra Astolfo, rey de los lombardos. Pipino atravesó los Alpes y le entregó varias de las ciudades arrebatadas a Astolfo, dando así origen a los Estados Pontificios*".



“La donación de Pipino el Breve por el Tratado de Quierzy, al Papa Esteban II, en el año 756”

Herederos de nadie

El papa Esteban, como “heredero” de san Pedro, y en “su nombre”, recibió las llaves de más o menos 20 ciudades, entre ellas: Rávena, Ancona, Bolonia y Ferrara, y con ellas sus ingresos y el dominio de una gran franja de terreno de la costa adriática. Todo ello no sería sino el principio de los futuros Estados Pontificios, también llamado *“Patrimonio de San Pedro”*. Las dudas sobre la *“Donación de Constantino”* se mantuvieron hasta que en el siglo XV, el cardenal Nicolás de Cusa (1401–1464), desenmascaró la *falsificación*, pero como siempre, ya fue tarde. Esto es un hecho suficientemente probado.



“El cardenal Nicolás de Cusa”

El papa, un señor feudal poderoso

A partir de esos entonces, y de manera fehaciente, el papa, se convierte en un señor feudal con mucho poder, en un *príncipe*. Su feudo es religioso, pero sobre todo es político y financiero. Pronto aparecerán las terribles disputas por el poder papal. Si ya las había habido, a partir de ahora, más que nunca debido al incremento de poder y dinero del papa y su sede. En los años 767 y 768, se enfrentan entre sí tres candidatos. Estos son, Constantino II, Felipe y Esteban (III o IV, nadie sabe).

A la muerte de **PABLO I** (757-767), el cual era hermano de Esteban II, uno de los muchos nobles locales, en concreto Toto de Nepi, que se adueñó de Letrán, dispuso a que un hermano suyo, Constantino fuera el siguiente papa. Pero como ni siquiera pertenecía al clero, le nombraron clérigo, subdiácono, diácono y sacerdote, siendo consagrado obispo y por fin papa, ¡todo en un mismo día! (*¿sucesión apostólica?*). Esto no gustó a algunos, obviamente, así que, por otro lado, nombraron dos papas más.

A uno de ellos, los *fieles* partidarios de Constantino le sacaron los ojos y le dejaron morir. Esta iba a constituirse una práctica habitual para anular al rival a la “*silla pontificia*”. Al otro adversario de esos dos, sencillamente le asesinaron. Surgió un tercero que pidió ayuda a los lombardos, los cuales tomaron la ciudad. Constantino II, después de ocupar durante más de un año el solio papal, fue vencido y echado a

un monasterio. Es importante darnos cuenta de que, después de ser papa, fuere como fuere, Roma le considera un *antipapa*.

Los lombardos vencedores pusieron como papa en el 768 a Felipe, un monje romano, pero que pronto se escapó y se retiró a su monasterio. La nueva elección recayó entonces en Esteban, que era un sacerdote. Este hizo deponer oficialmente a Constantino II. **ESTEBAN III** o IV (768-772), no dudó en permitir que el ahora convertido *antipapa* Constantino II fuera cegado y mutilado. Después de sacarle los ojos y cortarle la lengua, le encarcelaron y le dejaron morir de hambre. Le sucedió **ADRIANO I** (772-795). Este volvió a buscar su apoyo en los francos.

Cuando murió el emperador Pipino III el Breve, bajo el pontificado de Adriano I, el hijo del emperador Pipino, Carlomagno, siguió creyendo en el documento de las *“Donaciones Constantinianas”*. Este papa codicioso, Adriano I, buscaba, no sólo la protección del emperador carolingio.

Dice así la enciclopedia católica: *“Adriano I, sucesor de Esteban IV, fue atacado por Desiderio, rey de los longobardos, y llamó a Carlomagno, quien le confirmó la Donación de los Estados pontificios hecha por Pipino (su padre)”*.

Esgrimiendo la falsa *“Donación Constantiniana”*, consiguió de Carlomagno la confirmación de lo ya donado, y aún que le fuese cediendo más territorios. Con todo ello, el Estado de la Iglesia de Roma fue agrandándose hasta alcanzar la que fue su configuración definitiva hasta el siglo pasado, a saber, el ducado de Roma, el exarcado de Rávena, la Pentápolis y la Toscana Meridional.



La formación de los Estados Pontificios



Mapa de Italia en 1796

Del feudo al reino

El papa es ahora el gobernante soberano de su estado. Fecha sus documentos según los años de su pontificado y no según los de gobierno del emperador oriental. Acuña moneda con su propia efigie (*Dad al César lo que es del César...*), y su protector, no es Dios, sino el rey de los francos.

A partir de Adriano I, los papas no sólo poseían la “*sucesión*” de San Pedro, sino el poder absoluto sobre las almas y las pertenencias materiales del mundo entero católico.

Los papas se transformaron en *césares* religiosos. No solamente tenían el poder religioso, sino el poder terrenal. Este proceso, más tarde, dio lugar al llamado “*Sacro Imperio Romano Germánico*”. Para los reyes y emperadores en lo sucesivo, el papa era la cabeza del reino de Dios en este planeta. Fue, y es, el intento humano de vivir el Milenio (Apocalipsis 20) sobre la tierra sin Cristo; con un *anti-cristo* que se sucede por medio de la primera *columna* aparentemente: la llamada, *Sucesión Apostólica*.

A Adriano I, le siguió **LEÓN III** (795-816). Este papa empezó no cayendo bien a algunos por no ajustarse a las normas de conducta

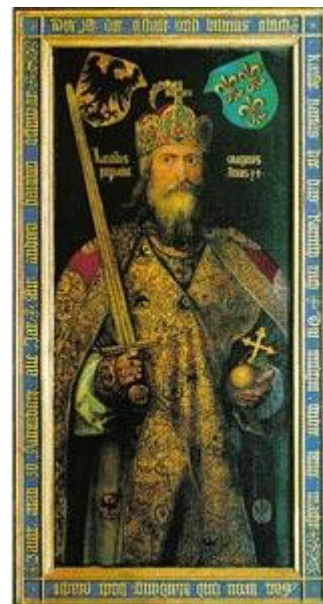
propias de su cargo. Fue asaltado en una ocasión en la calle por los sobrinos de su antecesor. Le arrastraron a una iglesia donde trataron de cortarle la lengua y arrancarle los ojos. A causa de una revuelta popular que iba contra él, pidió ayuda a Carlomagno.

Aprovechando el rey franco, hijo del usurpador Pipino III el Breve, la debilidad aparente del papa, convocó un sínodo en Roma en el año 800, buscando el que al fin el papa se sometiera a él. No obstante la maquinaria papal se ponía una vez más en marcha, y sacaron de nuevo a relucir las “*falsificaciones simaquianas*” para establecer que nadie en la tierra podía juzgar al papa.

En vista de eso, sólo se exigió a León III que emitiera un juramento de purificación canónica. Después de esto, y aun respirando profundamente, el papa en cuestión coronó a Carlomagno como *emperador* de Occidente en la Navidad de ese mismo año 800. Con ese acto le rendía pleitesía y se aseguraba un fiel defensor para lo sucesivo. Sin embargo, y eso es importante también, tal coronación no era válida pues carecía de base legal, puesto que sólo se reconocía la existencia de un emperador sobre la tierra, y ya existía uno en Constantinopla. La legalidad y la *tradición* sólo ha interesado a los papas en base a sus intereses propios.



La coronación de Carlomagno el día de navidad del 800 por el necesitado papa León III

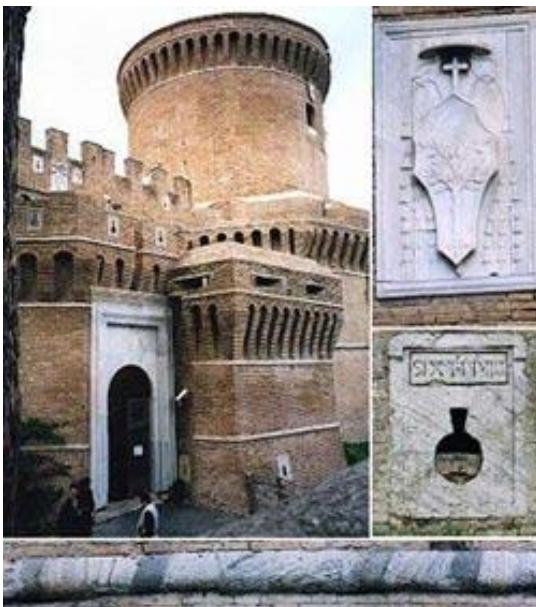


Carlomagno, hijo de Pipino III, el usurpador

Le siguió a León, **PASCUAL** (817-824). En su época los tumultos en Roma eran constantes. La nobleza romana estaba celosa de los francos, defensores del papa. Querían ellos elegir el papa, símbolo de poder, y perteneciente a Roma. Así las cosas, Lotario I, el emperador, promulgó la “*Constitutio Lothari*”, según la cual la consagración del papa sólo podía realizarse después de que el papa electo hubiera jurado fidelidad al emperador.

Papado e imperio quedaban entrelazados como una pesadilla. Para ser emperador se necesitaba la sanción papal, y para ser papa, la sanción imperial. Otra vez viene a la mente aquellas palabras del Maestro al cual dice el papa servir: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, pues en este caso, ni una cosa, ni la otra.

Le siguió **VALENTÍN** (827). Sólo aguantó un mes como papa, porque murió. Según el “*Liber pontificalis*” fue su vida en extremo desenfadada la que llevó a ese papa a la muerte. Este “desenfreno” debe traducirse en desenfreno sexual, borracheras, y cosas por el estilo. Le sucede **GREGORIO IV** (827-844). Ante la amenaza de los sarracenos, hace fortificar la ciudad de Ostia, y la llama en su propio honor, *Gregoriópolis*, aunque el nuevo nombre no perduró demasiado.



“*Gregoriópolis (Ostia)*”

Ya en esa época, se iba desarrollando el auténtico corazón de los Estados Pontificios, la Ciudad del Vaticano. En el siglo VII, aparecieron los primeros síntomas de riqueza en la basílica vaticana, pues se recubrieron de plata maciza la puerta principal y el llamado sepulcro de san Pedro. En éste las placas de plata se sustituirían pronto por otras de oro. El Vaticano es la empresa más rica y opulenta del mundo entero.

Durante el pontificado de **LEÓN IV** (847-855), apareció una nueva *falsificación* que colaborará decisivamente en la exaltación de la autoridad primacial del papa. Se trata de las llamadas “*Decretales Pseudoisidorianas*”. Estas eran un conjunto de decretales espurias escritas por un tal *Isidoro Mercator* y atribuidas falsamente al gran obispo español Isidoro de Sevilla en el siglo VI, por cuyo motivo esas falsas decretales suelen llamarse *Pseudo* (falso) *Isidoro*.

Este documento contenía pretendidas decretales de papas desde san Pedro hasta Gregorio II (731). La falsificación se hizo con la intención de aumentar los derechos papales. Aumentando los derechos papales, indirectamente se aumentaban los derechos de la jerarquía romana. Las cartas se consideraron auténticas hasta que en el siglo XV, el cardenal Nicolás de Cusa y Juan de Torquemada las desenmascararon. Tristemente, para entonces, ya habían cumplido con su misión.

¿Podría la Iglesia de Cristo basarse en engaño tras engaño, en falsificación tras falsificación?: “*La Fórmula Hormidas*”, “*La carta de San Pedro*”, “*Las falsificaciones Simaquiánas*”; “*Las Donaciones de Constantino*”, “*Las decretales Pseudoisidorianas*”, y muchas más estratagemas que ocurrieron, y otras muchísimas que estarían por venir. Todas buscando lo mismo, el levantar un poder que es sobre todo poder terrenal, y en el nombre de Cristo, aunque totalmente ausente de Cristo. En el nombre bendito de Cristo, todas estas gentes impías y codiciosas, durante siglos, han estado forjando su reino impío aprovechándose del temor religioso y supersticioso de las gentes indoctas. En vez de predicar a Cristo, se predicaron a sí mismos utilizando el nombre de Cristo para sus fines pecaminosos ¡cómo no va a haber un justo juicio de Dios! ¡Cómo no va a haberlo!

Agua bendita

En el tiempo de ese papa, se usa de forma genérica el “**agua bendita**” la cual se encuentra en todos los templos, y también se “*bendice*” con ella al pueblo, ganados, objetos, etc. Desde hacía tiempo ya se venía usando, pero ahora se constituye como *dogma* oficial. Lo del *agua bendita* es una superstición importada directamente del paganismo.

Los paganos antes de la era cristiana solían tener fuentes a la entrada de los edificios públicos y de las casas particulares, y con esas aguas pretendían purificarse espiritualmente antes de entrar. En el siglo IV, los paganos que habían entrado en masa en la Iglesia trajeron consigo, entre muchas otras, esta costumbre, y ya en aquella época, las primigenias basílicas cristianas empezaron a colocar pilas de agua *bendita* a la entrada de las mismas. De ahí viene tal *tradición*, que por supuesto no viene en el Nuevo Testamento. Lo que nos limpia espiritualmente no es el agua, sino la sangre del Cordero de Dios.



“Pila con agua llena de demonios”

La Papisa Juana

¿Sabía usted que Roma sin saberlo eligió a una mujer por papa? Nunca lo hubiera hecho de ser consciente de ello, porque nunca Roma hubiera escogido, ni escogerá una mujer como “*vicario*” de Cristo, ya que va en contra de su dogma. Sin embargo, ocurrió. Me pregunto, y le invito a que Vd. también haga lo mismo: ¿Dónde está aquí la *infabilidad* de la Iglesia de Roma? Esta es la historia:

Cuando Lutero, el reformador, siendo todavía monje agustino, fue con ilusión a Roma, vio una estatua en una de las vías públicas que

conducen a la Basílica de San Pedro que le llamó la atención. Esa estatua era de una Papisa. Junto con el cetro y la mitra papal, tenía un niño en sus brazos. Era la estatua de la Papisa Juana.

Años más tarde, en el tiempo de la Contrarreforma, por orden de Sixto V (1585-1590), antiguo inquisidor, esa estatua fue quitada de en medio. Esa mujer, Juana, haciéndose pasar por hombre, y consiguiéndolo, llegó a tener tal influencia que llegó a ser elegida papa con el nombre de **Juan VIII Anglicus**.

Sin embargo, después de un pontificado real de dos años y pico, fue descubierta su condición de mujer al dar a luz un hijo durante una procesión, muriendo allí mismo.

Acerca de esto, dice la enciclopedia católica: *“Ocupó el solio pontificio después de León IV (855) y antes de Benedicto III (858)”*.

Roma trató de ocultar ese hecho por razones obvias. Sin embargo, antes de la época de la Reforma, la cual expuso a la luz tanto pecado de la Iglesia de Roma, esta historia era parte de las crónicas y conocida por obispos e incluso por los mismos papas (*Historia de los papas, Bowers, Vol. 1, p. 226*).

Anastasio, bibliotecario papal y contemporáneo, por ejemplo, la menciona en su escrito *“Historia de los pontífices romanos”, P. 128, 1.338*. Marianus Scotus, escribía:

“A León IV sucedió una mujer, Juana, durante dos años, cinco meses y cuatro días”.

De hecho, todos los libros de historia de antes de la Reforma mencionan a la papisa Juana o en texto, o en el margen (*Ecumenismo y romanismo, p. 59, 60*).

Hasta el siglo XV, los papas tenían que pasar por un examen físico para que el caso de la papisa no se volviera a repetir. El papa recién coronado tenía que sentarse en una especie de retrete de mármol en el palacio Laterano. Se inventó una *ceremonia* según la cual el pontífice se sentaba en el agujero en cuestión de ese trono-retrete, para que se realizara un examen físico de las partes íntimas del nuevo papa.



“La papisa Juana pariendo en plena procesión; moriría en ese acto”

Como ya apuntamos, la idea de un papa femenino echa por los suelos toda pretendida verdad acerca del dogma romano de la “sucesión apostólica”. En vez de confrontar la realidad, Roma prefirió ocultar esta historia.

Por supuesto, que en la lista oficial de pontífices romanos no aparece la Papisa Juana. Los dos años y pico de su pontificado no constan absolutamente, del papa León IV (847-855), la lista pontificia de romana pasa al papa Benedicto III (855-858).

Sin embargo, no es necesario que Roma se tome demasiado esfuerzo en ocultar lo de la papisa Juana, porque es inútil demostrar una “sucesión apostólica”, por otras muchas razones, como ya hemos visto, y seguiremos viendo. Según la lista oficial de pontífices de Roma, de un total de 264 papas, 38 o bien son antipapas o bien son papas dudosos. Entre los dudosos, hasta existe uno elevado a los altares, **San Hipólito**. Una cosa es, cómo le hubiera gustado a Roma que hubiera sido todo, otra es, como realmente fue. La historia no es buena aliada de Roma, y Roma lo sabe.

La simiente del Falso Profeta | Cuarta Parte

Índice del Tema

- **Los cismas, los papas asesinos y fornicarios, y más sobre la célebre “Sucesión apostólica”**
 - **Cismas**
 - **¿Sucesión Apostólica?**
 - **Seguimos con la historia papal**
 - **Papa Esteban VI versus papa Formoso (las luchas entre las familias romanas)**
 - **El reinado papal de los fornicarios**
 - **Juan XII**



Los cismas, los papas asesinos y fornicarios, y más sobre la célebre “Sucesión apostólica”

Aunque no es nada agradable airear los trapos sucios, sí es necesario a veces hacerlo si queremos saber la verdad de las cosas. Es particularmente importante que abramos nuestros ojos ante la realidad que se ha intentado ocultar a la vista del fiel católico-romano durante siglos.

Como venimos insistiendo, la historia de Roma nos habla de la realidad romana, y muy a pesar del portavoz oficial del Vaticano en la actualidad y sus declaraciones de cambio, apertura y ecumenismo, la verdad es que la Roma político-religiosa no puede negar ni ocultar lo que siempre ha sido, y venimos denunciando.

El grito de los apologistas romanos frecuentemente es: “Miren los frutos de la Reforma, con sus numerosas divisiones y denominaciones entre ellos mismos”. Este pobre argumento no justifica a la iglesia de Roma y a su realidad. La pretensión de que Roma es una sola unidad es tan sólo una pobre ficción. Los papas, razón de la existencia de la iglesia romana, no han estado de acuerdo unos con otros, y en multitud de ocasiones se han excomulgado unos a otros (y sin embargo, todos constan en la “*Lista Oficial*”, por puros motivos políticos y de imagen ante sus fieles y el mundo).

En cuanto a los concilios, y hablando del principal de todo ellos, el de Trento (el de la Contrarreforma), en él, muchos obispos y cardenales disintieron, y el observador imparcial y honesto sabe que aun siendo ese Concilio la principal y definitiva fuente del dogma oficial romano, no representó plenamente la opinión y voluntad de la jerarquía conciliar y en general en absoluto, concilio que fue, por demás, dirigido al extremo por la Compañía de Jesús (jesuitas).

Esto fue también así con el Concilio Vaticano I como veremos, y también con el reciente Vaticano II, donde Pablo VI sofocó la oposición... ¿Roma unida? No, el cisma y la herejía han sido siempre platos calientes y servidos en la mesa romana para todos sus comensales, es decir, para todos los fieles al sistema romano;

¡No hay ni un católico romano que piense y crea exactamente como otro católico romano!

Según un reciente estudio llamado “*España 2000. Entre el localismo y la globalización*”, la quinta parte de los españoles que se declaran fieles católicos, creen en la reencarnación. No se quedan ahí las contradicciones. Una tercera parte de los católicos que se consideran fieles, no creen en la vida después de la muerte, ni en el cielo, ni mucho menos en el infierno; y aunque el 82 % de los españoles se declara católico, sólo una tercera parte asiste a misa al menos una vez al mes. Sólo el 46 % de los que se dicen católicos cree en un Dios personal, y se queda en el 27 % quienes identifican a ese Dios con el revelado en Jesucristo.

A horas de ahora, el porcentaje de impiedad ha subido notoriamente, quedándose corta la encuesta mencionada.



“El catolicismo romano en la práctica, es la manifestación sublime de la CONFUSIÓN (Babel)”

Es evidente que el concepto popular de catolicismo es de un pavoroso sincretismo, tal que incluye cualquier forma de teísmo.

La realidad es que las numerosas divisiones dentro de la institución romana, abarcan desde el archiconservadurismo, hasta las creencias y prácticas sincretistas de muchos clérigos y laicos basadas en el yoga, las religiones orientales o sucedáneo de ellas, e incluso el ocultismo a todo nivel, todo ello pasando por el *liberalismo* de Hans Küng, de gran influencia entre muchos católicos; los seguidores de la “teología de la liberación”, marxistas; seguidores de monseñor Lefevre, fanáticos de la Sociedad de san Pío X; ecuménicos, carismáticos, etc. etc. etc.

El collage es tan impresionante y tan dispar, que lo único que tienen en común los que se llaman católico-romanos, es sólo el nombre. La historia de Roma es la historia del *cisma* humano y espiritual, y de éste tratado de ocultar a los ojos de todos. La historia de la Roma político-religiosa es la historia de la complicidad, de la hipocresía y de la extrema ambigüedad.



*“El concilio jesuita de Trento, el teólogo católico Hans Küng; el obispo Marcel Lefevre, Teresa de Calcuta, el yoga, marxistas-leninistas, esotéricos, santería y santeros, y mucho, mucho más - irreconciliable de por sí - pero todo ello incluido en lo “católico”. No en vano “**católico**” significa: “**universal**”*

Cismas

Ha habido dos grandes divisiones o *Cismas*. El llamado *Cisma de Oriente*, incoado por Focio (862), y consumado por Miguel Cerulario (1059), el cual dio origen a la llamada Iglesia Ortodoxa Griega, y el *Gran Cisma de Occidente* (1378-1417), provocando la coexistencia entre Aviñón y Roma, de dos, tres, hasta cuatro papas simultáneamente.

Por lo tanto, una prueba irrefutable de que ni los *papas* ni la *sucesión papal* son conforme a la voluntad de Dios es esta: La propia historia.

La historia de Roma es una historia de *cismas*. Aunque a veces tediosa y siempre triste, viene aquí al caso reflejar la lista no exhaustiva de *cismas*, es decir, divisiones y guerras entre los diferentes papas. Ya desde temprano surgieron los cismas.

Ya en el año 250, surge el primer *cisma*. Cuando el obispo de Roma procura exaltarse por encima de los demás obispos. No obstante, pronto es *reprendido*. En el año 367, había dos obispos de Roma a la vez, Dámaso y Ursino, este último pierde la batalla y es declarado *antipapa* (*¿sucesión apostólica?*).

Dave Hunt, escribe al respecto: “Uno de previos ejemplos de multiplicidad de papas se originó por la simultánea elección de dos facciones rivales de papas: Ursino y Dámaso. Después de mucha violencia, los seguidores de Ursino lo levantaron como papa. Más tarde, después de sangrienta batalla que duró tres días, Dámaso, con el respaldo del emperador, salió victorioso y siguió como obispo de Roma durante 18 años (366-384). ¿Entonces, la sucesión apostólica operó por la fuerza de las armas? ¿de verdad?”.

¿Sucesión Apostólica?

Inevitablemente, y sin lugar a dudas, todos estos cismas o divisiones debieron tener una repercusión absoluta en la *columna* que dice sostener la presunta legitimidad, y la misma existencia de la Iglesia de Roma: La “*Sucesión Apostólica* o *Sucesión Papal*”. Es imposible sostener en pie la *columna* de la célebre “*Sucesión*” con tantas divisiones o cismas, además de otras realidades que iremos entendiendo mejor al prestar atención a la realidad histórica.

A lo largo de la historia papal, que estamos viendo, en muchas ocasiones el autor escribirá: (*¿sucesión apostólica?*). Aun a tenor de la múltiple repetición, consideramos oportuno el comentario con el objetivo de hacer reflexionar sobre el axioma romano, contrastándolo con la realidad objetiva e histórica.

He aquí algunos ejemplos: En el año 418, Eulalio le disputa el obispado de Roma a Bonifacio, y éste solicita la ayuda del emperador (*¿sucesión apostólica?*). Eso era muy común.

Félix III (526-530); este papa, como vimos, quiso asegurarse su sucesor, y designó a Bonifacio, no obstante, a su muerte, en vez de Bonifacio, los partidarios bizantinos consagraron como papa a Dioscuro (530), *¿sucesión apostólica?*

Juan II (533-535) *compró* el solio papal, *¿sucesión apostólica?* Vigilio o Virgilio (537-555) por hacerlo tan realmente mal, fue *excomulgado* por un sínodo de obispos, *¿sucesión apostólica?*

Un *cisma* fue promovido por los tres papas, Paulo I, Constantino y Felipe. Estos dos últimos, perdida la batalla, fueron *antipapas* *¿sucesión apostólica?*

En el año 824, se produce el cisma entre Eugenio III y Zósimo; este último vino a ser *antipapa* *¿sucesión apostólica?*

En el año 855, se produjo el cisma entre los papas Benedicto III y Anastasio; este último vino a ser *antipapa* *¿sucesión apostólica?*

En el año 891, cisma entre los papas Formoso y Sergio. Este último de *antipapa* llegó a ser papa en el año 904 con el nombre de Sergio III (veremos más de ello)... (*¿qué ocurre aquí con la “sucesión apostólica o papal”?*).

Seguimos con la historia papal

El siguiente ya fue mencionado anteriormente; nos estamos refiriendo ahora a: NICOLAS I (858-867) “*san*” Nicolás I. Lejos de ser ese *santo* que Roma dice que fue, sus propias declaraciones delatan su verdadero carácter, pensamiento y obra. Él dijo algo tan blasfemo como esto:

“Temed, pues, nuestra ira y los truenos de nuestra venganza; porque Jesucristo nos ha designado a nosotros los papas con su propia boca jueces absolutos de todos los hombres; y los reyes mismos se someten a nuestra autoridad” (Guillermo Dellhora, “La Iglesia Católica ante la crítica en el pensamiento y en el arte” México City, 1929, p. 248).

Este papa dijo lo mismo que en la historia reciente dijo León XIII, a saber: *“Ocupamos el lugar de Dios en la Tierra”*.

Nicolás I, en su nombre, y en el de sus sucesores, dirigía el mensaje hacia la proclamación de su supremacía sobre reyes, incluyendo el derecho a ordenar masacres contra sus opositores como vimos, y todo en el nombre de Cristo. Claramente, acerca de la pretendida sumisión absoluta que los papas siempre han exigido (y siguen exigiendo, aunque no lo parezca por la cortina de humo del ecumenismo), Nicolás I declaró, añadiendo a todo ello una pretensión incalificable de arrogante blasfemia:

“Es evidente que los papas no pueden ser atados ni desatados por ningún poder terrenal, ni siquiera por el del apóstol Pedro, si éste regresara a la Tierra; puesto que Constantino el Grande ha reconocido que los pontífices ocupaban el lugar de Dios en la tierra, siendo que la divinidad no puede ser juzgada por ningún hombre viviente. Por lo tanto, somos infalibles, y cualquiera que sean nuestros hechos, no somos responsables de ellos sino a nosotros mismos” (Cormenin, *History of the Popes*, p. 243).

En otras palabras, los papas son “Dioses”, como los dioses de la mitología griega o romana, tiranos que estaban por encima de los humanos. Su mención del emperador Constantino deriva de las pretendidas y falsas *“Donaciones de Constantino”*, en las cuales se basó para dirigir a los oídos de la historia tamaña suerte de blasfemos improprios.

Papa Esteban VI versus papa Formoso (las luchas entre las familias romanas)

En el año 896, el papa ESTEBAN VI (896-897), hombre extremadamente iracundo y títere de la familia Espoleto, fue protagonista de uno de los sucesos más espantosos y grotescos que

se puedan recordar de la historia del papado. Mandó desenterrar el cadáver de su antecesor, el papa Formoso, lo hizo vestir con las ropas papales y lo juzgó delante de muchos.

El pretexto del “juicio” era que el antiguo papa había accedido al pontificado cuando era obispo de otra diócesis, y eso no estaba permitido. La verdadera razón, no obstante, si es que así se le puede llamar, fue el hecho de pertenecer a su facción rival.

Aproximadamente, del año 882 al 1048, continuamente habría luchas por el poder papal por parte de las diferentes familias romanas; luchas que acabarían en horribles muertes muchas veces.

Reconoce la enciclopedia católica, que Esteban VI lo hizo con el fin de servir a la familia Espoleto. Así que, sacaron el cuerpo de Formoso de la tumba donde yacía desde hacía varios meses, lo vistieron de nuevo con sus ropas pontificales, lo llevaron a la sala del concilio, y lo sentaron en el trono.

El cuerpo putrefacto de Formoso apestaba toda la sala. Allí estaba toda la corte papal y el juzgado. Se le proporcionó un abogado al cadáver que no podía hacer mucho, mientras el papa Esteban le increpaba vociferante.

El concilio condenó al difunto papa Formoso, y entonces se ensañaron con el cadáver. Una vez sentenciado, se le expoliaron las ropas papales, se le hizo cortar los tres dedos con los que acostumbraba a impartir la bendición, se le decapitó, y se le arrastró el cuerpo por toda la ciudad, y al final se arrojó el resto del cadáver al río Tíber.

Este proceso recibió el nombre de “*Sínodo del cadáver* o *Sínodo horrendo*”. La facción rival de Esteban se puso en marcha y muy pronto ese papa fue depuesto y estrangulado en prisión.



“El sínodo del cadáver. El cadáver del papa Formoso sentado en el trono y siendo juzgado por el papa Esteban VI”

El historiador alemán Ferdinand Gregorovius (1821-1891) escribió respecto a todo ese tiempo: “...papas, clero, nobleza...vivían en la mayor barbarie que cabe imaginar”.



“El historiador Ferdinand Gregorovius”

En un brevísimo espacio de diez años, ¡hubo nada menos que ocho papas! Entonces, el partido de los sucesores de Formoso impuso a su candidato; este fue ROMANO (897), pero murió a los cuatro meses.

También lograron elevar al solio a TEODORO II (897), y su pontificado sólo duró un mes. Sólo tuvo tiempo de enterrar con todos los honores en la basílica de san Pedro el resto del cadáver de Formoso y anular las disposiciones del “*Sínodo horrendo*” (*¿infabilidad de la iglesia? ¿infabilidad papal?*)

Las depravadas familias ricas romanas no paraban intrigando, y al acecho, se repartían constantemente el pastel del papado.

En el año 898 los *antiformosianos* (los opositores al papa Formoso) una vez más volvieron a las andadas, y eligieron a Sergio de Caere como papa. En todo este relato vamos a ser detallistas por lo importante de las cuestiones en cuanto al tema de la “*sucesión apostólica*”.

Este Sergio y sus partidarios eran los mismos que habían montado el proceso contra el cadáver de Formoso. No obstante, los *formosianos*, por las armas, expulsaron al recién elegido Sergio, y por el momento se quedaba como *antipapa*. El emperador Lamberto de Espoleto, no gustándole Sergio como papa, hizo elegir a JUAN IX (898-900).

Este Juan, rehabilitó a Formoso y execró a los profanadores de su cadáver, entre los que destacaba de manera importante el ahora *antipapa* Sergio, que marchó al exilio.

Le siguió **BENEDICTO IV (900-903)** sin pena ni gloria, y a éste, le siguió el papa LEÓN V, el cual a los dos meses de pontificado fue hecho prisionero y fue encarcelado por su capellán Cristóforo, el que sería el papa CRISTÓBAL, que detentaría el solio pontificio durante un año (903-904)... (*¿sucesión apostólica?*).

Le duró poco la cosa a Cristóbal porque Sergio de Caere, que en todo ese tiempo estaba esperando la oportunidad de regresar, lo hizo respaldado por el pequeño ejército de un señor feudal. Tras algunas matanzas, logró lo que se proponía, asumir el poder papal. Declaró al papa Cristóbal *antipapa*, y por la fuerza se constituyó “auténtico” papa con el nombre de **SERGIO III (904-911)** (*¿sucesión apostólica?*).

Dice la Enciclopedia Wikipedia de este papa Sergio: “La elección de Sergio, conde de Túsculo, como papa supone el inicio de un periodo de la historia del papado conocido como “pornocracia” debido a la influencia que en las decisiones papales van a jugar las amantes de los pontífices”

De esto último se va a hablar más.



“El papa Sergio III”

El reinado papal de los fornicarios

Comenzando con Sergio III, vino el período (904-963) conocido como **“el reinado papal de los fornicarios”**.

Lo primero que hizo el papa Sergio fue rehabilitar a aquel Esteban VI que profanó el cadáver de Formoso y que luego mutiló; luego entabló un proceso contra León V y contra Cristóbal.

Este Cristóbal (904), fue depuesto y encerrado en un convento. Queriendo Sergio deshacerse de toda molestia, hizo desaparecer de este mundo a estos dos últimos, sin escrúpulos, y rápidamente.

Evidentemente, ese mismo año (904), declaró invalidada toda rehabilitación de Formoso e hizo degradar a sus seguidores. El odio y la maldad de ese hombre hecho papa y reconocido como tal, ha sido patente hasta nuestros días. Los documentos de aquella época le califican de maligno, lascivo y feroz. Sergio III fue descrito por César Baronio, cardenal historiador católico-romano, y otros escritores eclesiásticos como un *“monstruo”*. Este fue uno más de los *infallibles* papas.

Durante su pontificado, el papado fue monopolizado por una de las familias romanas, la del senador Teofilato y su mujer Teodora. Sergio III estaba subyugado a ellos.

Además, mantuvo relaciones sexuales ilícitas con Marozia, hija de esos patricios, de las cuales nacería el que luego sería papa Juan XI.

Ese **Teofilato**, natural de Tusculum, hizo fortuna en Roma, consiguiendo los títulos de duque y senador, y ser uno de los jueces nombrados por el emperador. Más que por su habilidad o valor, lo que acumuló fue a causa de los *servicios* de su mujer, Teodora y de su hija Marozia que sabían cómo conseguir beneficios políticos a cambio de favores amorosos.

Teofilato había apoyado el partido *antiformosiano*, y le convino mucho la llegada de Sergio al solio pontificio. En ese tiempo, se hablaba de la “*monarquía de Teodora*”, ya que era ella la que en realidad ejercía el control sobre Roma.

El obispo Liutprando de Cremona en su “Antapodosis”, escribía:

“Cierta ramera sin vergüenza, llamada Teodora fue durante algún tiempo monarca de Roma, y vergüenza da escribirlo, ejerció su poder como un hombre. Tuvo dos hijas, Marozia y Teodora, que no sólo la igualaron sino que la sobrepasaron en las prácticas que ama Venus”.

El propio cardenal Baronius calificó esa “monarquía” con el nombre de “*pornocracia*”. Esas prostitutas determinaban quién sería el papa, ¡increíble e imposible “*sucesión apostólica*”!

Acerca de ello, Edward Gibbon (1737-1794), autor convertido al catolicismo, escribió lo siguiente en su conocida obra “Decadencia y caída del Imperio Romano”:

“La influencia de dos prostitutas, Marozia y Teodora, se fundaba en su riqueza y belleza, sus intrigas políticas y amorosas. A los más vigorosos de sus amantes los recompensaban con la mitra romana...El hijo, el nieto, y el biznieto bastardos de Marozia – extraña genealogía – se sentaron en la Silla de San Pedro”.



“Edward Gibbon (1737-1794)”

Así que, Teodora contaba con un instrumento esencial para ejercer su dominio en Roma: el papa. Marozia, hija de Teodora, fue el instrumento usado por ésta última para dominar a Sergio III.

Casi sin haber tenido tiempo de abandonar la pubertad, daba un hijo a Sergio. Esto está anotado en el *“Liber Pontificalis”* (*Libro de los papas*). La joven Marozia era ahora la amante de un papa y la madre de su bastardo. ¡Luego sería madre del papa, abuela del papa, y después de muerta, bisabuela de dos papas y tatarabuela de otro!

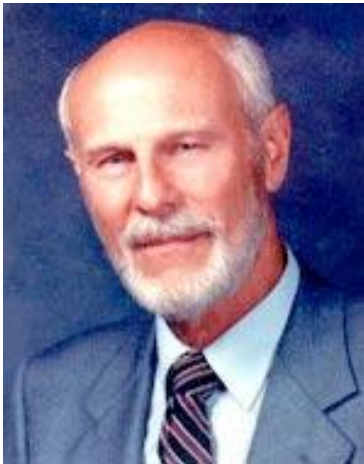
Por muchos años, el papado fue estrictamente uno de los títulos de una de las familias de Roma. Dice Halley, p. 774, *“Teodora, junto con Marozia, la prostituta del Papa, llenaron la silla papal con sus hijos bastardos y convirtieron su palacio en un laberinto de ladrones”*.

Respecto a Sergio III, como vimos, fue descrito por el cardenal Baronius como un “monstruo” y por Gregorio como un *“criminal aterrador”*. Dice un historiador “Por espacio de siete años este hombre ocupó la silla de San Pedro, mientras que su concubina, imitando a Semiramis madre, reinaba en la corte con tanta pompa y lujuria, que traía a la mente los peores días del viejo Imperio” (*Italia medieval, p. 331*).

Muerto Sergio III, Marozia, su concubina, se casó en primeras nupcias con un tal Alberico de Camerino cuando todavía no contaba veinte años de edad. Este Alberico fue un aliado ideal para los Teofilato.

Mientras tanto, Teodora, la madre de Marozia, mantuvo el poder. Esta hizo nombrar papa a ANASTASIO III (911-913), y después a LANDÓN (913-914), (*¿sucesión apostólica?*).

Estos dos papas fueron simples marionetas en las manos de Teodora. Dice Dave Hunt: “Teodora misma era concubina de dos eclesiásticos a quienes ella manipuló en rápida sucesión al “trono de Pedro”, luego de la muerte de Sergio – los papas Anastasio III y Lando. Al enamorarse de un sacerdote de Rávena, también lo manipuló para que ocupara el trono papal” (*A Woman Rides the Beast*, p. 109-110).



“El apologista Dave Hunt”

Este clérigo de Rávena que menciona Hunt, fue JUAN X (914-928). Además, según el obispo Liutprando, Juan era un clérigo joven y ambicioso de Rávena que acudía con frecuencia a Roma a despachar asuntos oficiales.

Entró en contacto con Teodora y enseguida entró bajo su protección. Esto le llevó a realizar una gran carrera. Tanto fue así que llegó a ser obispo de Rávena; esto hizo que ya no visitara Roma tan a menudo. Relata Liutprando:

“De ahí que Teodora, como una meretriz temerosa de tener pocas oportunidades de acostarse con su amante, le obligara a abandonar

su obispado para tomar - ¡Oh, crimen monstruoso!- el Papado de Roma”.

Así pues, ese Juan, que luego fue el papa Juan X, consiguió el solio pontificio para que así pudiera mantener relaciones sexuales con esa Teodora, a la que a la sazón llamaban Teodora la Anciana. ¡Todo tan repugnante como cierto!



“Retrato de Juan X”

Después de la muerte de Teofilato y de Teodora, este papa Juan quiso dar preeminencia a su hermano Pedro siguiendo su impulso **nepotista**, pero con ello se encontró con la oposición de Marozia, la hija de Teodora, que como nada menos que senadora de Roma, controlaba el poder civil.

Marozia, poco antes enviudó, y se casó de nuevo en el año 926 con el margrave Guy de Toscana. Entonces mandó asesinar a Pedro, el hermano del papa Juan, en su misma presencia. Luego encerró al propio Juan X en la cárcel y lo mandó matar, ahogándole con una almohada en el año 928. Esperando que creciera su hijo (el que tuviere con el papa Sergio III), nombró papa a LEÓN VI (929), y luego a ESTEBAN VII (928-931), otra vez, (*¿sucesión apostólica?*).

Cuando ese hijo ilegítimo tuvo veinte años, le hizo subir al solio pontificio con el nombre de **JUAN XI (931-935)**.

Marozia, se volvió a casar con un tal Hugo de Arlés que había recibido el título de rey de Italia para acrecentar así su poder sobre la ciudad de Roma, pretendiendo acceder a la corona imperial, pues no en vano su hijo Juan, ahora papa, podía convertir a un rey en emperador (recordemos la “*Constitutio Lothari*”).

No le salió bien esta jugada a Marozia, ya que Alberico, su propio hijo, encabezó una revuelta e hizo encarcelar a su madre y a su hermanastro el papa Juan. Este último fue desposeído de todo poder temporal, aunque conservó el solio hasta su muerte en el año 935.

Juan XII

Alberico, a la sazón soberano de Roma, entre los años 936 al 954, nombró a su gusto cuatro papas afectos a su causa (*¿sucesión apostólica?*).

Al fin de sus días, Alberico, tuvo la idea de unir en su hijo Octaviano los cargos de príncipe de Roma y papa. A este Octaviano, su padre Alberico, una vez convocados los nobles romanos en san Pedro, les pidió que juraran que cuando él muriera, elegirían príncipe a su hijo, y que cuando el actual papa muriera, le nombrarían además papa (*¿sucesión apostólica?*).

Un año más tarde AGAPITO II (946-955) falleció, y los nobles romanos cumplieron su promesa erigiendo a Octaviano, Príncipe de Roma y Papa al mismo tiempo. De esta manera las dos coronas estaban unidas en una misma cabeza.

Octaviano abandonó su nombre para convertirse en **JUAN XII (955-963)**, siendo proclamado papa ¡a los diecisiete años! Este papa Juan XII (todo está documentado), se dedicó concienzudamente al saqueo de Roma. Como ya apuntamos, esa ciudad estaba dominada por unas cuantas familias patricias que se disputaban los ingresos que producían los peregrinos. El papa se aliaba con algunas de esas familias en contra de otras, y con buena parte de los ingresos que recogía de los Estados Pontificios, los dedicaba a mantener su ejército personal.

Este papa pervertido estaba obsesionado con el sexo ilícito, incluso más que con el poder. Tuvo muchas concubinas, pero no tenía

suficiente. ¡No había seguridad para ninguna mujer que entrara en la Sede romana! Pagaba a esas mujeres por sus servicios sexuales, no con oro solamente, sino con tierras.

El obispo Liudprando de Cremona, cronista de aquella época, cuenta que el papa “estaba tan ciegamente enamorado de una señora que la hizo gobernadora de varias ciudades, e incluso le regaló las cruces de oro y los cálices del mismo San Pedro”.



“El extremadamente lujurioso papa Juan XII”

Chamberlin, católico romano, escribió de él:

“En sus relaciones con la Iglesia, parece que Juan se sintió impulsado a adoptar una actitud de sacrilegio deliberado, que iba mucho más allá del disfrute casual de los placeres sensuales. Era como si los factores más oscuros de su naturaleza le empujaran a saborear los excesos más extremos del poder, convirtiéndose en una especie de Calígula cristiano cuyos crímenes resultaban particularmente horribles por el cargo que ocupaba. Posteriormente se esgrimiría contra él la acusación de que había convertido el palacio Laterano en un burdel; de que él y sus bandas violaban a las peregrinas en la misma basílica de San Pedro...”

Sus *correrías* políticas son conocidas por todos. Cómo coronó a Otto I de Sajonia como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico el dos de febrero del 962, y porque Otto le reprendió por su vida disoluta,

el papa, por venganza, ofreció de nuevo la corona imperial a Berengario de Ivrea, bandido avaricioso y violento.

Este, al poco, viendo que no podría contra las huestes de Otto desistió de aceptar su nombramiento. Juan XII, entonces, asustado por la posible represalia de Otto, recurrió a todo aquel que pudo, hasta acudió a los sarracenos a través de Adalberto, hijo de Berengario, que tenía hecha alianza con los musulmanes.

El papa "*cristiano*" estuvo así cercano a provocar un nuevo dominio musulmán sobre la península italiana. Como no encontró eco su llamamiento por parte de Adalberto, lo volvió a intentar hasta con los *hunos*, enemigos de la cristiandad y hasta con los bizantinos, enemigos de sus propias prerrogativas como "*Sumo Pontífice*".

Cuando Otto, después de haber sido tremendamente paciente con el papa, volvió con su ejército, Juan XII huyó de Roma a Tívoli con todos los tesoros de la Iglesia que pudo llevarse. El emperador abrió un sínodo con la intención de juzgar al papa, a pesar de que según las "*falsificaciones simaquianas*", nadie en la tierra podía juzgar al papa.

El obispo Liudprando presidió en el nombre del emperador y tomó nota de los procedimientos. Otto, previamente, pidió a los presentes (allí había más de un centenar de arzobispos, obispos etc.) que formularan acusaciones. Diferentes testimonios acusatorios se levantaron bajo juramento; entre otros, Benedicto, cardenal diácono, y sus compañeros diáconos y sacerdotes, dijeron que el papa había recibido dinero por ordenar obispos.



"El papa Juan XII ante el emperador Otto I"

En cuanto a sacrilegios, dijeron que ni siquiera era preciso ordenar una investigación porque sólo era cuestión de abrir un poco los ojos. En cuanto a acusaciones de adulterio, el papa había copulado con la viuda de Rainiero; con Estefanía, la concubina de su padre; con la viuda Ana, y con su propia sobrina.

Los testigos fueron llamados y los crímenes del papa se pusieron sobre el tapete, entre otros:

“Fornicación con numerosas mujeres nombradas allí, dejar ciego a Benedicto, su padre espiritual, asesinato de un cardenal subdiácono llamado Juan, beber a la salud de Satanás en el altar de san Pedro”.

El sínodo convocó al papa para que se defendiera (el no quiso estar allí presente). El papa envió una carta a los obispos amenazándoles con la excomunión. Otto y el sínodo respondieron que si no se presentaba en Roma, el excomulgado sería él. Juan XII no hizo caso, y mientras estaba de cacería, el sínodo nombró un nuevo papa, a **LEÓN VIII (963-965)**, que al ser laico, en un día recibió todas las órdenes (*¿sucesión apostólica?*).

Juan regresó a Roma, una vez el emperador Otto se había ido por otros motivos, y convocó entonces su particular sínodo en febrero del 964, al cual acudieron unos treinta personajes, casi todos romanos.

Cabe decir aquí que la inmensa mayoría de los obispos europeos estaban del lado del emperador, es decir, en contra del corrupto ex-papa Juan. ¡Lo increíble aquí es que ese amañado mini-concilio del ex papa romano, ha sido considerado depositario de toda legalidad por la Iglesia de Roma!; por esa razón, León VIII es considerado un *antipapa*, aunque no está muy segura, en unas líneas veremos por qué. ¡Roma no ha podido permitirse la *ligereza* de dar la razón a un emperador honesto antes que a un papa asesino, corrupto y perdido como Juan XII, el cual, como no podía ser de otra manera, consta como *papa* en el “*Liber Pontificalis*”, y como todos ellos, él también es “*Su Santidad, Santo Padre, Vicario de Cristo*”! Pero hay más...

Una vez el ex-papa *venció* en su amañado sínodo, se vengó cruelmente de sus acusadores. Al cardenal Juan le hizo cortar la nariz, la lengua y dos dedos; otro fue azotado; a un tercero le cortaron la

mano. Depuso y excomulgó a León VIII, y Roma volvió a la situación anterior a la llegada del emperador.

Otto, a la sazón luchando contra Adalberto, hijo de aquel Berengario de Ivrea, una vez habiéndole derrotado definitivamente, volvió hacia Roma, pero antes de que pudiera llegar para hacer justicia, le llegó la noticia de que Juan XII había muerto, y no precisamente de muerte natural. El de nuevo papa Juan XII, murió asesinado por un marido que le encontró en la cama con su esposa... Lo que uno siembra, eso recoge.

La simiente del Falso Profeta | Quinta Parte

Índice del Tema

- **A veces papa, a veces anti papa**
- **Papa asesino: Bonifacio VII**
- **La “canonización de los “santos”, dogma del nepotista Juan XV**
- **Crescencio II versus emperador Otto III**
- **El hijo de Crescencio**
- **Cambio de familia, (sigue todo igual...o peor)**
- **El papado estaba a la venta**
- **¿Comprar la “sucesión apostólica”?**
- **Un papa de once años de edad**
- **Otra vez se compra el cargo papal**
- **El “periplo” de Benedicto**



Los papas puestos por emperadores o por las familias romanas de turno

Continuación del llamado “siglo tenebroso”

Los papas de esa época oscura, eran puestos, o bien por las familias romanas poderosas de ese momento, o bien por el emperador. La celeberrima “*sucesión apostólica*” una de las dos columnas sobre las que se sostiene teatralmente la iglesia de los papas, sólo era (y es) un cuento, que muchos han decidido creer, pero que sólo ha brillado en la historia papal por su ausencia.

No hay peor ciego que el que no quiere ver.

A veces papa, a veces anti papa

Los romanos eligieron papa a **BENEDICTO V (964)**, pero el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Otto I, no aceptó ese nombramiento. Aquí hay que decir que a raíz del **“Privilegium Ottonianum”** del 13 de febrero del año 962, cuando Otto fue coronado emperador por el papa, Otto u Otón, confirmaba las donaciones de sus antecesores a los papas, pero también disponía que el nuevo papa antes de su consagración, debía prestar juramento de fidelidad al emperador, con lo que quedaba bajo su control, hay que decir que, a veces muy necesario dado el poder sumamente corrupto de las familias patricias romanas.

Por lo tanto, el emperador estaba en su pleno derecho de no aceptar a Benedicto V. A pesar de esto, Roma pasando por encima de ese acuerdo “sagrado”, ha hecho de Benedicto V un auténtico papa, y como tal, figura en el **“Liber Pontificalis”**.

En cuanto a aquel documento, dice así la enciclopedia:

“El Privilegium Othonis, llamado también Privilegium Ottonianum o Diploma Ottonianum' (en español: «privilegio de Otón», «privilegio otoniano» o «diploma otoniano») es una legislación imperial estipulada en Roma el 13 de febrero de 962 entre Otón I y el Papa Juan XII, pocos días después de la llegada de Otón a Roma el 2 de febrero, para ser coronado emperador. La autenticidad del contenido del documento, muy discutida, parece cierta aun cuando la versión actualmente existente, conservada en el [Archivo secreto Vaticano](#), parece ser un duplicado del original, que probablemente se ha perdido”

En junio del 964, a causa de la oposición de los romanos, Otto I entró de nuevo en Roma, en junio del 964. En un sínodo celebrado en Letrán tuvo que obligar a los romanos a que le jurasen lealtad (tal como previa y oficialmente se estableció).

Allí mismo, volvió a anunciar la proclamación de León VIII como papa de nuevo. Es curioso que según la lista oficial de los papas del Vaticano, a Benedicto V le adjudican un mandato de dos años (964-

966), y sin embargo, la realidad es que ese ex-papa fue llevado a Hamburgo durante ese tiempo, evidentemente, sin ejercer en absoluto su cargo, el cual no tenía, ya que León VIII, fue el que se sentó en el solio pontificio, hasta el 965, año en que murió.

Interesante lo que menciona al respecto la enciclopedia católica: “Al morir Juan XII en el 964, el concilio cardenalicio (¿?) señaló como sucesor a Benedicto V, por lo que León VIII, aunque figura aún en el catálogo pontificio, es considerado a veces(¿?) como antipapa”.

¡Cuántas irregularidades! En primer lugar no existía en aquella época todavía ningún concilio cardenalicio, fue Nicolás que en el año 1059 levantó el concilio cardenalicio; y en segundo lugar, Roma admite que aunque está en la lista de papas, León VIII es considerado a veces antipapa. ¿Qué significa eso?, ¿que a veces es papa y a veces no lo es, según convenga? ¿Dónde está aquí la “*sucesión apostólica*” entonces? ¡Esto no es serio!



“Otón I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico”



“El Privilegium Ottonianum, pergamino purpúreo, 1.015 x 395 mm., escritura carolina de oro”

Después de **JUAN XIII (965-972)**, que fue hijo de un obispo, y que colaboró voluntariamente en la política imperial de expansión, yendo contra los bizantinos, le siguió, con el consentimiento imperial, **BENEDICTO VI (973-974)**. Este duró tan poco porque el partido de Crescencio, aprovechó la muerte del viejo emperador Otto I para rebelarse y encarcelar al papa en el castillo de Sant’Angelo.

Este Crescencio, cuyo partido y familia seguirían influyendo decisivamente en Roma y su papado, era hijo de Teodora la Joven, la hija de aquel Teofilato y Teodora, y hermana de la célebre Marozia (de casta le viene al galgo).

Papa asesino: Bonifacio VII

Encarcelado Benedicto VI, fue elegido papa **BONIFACIO VII (974-983)**. Lo primero que hizo este papa fue acercarse al castillo en cuestión y estrangular allí al depuesto papa Benedicto.

El nuevo emperador Otto II marchó para Roma, y asustado el papa asesino, huyó a Constantinopla, llevándose consigo una buena parte de los tesoros de la Iglesia de Roma.

Rápidamente se eligió otro papa, **BENEDICTO VII (974-983)**. Éste, hizo condenar en un sínodo al huido Bonifacio que seguía en Constantinopla. Una vez muerto Benedicto VII, el emperador hizo elegir papa a su incondicional archicanciller **Pedro de Pavía** (*¿sucesión apostólica?*) que tomó el nombre de **JUAN XIV (983-984)**.

Desgraciadamente para el recién nombrado papa, el emperador Otto II murió, y el antiguo papa Bonifacio VII, volvió a Roma. Con la ayuda del partido de la nobleza romana (el partido de Crescencio), depuso al papa y le encerró, como no, en el castillo de Sant'Angelo, y simplemente le dejó morir...de hambre. Pero como al que hierro mata a hierro muere, un año más tarde, en julio del 985, fue depuesto por la fuerza, y asesinado.

Sus contemporáneos describieron a ese papa como "*un monstruo*", y su cadáver fue arrastrado por las calles y arrojado ante la estatua ecuestre de Marco Aurelio. En algunas listas de papas, aparece como *antipapa*, pero lo cierto es que no debiera ser así, ya que el siguiente papa de nombre Bonifacio, que a pesar de lo malvado que también fue, resultó ser un gran jurista, se llamó VIII, y no VII, aceptándole así como su sucesor; por lo tanto, este BONIFACIO VII (984-985) es también uno de esos papas *infallibles*.



“Dar la espalda a la evidencia histórica es lo más fácil, y lo más falso”

La “canonización de los “santos”, dogma del nepotista Juan XV

Al papa Bonifacio VII, le siguió JUAN XV (985-996). Este fue hijo de un sacerdote, y fue elegido papa gracias a las maquinaciones de Crescencio. Practicó abiertamente el *nepotismo*, como no podía ser de otra manera, tal y como fue elegido. Por su arrogancia, se enfrentó al clero y a las familias romanas y fue expulsado de la ciudad. La “*canonización de los santos*” fue doctrina en el año 993, bajo el pontificado de este papa y por decreto suyo.

Crescencio II versus emperador Otto III

El emperador Otto III, una vez llegado a Roma, nombró como papa, (*¿sucesión apostólica?*), al obispo alemán, de nombre Brun von Kärnten como papa con el nombre de **GREGORIO V (996-999)** Al poco de salir el emperador de Roma, otra vez Crescencio volvió a las andadas, y soliviantando a la población influyente romana, expulsó al papa. Este empezó a excomulgar a todos, y los que le expulsaban se burlaban de él y de su excomuniación.



“Gregorio V, (que fue primo del emperador Otto III, junto con él). No es una escena exenta de cierta burla”

Crescencio hizo papa a Filogato, arzobispo de Piacenza, el cual se autonombó **JUAN XVI (997-998)**. Este es considerado *antipapa*, aunque de hecho ejerció el pontificado, dictando diversas *bulas*. Su número de orden se respeta en las listas papales (*¿sucesión apostólica?*).

En el año 998, Otto III volvió a Roma y repuso en su lugar a Gregorio V. A Juan XVI le hizo mutilar horriblemente y encerrar de por vida en un monasterio. El emperador, enterándose de quien era el instigador de todo, es decir, Crescencio, le hizo cortar la cabeza en el castillo de Sant’Angelo. No obstante, Gregorio V murió al poco tiempo, aun sin contar treinta años de edad. *¿Dónde está la sucesión apostólica de los papas en todo esto?*



“El castillo de Sant’Angelo, lugar donde se cometieron múltiples atrocidades”

Otto III, el emperador, otra vez fue él quien eligió al siguiente papa (*¿sucesión apostólica?*). Este fue su amigo y consejero **Gerberto de Aurillac**. Cambió de nombre por el de **SILVESTRE II (999-1003)**. Ese hombre practicaba las artes mágicas (ocultismo y brujería), por eso le conocían con el apelativo del **“papa mago”**. Tenía comunión directa con los demonios, que hasta le dirían que no iba a morir en el año 1000 (cuando todos esperaban el fin del mundo). De hecho según se dice, él sabía en el año que iba a morir porque los demonios se lo dijeron; (no sería de extrañar que un hombre vendido al diablo supiera por boca de este cuando iba a morir).

Silvestre II, defendía con ahínco las pretensiones primaciales de Roma. Tanto él como el emperador pretendieron recrear la corte imperial de la antigua Roma, pero fracasaron estrepitosamente, y las familias patricias se volvieron en contra de ellos dos, expulsándolos de Roma en el año 1001. Poco después, ambos morirían. El papado era un desastre se mirase por donde se mirase; y el imperio se estaba derrumbando.



“Estatua egregia del satanista papa Silvestre II”



“No hay peor ciego que el que no quiere ver, y así ha sido en cuanto a todos y cada uno de los falsos vicarios de Cristo en la tierra”

El hijo de Crescencio

El hijo de Crescencio, Juan, tomó el poder de Roma gracias a la fuerza de las familias patricias. **Hizo papa a JUAN XVII (1003)** (*¿sucesión apostólica?*). Sólo estuvo en el solio de junio a septiembre del 1003. Increíblemente, no fue asesinado, sólo depuesto. Le sucedió

JUAN XVIII (1003-1009). Este también fue un títere de Juan, hijo de Crescencio (*¿infabilidad papal?, ¿sucesión apostólica?*). Lo mismo ocurrió con el siguiente papa, **SERGIO IV (1009-1012)** (*¿sucesión apostólica?*), al que llamaban por su aspecto “*Hocico de cerdo*”.

La costumbre de esos papas de cambiarse el nombre de pila (que llegó a ser una costumbre generalizada hasta nuestros días) tenía y tiene por objeto disimular su origen y darse a sí mismos un título que pretendía impactar en la mente del fiel de entonces y de ahora.

Cambio de familia, (sigue todo igual...o peor)

Cuando murió Juan de Crescencio, el poder en Roma cambió de manos y de familia. Le tocó entonces el turno a la familia condal de Túsculo, que derivaba también de la familia de Teofilato. El cabeza de esa familia era un tal Gregorio. Este fue nombrado conde de Túsculo en su día por el ya difunto emperador Otto III, no obstante, traidoramente fue él el ejecutor de su expulsión de Roma.

Este Gregorio era hermano del papa Juan XII, y por lo tanto, nieto de aquella Marozia. Gregorio compró el cargo papal por medio de chantaje para uno de sus hijos, (*¿sucesión apostólica?*) de nombre Teofilato, como su tatarabuelo, y se hizo llamar **BENEDICTO VIII (1012-1024).**

Por otra parte, los del partido de Crescencio, eligieron el mismo año a otro papa, **GREGORIO VI.** Benedicto y los tusculanos, para oponerse a Gregorio, buscaron el apoyo del emperador germano **Enrique II.** Ganaron los tusculanos e inmediatamente Gregorio fue acallado. Más adelante, como no pudo imponerse como papa, se le consideró *antipapa.*

Benedicto VIII, emitió decretos para relanzar la obligación del celibato. Su motivación era retorcida y codiciosa. Estaba interesado en evitar que los bienes de la Iglesia romana se fueran perdiendo en la medida en que los sacerdotes al casarse y tener familia, sus hijos fueran heredando. El otro motivo, era el de ejercer un mayor control sobre el clero. Si este dejaba de tener lazos familiares que le unieran a la población civil, serían con mayor facilidad controlados. De ahí en adelante, Roma empezaba a tener cada vez más claro que los cargos y las personas debían estar siempre a disposición de sí misma.

Estos dos retorcidos motivos han hecho de la iglesia de Roma, lo que es.

Leemos así en la enciclopedia:

En 1022 el Sínodo de Pavía se celebró bajo la presidencia del papa y del emperador y se repitió la exigencia canónica de celibato para el alto clero hasta el subdiácono, y se estableció que los hijos habidos del enlace de sacerdotes no libres con mujeres libres habrían de seguir el estado del padre para que no se perdiese para la Iglesia ni pudiesen ser peligrosos por la herencia del bien eclesiástico”



“Benedicto VIII, el papa precursor del control de la iglesia sobre la iglesia (romana)”

El papado estaba a la venta

El siguiente papa, **JUAN XIX (1024-1032)**, hermano de Benedicto, también **compró** el papado (*¿sucesión apostólica?*) y como era laico, en contra de las disposiciones canónicas, para ser papa, pasó por toda la escala de títulos eclesiásticos reconocidos ¡en un solo día!

Respecto a ese Juan XIX, el comentarista católico romano Gelmi dijo lo siguiente:

*“Jamás mostró una disposición interna para su elevado cargo”.
¿Cómo iba ese hombre a mostrar una “disposición interna”*

cuando para él el ser papa representaba simple y llanamente el *poder*?

Encontramos que nos dice la enciclopedia:

“Sucesor, en el solio pontificio, de su hermano Benedicto III, en el momento de su elección era cónsul y senador además de laico, por lo que recibió todas las órdenes sagradas hasta la dignidad de obispo en un solo día a cambio de una importante cantidad de dinero con lo que inició su pontificado con una de las lacras que lo definirían: la simonía”.



“El simonítico Juan XIX, que compró el papado con su propio dinero”

¿Comprar la “sucesión apostólica”?

Aquí debemos hacernos una pregunta no exenta de lógica y justificada ironía: ¿Se podrá comprar la “*sucesión apostólica*”? , porque eso es lo que esos papas hicieron. Déjenme exponerlo de la siguiente manera: me voy a poner a mí mismo como ejemplo, e imaginar que yo hubiera vivido en aquella época, en el seno de alguna de aquellas familias patricias y hubiera sido un ambicioso desalmado sin escrúpulos con ansias de poder sobre todos. El cargo ideal para tener ese poder sobre todos, era el *papado*. Maquinando, comprando y chantajeando hubiera sido un Benedicto o un Juan o un Sergio o un Gregorio cualquiera... ¿Qué tendría aquí que ver la tan manida *sucesión papal o apostólica*, columna “inamovible” de la Iglesia de Roma? ¡Nada!; sólo es un absurdo y un burdo engaño que dura desde hace demasiados siglos y que muchos aún creen (y no saben por qué, en realidad).

Lo cierto es que la compra de títulos eclesiásticos, incluido el de papa fue costumbre común durante siglos, porque esos títulos daban *poder*. A esto se le llama *simonía*. Pero como veremos, no sólo compraban el cargo, también ¡lo vendían!

Un papa de once años de edad

Alberico III, hombre fuerte de Roma e hijo mayor de aquel Gregorio tusculano, al morir Juan XIX, ¡nombró papa a su hijo! (otra vez, ¿*sucesión apostólica*?). Fue entronizado como **BENEDICTO IX (1032-1045)** cuando contaba sólo con ¡once años de edad!! Escribe Ralph Woodrow:

“Benedicto IX fue elegido papa, siendo apenas un niño de doce años por medio de arreglos monetarios con las poderosas familias que manejaban Roma. Este papa-niño creció en la maldad y “cometió homicidios y adulterios en pleno día; hizo robar a peregrinos en las catacumbas de los mártires. Fue un horrendo criminal a quien el pueblo desterró de Roma”. Al respecto escribe el católico Dollinger:

“...el papado se hundió...en una confusión total e impotencia moral; los condes toscanos lo hicieron hereditario en su familia; una y otra vez muchachos disolutos como Juan XII de 16 años cuando se hizo papa, y Benedicto IX, a los 11 años, ocuparon y deshonraron el trono...el cual es comprado y vendido (el trono pontificio) como pieza de mercadería...” (J.H. Ignaz von Dollinger, *The Pope and the Council* (Londres, 1869), p. 81).



“A partir de la muerte de Juan Pablo II en Abril de 2005 empezaron a aparecer medallas bimetálicas. Primero de la vida de Juan Pablo II, después de su sucesor Benedicto XVI y después de diferentes papas; aquí presentamos las que exponen la efigie del hiper lujurioso y satanista Benedicto IX, y la de Benedicto V, el papa que jamás debió serlo conforme a la legal disposición imperial”

Benedicto IX, en cuanto alcanzó la madurez sexual, se esforzó en seducir mujeres. **El papa Víctor II**, cuarenta años más tarde, decía que su vida era tan escandalosa y execrable que rehusaba contarla.

Practicaba ocultismo. Hubo testigos que juraron haber visto a ese papa consultando a los demonios por la noche en lugares apartados.

Dice Antón Casariego de él:

“Con Benedicto, los asesinatos y las violaciones eran habituales en Roma, así como la dilapidación de las riquezas del papado, gastadas en burdeles, festines y soldadas”.

En 1044, se organizó una de esas típicas revueltas, esta vez liderada por el partido de la oposición crescenciano, y se depuso a Benedicto, nombrándose como papa a **SILVESTRE III**, obligando a aquél a que se retirara a la vida privada durante algún tiempo.

Después de muy poco tiempo, y por la fuerza, Benedicto volvió a la silla pontificia sin enmienda ninguna ni rectificación a causa de sus depravadas costumbres. Silvestre III es depuesto entonces y devuelto a su obispado de Sabina. En ese momento, Benedicto se encapricha de una joven hasta el punto de desear casarse con ella. Sabiendo que Alberico III, su padre, no iba a consentir que siguiera como papa si se casaba, se le ocurrió pactar la venta de su papado con su padrino el arcipreste Juan Graciano. En el año 1045 se consuma el negocio, y cuando la noticia se va sabiendo, el escándalo es monumental.

Otra vez se compra el cargo papal

GREGORIO VI (1045-1046), que así vino a llamarse Juan Graciano, fue el nuevo papa como consta en el *“Liber Pontificalis”*; ¡papa este que compró su cargo papal!, ¡bonita *sucesión apostólica!* ¡admirable

infabilidad de la Iglesia romana! Entre tanto Benedicto y Silvestre regresaron a Roma y siguieron con la lucha por el poder, cada uno ayudado por su respectiva familia patricia.

En Roma, los peregrinos eran repetidamente asaltados y desvalijados, reinaba una total anarquía y en todo ello colaboraban los mercenarios contratados por los tres papas, a saber: **GREGORIO VI, BENEDICTO IX y SILVESTRE III**. A la sazón, el emperador germano, Enrique, tomó por fin cartas en el asunto, y convocando un sínodo en Sutri, en el año 1046, depuso al ya retirado Benedicto, a Silvestre y al todavía papa simoníaco Gregorio IV.

O sea que, un emperador (como era costumbre), disponía quien iba a ser papa y quien no, otra vez (y siento cansar), ¡¡curiosa *sucesión apostólica*!! Cada papa se fue por su lugar, Benedicto a sus tierras en los Montes Albanos; Silvestre, al fin, a su obispado en Sabina; y el sacrílego Gregorio VI fue desterrado a Colonia, donde le acompañó un joven monje, Hildebrando, el que llegaría a ser el celeberrimo papa Gregorio VII.

El emperador Enrique III designó papa (*¿sucesión apostólica?*) al obispo **Suitger de Bamberg**, con el nombre de **CLEMENTE II (1046-1047)**. No tuvo tiempo de hacer mucho Clemente II, porque fue asesinado por Benedicto IX cuando, interesado en volverse a ceñir la tiara pontificia, volvía Roma. En el año 1942, se abrió el sepulcro de Clemente en la catedral de Bamberg y se le practicó la autopsia. En sus huesos se encontró un alto contenido en plomo, confirmándose así su muerte por envenenamiento.

El “periplo” de Benedicto

Acudiendo a la lista oficial de los papas y sus pontificados, encontramos bien reflejado el caso de este personaje, Benedicto IX. Dice así:

Papa nº 145, Benedicto IX, del año 1032 al 1044. (*es destituido*)

Papa nº 146, Silvestre III, 1045.

Papa nº 147, otra vez Benedicto IX, 1045. (*se va y vende el cargo*)

Papa nº 148, Gregorio VI, del 1045 al 1046.

Papa nº 149, Clemente II, del 1046 al 1047. *Y por fin, vuelve...*
Papa nº 150, de nuevo Benedicto IX, del 1047 al 1048.

Aun, y llegando a tener en cuenta el principio antibíblico de la “*sucesión apostólica*”, podrá verse que la realidad es que *nunca* llegó a materializarse. No es la *sucesión apostólica* lo que hacía volver a la silla papal a Benedicto IX, sino el *poder* que corrompe.

Nada tenía que ver el espíritu santo con toda aquella vorágine, nada en absoluto, y decir que Dios tenía algo que ver con todo el asunto de aquellos papas, ya no es un absurdo, es una blasfemia. La compra y venta del cargo papal se hizo tan común y la corrupción tan extremadamente pronunciada que los gobernantes seculares tuvieron que intervenir en el nombramiento de los papas. Escuche esto: Enrique III, emperador de Alemania, eligió a CLEMENTE II (1046-1047), que era clérigo alejado de la corte papal porque “ningún sacerdote romano pudo ser hallado limpio de corrupción de simonía y de fornicación” (*Italia medieval, p. 349, Manual bíblico Halley, p. 775*).

No consintió el emperador Enrique que Benedicto siguiera en la silla papal a pesar del apoyo por parte de los romanos por su tradicional odio hacia los extranjeros. En el año 1048, designó un nuevo papa (*¿sucesión apostólica?*), esta vez germano, Dámaso II, que sólo duraría un año. Solemnemente entronizado, al poco tiempo moría envenenado. De todos modos, desaparece Benedicto de la escena, y con él la casa de Teofilato que tantos papas “*apostólicamente*” elegidos dio. También aquí acaba el llamado “*siglo tenebroso*”, aunque no la maldad que implica todo lo concerniente al rematadamente falso vicario de Cristo.

La simiente del Falso Profeta | Sexta Parte

Índice del Tema

- **Introducción**
- **Breve apunte sobre el colegio cardenalicio**
- **Sigamos**
- **Hildebrando, alias Gregorio VI, el gran manipulador**
- **Licencia para robar**
- **La primera cruzada**
- **Pascual II, el papa “exhumador” de cadáveres**
- **Calixto II contra Gregorio VIII, el “asnillo”**
- **Dos, tres y cuatro, y hasta cinco papas al mismo tiempo**
- **Boato y mundanalidad**
- **Los papas que se imponen; el excomulgador Adriano IV**
- **El papa humillando al emperador del Sacro imperio Romano Germánico**
- **El embrión del tribunal de la “santa Inquisición”**
- **Suma de votos: ¿Sucesión apostólica?**
- **El sanguinario y megalómano Inocencio III**
- **El papa establecedor de la inquisición**



La institución papista avanza... De la era Gregoriana (licencia para robar) a la era de Inocencio III (licencia para exterminar)

Introducción

Con el empuje de los emperadores germanos, comenzando por Enrique III de Alemania, el papado se iría convirtiendo en la institución más poderosa de Europa. A partir del 1048, y a raíz de la dieta de Worms de ese año, cuando el emperador designa a su primo Bruno, obispo de Toul como nuevo papa, se iría originando una “progresión” de esa institución político-religiosa, hacia la cual ya no se opondrían los obispos, y que contaría con el respaldo directo del monacato, que ya desde el siglo VI estaba muy ligado al papado, como vimos.

Con la reforma del Cluny, que comienza en el siglo X, los monasterios quedan totalmente fuera de la autoridad de los obispos locales y pasan a depender directamente del papa de Roma. Las órdenes monacales son poderosas y activas, intransigentes, cultas y dueñas de inmensas propiedades. Un verdadero ejército a los pies del *pontífice*.

Muerto **DÁMASO II**, le sucede **LEÓN IX (1049-1054)**. Este papa trató en todo momento de robustecer la autoridad papal. Entre otras cosas, luchó contra el matrimonio de los sacerdotes.

Se empeñó en separar más y más el clero de los seglares, y por todos sus esfuerzos en pretender afirmar la supremacía de la Iglesia de Occidente, Roma le acogió y acoge como uno de sus más predilectos hijos, canonizándole como *san* León IX, como no podía ser de otro modo.

No obstante, por su celo por levantar la institución romana, provocó el definitivo *cisma* entre Oriente y Occidente. Fue entonces cuando Miguel Cerulario, patriarca griego, dijo ¡basta! y se produjo la separación de las dos iglesias, Occidental y Oriental.

Le siguió a León, **VÍCTOR II (1055-1057)**. Este fue el último papa impuesto por un emperador (*¿sucesión apostólica?*). Le siguió **ESTEBAN IX (1057-1058)**. Este papa fue elegido sin consultar a la corte alemana; una vez muerto este, los nobles de Roma lograron imponer como papa a **BENEDICTO X (1058-1059)**, pero los del bando del emperador germano, no lo aceptaron.

Eligieron un nuevo papa, y habiendo convocado un nuevo sínodo en Sutri, declararon inválida la gestión de Benedicto, que a la sazón había

estado durante un año sentado en el solio pontificio, por lo tanto, de ser papa, llegó a ser *antipapa*, (*¿sucesión apostólica?*) (*¿infabilidad de la iglesia romana?*). ¡Durante más de cincuenta años no hubo ni un solo papa que no se enfrentase a algún *antipapa* con motivo de los cismas provocados por las luchas entre el imperio y el papado a causa de sus respectivas investiduras!

En el año 1059, se produce otro nuevo *cisma* entre los papas NICOLÁS II y GERARDO. Cuando uno de los adversarios vencía sobre el otro, era constituido “papa”, y el perdedor venía a ser el “antipapa”. En este caso, Nicolás venció sobre Gerardo porque fue más *listo*. Apoyado por la emperatriz Inés, se rodeó de obispos fieles a él y constituyó un parlamento de cardenales que le eligieron y sostuvieron, **esto fue en el Concilio de Letrán del 1059**. En dicho concilio, la elección del papa la harán solamente los cardenales - obispos, dando cuenta de su decisión a los demás obispos, al clero y al pueblo fiel para su asentimiento. Fue el inicio del colegio cardenalicio.

Breve apunte sobre el colegio cardenalicio

El colegio cardenalicio es una institución muy discutida en el mismo seno de la iglesia de Roma, por parte de algunos sectores de la jerarquía, donde se la considera una invención del *poder temporal*, completamente ajena al Evangelio. De hecho, ya hemos visto como surgió dicha institución, por parte del aspirante al papado que, con el fin de oponerse a otro, no dudó en consentir el apoyo de una emperatriz, y en comprar el favor de los obispos que le resultaron fieles para sus propósitos. Absolutamente ajeno al Evangelio y a su espíritu, el **capelo cardenalicio** desde su creación en el siglo XII, siempre ha sido símbolo de poder, riquezas y prebendas sociales.

Sigamos

En el año 1061, se producen las luchas entre los papas ALEJANDRO II (1061-1073) y HONORIO II. Ambos fueron elegidos por el colegio cardenalicio. El primero fue papa porque logró el apoyo de los imperiales y el segundo *antipapa* porque sólo logró el apoyo de los lombardos y la nobleza romana, estando así en franca desventaja (*¿sucesión apostólica?*).

Los papas definitivamente, no sólo tenían influencia sobre los reyes, sino verdadera autoridad. Este Alejandro, aconsejado por Hildebrando, que llegaría ser el papa Gregorio VII, redactó un decreto declarando a Haroldo, el rey legítimo de Inglaterra como usurpador y así, excomulgó a sus seguidores. Decretó que Guillermo, duque de Normandía (Francia), era el rey legítimo de Inglaterra.

Con la bendición de Alejandro II, Guillermo el Conquistador mató a Haroldo en batalla, tomó Inglaterra, y fue coronado en Londres el día de Navidad de 1066. Guillermo aceptó la corona *“en el nombre de la Santa Sede de Roma”*. Esto resultó ser otro triunfo para el papado, y un incremento de la influencia de la Iglesia de Roma en Inglaterra. Guillermo, fue a Inglaterra en el nombre del papa, enseñando a los ingleses debida obediencia al *“vicario de Cristo”*.

Hildebrando, alias Gregorio VII, el gran manipulador

GREGORIO VII (1073-1085), es aquel monje de nombre Hildebrando que acompañara al sacrílego papa Gregorio IV que fuera desterrado a Colonia. Fue elegido papa de una manera completamente irregular (dentro de lo que ya era irregular), bajo la presión de vociferantes masas romanas.



“Retrato de Gregorio VII”

Previamente a ser papa, el ya supo prepararse bien el camino al solio pontificio. En el Mediodía francés compró la amistad de Robert

Güiscard y sus normandos, a cambio de reconocer sus conquistas. En el norte sabe ganarse con manipulación la amistad de la influyente condesa de Toscana, y sabe colocar a su lado a un hombre de su confianza para que la dirija en los asuntos de Estado. Se sabe ganar oportunamente la amistad del joven rey alemán, Enrique IV, y cuando ve que el viejo papa Alejandro II se va muriendo, intenta rematarle psicológicamente montando contra él un proceso por simonía, al cual asiste el propio Enrique IV.

Este “*gran*” papa fue un **gran manipulador**. Gregorio VII, se consideraba, no sólo un papa, sino la mismísima reencarnación de San Pedro. Su “***Dictatus papae***” hace del papa obispo universal, con derecho de decisión en todos los asuntos de la cristiandad a todo nivel. Según él (y a partir de él), el papa puede nombrar y deponer no sólo a los obispos, sino incluso a emperadores, reyes y príncipes, porque según él (y a partir de él), “***el Papa es el único cuyos pies deben ser besados por todos los príncipes***”.

De tal elemento, de tal excelsa megalomanía, la iglesia de Roma que “nunca” se ha equivocado, ni “jamás” se equivocará por siempre – ella es “***Semper eadem***” - se ha sabido aprovechar bien.

Ese papa tan apreciado por Roma, dejó también claro que no asentir a las disposiciones papales era signo de *herejía*. Por lo tanto, no es católico quien no está en total conformidad con la iglesia romana en cuanto a sus disposiciones.

Lo que sus antecesores dijeron en cuanto a la supuesta autoridad y derechos papales, Gregorio VII el antiguo monje Hildebrando, lo acrecienta hasta tal punto que a su actuación se la llamaría la “*reforma gregoriana*”. Por todo ello, hace un brutal hincapié en acrecentar el “*poder temporal*” de los papas. Para ello utiliza sin ningún reparo ni escrúpulo la mentira de las “*Decretales Pseudoisidorianas*” que se habían falsificado doscientos años atrás.

Desde el primer año de pontificado, advierte que la meta es formar una monarquía universal de la Iglesia, es decir, adelantar el Milenio, reinando universalmente sin Cristo, es decir, *en vez de Él* (nótese que exactamente lo mismo pretende el G12 de César Castellanos o el D12 de Cash Luna, o la llamada “Nueva Reforma Apostólica”, y todo el Dominionismo actual... ¿quién estará por tanto tras ellos?)



“El sentido del dominio natural de la Iglesia sobre este mundo, lamentablemente está de actualidad, aún entre lo evangélico, pero no olvidemos que no es bíblico”

En ese sentido, y entre muchas otras gestiones, Gregorio VII no duda en escribir a los grandes de España diciendo:

“No ignoréis que desde los tiempos más remotos esos reinos son propiedad de San Pedro, y que pertenecen todavía a la Santa Sede y a nadie más, aunque por el momento estén en manos ajenas. Porque lo que una vez ha entrado en poder de la Iglesia (de Roma), nunca deja de pertenecerle”.

El católico-romano Beynon comenta al respecto:

“Obviamente, nadie en toda la península había oído jamás nada sobre el asunto. Pero amparado en la universal ignorancia y en la credulidad, el papa consigue que, si no las tierras, se le abone una especie de diezmo al que no sabemos si irónicamente llama “el dinero de San Pedro”. Eso en España.

Lo intenta el ambicioso papa en Francia, pero allí no se tragan el anzuelo, entonces advierte con innumerables sanciones espirituales, amenazando también que, en caso de ser excomulgado, el rey podría ser derrocado por los católicos fieles que, sin duda, no verían con buenos ojos ser dirigidos por un pecador condenado.

¡Démonos cuenta del grado de manipulación al que llegó ese papa, y que fue la norma de actuación de la inmensa mayoría de ellos en adelante!

Los papas levantarían o derrocarían emperadores y reyes utilizando su influencia supersticiosa sobre las masas. Dave Hunt escribe de Gregorio VII:

“Antes de llegar a papa, Gregorio VII, siendo de nombre común Hildebrando, fue el genio manipulador detrás de otros cinco papas, incluyendo a Alejandro II. Como papa, Gregorio VII comenzó su pontificado “afirmando el derecho de disponer de reinos, en imitación al ejemplo establecido por el papa Gregorio I el Grande casi cuatrocientos años atrás”. Declaró que el poder de “atar y desatar” otorgado por Cristo a Pedro daba a los papas “el derecho de hacer y deshacer reyes, de construir y reconstruir gobiernos, de arrancar de los que desobedecían todo el territorio que poseían, y de otorgarlos a los que se mantuvieran sujetos a la autoridad papal” (A Woman Rides the Beast, p. 241).

Licencia para robar

El nivel de astuta manipulación de Gregorio VII, además de su codicia, era increíble. Si se enamoraba de alguna propiedad que pertenecía a quien fuera, sencillamente declaraba lo mismo que ya declarara en su sínodo de Roma de 1080:

“Deseamos mostrar al mundo que podemos dar o tomar a voluntad reinos, ducados, condados, en una palabra, la posesión de todos los hombres; puesto que nosotros podemos atar y desatar” (Dollinger, op. Cit.. pp. 87-89).

En otras palabras, Gregorio tenía “licencia para robar”. Al rey de Hungría le dice sin ambages que su reino es propiedad de la santa iglesia romana. Le dice que su reino no lo tiene por el hecho de ser un feudo de Enrique IV (que era la realidad), sino porque le es otorgado por “*dignidad apostólica*”; le dice que si no lo reconoce de esta manera, lo perdería. Con todo ello, lo que consigue es que los diezmos del feudo pasaran a “*San Pedro*”, en vez de a Enrique de Alemania. De esta manera, se dirige a todos los reinos además de España, Francia y Hungría; Rusia, Bohemia, Dinamarca, etc. De todos pretende que le ofrezcan los diezmos.

Como dice Beynon: “Desde su advenimiento, no ha habido reino que no haya tenido un contacto más o menos desagradable con el Papa”.

Pero toda la infraestructura que buscaba, fue establecida. Además, la emprendió a fondo con el asunto del celibato, y obliga en el Concilio de Roma de 1074 a prohibir el matrimonio de los clérigos.



“Matilde di Canossa mediante un legado, dona su patrimonio en Tuscia y Lombardia a Gregorio VII”

Con su pretensión de poner y quitar reyes y emperadores, y pretendiendo ser “Rey de reyes”, el papa Gregorio, debido a una trifulca que tuvo con el emperador sucesor de Carlomagno, Enrique IV, declaró impertérito: “De parte de Dios Omnipotente, yo prohíbo a Enrique que gobierne los reinos de Italia y Alemania. Absuelvo a todos los súbditos de todo juramento que hayan hecho y excomulgo a toda persona que lo sirva como rey”.

Todo esto partió del hecho de que, Enrique, harto de la codicia del papa por la cual los diezmos de sus súbditos iban a parar a Roma en vez de a sus arcas, y además, juntándose a él todos los descontentos por el decreto del papa en cuanto al celibato, decidió ir contra Gregorio, deponiéndole en el año 1076.

A su vez, Gregorio le excomulgó, pero los príncipes germanos se pusieron de parte del papa depuesto. Existe un manuscrito de la época en el cual hay un dibujo del papa Gregorio VII con una vela en la mano, y diciendo: “Como yo apago esta vela, así se extinguirá

Enrique” (se muestra a la derecha) Esta fue la maldición que un papa lanzara contra un rey.

Seguidamente, el papa lanzaría la diatriba que relatamos un poco más arriba. Ante tal amenaza, Enrique no tuvo defensa. Viéndose perdido, el emperador sucumbe y pide la absolución papal en el castillo de Canossa. El papa se la concede después de hacerle sufrir tres días.

No obstante, un poco más tarde, el emperador, valientemente, cambió de opinión, y tras poner en pie de guerra su ejército, se dirigió a Roma, y esta vez sí depuso al papa, nombrando uno nuevo, **CLEMENTE III**. Previamente exigió que Gregorio VII abdicara por asesinato, perjurio y apostasía. Gregorio acabó abandonando la ciudad de Roma, expulsado por un pueblo amotinado y harto de los saqueos y otros desmanes que cometían los normandos, los cuales estaban allí para protegerle de Enrique IV. Ese papa que tan grande se veía a sí mismo, moriría en el exilio en Salerno en el año 1085.

A la postre, la vela que se apagaría sería él, y no el emperador. Aquí vemos como los reyes y emperadores son puestos por Dios, pero no los papas. Pero como no podía ser de otro modo, Roma le canonizaría como san Gregorio VII.

La primera cruzada

Al tiempo que Clemente III estaba en el solio pontificio, se elige a **VÍCTOR III** que apenas vivió unos meses (murió envenenado al tomar el vino consagrado en la misa). Le siguió **URBANO II (1088-1099)** estando todavía Clemente en el solio. Con este papa aparecen las “cruzadas”.



“Mapa de la primera cruzada”

Esta sería la primera. Una “cruzada” levantada por el papa y dirigida a todos los “*cristianos*” de Francia e Italia para recuperar la autoridad papal sobre Roma y echar fuera a las tropas del emperador germano de ahí. Este es el mensaje que Urbano II lanzó a la “cristiandad”:

“Lo digo a los presentes. Ordeno que se le diga a los ausentes. Cristo lo manda. A todos los que allá vayan y pierdan la vida, ya sea en el camino o en el mar, ya en la lucha contra los paganos, se les concederá el perdón inmediato de sus pecados. Esto lo concedo a todos los que han de marchar, en virtud del gran don que Dios me ha dado”.

Nótese aquí cómo se toma el nombre de Dios en vano; Cristo nunca, nunca mandó eso que predica Urbano. Nótese aquí la doctrina de la salvación por obras, obras de muerte, por cierto. Nótese aquí la flagrante mentira de un hombre que se cree en la posesión de perdonar pecados. Nótese aquí la ignorancia consciente o no, de creer que los pecados pueden ser perdonados sin el previo arrepentimiento.

Pascual II, el papa “exhumador” de cadáveres

En el año 1099, se nombró papa por el Colegio de Cardenales a Pascual II, y las diversas fracciones populares nombraron a los papas Alberto, Teodorico y Maginalfo. Cada uno de los cuatro papas excomulgaba al otro... (*¿sucesión apostólica? ¿de verdad?*).

Bajo **PASCUAL II (1099-1118)**, murió **CLEMENTE III (1100)**. Este papa levantado por los oponentes a Enrique IV, como viera que la tumba de su predecesor Clemente (declarado como *antipapa* por

Roma más tarde) era visitada por un gran número de personas, la abrió, mandando exhumar los restos y arrojándolos al Tíber. Así pretendía acabar con todo recuerdo de su enemigo.

Este Pascual II incitó a los hijos de Enrique IV a que se sublevaran contra su padre. Una vez conseguido esto, coronó al menor de ellos, Enrique, en la Dieta de Maguncia como Enrique V. Una vez muerto Enrique IV, fue enterrado en la ciudad de Spira, mas el papa Pascual ordenó también su exhumación, y permaneció cinco años insepulto en una celda de la catedral de Lieja ¡tal era el odio de ese papa! Ante este hecho tan humillante, incluso los mismos que habían en su día dado la espalda a Enrique IV, quisieron vengarle.

El nuevo rey e hijo del anterior, Enrique V, no estaba dispuesto a aceptar el yugo del papado y a abandonar los derechos de investidura. Así que marchó a Roma con su ejército, sus jurisconsultos, y un posible sustituto del papa en el caso de no llegar a un acuerdo, a pedirle que le coronara emperador (recordemos la "*Constitutio Lothari*"). El problema es que además del asunto de la coronación, Enrique exigía otros derechos. Pascual II estaba asustado. Ante tal situación, y en vista de que no tenía escape, decidió renunciar a todo tipo de bienes terrenales (ducados, marquesados, etc.). Sólo se quedó con los diezmos y oblaciones de los fieles. El emperador, por su parte, se comprometía a defender a la iglesia romana y a renunciar a los derechos de investidura. La jerarquía romana lanzó un grito de asombro y luego de cólera. Tal fue el revuelo de los cardenales que veían perder "sus" bienes que el Papa no se atrevió a firmar lo que había prometido.

No obstante, aun y así, pretendió que Enrique cumpliera con su parte. Enrique, preso de furor, se apoderó del papa y de doce cardenales y los trasladó fuera de Roma, a la Sabina. Sabiendo que era imposible que ese pacto se pudiera cumplir, no cedió, no obstante, ni un ápice en los derechos del imperio.

Como Pascual viera así de decidido al monarca, decidió devolver las cosas al estado en que se encontraban antes de los decretos del papa Gregorio VII. Se firmó el Tratado de Sutri (1111). Cuando el emperador pasa los Alpes, la jerarquía romana de nuevo se opone a la decisión del papa. ¿Cómo arreglar el asunto sin caer en otro perjurio?,

de la siguiente manera: Pascual II convoca un concilio en Letrán en el que, tras declarar sus razones, el concilio absuelve al papa de su previo juramento (el de Sutri), y excomulga al emperador. Tras ese manejo, todo solucionado, o al menos así lo creía Pascual, porque Enrique el emperador, vuelve a Italia, entra triunfalmente en Roma, depone a Pascual que moriría al poco del disgusto.

Calixto II contra Gregorio VIII, el “asnillo”

A Pascual le siguió en el solio pontificio **CALIXTO II (1119-1124)**. Este pertenecía a la casa de Borgoña, y era de la familia del emperador; por lo tanto no tuvo ningún problema en firmar el Concordato de Worms (1122) en el cual, entre otras cosas, se ponía fin a la controversia de las investiduras. Como ya vimos, en este concordato al papa se le hizo jurar que la elección de los obispos y abades se realizaría “*sin simonía y sin violencia*”. Mediante ese Concordato, se dividió la investidura en dos sectores: uno, el eclesiástico, correspondiente a las cuestiones religiosas; otro, el político. El emperador renunciaba a las investiduras con anillo y báculo, y el clero obtenía el derecho a unas elecciones canónicas.

Respecto al *antipapa* correspondiente de nombre **GREGORIO VIII (1118-1121)**, y de nombre natural Mauricio Burdino, el papa Calixto II no tuvo ningún miramiento. Sitió y tomó Sutri, le apresó y se ensañó con él. Le despojó sus vestiduras papales y le paseó por Roma como si fuera un animal salvaje entre burlas y escarnios. Al poco, ese desgraciado, al que la gente de Roma llamaba el *asnillo*, moría en la abadía de La Cava.



“Estampa que representa a Gregorio VIII sometiéndose a Calixto II”

Dos, tres y cuatro, y hasta cinco papas al mismo tiempo

Siguió habiendo papas que tenían sus competidores; los que vencían y se imponían, llegaban a entrar en el “*Liber pontificalis*” como papas, los que no, eran antipapas ¡buen ejemplo de *sucesión apostólica*! Detrás de toda esa gente estaban las familias patricias romanas que todas pretendían colocar a su favorito en el trono papal.

El *cisma* por causa de la creación del Colegio de Cardenales duró *dos siglos*, habiendo siempre dos, tres y cuatro papas a un mismo tiempo; unas veces elegidos por las fracciones políticas del pueblo, otras veces impuestos por exiguas minorías del mismo Colegio de Cardenales.

Habiéndose creado el Colegio de Cardenales en el año 1059, esta situación se prolongó, como mínimo hasta el año 1260. Si a estos *doscientos* años de cisma continuo, les sumamos los cerca de *ciento cincuenta* anteriores, tenemos la cifra de *trescientos cincuenta* años (de 910 al 1260) ¿Quién fue el “*sucesor*” de Pedro todos esos años de entre todos esos papas? ¿Qué ha pasado todos estos años con la infalible “*sucesión apostólica*”? La realidad es que no era el colegio cardenalicio, sino las familias ricas las que entronizaban a sus papas.

He aquí un ejemplo: El que más tarde fuera declarado antipapa, Anacleto II, fue elegido por la mayoría del colegio cardenalicio, sin embargo, a través de otros, se eligió a INOCENCIO II (1130-1143)

como papa. Al final, para la *oficialidad* romana, este último es el papa a pesar de que el anterior fue elegido correctamente (*¿Sucesión Apostólica? - ¿infabilidad de la Iglesia?*). Este Inocencio II, que sólo el nombre tenía de inocente a pesar que ni siquiera era suyo propio, en su Concilio del Laterano del año 1139, expulsó de Italia al monje Arnaldo de Brescia, defensor del pensamiento de que el clero debía volver a la sobriedad apostólica.

Hablando de *cismas* y de *sucesión* apostólica, en el año 1130, cuando fuera elegido Inocencio, se produjo el correspondiente cisma entre los tres papas **INOCENCIO II, ANACLETO II y VÍCTOR IV** que reinaban a la vez.

Boato y mundanalidad

Entre papas y antipapas, siendo los últimos **CELESTINO II (1143-1144) y LUCIO II (1144-1145)**, que sólo estuvieron un año cada uno en el solio, aparece **EUGENIO III (1145-1153)**. Este papa acabó muriendo a causa de una pedrada lanzada durante unos disturbios en torno al Capitolio.

Lo que ocurrió es que a la sazón, y por la predicación de Arnaldo de Brescia (que había regresado de su exilio), el cual calificaba a los cardenales como banda de salteadores y al papa como de monstruo corrupto, el pueblo empezaba a abrir los ojos en cuanto a la manera como esos jerarcas vivían, y qué absolutamente poco se parecían a aquellos discípulos de Cristo. Bernardo de Claraval, el que llegaría a ser San Bernardo, también decía:

“Cuando el papa, vestido de seda, cubierto de oro y joyas, cabalga en su caballo blanco escoltado por soldados y sirvientes, parece más el sucesor de Constantino que de Pedro”.

La realidad es que el papado es sucesor de Constantino. El boato y la mundanalidad de la corte imperial se habían introducido alarmantemente y sin medida a partir del siglo XI en la curia romana.

Los papas que se imponen; el excomulgador Adriano IV

Después de **ANASTASIO IV (1153-1154)**, que sólo estuvo un año en el trono, surge **ADRIANO IV o V (1154-1159)**. Este papa, hijo bastardo

de un sacerdote, va a imponerse. Su arma: la *excomuni3n*; cosa que muchos temían, porque de verdad creían que si el papa les excomulgaba, se perderían para siempre en el infierno. De hecho, excomulgar significa, condenar al infierno. Es una maldici3n que ning3n cristiano debe proferir contra otro, y menos a3n, un lder o un pastor. Pero como los papas, a lo largo de la historia s3lo han querido proteger lo que creen es suyo, en realidad les ha importado bien poco las almas de los hombres. El historiador Walter James, declara:

“El papado controlaba la entrada al cielo adonde todos los fieles, incluyendo sus gobernantes, esperaban fervientemente poder entrar. Pocos en esos d3as dudaban respecto a esto, y le otorgaban a los papas una autoridad que nunca esgrimieron desde entonces en adelante” (Walter James, *The Christian in Politics* (Oxford University Press, 1962), p. 47).

Volviendo a Arnaldo de Brescia, el problema con 3l es que ya estaba excomulgado, as3 que poco le importaba a este var3n el asunto. Llevado por su sincero afán de elevar la verdad a los ojos de todos con la pasi3n que le caracterizaba, al final encontr3 un escollo en el mismo pueblo romano capitaneado por las familias patricias imperantes de siempre. Roma se volvi3 contra 3l, tal y como el papa Adriano esperaba y deseaba. Demandaron al senado que le expulsara de la ciudad, pero tras arduas maquinaciones y, traicionado por Federico I Barbarroja, Brescia fue apresado y quemado vivo como hereje y rebelde en 1155 por orden del papa Adriano IV. Sus cenizas fueron arrojadas al T3ber. El papa Adriano sonri3 satisfecho, aunque s3lo por cuatro a3os.

En ese mismo a3o de 1155, el papa Adriano IV, dio la corona de Irlanda al rey de Inglaterra. Por su poder como “*vicario*” de Cristo, subyug3 a Irlanda bajo el r3gimen ingl3s. Dice Thompson que llev3 “al pueblo cristiano y pacífico de Irlanda a las crueldades implacables de Enrique II (rey de Inglaterra), basado en que esa era una porci3n de “el patrimonio de San Pedro y de la Santa Iglesia Romana” (Thompson, op. Cit. Pp. 410, 557). Los papas siguientes apoyaron ese decreto. De esta manera, el poder del papado iba en aumento, por encima de los reyes. La Irlanda cat3lica actual, tiene que recordar que, despu3s de todo, fueron los papas romanos los que dieron el gobierno de Irlanda a Inglaterra en primer lugar.

El papa humillando al emperador del Sacro imperio Romano Germánico

En el año 1159, cuando Adriano IV murió, se produjo un cisma por los *cinco* papas, que reinaban al mismo tiempo: **ALEJANDRO III (1159-1181)**, Octaviano, Guido, Juan y Landonio; todos con diferentes nombres, a saber: **VICTOR IV, PASCUAL III, CALIXTO III, INOCENCIO III**, cada uno de los cinco persiguiendo y excomulgando a los otros cuatro (*¿¿sucesión apostólica??*).

El papa Alejandro, el que de todos quedó al final, arrogantemente dijo: *“El poder de los papas es superior al de los príncipes”*, y acto seguido, puso sus ideas en acción: Excomulgó a Federico I Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, rey de Alemania e Italia, quien traicionara a Arnaldo de Brescia.



“El emperador Federico I Barbarroja”

Cuando el excomulgado emperador intentó castigar al papa, su ejército fue derrotado por el ejército de éste. El humillado emperador, fue a Venecia a rogar el perdón y la absolución de Alejandro III, prometiendo someterse siempre a la iglesia romana. Hubiera sido inimaginable para cualquier discípulo de Cristo de su tiempo pensar en la Iglesia de Cristo gobernando al mundo con su propio ejército y armamento. La razón es evidente; esta *“iglesia”* armada de escudos, lanzas y espadas no es la Iglesia de Cristo (Ef. 6: 12).

Fortunato Ulmas, historiador católico-romano, describe de la siguiente manera la escena de rendición de Federico:

“Cuando el emperador llegó a la presencia del papa, puso a un lado su manto imperial, y se arrodilló sobre ambas rodillas, con su pecho en tierra. Alejandro avanzó y colocó su pie sobre su cuello, mientras los cardenales fulminaban censuras en voz alta, “sobre el león y el áspid pisarás, hollarás al cachorro de león y al dragón”. Al día siguiente Federico I Barbarroja...besó los pies de Alejandro, y, a pie, guió su caballo de la brida cuando regresaba de misa solemne, al palacio pontificio...El papado ahora se había elevado a una altura de grandeza y poder que nunca había logrado antes” (cit. En *The Papacy and the Civil Power*, de R.W. Thompson (NY, 1876, pp. 414-415).

El autor católico-romano en cuestión, admite que nunca antes el papado había desarrollado semejante poder. Aquí tenemos otro testimonio claro de que el papado fue progresivamente constituyéndose desde su inicio oficial en el año 606; en plena Edad Media había llegado a su máximo “esplendor”.

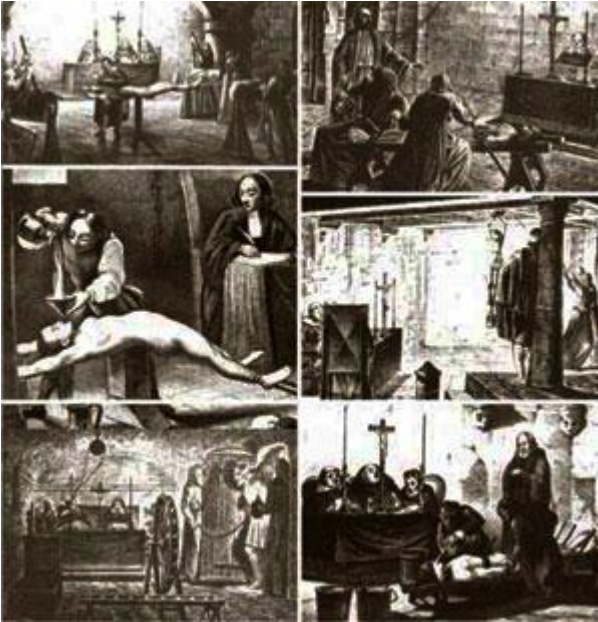
El embrión del tribunal de la “santa Inquisición”

LUCIO III (1181-1185) De nombre Ubaldo Allucinoli, era nativo de la República de Lucca y monje Cistercense hasta ser nombrado, en 1142, Cardenal-Presbítero de Santa Práxedes por el papa Inocencio II para posteriormente actuar, bajo el pontificado de Eugenio III como legado papal en Sicilia. Nombrado Cardenal-Obispo de Ostia y Velletri por el papa Adriano IV, fue uno de los cardenales más influyentes bajo el pontificado del papa Alejandro III.

Después de su elección, vivió en Roma de noviembre de 1181 a marzo de 1182, pero disensiones con la nobleza romana que no había influido en su elección lo hicieron marchar al exilio, que transcurrió en Velletri, Anagni y Verona.

En un sínodo celebrado en Verona, promulgó la constitución *Ad abolendam* en la que condenó a los cátaros, valdenses, arnoldistas, convirtiéndose en un instrumento eficaz contra cualquier forma de indisciplina a la ortodoxia católica, decretando que el castigo físico de los herejes correspondía a la autoridad laica con lo que la bula *Ad*

abolendam se convertirá en el embrión del futuro Tribunal de la Santa Inquisición. Así pues, ese sanguinario papa es el que planta el esbozo de la que sería la institución asesina más cruel y despiadada desatada por el hombre, y en el “nombre de Cristo”.



“Cuadros que expresan la execrable actuación de la “santa” inquisición”

En 1185, Lucio III empezó a preparar la Tercera Cruzada en respuesta a los pedidos de Balduino IV de Jerusalén, pero falleció en Verona y fue enterrado en la Catedral de la misma ciudad.

Suma de votos: ¿Sucesión apostólica?

Respecto a la elección de los papas, en el año 1182, la elección de los papas es restringida a los cardenales por un Concilio General. El elegido debía obtener las dos terceras partes de los votos para ser constituido papa. Si desde 1059 hasta entonces había habido una docena de antipapas, al menos, en los siguientes dos siglos no hubo ninguno más. El problema se trató aplicando una supuesta democracia: La suma de votos. Eran los hombres, con sus intereses particulares, los que elegirían al papa (*¿sucesión apostólica?*).

El sanguinario y megalómano Inocencio III

En el 1198, se nombra papa al tristemente célebre **INOCENCIO III** (1198-1216), uno de aquellos cinco que reinaban a la vez. De él hablaremos más adelante a lo largo de este tratado. Dentro de la *estirpe* de León I, Gregorio Magno, Nicolás I, y Gregorio VII; Inocencio III, fue el peor, hasta ese momento. Se sintió superior a cualquier hombre. Veamos lo que declaró:

“El papa es el punto de encuentro entre Dios y el hombre...el que puede juzgar todas las cosas y no puede ser juzgado por nadie”.

Por lo tanto, este “*iluminado*” dice ser el mismo Jesucristo, ya que sólo Él es el *punto de encuentro* entre Dios y el hombre (*ver 1 Timoteo 2: 5*). Por lo tanto, y como no podía ser de otra manera, introdujo una auténtica corona real en la tiara, añadiendo las puntas o florones al círculo de oro y piedras preciosas. Los obispos orientales, es decir, los griegos u ortodoxos, justamente se escandalizaron de las pretensiones de ese papa y de sus declaraciones y hechos. En el Concilio de Nicea del 1204, rechazaron de plano las exigencias de la primacía de Roma, diciendo:

“Ellos (los latinos) dicen y creen que el papa no es el sucesor de Pedro, sino Pedro mismo en persona. Le convierten en casi un dios, y le colocan por encima de Pedro al proclamarle “Señor de toda la cristiandad”. Dicen que la Iglesia Romana misma es la única iglesia, católica y apostólica, que dentro de ella sola, abarca a todas las demás. El papa se convierte, como Pontífice, en el exclusivo vínculo que une a todos, pues él solo es Pedro y todo el rebaño de Cristo debe someterse a él”.



“Juan sin Tierra, rey de Inglaterra (1199-1216), ofrece su reino a “San Pedro” ante el legado de Inocencio III (1198-1216)

Inocencio III, en realidad fue un político ambicioso y sediento de poder, a cualquier precio. En la búsqueda de sus objetivos derramó más sangre que cualquier otro pontífice. Este papa no podía soportar la idea de que algún otro príncipe estuviera por encima de él, ni siquiera pudiera igualarlo en grandeza y autoridad. Escribe Hallam:

“Exigía que todas las disputas entre príncipes debían referirlas a él; y si cualquiera de los participantes rehusara obedecer la sentencia de Roma, debía ser excomulgado y depuesto, y que una misma sentencia deberían sufrir los que rehusaran atacar a cualquier delincuente contumaz que él (el papa) señalara” (Hallam, *The Middle Ages*, p. 287, citado en *The Papacy and Civil Power*, de R.W. Thompson, p. 559, citado en *A Woman Rides the Beast*, p.243, Hunt).

El papado se constituyó a sí mismo la más alta autoridad con jurisdicción internacional, juzgando a reyes y príncipes a su libre arbitrio. Escribe Thompson:

“Confiscaciones, interdictos, excomulgaciones, y toda otra forma de censura y castigos eclesiásticos era lo que sucedía casi a diario. Aun monarcas como Felipe Augusto y Enrique IV se amedrentaban ante él (Inocencio III), y Pedro II de Aragón y Juan de Inglaterra ignominiosamente consintieron en convertir sus

reinos en estados feudales y mantenerlos en subordinación a él (a Inocencio III), con la condición de que pagaran un tributo anual” (Thompson, op. Cit. P. 559).

El papa tenía el “poder” de enviar a quien fuera al infierno (excomulgación); por otro lado, el papa podía señalar con el dedo acusador a cualquier gobernante acusándole de herejía, excomulgándole y prohibiendo al pueblo que se sujetara a su autoridad. Esto inmediatamente lograba que dicho gobernante se humillara ante el papa solicitando su perdón y servilmente se sujetara a sus caprichos, de otro modo, la población entera, presa de un temor supersticioso, le abandonaría a una. El papa tenía la “sartén por el mango”, e Inocencio III (que lo era sólo de nombre), supo sacar un buen partido de todo ello.

Este papa fue considerado el segundo fundador del Estado de la Iglesia (romana). Durante su mandato, se dedicó a recuperar los territorios de los Estados Pontificios que habían sido segregados; por la fuerza y sin escrúpulos. Por la fuerza también, buscó la unidad de las dos iglesias, oriental y occidental, ¿pero cómo?, organizando una *cruzada*, la de 1202-1204. El resultado de la misma es la conquista y devastación de Constantinopla, que resultaría ser el mayor saqueo de reliquias y objetos artísticos de la Edad Media. A pesar de lo vergonzoso del método, el papa sanguinario estaba encantado; no obstante, esto hizo que la reunificación de las dos iglesias, llegara a ser imposible para siempre.

Su segunda *cruzada*, como veremos con más detalle más adelante, fue contra los Albigenses. En el año 1176, en el concilio de Albi, durante el pontificado de Alejandro III, los Albigenses fueron condenados a su exterminio. Los *cruzados* comandados por Simón de Monfort se ensañaron con ellos hasta destruirlos, torturándolos y masacrándolos.



“La cruzada contra los albigenses, llamada así por tener su foco en la región de Albi al sur de Francia. Los albigenses tomaron gran importancia, por lo que el papa Inocencio III decidió crear una Inquisición especial, dependiente directamente de Roma”

Hasta el siglo XII, la Iglesia de Roma había castigado a los cristianos y no cristianos con la excomunión y el destierro, a partir del siglo XIII, buscando su total hegemonía, impuso la pena de muerte y con tortura a todos aquellos que no secundaban al papa. ¡Qué terrible era vivir en aquella época! Durante cientos de años, los verdaderos cristianos, al igual que ocurriera en la época de los emperadores de la antigua Roma, sabían el precio que debían pagar por ser seguidores verdaderos y fieles de Cristo. ¡Eran perseguidos hasta la muerte por aquellos que se llamaban a sí mismo cristianos!

Escribe el autor secular Antón Casariego respecto a Inocencio III y su tiempo: “El papado mostraba así cuán lejos estaba de las enseñanzas de Cristo, y qué poco comprendía el verdadero significado de alegato contra la tortura y la pena de muerte que tiene el símbolo de la Cruz por el que se hacía representar”.

Bajo **HONORIO III (1216-1227)**, se funda la Orden Franciscana. Francisco de Asís (1182-1226), se proponía llevar a los creyentes al

primitivo espíritu cristiano. De hecho, tanto era así que esos franciscanos creían que el papa de Roma era el Anticristo o su precursor. No obstante, ya anciano el monje, la congregación cambió de dirección y se convirtió en una orden como las demás, apartándose de los ideales de su fundador, especialmente cuando tomó su dirección Elías de Cortona, en el año 1221.

El papa establecedor de la inquisición

GREGORIO IX (1227-1241). Otro encarnizado buscador de poder por encima de todo y de todos. Como también veremos, este fue el que estableció el llamado “*Santo Oficio*”, es decir, la nefanda *Inquisición*; el infierno en la tierra. Este sanguinario papa, en el año 1231 creó el tribunal de la Inquisición papal con el fin de castigar terriblemente las doctrinas contrarias a Roma. Pone el “*Santo Oficio*” en manos de los *dominicos*, orden recientemente fundada por *santo* Domingo para combatir, primeramente a los Albigenses. Dice Hunt:

“Gregorio IX, fue quien estableció la Inquisición y la entrega de los herejes a las autoridades seculares para su ejecución, tronó que el papa era señor y amo de todo el mundo y de todas las cosas” (A Woman Rides the Beast, p. 244).

Este papa asesino prohibió la tenencia y lectura de la Biblia al pueblo. A él se debe el origen del “*Corpus Christi*” y la “*Salve Regina*”. Fue excomulgado en el 1238 por el Patriarca de Antioquía. A la muerte de Gregorio IX, se le encomendó al senador romano Mateo Rosso, jefe de la familia Orsini, que nombrara un papa lo antes posible. Difícil era en aquellos momentos encontrar un sucesor. A este sujeto se le ocurrió encerrar bajo llave a los cardenales presentes en Roma, de ahí surgió el célebre *cónclave* (*). Encerrados en condiciones espantosas desde el punto de vista higiénico y sanitario, un cardenal murió, y los otros empezaron a enfermar (*¿sucesión apostólica?*). Para salir del paso, los cardenales eligieron a CELESTINO IV (1241), y huyeron en desbandada. El nuevo papa sólo vivió diecisiete días, y murió (*¿sucesión apostólica?*).

(*) *Asamblea en la que los cardenales eligen papa. El nombre se debe a que los cardenales permanecen encerrados en un recinto hasta que eligen papa.*

La “Santa Sede” quedó vacante dos años, hasta que fue elegido INOCENCIO IV (1243-1254). Este papa siguió en la misma línea que los anteriores, justificando blasfemamente su proceder diciendo que los papas no solamente tenían el dominio del mundo basándose en las “*Donaciones Constantinianas*”, sino que ese dominio les venía directamente de Dios. Tan exasperado estaba contra el emperador, que convocó una *cruzada* contra él, otorgando los mismos privilegios a esos *cruzados* que a los que iban a guerrear a Tierra Santa. Este papa sanguinario fomentó la tortura en los procesos inquisitoriales; hablaremos más de todo ello en el apartado de la Inquisición. En el año 1251, bajo el “pontificado” de ese papa asesino, el carmelita inglés Stock, inventa el “*escapulario*”...

La simiente del Falso Profeta | Séptima Parte

Índice del Tema

- **La inmoralidad sexual del clero; la inmoralidad del celibato forzoso / Aviñón: La nueva Babilonia...**
- **Camino a Aviñón (Francia)**
 - **Pedro de Morone, el ermitaño que fue papa por cuatro meses**
 - **Bonifacio VIII, el colmo de la maldad**
 - **Año jubilar de 1300**
 - **La bofetada de Anagni**
 - **Benedicto XI, el papa ofendido en su orgullo de papa**
- **Aviñón: La nueva Babilonia...**
 - **Clemente V**
 - **El Banquero de Aviñón**
 - **Máquina de hacer dinero**
 - **Bibamus Papaliter, Benedicto XII**
 - **Papa Clemente VI, otro infame**
 - **El nepotista Inocencio VI**
 - **Un cardenal de 18 años**
 - **La Edad Media**

La inmoralidad sexual del clero; la inmoralidad del celibato forzoso /



Aviñón: La nueva Babilonia...

A pesar de tanta supuesta beatería mariana, la cual surgía con fuerza en aquella época, en realidad, la moralidad, entre otras, sexual, brillaba por su absoluta ausencia en la corte papal. Cuando Inocencio IV estuvo en Lyon (Francia) por un tiempo, al regresar a Roma, el cardenal Hugo escribió una carta agradeciendo a las autoridades eclesiásticas de Lyon su trato dispensado al papa, recordándoles que tenían también una deuda con él y con la gente de su corte. Al respecto, esto es lo que el prelado escribió; obsérvese lo desvergonzado y depravado del asunto:

“Durante nuestra residencia en vuestra ciudad, nosotros (la curia romana) hemos sido de ayuda muy caritativa para ustedes. A nuestra llegada, encontramos apenas tres o cuatro hermanas de amor adquiribles, mientras que a nuestra partida les dejamos, por así decirlo, un prostíbulo que abarca de la puerta de occidente hasta la de oriente” (de Rosa, op.cit. P. 119). Leemos bien, el cardenal en cuestión se jactaba de haber levantado un prostíbulo en Lyon para el disfrute del clero.

Especialmente en esa época, y hasta el tiempo de la Contrarreforma, gran parte del clero, desde el papa hasta el último sacerdote o fraile, abiertamente era practicante del sexo ilícito, tal y como hemos podido

leer. En cambio, el matrimonio era (y es) inalcanzable para el clero romano.

El casarse constituía “pecado mortal”, pérdida de la condición de clérigo, y seguramente la excomunión; no obstante, la práctica de fornicación, era algo más llevadero, ¡terrible hipocresía!

El papa **Alejandro II (1061-1073)**, rehusó disciplinar a un sacerdote que había cometido adulterio con la segunda esposa de su padre, porque “no había cometido el pecado de contraer matrimonio”. Sobre la razón de prohibir el matrimonio al clero, escribe Dave Hunt:

“A lo largo de toda la historia, no sólo los sacerdotes y prebostes, sino también los papas, tenían sus concubinas y visitaban prostitutas. Muchos eran homosexuales. Ningún miembro del clero ha sido excomulgado jamás por tener relaciones sexuales, pero miles han sido expulsados del sacerdocio por el “escándalo” de contraer matrimonio. ¿Por qué entonces la estricta insistencia en el celibato, aún hasta el día actual, si en realidad no significa abstinencia de las relaciones sexuales? Esto es debido a que la regla del celibato produce un resultado muy práctico y lucrativo para la Iglesia de Roma: Deja a los sacerdotes, y especialmente a los obispos y papas, sin familias a quienes legar sus propiedades y, por lo tanto, no empobrece a la institución romana. El clero no debe tener herederos”.

En una línea similar, claramente se expresó Gregorio VII cuando dijo: “La Iglesia (de Roma) no puede escapar de las garras del laicado a menos que los sacerdotes primero escapen de las garras de sus esposas”; este es el otro motivo para la imposición del celibato: **Crear un “sacerdocio” libre de la influencia sana y santa de los cónyuges e hijos.**



“Gregorio VII, fue el gran impulsor del celibato”

Por toda Italia, los clérigos abiertamente tenían grandes familias y ninguna disciplina se decretaba contra ellos. Muchos papas tenían familias numerosas y pocas veces lo ocultaban. Todas esas familias eran fruto de la fornicación y del adulterio. Pero eso no era exclusivo de aquella época de tinieblas, anteriormente ya existía la práctica fornicaria.

Cuenta de la Rosa:

“Esta confusión teológica en una época de depravación hizo que el clero, en la Roma del siglo V en particular, se volviese un refrán para todo lo que fuese grosero y pervertido... Cuando al papa san **Sixto III (432-440)**, lo enjuiciaron por seducir a una monja, se defendió hábilmente citando las palabras de Cristo, “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra”.

Implicítamente estaba este *santo* papa reconociendo su culpabilidad y la culpabilidad de los que le rodeaban, porque, indudablemente, nadie arrojó el anatema contra él, sino que, por lo contrario, le hicieron *santo*. Sigue diciendo de la Rosa:

“...monjes ambulantes demostraron que eran una amenaza social...hubo largos períodos cuando muchos monasterios no eran otra cosa que prostíbulos...El segundo Concilio de Tours en el año 567, admitió públicamente de que era difícil que hubiese un clérigo en alguna parte sin su esposa o concubina” (de Rosa, op. cit. pp. 402-403).

Volviendo a Inocencio IV. Él fue quien puso en vigor del todo el celibato en Inglaterra alrededor del año 1250. Por aquel entonces allí, una gran mayoría de sacerdotes eran casados; práctica aceptada por mucho tiempo por la Iglesia en la isla (Inglaterra quedaba lejos de Roma). No obstante, llegó el momento en que la *santa* sede determinó que tenía que poner fin a toda devoción familiar clerical. La devoción del clero debía ser solamente para la institución romana y al papa. Thompson escribe al respecto:

“Desde su introducción, el celibato del clero romano ha sido considerado como uno de los medios más eficaces de establecer la supremacía de los papas; y para este fin se hizo un esfuerzo por introducirlo en Inglaterra, después de la conquista de los normandos” (Thompson, , op. Cit. p. 443).

Camino a Aviñón (Francia)

Con estos, y los siguientes papas, los emperadores o reyes germanos pierden preponderancia en torno al papado. Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, y sus sucesores, los reyes de Nápoles, empiezan a tener influencia con y sobre el papado. Empiezan a nombrarse cardenales de origen francés, y se prepara el camino para el traslado de la sede a Aviñón.

El concilio de Lyons de 1274, lanzó la constitución “*Ubi periculum*”, la cual prohibía cualquier pacto, convención o tratado hecho por los cardenales durante una elección papal, con el propósito de impedir la *simonía*, es decir, la compra del cargo papal. No obstante, poco le importó esto a **NICOLÁS III (1277-1280)**, ya que compró el cargo y favoreció todo lo que quiso a los de su familia, los Orsini. Este Nicolás III es el protagonista del *Canto XIX* del *Infierno* de Dante. El escritor florentino (1265-1321), católico, pero enemigo frontal del *poder temporal* del papado, que decía, y decía bien, ser el origen de todos los males del mundo, incluyendo la propia corrupción de los papas, ve a ese pontífice condenado en el infierno por *simoníaco*. Nicolás, perdido en su condenación eterna, a priori le confunde con Bonifacio VIII, a quien espera en breve.



“Papa Nicolás III, protagonista del Canto XIX del Infierno de Dante Alighieri, en el infierno”

Su sucesor, **MARTÍN IV (1281-1285)**, era tan dado a la *gula*, que se decía que *“hacía morir a las angulas en vino”*. Dante le ve también en el “más allá” diciendo de él: “...y aquella faz, más escamosa que las otras, es de uno que tuvo la santa iglesia en sus brazos. Fue de Tours, y purga con ayunos las angulas de Bolsena y la garnacha”.

Pedro de Morone, el ermitaño que fue papa por cuatro meses

La *“silla de san Pedro”*, seguía siendo para los romanos un botín a disputar entre las familias dominantes. Cuando murió **NICOLÁS IV (1288-1292)**, la sede quedó vacante veintisiete meses, porque las fuerzas de los Orsini y de los Colonna estaban absolutamente igualadas (*¿Sucesión apostólica?*).

Tras dieciocho penosos meses de *cónclave*, los nueve cardenales que quedaban, después de buscar las mil y una maneras de poder contentar a todos, no pudiendo conseguirlo, sólo pudieron encontrar una posibilidad, que al menos, no disgustara por completo a ninguna de las facciones (*¿sucesión apostólica?*). Tuvieron que salir de Roma y de sus entornos, e ir a buscar a un ermitaño, Pedro de Morone, fundador de una orden monástica llamada de los “espirituales”. Fueron a buscarle hasta donde él estaba, en una cueva. Pedro se negó ir a

Roma, aunque sí aceptó ser papa, y lo hizo con el nombre de **CELESTINO V (1294)**.

La corte papal se trasladó a Nápoles. Allí el rey Carlos II de Anjou, se felicitó del hecho, y como Pedro de Morone, el antiguo ermitaño, ahora papa, era muy simple e ignorante, cayó bajo la influencia del rey napolitano. Después de unos meses, presionado por la curia y muy especialmente por Benedicto Caetani (el que más tarde sería Bonifacio VIII), abandonó el papado tras cuatro meses de estar sentado en el solio.

Muchos pensaban que el “*angélico*”, como así le llamaban, iba a ser capaz de renovar la iglesia papal, sin embargo, ese pobre hombre, incapaz de comprender los entresijos del Vaticano, añorando su cueva y despreciando lo terrenal, quiso volver a ella. Esos que pretendían que la Iglesia romana abrazara el evangelio de la sencillez cristiana, no se percataron de que tal cosa es imposible. Roma nunca dejará de ser lo que es, ella es “***semper eadem***” (siempre la misma), no cambia.



“Dibujo que representa al “angélico”, Pedro de Morone”

Tras un cónclave de un solo día, fue elegido papa Benedicto Caetani, el instigador de la renuncia del anterior papa. Su nombre, **BONIFACIO**

VIII (1294-1303). Lo primero que hizo este también sanguinario papa, fue trasladar la corte papal de Nápoles de nuevo a Roma, pero no fue él solo, sino que trajo con él al desdichado Celestino, el antiguo papa ermitaño, a quien quería tener bajo su control, dadas las dudas acerca de la legalidad de su abdicación. El “*angélico*”, aterrorizado, escapó, y Bonifacio mandó a sus soldados para que lo apresaran. Después de cierto tiempo lo consiguieron cuando pretendía huir de Italia. En el juicio que le hicieron ante Carlos de Anjou y el mismo Bonifacio, el desdichado Celestino, tuvo suficientes agallas para decir estas palabras proféticas a la cara del nuevo papa: “Has entrado como un zorro, reinarás como un león, y morirás como un perro”. Inmediatamente fue encerrado en la fortaleza de Fiume, donde murió antes de que transcurriera un año, allí fue asesinado, clavándole un clavo en la cabeza. Así paga Roma a sus papas “desleales”. Por supuesto, que ante el peso de la historia y la opinión general, se decidió, con el tiempo elevar a ese desdichado “*a los altares*” con el nombre de *san* Celestino, *santo* asesinado por uno de los más importantes papas romanos de la historia, **BONIFACIO VIII (1294-1303).**

Bonifacio VIII, el colmo de la maldad

Bonifacio, una vez coronado en san Pedro del Vaticano, fue agasajado por los romanos y preparó un banquete que rebasó todo lo conocido hasta la fecha, y esto que en el palacio del Laterano, donde a la sazón residía el papa, los banquetes habían sido siempre sin igual.

Bonifacio VIII, revocó la mayoría de las decisiones de su antecesor y canceló sus nombramientos (*¿infabilidad papal?*). Empezó a destacar sobre muchos otros papas anteriores en la práctica de simonía y nepotismo. Cuenta Chamberlain:

“Conseguir oro para comprar tierras con las que crear una sólida posición para la familia Caetani - he aquí el por qué y razón de su política, he aquí su estrecha e indigna política de campanario que minó todo lo que podía haber sido grande y duradero en su actuación-. En opinión de Bonifacio, era imposible, por definición, que un papa cometiera simonía, pues él era la Iglesia, y la Iglesia era él, y todo lo que poseía la Iglesia estaba a su disposición. Roma era una boca gigantesca que chupaba oro de

Europa...Cuando el poder universal y la riqueza de la Iglesia se desviaban hacia el engrandecimiento de una sola familia, las pretensiones de Bonifacio superaban incluso la cínica tolerancia de su tiempo”.

La verdad, va todavía más lejos, si cabe. Según Durant, (*Durant, Vol. 6, p. 232*), **BONIFACIO VIII (1294-1303)** practicó *brujería*. Llamó mentiroso e “hipócrita” a Jesucristo; profesó ser ateo, negó la vida futura y fue un homicida y un perverso sexual pedófilo.

Categoricamente este papa dijo lo siguiente: “*El darse placer a uno mismo, con mujeres o con niños, es tanto pecado como frotarse las manos*”.

Sobre la vida eterna decía, contradiciendo el mensaje cristiano hasta en su más mínima expresión: “El hombre tiene tanta esperanza de vivir después de la muerte como ese pollo asado que hay sobre la mesa del banquete”. Esto lo decía ante la mirada atónita de los asistentes a la fiesta.

Dice Hunt:

“No titubeé en tener a su madre y a su hija juntas como concubinas” (*A Woman Rides the Beast, p. 173*). Con razón Dante ya le reservara un sitio en su *infierno* de la “*Divina Comedia (Canto XIX)*”, cuando todavía no había muerto.



“Efigie de Bonifacio VIII, solo hay que prestar atención a ese rostro para entender mejor como fue ese sujeto”

Querido lector, este fue un romano pontífice reconocido, este es uno de los papas *infallibles* que dictaron dogmas que el fiel católico-romano ha de seguir con *fe ciega*; según Roma este hombre fue “*Vicario*” de Jesucristo aquí en la tierra. Todo buen católico- romano, así lo ha de creer y aceptar.

Fue durante el pontificado de Bonifacio VIII que Dante visitó Roma. El escritor describió el Vaticano como el “***alcantarillado de la corrupción***”, y puso en su obra, como vimos, a Bonifacio VIII, junto con los papas Nicolás III y Clemente V en “*las profundidades del infierno*”. En ese tiempo, **san Buenaventura, cardenal y General de los franciscanos**, dijo que Roma no era más que **la ramera del Apocalipsis**.

Bonifacio VIII, deseaba poder tener un hijo para hacerle heredero de los bienes de “su Iglesia”, como esto era imposible por la misma ley canónica que él debía defender, se propuso favorecer a su familia, los Caetani: “hasta que una cadena de ciudades Caetani se perfiló sobre montañas, desde Roma hacia el Sur, hasta Caserta y el lejano

mar...para ello fueron desposeídas familias establecidas desde hacía mucho tiempo” (Beynon).



“Escudo papal de Bonifacio VIII, donde consta el propio escudo de los Caetani, su familia, a la cual sirvió desde su posición egregia con inusitado afán nepotista”

En su afán *nepotista*, Bonifacio convirtió a su ciudad natal, Anagni, en el corazón de sus posesiones. Para todo ello arremetió sin ambages contra los Colonna, sus adversarios, los cuales comenzaron a esparcir las dudas acerca de la legalidad de su elección. La escalada de descalificaciones y amenazas entre ambos bandos fue creciendo, hasta que el papa excomulgó a los dos cardenales Colonna, sin respetar ninguna garantía jurídica. Luego, excomulgó a toda la familia, ¡hasta la cuarta generación!, y declaró herejes, y por lo tanto, presa legítima para cualquiera que diera con ellos, los capturara o les diera muerte.

Los Colonna, buscaron apoyo en el rey de Francia, y Bonifacio respondió proclamando una *crucada* contra toda la familia Colonna. Aquellos que dieran dinero para financiar la lucha de Bonifacio y su familia, los Caetani, contra los Colonna, verían cómo sus pecados eran remitidos. Los que robaran o atacaran a los Colonna, no serían ladrones ni asesinos a los ojos de Dios ni a los de la ley, sino *“virtuosos cristianos”*. Las tropas papales, quedaban dispensadas de respetar incluso las mínimas leyes en cuanto a la guerra que estaban entonces establecidas. Su crueldad horrorizó a todos. Los campesinos de las tierras de los Colonna fueron desposeídos por los cruzados, y muchos de ellos vendidos como esclavos. Gracias al poder debido a su posición, Bonifacio VIII venció, y los Colonna, los que quedaban, tuvieron que escapar al exilio en el año 1299.

Año jubilar de 1300

Feliz en su victoria, aunque necesitado de dinero, aprovechó la llegada del año 1300 para proclamar el primer año jubilar de la historia, otorgando indulgencia plenaria a todos los peregrinos que visitasen Roma, e incluso extendiera las indulgencias a las almas del purgatorio.

En esos tiempos, Jerusalén estaba en las manos del Islam, por lo tanto, Roma era el punto de mira de los “penitentes”. Llegaron riadas de peregrinos y también ríos de oro fluyeron hacia las arcas de la sede romana. Animado por el resultado del evento jubilar, volvió al campo de la política, esta vez enfrentándose de nuevo a Felipe el Hermoso. Mientras esto ocurría, Bonifacio quería hacerse con el dominio de Sicilia y la Toscana, especialmente, de la república de Florencia. El papa conspiró con los nobles florentinos para que le auparan en el poder. Cuando la intriga fue descubierta, Bonifacio no se echó atrás sino muy al contrario, reaccionó con la ilimitada arrogancia que su cargo y su personalidad le impelían: “¿No es el Sumo Pontífice señor de todo? ¿No nos rinden sumisión los emperadores y los reyes de los romanos, siendo superiores a Florencia?”. Añadió diciendo: Si no se le prestaba humilde y absoluta obediencia “infligiría el mayor daño a sus ciudadanos y mercaderes, haría que sus propiedades fueran robadas y confiscadas en todas las partes del mundo, liberaría a todos los deudores de tener que pagar sus deudas” (*Beynon*)



“Sepulcro de Bonifacio VIII, el papa ateo”

En el año 1302, Bonifacio emitió su célebre bula “***Unam Sanctam***”, de la que hablaremos más. Su doctrina sirvió de referencia sólida a muchos de sus sucesores. Al final del escrito “*infallible*”, decía: “Nos,

declaramos, manifestamos y determinamos, que es absolutamente necesario para la salvación de todas las criaturas humanas, que se sometan al Romano Pontífice”.

¿Qué decir o comentar sobre esta barbaridad?, no vale la pena, sobre todo en alguien que no creía en la salvación ni en la vida eterna.

La bofetada de Anagni

Después de la célebre “bofetada de Anagni”, cuando Sciarra Colonna, le dio un bofetón al papa cuando éste sorprendido por aquél, arrogantemente le había mostrado su cuello para que se lo cortase con su espada, poco más le quedó a Bonifacio que experimentar sobre la tierra. Prácticamente prisionero de los Orsini (otra de las familias patricias romanas), moriría poco después, tal y como aquel Celestino el ermitaño, declaró, como un perro. Ferrero da Vizenza escribió:

“Invadido por el espíritu diabólico, daba furiosamente con la cabeza contra las paredes, y manchó con su propia sangre sus escasos cabellos canos”. Este fue otro papa *infallible*, elegido según el sistema romano de la “sucesión apostólica”...(o “algo así”)

Benedicto XI, el papa ofendido en su orgullo de papa

Le sucede a Bonifacio, **Benedicto XI (1303-1304)**. Este revoca muchas de las decisiones tomadas por su antecesor inmediato, pero, ante el hecho de la “*bofetada de Anagni*”, es decir, la simple bofetada que le propinó Sciarra Colonna a Bonifacio, cuando este último, altaneramente le alzó el cuello con el orgulloso ademán de que se lo cortara, desahogada y exageradamente se irrita y lanza una maldición, no sólo sobre el autor de la merecida bofetada, sino sobre la misma ciudad de Anagni, diciendo:

“¿Qué santuario habrá que se respete, después de violado el Pontífice de Roma? ¡Oh, maldad inaudita! ¡Miserable Anagni, que has dejado cometer semejantes crímenes dentro de tus murallas! ¡Que no te envíe jamás el cielo ni el rocío ni la lluvia; derrúmbense sobre ti las altas montañas, porque el héroe ha

caído! Aquel que tan gran poder tenía (Bonifacio VIII), ha sido derribado viéndolo tú, y no te opusiste” (Beynon).

Era mayor el orgullo herido, que el respeto a la verdad. El papa debía proteger el papado aun al precio de una maldición sobre una ciudad entera, y aun cuando esa ciudad fuera la ciudad natal del propio Bonifacio VIII. Ese papa intransigente e injusto tuvo que abandonar Roma en 1304 a causa de las luchas partidistas. Ningún papa pisaría Roma en los siguientes sesenta años. Benedicto XI moriría víctima de una intoxicación por higos, probablemente causada por un monje franciscano en Perusa.



“La bofetada de Anagni”

Aviñón: La nueva Babilonia...

Clemente V

Allí en Perusa, nueve días más tarde de la muerte de Benedicto, se reunió el cónclave cardenalicio, y tardó ¡más de once meses! en tomar una decisión. El colegio cardenalicio estaba dividido en dos facciones, la italiana y la francesa. Finalmente se llegó a un acuerdo, y se eligió a German de Goth, arzobispo de Burdeos, porque vieron en él a

alguien que iba bien para los intereses particulares de todos...
(¿sucesión apostólica?).

Afincado en Francia, era súbdito inglés y en principio, enemigo del rey francés, Felipe IV, aunque no del pueblo galo. El único problema era que no era cardenal, pero eso en sí, no entrañaba ninguna dificultad. Aquí podemos ver en qué se basaban los cardenales para elegir al papa, en asuntos meramente de índole humana y política, en intereses partidistas o particulares. Evidentemente, Dios estaba totalmente ausente (para ellos) de toda esta cuestión. Así fue, y así sigue siendo.

Al no ser purpurado, es decir, cardenal, no estaba en el cónclave, y por ello no le pidieron que fuese a Roma a ocupar el solio pontificio. En lugar de esto, se hizo coronar solemnemente el 14 de noviembre de 1305 en Lyon (Francia). El rey francés estaba allí, e incluso llevó la brida del corcel blanco del nuevo papa. En ese momento, el caballo se encabritó al desplomarse una pared, ocasionando varias víctimas, entre ellas dos hermanos del propio pontífice, y la tiara de Clemente V, el nuevo papa, saltó por los aires, perdiéndose una de las muchas piedras preciosas. Muchos vieron en este acontecimiento un mal presagio, fruto de una elección inapropiada.



“Aviñón (Francia)”

¿Cuál fue la razón por la cual Clemente se quedó en Francia y no fue a Roma? La versión oficial es que Roma era un lugar peligroso, no

obstante, Roma *siempre* había sido un lugar peligroso. Un cronista de la época, Villani, nos cuenta un interesante relato al respecto. Dice así:

“Prevenido a tiempo Felipe el Hermoso (de que el arzobispo de Burdeos había sido elegido papa), tuvo con el prelado (el arzobispo German de Goth) una breve entrevista que le bastó para asegurárselo: ”-Arzobispo - le dijo - , puedo hacerte Papa si quiero, con tal que me prometas seis gracias. - El prelado cayó a sus pies y le dijo:” - Monseñor, ahora es cuando veo que me queréis más que a nadie en el mundo, y que me queréis devolver bien por mal. Mandad y obedeceré -”.

Sólo podemos ver en todo esto a un hombre, el arzobispo German de Goth, vendido, y preso de su propia codicia y ambición. El rey francés, tan astuto como malvado que era, logró con esa argucia meterse al futuro papa en el bolsillo. Evidentemente, de ser un enconado enemigo, Felipe pasó a ser el predilecto del papa. Así pues, en el año 1305, **CLEMENTE V (1305-1314)**, fue coronado papa, bajo la influencia del rey francés. Por todo ello, trasladó la corte pontificia a Aviñón (Francia) en el 1309. Apoyó los intereses políticos de Francia, y en concreto los del rey francés, **Felipe IV el Hermoso**. La corte papal, según palabras del propio Dante *“es una desvergonzada prostituta que se besa de vez en cuando con un gigante que es el rey de Francia”*.

Este papa nombró a muchos cardenales franceses para que le apoyaran; por todo ello, negóse a trasladar la corte papal de vuelta a Roma, y esto produjo gran desesperación a los romanos. La corte papal permaneció en Aviñón hasta el año 1371. Este papa presuntuoso y malvado, amenazó al rey **Eduardo II (1284-1327)**, rey de Inglaterra, de la siguiente manera:

“Hemos oído que has suprimido la tortura como algo contrario a las leyes de tu tierra. Sin embargo ningún Estado puede pasar por encima de la ley canónica de la Iglesia, nuestra ley. Por lo tanto, te mando que enseguida sometas a esos hombres a la tortura” (Durant, op. cit, vol.V pag. 527).

Como puede verse por sus propias palabras, ese papa y sus correligionarios eran hombres sanguinarios que despreciaban el valor de la vida humana, instigando e incluso abiertamente mandando a los

reyes y emperadores a que mataran, torturaran, y encarcelaran a todos aquellos que siquiera sutilmente amenazaran sus intereses de poder. Es más, tal y como Clemente V dijo, la ley canónica de la iglesia de Roma contempla la tortura; veremos más de esto, más adelante. ¿Va Dios a usar hombres así? ¿Puede un hombre como este Clemente V representar a Cristo en alguna medida? Después morir el papa, la sede papal quedose dos años vacante, y Clemente V, es recordado entre otras cosas por su vergonzoso nepotismo (algo así como *tráfico de influencias*, pero en grado superlativo), y sus bochornosas finanzas, producto del abuso de poder.

El Banquero de Aviñón

De la misma manera actuó su sucesor **JUAN XXII (1316-1334)**. Fue llamado el “**Banquero de Aviñón**”. Supo como enriquecerse y enriquecer las arcas papales. Cualquier ascenso en el escalafón jerárquico, suponía una importante entrada de dinero en esas arcas; en otras palabras, los cargos eclesiásticos eran comprados, y con ellos se hacía mercadería.

Así como solía ser siempre en Roma, ahora era en Aviñón. Además los impuestos crecieron de modo que parecía no tener límite. No obstante, los afectados, no sólo el pueblo sino los reyes, llegaban al colmo de su paciencia. Tal fue el caso del rey Luis de Baviera, que fue el primero que se enfrentó al papa francés. Convocó un concilio general y le acusó de herejía. El papa inmediatamente le excomulgó. También hay que añadir que el papa francés, más pendiente de su protector el rey francés, debiendo coronar a Luis como rey de Alemania, no lo hizo por motivos de interés político.



“El banquero de Aviñón, el papa Juan XXII”

Mientras tanto, los *pobres* franciscanos acusaban al papa de corrupto en sus riquezas, enseñando que eso era cosa contraria a las enseñanzas de Cristo, y se pusieron de parte del rey alemán, el papa Juan, en el 1323 condenó tal doctrina franciscana con la Bula “*Cum inter nonullos*”. Escribe Hunt:

“...odiaba a los franciscanos por hacer votos de pobreza que condenaban su lujoso estilo de vida personal. Había amasado una enorme fortuna “embaucando a los pobres, vendiendo medios de vida, indulgencias y dispensaciones” (de Rosa, op. Cit. p. 180). Juan XXII se enojó y condenó como herejía la forma de vida franciscana” (A Woman Rides the Beast, pp. 118, 119).

El negar este dogma suyo expuesto en “*Cum inter nonullos*”, era herejía castigada con la pena máxima. Juan XXII mandó a las autoridades civiles que quemaran en la hoguera a los franciscanos que habían hecho votos de pobreza; los que no quisieron hacer eso fueron irremisiblemente excomulgados. Durante su pontificado hizo matar a más de 114 franciscanos a través del “santo oficio”. Murieron quemados vivos.

A raíz de todas esas, y otras atrocidades, el consejero de Luis de Baviera, Marsilio de Padua, que evidentemente debía conocer bien las Escrituras, le envió al papa el escrito más antipapal que se recuerda haber escrito en la Edad Media a ese nivel. Lo tituló “**Defensor**

pacis". En él, Marsilio negaba el origen divino del primado papal, asegurando que ni Cristo constituyó jefe alguno entre sus apóstoles, ni se podía demostrar que Pedro hubiera estado nunca en Roma, entre otras cosas.

En el año 1328, Luis entró en Roma, no habiendo podido ser coronado por el papa francés en su momento, se hizo coronar como emperador por Sciarra Colonna, y nombró papa a **NICOLÁS V (1328-1330)**. Este Nicolás llegó a ser *antipapa*, ya que la inmensa mayoría de los cardenales eran franceses y querían que la sede papal siguiera estando en Francia.

Máquina de hacer dinero

Juan XXII, fue un hombre avaro y practicante del nepotismo. También era un fornicario, no era ningún secreto que dicho papa tuviera un hijo, y que lo ascendiera a cardenal. Además de todo eso, era desconocedor de la teología; por ello, no sólo sus enemigos políticos, sino también teólogos reputados, le calificaron de *hereje* (*¿infabilidad papal?*).

Una de las cosas que enseñaba desde su cátedra papal, era que las almas de los que morían en gracia de Dios no gozaban del Cielo sino hasta después del Juicio Final. Esto no es sólo antibíblico sino también contrario a la enseñanza de Roma. Esta es una muestra más del imposible de la pretendida *infabilidad* papal, que él personalmente no defendía. Aquí estaba un papa hablando "*ex cátedra*" en materia de fe, doctrinalmente equivocado. Sin embargo, aquel no fue su único error doctrinal, ni mucho menos. Debemos partir de la premisa de que a Juan XXII no le importaba absolutamente nada la teología; él sólo la usaba para su beneficio particular. Publicó una lista de crímenes y pecados asquerosos junto con el precio individual por cada uno. La lista era exhaustiva, no omitió ninguna iniquidad: asesinato, incesto, sodomía, engaño, etc. Entonces declaró que él, como *vicario* de Cristo y cabeza de la Iglesia, absolvería a los transgresores por cada cantidad de dinero que se diera según rezaba la lista en cuestión.

Cuanto más dinero poseía la persona, tanto más podía pecar porque después de pagar sus pecados, estos iban a ser "perdonados". Gran parte de la riqueza adquirida de ese modo era gastada en sus guerras. El era un gran aficionado a guerrear. De Rosa dice:

“La sangre que derramó habría enrojecido las aguas del lago Constanza, y los cadáveres de las víctimas habrían formado un puente desde una costa a la otra” (de Rosa, op. Cit. p. 212).

A este corrupto y asesino papa se le apareció la *virgen*, en concreto, de todas ellas, “la *señora* del Monte Carmelo”. Juan XXII, cruel y sanguinario, así como engañador y estafador, juró que así fue, y que le dio un mensaje, a ese mensaje le llamó la Gran Promesa, y tiene que ver con el uso del *escapulario*.

Bibamus Papaliter, Benedicto XII

Su sucesor, **BENEDICTO XII (1334-1342)**, trató de reparar los desaguados teológicos de su predecesor. Aunque más conocedor de la teología, no por ello la aplicaba a su vida más que los papas que le precedieron. Mandó construir un palacio para él y sus sucesores, aunque más bien era una fortaleza gigantesca, en una superficie de más de 6.400 metros cuadrados. A su lado, la catedral, centro de culto de los fieles, era pequeña e insignificante. Petrarca, el clérigo y poeta, calificó a ese Benedicto de “**beodo de la nave de la Iglesia**”. A este papa se le atribuye la frase: “***Bibamus papaliter***”, es decir, “*bebamos como un papa*”.

Promulgó en 1336 la bula ***Benedictus Deus*** en la que fijó oficialmente la doctrina católica sobre la visión beatífica, según la cual los fallecidos en gracia de Dios gozan de su visión hasta el Juicio Final. Es decir, definió *ex cathedra* “*la inmediata visión intuitiva de Dios, para las almas de los justos que no tengan faltas que expiar*” (Enciclopedia Católica).

Así que vemos que un papa beodo, como todos los que le precedieron, y le precederían, asegura que los justos tienen faltas que expiar (negando así la rotundidad del sacrificio de Cristo al respecto), y además añade – y ese fue el propósito de la bula en cuestión – que los que llegan al cielo, sólo podrán “intuitivamente” tener una visión de Dios, hasta el Juicio Final, juicio que nada tiene que ver con los verdaderos cristianos, sino con el resto de la humanidad (Ap. 20: 11-15), cuando la Palabra de Dios nos asegura que le veremos tal y como Él es (1 Jn. 3: 2).



“Benedicto XII, el papa beodo”

Este papa en cuestión, es el que por primera vez coloca una tercera corona de oro en la tiara papal, como símbolo de poder total sobre la tierra. Este atributo del papa hacia el papa, sigue prevaleciendo hasta la fecha. Recordemos que no fue sino hasta el siglo IV, es decir, después de Constantino, que el obispo se cernía su tiara. Esa primera tiara no tenía corona alguna, aunque intentaba imitar las tiaras de los reyes persas. A partir de ese Benedicto XII, se impuso la tiara de tres coronas con tres coronas de oro añadidas. Recordemos lo que significa: *“Soberanía espiritual sobre las almas, soberanía temporal sobre los Estados Pontificios, y mixta de ambas categorías, sobre todos los demás reyes y poderosos de la tierra”*.

La iglesia de Roma, y su papa, como representante de todo ese poder sobre: Las almas de los hombres, las tierras y los reyes del mundo, cumple a la perfección con la descripción de la mujer vestida de *púrpura y rojo*, (colores de los cardenales y obispos respectivamente, es decir, de la jerarquía romana), adornada de oro y de piedras preciosas (Ap. 17: 4), que se sienta sobre “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” (Ap. 17: 15). Por lo tanto la Biblia tiene mucho que decir respecto de la iglesia romana.

Papa Clemente VI, otro infame

Le siguió a Benedicto, otro papa francés, **CLEMENTE VI (1342-1352)**. Este papa llegó a excomulgar solemnemente, nada menos que al mismo emperador Luis de Baviera, con aquellas palabras: *“al que la tierra trague vivo y cuya memoria sea raída”*. A este papa, al igual que

a Benedicto XI que maldijo a toda la ciudad de Anagni, o a Clemente V que *mandó* al rey Eduardo, rey de Inglaterra, que había suprimido la tortura, a que volviera a ponerla en práctica, y por qué no decirlo, tal y como hemos estudiado, a la inmensa mayoría de papas anteriores a Clemente, y como veremos, a los posteriores, a todos ellos, les hubiera sido extremadamente útil prestar atención a las palabras de aquél a quien decían suceder, el apóstol San Pedro, cuando dijo: “sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición” (1 Pedro 3: 8, 9). Devolver bien por mal es la virtud que mejor expresa y muestra la presencia de Cristo en la vida del verdadero creyente.

Ningún papa, fue un buen ejemplo de esa verdad. No obstante, multitudes hoy en día y a lo largo de la historia, han creído y creen firmemente que el papado es una institución divina. Gracias a Dios que no es así, y que esos hombres corruptos que se llamaron a sí mismos *papas* nunca han representado en absoluto a Cristo Jesús. No obstante, ¡Cuánto se pretende que así sea!

Adrian Milton en su libro “*The Principality and Power of Europe, pag. 172*”, escribe al respecto de esas pretensiones papales:

“El papado reclama la soberanía sobre todos los reinos de la cristiandad, sean católico romanos o no, así como sobre todas sus naciones y sus líderes. Él (el papa), todavía es el “Padre de los reyes y los príncipes, el Vicario de Cristo, y el Gobernante del Mundo”... cuán consabido es el hecho de que en “El Pontifical”- el libro usado por el Vaticano para la coronación de los papas- se especifica que cada pontífice es “nuestro Señor Dios, el papa”. Obvia comentar lo blasfemo de este asunto.

El día de la coronación de Clemente VI, el 19 de mayo de 1342, se celebró una fiesta cuyos datos vamos a reproducir. Esto nos va a dar una idea concreta del fasto en el que aquellos “siervos” de Dios vivían, a expensas de la miseria del pueblo, y por lo tanto, de sus fieles. Estos datos están recogidos en el volumen 195 de *Introitus et Exitus* de la Cámara Apostólica, que se guardan en el Museo Vaticano:

“Aparte de los muebles y gastos de decoración del palacio papal, y de la iglesia de los Dominicos, en víveres para los banquetes, se emplearon 118 bueyes; 101 terneros; 1.021 carneros; 914 cabritos; 60 cerdos; 69 quintales de manteca; 300 sollos; 3.031 capones; 3.043 gallinas; 7.428 pollos...etc. Se usaron para las cocinas 116 calderas; se emplearon 26 cocineros, 41 ayudantes, 14 carniceros con 20 ayudantes y 250 sirvientes. Se vaciaron 102 pellejos de vino común, además de los de solera; se compraron 2.200 ánforas de vidrio y 5.000 vasos. Se gastaron 10 quintales de cera para el alumbrado y, en resumen, puede decirse que el gasto total vino a ser de 12.000 florines de oro, más 1.500 escudos de oro, o lo que es igual, ¡un millón de liras de oro!”.

Toda esta fastuosidad ocurría cuando la peste azotaba Europa, y la muerte y la miseria eran moneda de cambio en la sociedad. Por todo ello, muchos se levantaron en contra de todo ese dispendio y derroche, entre otros, de nuevo Petrarca, quien consideró a ese papa digno de ser enviado a la horca. En sus epístolas tituladas “*Sine titulo*”, llama a la Iglesia de Aviñón “**La Nueva Babilonia**”, en clara alusión a Apocalipsis cap. 17 y 18. El rey Eduardo de Inglaterra, comentando sobre la fastuosidad de los banquetes papales en cuestión, comentó: “Se encargó a los Apóstoles que condujeran el rebaño de la Iglesia, no que lo trasquilaran”.

Si era rico el papa Clemente que literalmente compró la ciudad de Aviñón; y ésta perteneció al papado hasta la Revolución Francesa. Fue famosa la corte papal de Clemente VI desde el primer momento; también a éste se le atribuye la frase cínica de que sus predecesores no habían sabido lo que era ser papa; en otras palabras, que él sí sabía aprovecharse bien de la condición de su cargo. Sin embargo, no se cortó en esparcir por doquier la mentira del papado. Buscando más “parroquia”, se dirigió a los cristianos armenios requiriéndoles que creyeran en el papa como Vicario de Cristo en la tierra, diciendo que éste posee el mismo poder de jurisdicción que Cristo mismo poseía durante su vida humana. Así pues, ese hombre pecador y corrupto se comparaba con Cristo Jesús. Tal blasfemia le parecía poco a tal papa; pero no sólo a él, ya que esta ha sido la línea tradicional del papado hasta hoy.

Además de todos esos pecados, Clemente VI era un aficionado a las mujeres; era tan aficionado a las mujeres como aficionado a los placeres de la buena mesa. Villani, comentaba de él: "...cuando era arzobispo, no se apartaba de las mujeres, sino que vivía a la manera de los nobles jóvenes, y tampoco de papa intentó controlarse. Las nobles damas tenían el mismo acceso a su cámara que los preladados, y, entre ellas, la condesa de Turenne era tan íntima que, en parte, él distribuía sus favores por mediación de ella".

Para Petrarca, clérigo y poeta, ese papa y la condesa de Turenne eran "ese Dionisos eclesiástico con sus obscenos e infames artifices, y su Semiramis, fundidos en incestuosos abrazos". Los escandalizados *fieles* vieron en la peste que asoló Europa en 1348, el castigo que Dios les enviaba por los excesos que se cometían entre la jerarquía, incluidos los del papa. La muerte se llevó a Clemente VI los primeros días de diciembre de 1352. Este fue otro de esos *infalibles* papas.

El nepotista Inocencio VI

A Clemente VI, le sucedió **INOCENCIO VI (1352-1362)**, el cual practicó el *nepotismo*, aupando a sus parientes a las más altas dignidades eclesiásticas (*¿infabilidad papal?*). Al respecto, comenta el historiador católico F. L. Beynon: "*Lo...que sí puede achacársele fue el desmesurado amor por sus parientes, de los que elevó buen número a dignidades eclesiásticas que estaban muy lejos de merecer*".

A Inocencio le siguió **URBANO V (1362-1370)**. Cuando Hugo de Roger, hermano del difunto Clemente VI, rechazó la tiara pontificia que en principio le fue entregada, el Colegio Cardenalicio, reunido de nuevo en cónclave, eligió a Guillermo Grimoard de Mende como sucesor de Inocencio. Este ni siquiera era cardenal. Aunque francés de origen, ante las numerosas peticiones de diferentes personalidades de la época, incluido Petrarca, o el emperador Carlos, se dispuso a marchar a Roma y reestablecer la corte papal allí. Corría el año 1367.

Desde aquel momento, y cuando la corte pontificia estuvo en Roma, el papa ya no habitaba más en el palacio de Letrán, sino en el del Vaticano; ésta llegó a ser la residencia oficial. Previamente, el cardenal español Álvarez de Albornoz, había estado en Roma preparando la vuelta del papa. Muerto el cardenal, Roma volvía a ser un lugar ingobernable y poco seguro para el papa francés. Entonces,

decidió volver a Aviñón ante el regocijo de sus cardenales franceses. Murió rápidamente, y esto fue tenido por un castigo de Dios por haber abandonado la “Ciudad Eterna”. Este papa Urbano fue el que aceptó de buen grado el uso de la tiara de triple corona.

Un cardenal de 18 años

GREGORIO XI (1370-1378), de nombre común Pierre Roger de Beaufort, era sobrino de Clemente VI. Fue elegido irregularmente papa, era cardenal, pero *nunca* fue diácono. En términos canónicos eso es una incongruencia; la explicación, por otro lado sencilla, el cargo y título de cardenal lo recibió a los dieciocho años de su tío el papa Clemente VI. Debido a eso, ¡hubo de ser ordenado sacerdote y obispo en un mismo día! (*¿sucesión apostólica?*).

Este papa Gregorio XI, a través de su bula del año 1372 “*In Coena Domini*”, reclamó el dominio papal completo sobre toda la cristiandad. Sobre lo religioso y lo secular, y excomulgó a todos los que desistían obedecerle, por no pagarle los correspondientes impuestos. Aunque francés, protagonizó el regreso del papado a Roma. En el 1377, entró en Roma entre vítores de la muchedumbre, y se instaló en el Vaticano.



“Gregorio XI, el papa que fue cura y obispo en un mismo día”

Murió también al poco de trasladar su corte, y sin embargo, nadie de los defensores del papado en Roma, incluidas *santa* Catalina de Siena o *santa* Brígida de Suecia, que hasta la saciedad habían denunciado que el papa debía volver a Roma, atribuyeron el fallecimiento del papa a algún designio divino esta vez. Roma, a la sazón, era un lugar ingobernable, fruto de la herencia imperial y luego papista. Un ejemplo de esto que estamos diciendo era el gran número de atrocidades

cometidas por manos de los mercenarios papales. Una de tantas, es ésta: El cardenal Roberto de Ginebra, apodado el “*carnicero de Cesena*”, dirigió una matanza contra cuatro mil ciudadanos. De naturaleza enfermiza, el papa, sobrino de otro papa, murió prematuramente, a los cuarenta y siete años, el 27 de marzo de 1378.

La Edad Media

La Edad Media, fue la edad de las tinieblas manifiestas, no disimuladas. Era tanta la ignorancia, superstición y temor del pueblo llano, que el papado no tuvo ningún inconveniente en tomar el sol en desnudez, a la vista de todos. El cardenal Baronius, que aunque defensor de éste como no podía ser de otra manera, tuvo la mínima honestidad en reconocer la realidad de ese tiempo, confesó que en la silla pontificia se sentaron:

“monstruos llenos de lujurias carnales y arteras maldades de todos los tipos, prostituyendo la Silla de San Pedro con sus amantes favoritas”.

En el siglo XVI, el cardenal escribió en los *Anales Eclesiásticos*: “La Iglesia romana estaba cubierta con sedas y piedras preciosas, públicamente prostituyéndose a sí misma por oro...Nunca ni los sacerdotes, y especialmente los papas, cometieron tantos adulterios, violaciones, incestos, robos, y asesinatos como en ese tiempo (la Edad Media)”(Colman J. Barry O.S.B., de. Readings in Church History, vol. 1, From Pentecost to the Protestant Revolt pp. 470-71).

No obstante, no sólo la Edad Media fue testigo de las atrocidades del papado y sus derivaciones. Veremos en los próximos capítulos cuánto nos va a sorprender Roma...

La simiente del Falso Profeta | Octava Parte



Índice del Tema

- **El Cisma de Occidente**
- **1. Urbano VI y el Cisma de Occidente**
 - **Francesco Tebaldeschi, el actor papal**
 - **Urbano VI, conocedor de la realidad financiera de la “iglesia”**
- **2. Las “dos obediencias”**
 - **Clemente VII, el de Aviñón, el pro-simoníaco**
 - **Los cardenales de Aviñón contra Urbano VI**
 - **El Cisma de Occidente: todos de uno u otro lado, todos excomulgados**
 - **Clemente y Urbano, ¡A muerte entre ellos dos!**
 - **Urbano VI se vuelve nepotista: el “Butillo”**
 - **Urbano VI, “il condottiere”**
 - **Urbano VI, abandonado...**
 - **Clemente VII el papa de Aviñón, se crece...pero no por mucho tiempo**
 - **El “papa mudo”: Bonifacio IX**
 - **El Papa Luna**
 - **Tres papas a la vez, ¡tres!**
 - **El papa Luna y el concilio de Pisa**
 - **Juan XXIII, el diablo encarnado**
 - **El Concilio de Constanza y la tabla rasa**

- **Juan Huss y Jerónimo de Praga**
- **Acaba el Cisma de Occidente**
- **Apéndice sobre el concilio de Constanza**
- **Eugenio IV y su Concilio de Florencia**
- **De nuevo dos papas al mismo tiempo (¿sucesión apostólica”?)**

El Cisma de Occidente

A la muerte de Gregorio XI, la situación era poco favorable a que la elección del nuevo papa recayera sobre alguien que deseara mantener la sede pontificia en Roma a causa de que eran pocos los cardenales italianos del colegio cardenalicio en cuestión.

Por otra parte, las familias patricias romanas se aprestaron a dejar bien claro que como ese papa no fuera romano, o al menos italiano, los cardenales sufrirían represalias; no estaban dispuestos a que una fuente de ingresos tan caudalosa como el papado volviera a escarpárseles de las manos. Sus palabras eran: *“Dadnos un papa romano...o haremos que vuestras cabezas sean más rojas que vuestros sombreros”*.

Ese es el por qué, al final, los cardenales, de los cuáles la mayoría eran franceses, encontrándose sólo un español entre ellos, Pedro de Luna, y cuatro italianos, eligieron al arzobispo de Bari, Bartolomeo Prignani, italiano, como siguiente papa.

1. Urbano VI y el Cisma de Occidente

En el año 1378, cambiando su nombre, como era y es costumbre, fue elegido **URBANO VI (1378-1389)**. Este tampoco era cardenal, pero poco importó ese hecho. Además, se intentó, como siempre, contentar a todos, así que este papa electo, aunque no era francés, sí era súbdito de los angevinos, familia francesa que dominaba Nápoles (Italia), y además era muy conocido por el clero francés. Se le conocía por el apodo burlón: *“el pequeño obispo”*.

El cardenal Orsini (de la familia de los tales), presentó al nuevo papa como un papa provisional, nombrado a la espera de poder elegir a otro como definitivo (*¿sucesión apostólica?*). No obstante, corrió el rumor de que los cardenales, bajo presión, habían elegido un papa francés.

Francesco Tebaldeschi, el actor papal

Las familias patricias y el pueblo bajo ellas, exaltados todos, y armados, asaltaron el Vaticano. Para evitar que el desengaño de la muchedumbre produjera violencia contra las personas de los cardenales, y no estando el papa electo todavía presente allí, los purpurados hicieron que un anciano cardenal romano, Francesco Tebaldeschi, se vistiera con las ropas pontificales, se sentara en el trono y representara la comedia, lo que hizo a regañadientes y maldiciendo sin parar.

Reconoce la enciclopedia católica que la elección como papa de Urbano VI se llevó a cabo bajo presiones y amenazas... (*¿sucesión apostólica?*). Sin embargo, su nombramiento fue declarado por los doctores de la iglesia de Roma como *canónico* al final.

Urbano VI, concedor de la realidad financiera de la “iglesia”

El puesto que Bartolomeo Prignani (Urbano VI), tuvo anteriormente, fue clave para que pudiera entender los entresijos de la organización vaticana. Al respecto, dice Chamberlain:

“La maquinaria fiscal de la Iglesia, cuyos engranajes iban desde los monarcas más poderosos hasta los más humildes párrocos de aldea, era quizás el sistema más eficaz ideado nunca para extraer oro a escala continental”.

Urbano conocía perfectamente todo lo relacionado con la administración financiera del papado, y estaba al tanto de los fabulosos ingresos y de los fabulosos derroches de los purpurados.

La corte papal de Aviñón, pagaba con el dinero de los *fieles* sus fantásticos banquetes servidos en utensilios de oro macizo; los regalos suntuosos, desde joyas hasta caballos pura sangre, vestidos de sedas recamadas, y todos los bienes que se pueda imaginar (Ap. 18: 11-13). Urbano decidió acabar con todo ello, el problema es que junto con ese afán de justicia, se escondía un rencor y una gran amargura hacia los cardenales (los mismos que en definitiva le habían colocado en el trono).

Ya hacía años que les odiaba, cuando estaba bajo su autoridad, y ahora vio el momento de desquitarse. Así pues, se comportó como un tirano colérico. Dice Chamberlain:

“La alocución inaugural que les dedicó, no sólo fue violenta, sino personalmente insultante. Derramó sobre ellos toda la bilis acumulada durante años y años de inferioridad. Cada cardenal recibió una andanada dedicada especialmente a él, y todas ellas en un lenguaje propio de un arrabal. La mayoría de las acusaciones estaban justificadas, pero la forma en que fueron formuladas, hubiera sublevado al más paciente de los hombres: Le gritó a uno que cerrara la boca, llamó a otro embustero, loco a un tercero, y, con bastante precisión, calificó de bandido al cardenal-soldado de Ginebra. Al final del consistorio, mientras los taciturnos cardenales iban saliendo de la cámara, el de Ginebra se plantó ante Urbano y le dijo: “No has tratado hoy a los cardenales con el respeto que recibieron de tus predecesores. Te digo en verdad que si tú rebajas nuestro honor, nosotros rebajaremos el tuyo”.



“El iracundo y déspota Urbano VI”

Insistir aquí que, a pesar de las formas de Urbano, totalmente equivocadas, su mensaje en cuanto a contenido, no desmerecía a la verdad. El “**sacro colegio**” era un grupo reducido de unos veinte orgullosos cardenales, la mayoría franceses que se repartían la mitad

de los fabulosos ingresos de la “*santa sede*”. Además *todos* contaban con otros beneficios, iglesias, canonjías, obispados, que daban buenas rentas.

El propio Petrarca, que además de ser el célebre poeta que conocemos, fue también un clérigo, conociéndolos bien, decía de ellos:

“En lugar de los apóstoles que iban descalzos, vemos ahora sátrapas montados en caballos revestidos de oro, con bridas de oro y hasta cuyos cascos irán pronto enfundados de oro, si Dios no limita su arrogante riqueza. Podrían pasar por reyes de los persas o de los partos, que exigen ser adorados y ante cuya presencia ningún hombre puede acudir con las manos vacías”.

Volviendo al papa Urbano, éste no sólo se portó despóticamente con los cardenales, a un consejero que se atrevió a hacer un comentario sobre la inconveniencia de lanzar una excomunión por un delito insignificante, le gritó: “¡Yo puedo hacer cualquier cosa, cualquier cosa!”. La menor oposición provocaba en él ataques de ira, en los que repartía vociferante una rica variedad de insultos napolitanos, incluso ante dignatarios de otros reinos.

A los tres meses de iniciar su pontificado, los cardenales estaban hartos, buscando el convencerse de que estaba loco, y por lo tanto incapacitado para ser papa (*¿sucesión apostólica?*). Su mejor salida legal era la impugnación de la elección; así lo hicieron, según su propia versión, recordando en qué condiciones de amenaza y violencia la habían ellos mismos llevado a efecto. Declarando *canónicamente* nula la elección, los cardenales se reunieron en *cónclave*. Respecto a Urbano VI y la actuación posterior de los cardenales, dice la enciclopedia católica:

“La despiadada reforma que introdujo, hizo que un grupo de cardenales disgustados se reunieran en Anagni y eligieran un antipapa, Clemente VII, que instaló su sede en Aviñón dando así lugar al Cisma de Occidente”.

2. Las “dos obediencias”

Clemente VII, el de Aviñón, el pro-simoníaco

Así pues, este fue Roberto de Ginebra, de treinta y cinco años, que se hizo llamar **CLEMENTE VII**. Es curioso el anterior comentario de la enciclopedia católica, calificando de “despiadada” la actuación del papa hacia los cardenales. Urbano VI pretendía acabar con la simonía de esos cardenales, por los cuales él alcanzó el papado. Ciertamente, desde lo político era disparatado. Dollinger comenta al respecto:

*“La simonía había sido por mucho tiempo el pan cotidiano de la Curia romana y el aliento de su vida; sin la simonía es inevitable que la máquina se detenga e instantáneamente se caiga a pedazos. Los cardenales, según su punto de vista, tenían amplio fundamento para insistir en la imposibilidad de subsistir sin ella. Por consiguiente, se sublevaron contra Urbano y eligieron a Clemente VII, un hombre del completo agrado de ellos”(J.H. Ignaz von Dollinger, *The Pope and the Council* (Londres, 1869).*

Esa es la razón por la cual el Catolicismo Occidental se dividió en dos Obediencias.

Entre los muchos que pensaban que había que destituir a Urbano VI, estaba *san* Vicente Ferrer; no obstante, para otros muchos como *santa* Catalina de Siena, era todo lo contrario. El propio anciano cardenal romano Tebaldeschi, el que vistieran con las ropas pontificales y representara aquella comedia ante el pueblo romano, en su lecho de muerte juró, en diciembre de 1378, que la elección había sido completamente libre, y por lo tanto, válida. El atrevimiento de destituir a un papa nunca hubiera ocurrido si mientras tanto los purpurados no hubieran asumido tanto poder y prerrogativas para ellos mismos.



“El simoníaco Clemente II de Aviñón”

Los cardenales de Aviñón contra Urbano VI

Durante el papado de Aviñón, los cardenales habían trabajado en grupo para reducir el poder del papa e incrementar el suyo propio. Por eso, ahora se atrevían a ir en contra del papa que ellos mismos habían elegido, pero que no les había salido a su gusto y complacencia. Esos cardenales secesionistas, escribieron cartas a reyes, príncipes y señores feudales justificando su actuación, y comunicaron a Urbano VI por medio de carta fechada el 9 de agosto, que consideraban vacante la santa sede. Poco más tarde publicaron decretos contra el papa, declarándole intruso y apóstata.

Hoy en día, a pesar de la postura oficial de Roma, históricamente y legalmente hablando, definir la legitimidad del papado de Urbano VI no es fácil. El propio Gelmi, católico, dice: “Hasta ahora se había tenido por papa legítimo a Urbano VI, pero habida cuenta de los nuevos estudios realizados, hoy como entonces no cabe resolver de modo tajante quién fue el verdadero papa”. (*¿Infabilidad de la Iglesia de Roma? ¿Sucesión apostólica?*).

Así pues, durante un buen tiempo no había papa reconocido, sino dos antipapas, Urbano VI y Clemente VII, reinando al mismo tiempo. Clemente VII, el que llegara a ser *antipapa*, fue reconocido inmediatamente por los cardenales de Aviñón y por Carlos V, rey de Francia. Este Roberto, era conde de Ginebra, hombre de armas,

ambicioso y poderoso por su vasto parentesco con príncipes y magnates. Era grande el odio que se tenía contra él en Italia por sus desmanes militares.

El Cisma de Occidente: todos de uno u otro lado, todos excomulgados

A pesar de que muchos intentaron convencer a los cardenales de uno y otro bando de que depusieran su actitud belicista, la realidad histórica es que no lo consiguieron, y así empezó el que ya llevaba años siendo un caldo de cultivo pero que al final salió a la luz: El llamado *Cisma de Occidente*.

El ***Cisma de Occidente*** es la escisión de la unidad de la iglesia católico-romana, que fue del 1378 al 1418, y que se caracterizó por la coexistencia de dos papas con sede, simultáneamente, en **Roma y Aviñón**.

El ***Cisma de Occidente*** fue una estratagema del diablo para que no se cumpliera lo profetizado en la Biblia en Apocalipsis capítulos 17 y 18, cuando allí nos habla de Roma, la ciudad sobre los *siete montes*. No obstante, ese *Cisma* tuvo su final. La iglesia romana fue dividida y rota su “*unidad*” hasta que en el Concilio de Constanza (1414-18), se consiguió que hubiera un solo papa. Pero vayamos por partes.

Inmediatamente, como era de esperar, Urbano VI excomulgó a Clemente VII y a sus seguidores, y Clemente hizo lo propio con Urbano y los suyos. ¡Así pues, todos los católico-romanos se encontraron bajo excomunión!, los de un bando y otro del Mediterráneo.

Fieles a Urbano VI, se mantuvieron el imperio de Alemania, Hungría, Polonia, Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Bretaña, Flandes e Italia, excepto el reino de Nápoles. Por el contrario, se adhirieron a Clemente VII, Escocia, Saboya, Francia y todas las cortes que de ella dependían. Los reyes de Castilla, Aragón, y Portugal oscilaron, a veces con uno, a veces con el otro.

Las naciones se situaron a uno u otro lado más o menos según su relación con Francia. Las órdenes religiosas, e incluso los “santos” repartieron su obediencia de una forma aproximadamente por un igual.

Santa Catalina de Siena, se decantó por Urbano, y tildó a los cardenales de “*diablos en figura humana*” o “*demonios visibles*” que habían depuesto al papa por el “amor desordenado que tenéis al estercolero de vuestro cuerpo”. No obstante, y hablando de “*santos*”, tenemos el caso contrario, el de *san Vicente Ferrer* que llegó a afirmar la aberración de que: “la fe en la legitimidad de Clemente VII es necesaria para la salvación eterna”.

En ciertos obispados, el obispo estaba de un lado y el cabildo catedralicio en el opuesto. De todo ello no tenemos por menos que volver a meditar y argumentar: ¿*Infabilidad papal?*, ¿*infabilidad de la Iglesia Romana?*, pretender eso es pretender *comulgar* con ruedas de molino.



“sta. Catalina de Siena. El patético misticismo siempre ha sido una constante en los llamados “santos” del romanismo. Esos estigmas de la “santa”, no son sino obra directa de demonios”

Clemente y Urbano, ¡A muerte entre ellos dos!

Clemente VII, antes de ir a instalarse en Aviñón, intentó, como hombre de armas que era, expulsar por la fuerza a Urbano VI de Roma. Ambos bandos, que ya se habían preocupado de reclutar buen número de mercenarios, se enfrentaron en Marino, en los Montes

Albanos, el 28 de abril de 1379. Viendo Clemente que no podía vencer, decidió dejarlo. A partir de ese momento, no sólo había dos papas, sino dos cortes papales, dos ciudades sede del papado, dos “santas” sedes. ¡Dos, por si con una no hubiera suficiente!

Urbano VI se vuelve nepotista: el “Butillo”

Urbano VI siguió adelante al verse apoyado por más de la mitad de la “*cristiandad*” de Europa. En ese momento, olvidando su antiguo odio al *nepotismo* que tanto criticó a sus cardenales, decidió hacer lo mismo que aquéllos, y así, después de declararla hereje y cismática, desposeer de su reino a Juana I de Nápoles en beneficio de su propio sobrino (el de Urbano), Francesco Prignano.

Para ello, el papa romano se valió de Carlos de Durazzo, pariente de la reina destronada, al cual el pontífice coronó como rey con el nombre de Carlos III. El papa le hizo rey, a cambio de que cediera las ciudades más ricas a su sobrino. Después de mandar estrangular a Juana, Carlos III no tuvo ninguna intención de ceder sus territorios al sobrino de Urbano. Despechado el “*Butillo*”, el sobrino del papa al que así llamaban, tomó la decisión de ir personalmente a Nápoles con un pequeño ejército de mercenarios. Antes de eso, el papa había tomado la resolución de eliminar a todos los religiosos partidarios de Clemente VII que hubiera en Nápoles. Para ello envió a un legado cardenalicio para deshacerse de ellos con refinada crueldad.

Una vez llegada la curia romana a Nápoles con el papa Urbano a la cabeza, fue recibida por Carlos que le trató fríamente y le dejó bien claro que no pensaba atender sus peticiones. Carlos podía permitirse ese comportamiento porque su ejército era mayor. Mientras tanto el “*Butillo*”, que significa *gordo*, el sobrino del papa, en su arrogancia y maldad, protagonizó diferentes escándalos. Escribe Chamberlain:

“Conquistó un nuevo record de bajeza cuando raptó a una joven noble de un convento, se encerró con ella en una casa y la violó protegido por las espadas papales. Los furiosos parientes de la joven se presentaron en masa a Urbano VI para protestar, exigiendo el castigo de “*Butillo*”. “No es más que un muchacho”, replicó Urbano, rechazando sus protestas. Su sobrino tenía entonces cuarenta años”.

Ese era el sentido de justicia de ese *papa* “representante” de Cristo.

Urbano VI, “*il condottiere*”

Indispuesto con Carlos III y con medio mundo, seguía tratando mal, incluso a los cardenales, por número veintinueve, que él mismo había nombrado. Exasperados por el trato áspero y altanero del papa, algunos de estos cardenales se plantearon si era posible deponerle canónicamente por inepto, e incluso si se le debía quemar por hereje. Poniéndose de acuerdo con Carlos III de Nápoles, conspiraron en ese sentido.

Nadie sabe cómo, el caso es que Urbano se enteró del complot, excomulgó a Carlos, y mandó apresar a los seis cabecillas purpurados y arrojarlos a una cisterna. Ordenó que fueran interrogados, y como no confesaron a su gusto, mandó que les torturaran. Con su ejército de mercenarios, el papa Urbano VI, marchó contra Nápoles y contra Carlos. Según Dacio “*se comportó como un “condottiere” cualquiera, atemorizando a la población civil y usando de la mayor crueldad*”.

Carlos prevaleció, y el papa huyó. Fue libertado gracias al auxilio de una flota genovesa y del conde Raimundo de Nola, que paradójicamente mandaba milicias francesas (téngase en cuenta que la corte francesa protegía a Clemente VII). No obstante, Urbano VI quedó prisionero de sus auxiliares, quienes le exigieron grandes sumas de dinero, so pena de ser enviado a Aviñón, a la corte de su peor enemigo: Clemente VII, el otro papa.



“Los cardenales reunidos para escoger al papa, que sería el napolitano Urbano VI”

Urbano VI, abandonado...

Urbano pagó las cantidades exigidas por su rescate, y tras penosa navegación, arribó a Génova el 23 de septiembre de 1385. Allí permaneció un año y medio obsesionado con la idea de reunir un ejército y vengarse de él y de Nápoles. En Génova provocó el recelo de los genoveses por su autoritarismo y sus desvaríos. Los genoveses le exigieron que liberara a sus cardenales (los del último motín, los cuales había traído con él), pero, contrariamente, lo que hizo, por venganza, fue asesinarlos. Enterrados vivos según unas versiones, envenenados o arrojados en sacos al mar, en otras. Esta crueldad impropia de cualquier ser humano, no hablemos de alguien que se dice representante de Dios en la tierra, perjudicó a su autor. Muchos de sus cardenales le abandonaron para postrarse a la obediencia al otro papa, el de Aviñón.

El 24 de diciembre de 1384, partió para ir a residir a Perugia, allí donde murió envenenado su antecesor, Benedicto XI. Dos años más tarde, tras una disputa con un noble, Otto de Brunswick, monta de nuevo en cólera, e intenta formar de nuevo un ejército de mercenarios para luchar contra Otto, lo peor de la profesión, porque el papa tenía fama

de patrono despótico y mal pagador. Al poco tiempo, la mayoría le abandonó, alegando retraso en los pagos. A mediados de 1389, se debilitó anormalmente y se trasladó a Roma, donde murió el 15 de octubre de 1389. Nadie le lloró.

Clemente VII el papa de Aviñón, se crece...pero no por mucho tiempo

Mientras tanto, Clemente VII el papa de Aviñón, se procuraba amigos y contactos beneficiosos en las más altas esferas nobiliarias y sociales a base de concesiones eclesiásticas inventadas por él. He aquí un dato: El príncipe de Luxemburgo, que falleció a los dieciocho años, había sido regente de la importantísima diócesis de Metz a los quince años, y cardenal a los dieciséis. Apoyado por el rey de Francia y otros, la sede de Aviñón y su papa al frente vivía tranquilamente. Al morir súbitamente Urbano VI, Clemente VII llegó a pensar que se convertiría en el único papa de la catolicidad.

Sin embargo, no fue así. Aquellos cardenales romanos todavía recordaban que fueron excomulgados en su día por el de Aviñón, y no estaban dispuestos a resignarse a tenerle por su jefe, así que se reunieron en cónclave para elegir nuevo papa romano.

El “papa mudo”: Bonifacio IX

Salió elegido Pietro Tomacelli. Este fue, **BONIFACIO IX (1389-1404)**. Este era también napolitano, como su antecesor. Practicó descaradamente el *nepotismo* y la *simonía* sin freno ni vergüenza. Bajo su gobierno, se introdujo la costumbre de vender simple y llanamente los cargos curiales. No mostró ningún interés especial en solucionar el *Cisma*, tanto es así, que se le llamó el “*Papa Mudo*”. De hecho, los papas romanos no refutaban la legalidad de los de Aviñón, sencillamente les ignoraban.

El Papa Luna

Moría Clemente VII, el papa de Aviñón, como resultado de un ataque de apoplejía. Este era el momento ideal para terminar con el *cisma*, pero los cardenales de Aviñón eligieron al cardenal español Pedro de Luna, como **BENEDICTO XIII (1394-1423)**. Nacido en Illueca (Zaragoza), y llamado el “*Papa Luna*”. Dice la enciclopedia católica

que fue un “eminente canonista, hecho cardenal por Gregorio XI (1375). Actuó acertadamente de legado en España con Clemente VII, a quien sucedió en el solio pontificio en 1394”. Hábil, aunque arrogante, no se ganó las simpatías del monarca francés, más aun por el hecho de ser extranjero.



“Estatua del papa Luna”

Como todos los demás purpurados, había suscrito un documento comprometiéndose a renunciar si el “*Sacro Colegio*” lo consideraba necesario para la terminación del cisma. Carlos VI, rey de Francia se opuso a la elección de ese papa español (no iba con sus intereses nacionales), también dadas las presiones políticas provenientes de, entre otras, la universidad de Oxford que entendía que los verdaderos papas eran los romanos.

Por fin, tras enormes esfuerzos se logró que durante los meses de mayo y junio de 1398 se celebrara en París una gran asamblea de clero y doctores franceses, y representantes de las universidades. Tras prolongados debates, la asamblea decidió deponer a Benedicto XIII, acusándolo de perjurio por no haber cumplido lo estipulado en el documento suscrito por los cardenales antes de su elección. Cabe decir que los reinos de Castilla y Navarra se adhirieron a la firma de tal declaración.

Eso no quería decir en absoluto que la *sustracción* a la obediencia de Benedicto XIII, implicaba el reconocimiento del papa romano Bonifacio IX; todo lo contrario; haciendo así, Francia reconocería su error desde

el principio, y eso era políticamente inaceptable. No obstante, Benedicto XIII se negó a renunciar a la tiara pontificia, y fue sitiado en su sede.

Después de huir de su encierro en Aviñón donde estuvo cuatro años preso, fue perseguido, refugiándose brevemente en la Provenza, y luego marchó y se instaló definitivamente en Peñíscola (Castellón), una bella localidad peninsular en el mar Mediterráneo, para seguir manteniendo su solio, a pesar de haber sido depuesto, hasta el año 1423.



“Peñíscola”

Mientras tanto, haciendo honor a su nombre, Bonifacio IX, el *papa mudo*, vivía plácidamente en Roma sin inmutarse en cuanto a todo esto. Tranquilamente pudo celebrar el año santo de 1400, y observar como 120.000 peregrinos se amontonaban en Roma, descalzos, cubiertos de llagas, lacerándose y martirizándose (costumbres totalmente paganas) para que sus sacrificios influyesen en la “Providencia”.

Lejos de que Dios respondiese de esta manera contraria a Su voluntad, lo que ocurrió es que dadas las inexistentes condiciones sanitarias de la ciudad, se declaró una epidemia de peste. Esta es la crónica de la época: “Sabed, que la mortandad en todo este país es tan enorme que en las aldeas, ciudades y castillos no queda alma viviente; las personas caen rígidas en tierra; se han cerrado las casas y las tiendas; allí quedan los muertos y los enfermos sin que nadie les asista, pues todo el mundo huye acá y allá...”.

A los cuarenta y cinco años de edad murió el papa romano Bonifacio IX, y le sucedió **INOCENCIO VII (1404-1406)**. En ese tiempo, el

incombustible papa Benedicto XIII, había afirmado que iría a Italia para entrevistarse con su adversario romano. En la pascua de 1405, pasó a Génova vía Niza, pero no lo hizo solo, sino con una buena escolta de gente bien armada.

Inocencio VII, que previamente había firmado un documento comprometiéndose a trabajar por la finalización del cisma, debía haberse presentado a la cita. No obstante, por su edad, era octogenario, y por entender que todas esas gentes armadas no presagiaban nada bueno, desistió de ir al encuentro de Benedicto. Desde luego, todo apuntaba a que las intenciones finales de Benedicto eran las de quedarse en Roma, sobre todo si se producía súbitamente la muerte del papa romano, la cual hubiera sido muy oportuna. Chasqueado el papa Luna, regresó a Francia.

Tres papas a la vez, ¡tres!

Muerto Inocencio, le sigue **GREGORIO XII (1406-1415)**. Fue elegido por *unanimidad* siendo cardenal, de nombre común Angelo Corrario. Este también era un octogenario, y también juró como cardenal que si salía elegido papa estaría dispuesto a renunciar si Benedicto XIII hacía lo mismo.

En 1407 se llegó a un acuerdo en Marsella, donde a la sazón estaba el papa Luna, para que los dos pontífices se encontraran en Savona. Todo el mundo esperaba que de este encuentro se fraguara una solución que volviera a unificar la iglesia romana. Pero esta vez tampoco se consolidó el encuentro, ya que Gregorio no acudió a la cita.

A los cardenales romanos no gustó la *no* actuación de su papa romano, y los cardenales de Benedicto también estaban defraudados ya que éste tampoco hizo grandes esfuerzos para verse con su adversario.

Por todo ello, todos los cardenales, excomulgados a su vez por parte de cada papa de cada bando, convocaron un concilio general en Pisa, en el año 1409. El resultado de este concilio es que se declaró cismáticos y perjuros a ambos papas reinantes (*¿sucesión apostólica?*).

Esta es la sentencia canónica que se leyó públicamente: “Pedro de Luna (Benedicto XIII) y Angelo Corrario (Gregorio XII), herejes y cismáticos, quedan despojados de todas sus dignidades y excluidos de la comunión de la Iglesia y los fieles exonerados de su obediencia”.

Tras deponerles, se colocó en su lugar a un cardenal milanés que tomó el nombre de Alejandro V. En la práctica lo que sucedió es que después del concilio no había ya dos papas, sino tres a la vez (*¿sucesión apostólica?*): **Gregorio XII en Roma; Benedicto XIII en Aviñón y ALEJANDRO V**, el recién coronado, que fijó su residencia en Bolonia. Europa entera se ponía de parte de alguno de los tres.

Un año más tarde, Alejandro V murió, se cree, envenenado por su sucesor, el cardenal Cossa, que sería papa con el nombre de Juan XXIII.

Gregorio XII, murió ya nonagenario, después de, en un sínodo convocado por él mismo, declarar que los papas legítimos eran aquellos que fueron elegidos en Roma, es decir, Urbano VI, Bonifacio IX y él mismo, y reprobados como *antipapas* los de Aviñón.

El papa Luna y el concilio de Pisa

Sin embargo, Benedicto XIII, el papa Luna, nunca se dio por vencido y nunca reconoció ser un *antipapa* sino un papa legítimo. Sus razones parecen ser muy lógicas: Sostenía que si el Concilio (de Pisa) había condenado sin distinción a todos los papas elegidos desde el origen del cisma, entonces, había anulado todos sus actos y decretos, entre ellos, el nombramiento de cardenales, por lo que el único cardenal legítimo y con derecho a elegir papa era él, pues no había más supervivientes entre los cardenales anteriores a Urbano VI.

Aunque el concilio en cuestión le destituyera en el 1417, hasta su muerte en 1423, él mismo se consideró (no sin cierto derecho por lo ya aducido) el único papa legal, allí, en su fortaleza de Peñíscola. Así se defendió cuando fue instado a renunciar al solio papal en el momento en que había dos pontífices más:

“Renunciaré si lo deseáis. Mas en tal caso, renunciad ambos conmigo y, reunidos en cónclave, votemos nuevo papa. Mas sucede que yo soy el pontífice más antiguo y que soy el único cardenal vivo elevado a tal

dignidad por el único papa cuya legalidad no es discutida: nuestro antecesor. Por tanto, siendo como soy el único cardenal ajeno a nuestros pontificados, sólo yo puedo salir elegido nuevo papa”.

Ajustada a la “legalidad”, a pesar de ello, no fue aceptada su propuesta, y para la historia eclesiástica romana, sencillamente fue un *antipapa*. En sus veintisiete años de pontificado, ¡había visto pasar siete rivales por la silla pontificia! La prueba de su ilegitimidad nunca estuvo muy clara ya que el siguiente papa que eligió el nombre de Benedicto, y fue en el 1724, optó por el número XIV, y sólo por la presión de los romanos, que nunca quisieron reconocer al papa Luna, entre otros motivos por ser extranjero, viose forzado a tomar el nombre de Benedicto XIII.

Juan XXIII, el diablo encarnado

El cardenal Cossa, sucesor del tercer papa, Alejandro V, tomó el nombre de Juan XXIII. Dice Castiglioni de él:

“Hijo de una familia noble napolitana, poseía cualidades más propias de un hombre de armas que de un eclesiástico. Era experto en cosas del mundo y hábil en las intrigas políticas. Creado cardenal en 1402 por el pontífice Bonifacio IX, había conspirado contra Gregorio XII quien el 14 de diciembre de 1409 hubo de llamarle “hijo de perdición y alumno de impiedad”.



“El diablo encarnado, Juan XXIII”

JUAN XXIII (1410-1415), en el Concilio de Constanza compareció para dar cuenta de su depravada conducta. Fue acusado por treinta y siete testigos (obispos y sacerdotes en su mayoría) de fornicación, adulterio, pederastia, incesto, sodomía, hurto y homicidio.

Se probó con una legión de testigos que había seducido y violado a trescientas monjas. Su propia secretaria, Niem, dijo que en Bolonia mantenía un harén donde no menos de doscientas muchachas habían sido víctimas de su lujuria. Por todo ello el Concilio lo halló culpable de cincuenta y cuatro crímenes de la peor categoría, y por todo ello le depuso. Logró huir.

El registro oficial del Vaticano, ofrece de este hombre esta información:

“Su señoría, el papa Juan, cometió perversidad con la esposa de su hermano, incesto con santas monjas, tuvo relaciones sexuales con vírgenes, adulterio con casadas y toda clase de crímenes sexuales...entregado completamente a dormir y a otros deseos carnales, totalmente adverso a la vida y enseñanzas de Cristo...Fue llamado públicamente el Diablo encarnado” (Sacrorum Conciliorum, Vol.27, p. 663). ¡Este es otro buen ejemplo de romana “sucesión apostólica”: El ¡“Diablo encarnado”!

El Concilio de Constanza y la tabla rasa

En cuanto al Concilio de Constanza, convocado no por ningún papa sino por el emperador Segismundo, el uno de noviembre de 1414, tuvo tres objetivos: 1. El fin del Cisma; 2. La extirpación de las herejías; 3. La reforma de la Iglesia romana.

En cuanto a la legitimidad de los papas en litigio, se optó por hacer “tabla rasa”, para empezar desde el principio. El nuevo papa que sale del concilio de Constanza no sucede a ninguno de los anteriores, lo cual significa a todos los efectos, que la cadena papal, si se había roto por tantos lugares, definitivamente esta era una vez más. En realidad de lo que se está hablando aquí no es de “cadenas” sino de “sucesión papal” o como gusta decir Roma, de “sucesión apostólica”.

Esta es una de las veces en que **oficialmente** se reconoce que la “sucesión apostólica” se rompió: Un papa es elegido sin saberse quien fue el papa anterior. A causa de todo esto, lógicamente todos los demás papas romanos hasta la fecha jamás han sido escogidos según la pretendida y nunca hallada “Sucesión Papal o Apostólica”.

En el Concilio de Constanza se nombró como único papa a **Martín V (1417-1431)**, del cual hablaremos.

Juan Huss y Jerónimo de Praga

En cuanto al punto número dos, que hablaba de “*extirpar las herejías*”. En realidad lo que determinó dicho Concilio de Constanza fue el llevar a la hoguera a dos verdaderos cristianos Juan Huss, y a Jerónimo de Praga ¿Quizás pensaron aquellos eclesiásticos que eso ayudaría a reencontrar su unidad de nuevo buscando un punto de común acuerdo?

Les quemaron por sus doctrinas bíblicas, las mismas que creía y enseñaba John Wycliffe, el cual fue también condenado. Estos varones de Dios creían que los eclesiásticos debían dar buen ejemplo al pueblo sobre sus vidas en general y en concreto sobre sus economías; creían que en la Cena del Señor, el pan y el vino simbolizaban la carne y la sangre de Cristo, y nada más; creían que los fieles no requerían confesar auricularmente sus pecados ante un sacerdote romano sino que los podían confesar directamente a Dios; creían algo de tanto sentido común como que si una autoridad eclesiástica estaba en pecado, necesariamente debía dejar su cargo. Por estas cosas fueron quemados vivos como si fueran ratas despreciables. ¡Estos crímenes no sólo fueron manchas oscuras sobre la iglesia de Roma sino sobre la humanidad entera!



“El concilio de Constanza, donde se acusó y condenó a muerte a Juan Huss”

Acaba el Cisma de Occidente

De ese Concilio salió, como dijimos el siguiente papa *de la nada*, ya que se partió de cero al no reconocerse ninguno de los tres papas que reinaban entonces. Martín V. Este era un Colonna, familia patricia romana, y fiel al malvado Juan XXIII.

Éste reestableció la sede en Roma en el año 1420. Con **Martín V**, acabó el Cisma de Occidente y sus consecuentes papas de Aviñón.

Martín V fue famoso por su *nepotismo*, se apoyó preferentemente en sus parientes a los que hizo todavía más ricos y poderosos de lo que ya eran. Este papa mandó al rey de Polonia en 1429 que exterminara a los Husitas de Bohemia, los simpatizantes de Juan Huss.

Lo que se va a transcribir seguidamente es la carta de ese papa dirigida al rey polaco, la cual refuerza lo que ya sabemos acerca de la maldad y el absoluto despotismo de los papas, y sabremos por qué éstos odiaban tanto a los Husitas y a otros grupos de cristianos y querían que fuesen destruidos. La carta de Martín V, elegido en el Concilio de Constanza, al rey de Polonia sobre los Husitas:

“Sabe y conoce que por los intereses de la Santa Sede, y los de tu corona, debes hacer de tu deber el exterminar a los Husitas. Recuerda que esas personas impías se atreven a proclamar los principios de igualdad; ellos no cesan en decir que todos los cristianos son hermanos, y que Dios no ha dado a hombres privilegiados el derecho de regir las naciones; ellos persisten en decir que Cristo vino a la tierra a abolir la esclavitud; ellos llaman

a las gentes a la libertad, esto es, a la aniquilación de los reyes y los sacerdotes. Mientras haya tiempo, vuélvete tus ejércitos contra Bohemia; quema, masaca, vuelve todo en desiertos por todas partes, porque nada podrá ser más agradable para Dios, o más útil para la causa de los reyes, que la exterminación de los Husitas” (*Cormenin, op. cit., pp. 116-117*).

¿Qué concepto tenía Martín V de Dios al decir sin ningún paliativo:”... quema, masaca, vuelve todo en desiertos por todas partes, porque nada podrá ser más agradable para Dios?”. Pues, ese era el sentir general de todos los papas de todas las épocas.

¿Ha cambiado la ley canónica romana? No; lo que ocurre es que ya no puede abiertamente - hasta la fecha - mostrar su verdadera cara, así como lo hacía en aquellos tiempos cuando disfrutaba de total impunidad y poder absoluto sobre todos. Los papas por sí mismos eran la autoridad detrás de la Inquisición. Ellos tenían el poder sobre la vida y la muerte incluso, sobre los mismos reyes y emperadores. ¡Los magistrados civiles obedecían a los papas por miedo a perder sus almas!

No obstante, como podemos ver, estos hombres de la iglesia romana eran extremadamente inmorales y malvados, y alejados de todo temor y conocimiento del verdadero Dios.



“Otra estampa de ese maquiavélico concilio, el de Constanza: acusando a Huss”

Apéndice sobre el concilio de Constanza

Volviendo por un momento al Concilio de Constanza, el cual como decimos, determinó el fin de la “santa sede” de Aviñón, fue hasta

entonces el mayor de los concilios en el Occidente, con 300 obispos presentes, 300 doctores, y los diputados de 15 universidades.

Muy a pesar de que ahora se le tiene como un *antipapa*, fue el papa **Juan XXIII, Baldassare Cossa** (el “diablo encarnado”), quien abrió, por decreto del emperador Segismundo el Concilio en cuestión el día de Todos los Santos de 1414. Relata Hunt:

“La intriga en torno a esta reunión de líderes de la Iglesia fue tal que unos 500 cadáveres fueron a parar al lago Constanza, cerca del lugar de celebración del Concilio, en el curso de cuatro años de esa alegada “santa” convocación. También se informó que tuvieron que traer 1.200 prostitutas para mantener el buen humor de los obispos y cardenales y de sus asistentes” (Hunt, A Woman Rides the Beast, p. 520).

Cuando Martín V fue elegido nuevo papa, pusieron en libertad al depuesto y condenado ex papa Juan XXIII que fuera apresado después de huir y encerrado por todos sus innumerables crímenes sólo por tres años. Martín V, volvió a investir a ese criminal “*ex pirata, asesino en masa, fornicario, adúltero, simoníaco...*” (de Rosa) como obispo de Frascati y cardenal de Túsculo; ordenando sacerdotes, solemnemente celebrando misa etc.

Martín V fue otro de los *infallibles* papas de Roma...

Eugenio IV y su Concilio de Florencia

Muerto Martín V, le sucede un sobrino de aquel Gregorio XII (todo quedaba en familia), con el nombre de **EUGENIO IV (1431-1447)**. No tuvo más remedio que convocar un nuevo concilio, tal y como su predecesor; Martín V, había previamente establecido en Constanza. En ese nuevo concilio de Basilea se debía avanzar en organizar la Iglesia romana, pero el papa no quería cambios, así que ordenó que se disolviera dicho concilio.

De nuevo dos papas al mismo tiempo (¿sucesión apostólica?)

La asamblea rehusó hacerlo, y se inició una contienda contra el papa. Al tener problemas con los cardenales de Basilea y declararlos heréticos, éstos se sublevaron y levantaron a un nuevo papa, **FÉLIX V**

(1439-1449) mientras Eugenio seguía siendo papa; así que aquí teníamos de nuevo dos papas al mismo tiempo.

Había sedes en las que había dos obispos, uno de cada papa. Eugenio, al final, claudicó frente a los cardenales concediendo plena sanción al concilio en cuestión. Mientras tanto, la asamblea conciliar llamó al papa Eugenio:

“un notorio perturbador de la paz y la unidad de la Iglesia de Dios, un simoníaco, un perjuro, un hombre incorregible, un cismático, un apóstata de la fe, un hereje obstinado, un despilfarrador de los derechos y propiedades de la Iglesia, un incapaz y perjudicial a la administración del Pontificado Romano...” (Sidney Z. Ehler, John B. Morrall, trad. y eds. Church and State Through the Centuries (Londres, 1954), pp. 122-124).

Entre otras cosas, ese concilio de Basilea dictaminó:

“Todas las designaciones eclesiásticas deberán hacerse conforme a los cánones de la Iglesia; debe cesar toda la simonía... todos los sacerdotes, ya sean del más alto o más bajo rango deberán abandonar a sus concubinas, y cualquiera que en el término de dos meses a partir de este decreto no cumpla con estas demandas será privado de su oficio, aunque sea el Obispo de Roma... los papas no exigirán ni recibirán honorario alguno por oficios eclesiásticos. Desde ahora en adelante, un papa no deberá pensar en los tesoros de este mundo sino sólo en los del mundo venidero” (Dollinger, op. Cit. p. 275).

Demasiado fuerte para ser digerida esa medicina. El papa Eugenio, entonces, convocó su propio concilio, el de Florencia, deponiendo y declarando anatema a los miembros de Basilea. Dice Reynald:

“puso a Basilea bajo interdicto, excomulgó al concilio municipal, y exigió que todos saquearan a los mercaderes que estaban trayendo sus mercancías a la ciudad, porque está escrito: “Los justos saquearon a los impíos” (Reynald, Annal. 1438, 5).

En dicho **Concilio de Florencia (1439)**, el papa Eugenio, opuestamente a Basilea, estableció el papado por encima de los demás poderes en la tierra, es decir, la *primacía* papal, que los griegos

rechazaron de plano, constituyéndose a sí mismo como *Vicario* de Cristo en la tierra, es decir, como sustituto de Cristo en la Tierra.

En ese momento, el papa romano sobornó al rey Federico con 100.000 florines,

“junto con la corona imperial, le asignó diezmos de todos los beneficios alemanes y...otorgó poder total a su confesor para darle dos veces una absolución plenaria de todos sus pecados” (Ibid).

¿Cómo pudieron llegar a estar tan ciegos esos hombres al llegar a creer que un hombre como Eugenio podía perdonar pecados como si fuera Dios?, porque realmente creían que el papa es *Dios* en la tierra. Sin embargo, ese papa Eugenio, el que dispusiera perdonar a quien quisiera y como quisiera, no pudo recibir perdón para él mismo.

Al ir a morir, Eugenio gritó en agonía de conciencia:

“¡Cuánto mejor hubiera sido para la salvación de tu alma si jamás hubieras sido cardenal ni papa!” (Dollinger, op. cit. p. 269).

Sepamos que este papa réprobo es el que elevó la doctrina del purgatorio como dogma obligatorio, también declaró los siete sacramentos en ese Concilio de Florencia en el año 1439, que anulara las disposiciones de el de Basilea. Este mismo papa es el que condenó a santa Juana de Arco a morir en la hoguera.

NICOLÁS V (1447-1455) le sucedió en el solio. Este, siguiendo el ejemplo del anterior, logró imponerse, y confirmó la victoria del papado monárquico frente al conciliarismo. En otras palabras, nadie estaba por encima del papa de Roma. Por estos años el canonista Panormitanus, llegaba a decir: *“Lo que Dios puede hacer, el papa lo puede hacer”*. Tal blasfemia sólo puede surgir de unos labios que no tienen conocimiento ni temor de Dios, y aceptarla otros que tampoco lo tienen.

El papa Nicolás designó *santo* el año 1450, por lo tanto numerosos peregrinos se agolparon en Roma, y la habitual epidemia llegó de nuevo. ¿Qué hizo ese papa que gustaba llamarse y que le llamaran “Vicario” de Cristo? ¿Ayudar en lo que pudiera? ¿Orar

por los enfermos?, no, se apresuró a abandonar la ciudad ante el peligro, aunque ese año lo declarase *santo*. Esto no pasó desapercibido por nadie. Dice el católico Beynon: “Nicolás V, cometiendo un error que la historia difícilmente le perdonará, abandonó la capital el 18 de junio, no regresando a ella hasta el 25 de octubre”.

Durante su pontificado, los turcos asediaron y conquistaron Constantinopla. No obstante, el pueblo de la capital del antiguo imperio bizantino, lejos de buscar la ayuda del Occidente, llegó a decir: *“preferimos el turbante turco a la tiara papal”*. Tal era la animadversión que esas gentes tenían contra Roma; ese fue el fruto que los papas habían ido sembrando desde los tiempos del emperador Constantino. Desgraciadamente, los bizantinos con esa actitud se causaron más daño a sí mismos. Ningún libertador apareció, y los turcos, con crueldad, conquistaron la ciudad el año 1453.

La simiente del Falso Profeta | Novena Parte



Índice del Tema

- El Renacimiento / Los papas del tiempo de Martín Lutero
- 1. Lorenzo Valla y las falsas “Donaciones del emperador Constantino”
- 2. Las familias patricias romanas y los papas
 - Nepotismo, simonía, fornicación...
 - El inquisidor Inocencio VIII
- 3. Rodrigo Borgia: Alejandro VI
 - El veneno la “cantarella”, y la partición del mundo
 - Matrimonios de conveniencia con los hijos del papa
- 4. El papa Julio II, el general Juliano el Terrible
- 5. La Capilla Sixtina y la Basílica de San Pedro
- Los papas del tiempo de Martín Lutero
 - Martín Lutero
 - Taxa Camerae...
 - ¿Pasaportes al paraíso?: Johannes Tetzel
- 6. La Roma de la Reforma
 - Paulo III
 - Surgen los jesuitas entonces
 - Los dos frentes de Paulo III
 - El arte es el espejo de la realidad
 - Nuevos aires de reforma

El Renacimiento / Los papas del tiempo de Martín Lutero

El papado se había impuesto sobre el conciliarismo, es decir, sobre el consejo de los cardenales, y esto se consolidaría del todo mucho más tarde, en el Concilio Vaticano I, en el año 1870. Ahora los papas estaban muy pendientes de sus territorios y posesiones, en definitiva, de su patrimonio. El papa era un príncipe político y militar poderoso, por encima de los múltiples príncipes que reinaban en régimen feudal por toda Europa.

La oscura Edad Media se terminaba, y empezaba la llamada Edad Moderna, y con ella un nuevo movimiento, el Renacimiento. El gusto por la cultura clásica griega y romana surgía por doquier, y con éste, el estudio de los antiguos manuscritos. De ese trabajo erudito, salieron a la luz muchas realidades; entre ellas las que descubrió Valla.

1. Lorenzo Valla y las falsas “Donaciones del emperador Constantino”

El humanista italiano **Lorenzo Valla (1407-1457)**, publicó hacia el año 1440 una investigación sobre la célebre “*Donación de Constantino*”, donde demostró su falsedad. Desgraciadamente, llegó demasiado tarde, ya que el propósito del antiguo ardid *constantiniano* hacía ya siglos que se había logrado; sin embargo, esto no gustó nada a los pontífices.

Respecto a este asunto, comenta la enciclopedia católica: “Lorenzo Valla...en su obra más famosa “*De falso credita et ementita Constantini donatione declamatio*” probó la falsedad de una supuesta “Donación de Constantino” por la cual se concediera dominio temporal al papado...”.

Curiosamente, la enciclopedia católica en cuestión, parece no estar muy segura de la propia existencia de la “*Donación Constantini*” diciendo que es *supuesta*. Intentar desacreditar la historia es mentir; es falsear para esconder realidades que no interesan que salgan a la luz. Tal y como las falsas “*Donaciones de Constantino*” son reales, también es real el uso que Roma ha hecho de las mismas para sus fines. De hecho, es por esas falsas decretales que el Vaticano es lo que es. Negar las mismas, es negar la razón de la existencia del mismo pontífice romano y de su “santa sede”.



“Lorenzo Valla”

2. Las familias patricias romanas y los papas

Las rivalidades entre las familias patricias romanas seguían sin cesar. Otra vez, los Colonna y los Orsini disputaban entre sí, todos ellos presentando sus cardenales. Por otro lado, curiosamente muchos de ellos eran sobrinos de otros papas anteriores, y demostraron ser personas sin escrúpulos, impías en la práctica. Muchos de esos “sobrinos” eran hijos ilegítimos.

Con que la pugna era tan igualada, ninguno de ellos salió propuesto, por ello, al final eligieron al primero de la triste saga de los Borgia: **Alonso de Borgia**, nacido en Játiva (España), que tomó el nombre de **CALIXTO III (1455-1458)**.

Desde el principio de su reinado, el papa Calixto se enzarzó en la *cruzada* contra los turcos. Gabrielle da Verona, contemporáneo suyo, afirmó que *“no piensa ni habla sino de la cruzada. Los demás asuntos los despacha con una palabra, pero los problemas de la guerra los trata y discute de continuo”*.

No obstante, sí tuvo tiempo para descaradamente favorecer al máximo a sus sobrinos. A Pedro Luis le nombró señor de Civitavecchia, gobernador del Patrimonio de san Pedro, Generalísimo de la Santa

Iglesia y Prefecto de Roma, y además le donó el ducado de Espoleto. A otros dos los hizo cardenales y les colmó de prebendas y beneficios; uno de ellos era el tristemente célebre Rodrigo de Borgia. Los romanos veían con rabia como los puestos vacantes en la curia los iban ocupando los “catalanes”, como así llamaban a todos aquellos familiares y amigos de familiares que llegaban a Roma desde la Península Ibérica. Nepotismo entre italianos aún, pero nepotismo entre extranjeros, ¡nunca! Octogenario que era, pronto dejó esta vida, y le sucedió Pío II.

Nepotismo, simonía, fornicación...

PÍO II (1458-1464). De familia italiana, su *nepotismo* molestó menos. Favoreció a su ciudad natal de Corsignano y dejó bien colocados a varios de sus sobrinos, uno de los cuales sería luego Pío III. En el año 1446 se hizo clérigo en Viena, y se declaró furibundo enemigo del papado. Siendo cardenal, vivía pecaminosamente, llegando a tener varios hijos ilegítimos, uno de los cuales, de madre inglesa, pretendió que le adoptara; tal solicitud la envió por carta, y ésta todavía se conserva. Dice Halley, “Hablaban en público sobre métodos que usaba para seducir a las mujeres, aconsejaba a los jóvenes y hasta ofrecía instruirlos en métodos de autoindulgencias” (*Halley, p.779*). Paradójicamente, el que aborrecía el papado, aceptó el solio pontificio cuando se le ofreció.



“Busto del nepotista y don Juan Pío II”

Le siguió **PAULO II (1464-1471)**. Este papa mantenía una casa llena de concubinas. Fue también otro de esos cardenales-sobrinos. Su tío, el papa Eugenio IV, le hizo abrazar la carrera sacerdotal con el resultado previsto. Trató de ganarse al pueblo a base de regalos y de aumentar las fiestas de carnaval. De la época de Paulo II, data el resurgimiento del carnaval romano. Stefano Infesura, en su *“Cartas”*, escribió: “Dicho papa Paulo, al principio de su pontificado y deseoso de congraciarse con los romanos, amplió la fiesta del Carnaval e hizo que al lunes antes del Carnaval hubiera una carrera de muchachos y el martes otra de judíos, y el miércoles otra de viejos...en estas cosas él encontraba gusto y placer”. Con todo ello el papa pretendía, entre otras cosas, distraer al pueblo de las ideas renacentistas que empezaban a surgir. Ya se sabía entonces: *“Pueblo que se divierte, no conspira”*. Este papa réprobo aprobó el *Rosario* de la Virgen y el origen del término.



“Medalla del nepotista, fornicario y carnavalesco Paulo II”

Vino después SIXTO IV (1471-1484). Había sido general de la orden franciscana pero cuando subió al solio papal se olvidó pronto de las enseñanzas de s. Francisco. Dice el comentarista católico Gelmi: *“...sonó para sus numerosos parientes la hora de la prosperidad...”*.

Tuvo dos hijos ilegítimos de su manceba Teresa a los cuales hizo cardenales (*Anual histórico de la Iglesia universal, Vol. 2, p. 905*). Hizo cardenales a ocho de sus sobrinos, aunque algunos de ellos eran todavía niños. Dacio comenta: “La Iglesia (de Roma) había llegado al fondo de la humillación. Nunca el nepotismo, la simonía y la pequeña política materialista e ineficaz habían dominado el Vaticano como durante el pontificado de Sixto IV”.

Agrippa, contemporáneo suyo, entre otros, acusaban a ese papa de regentar un verdadero burdel en la corte papal y de proteger la

homosexualidad. Dice la enciclopedia católica: *“Practicó el nepotismo. Fue acusado de connivencia en el asesinato de uno de los jefes de la familia Médici”*, por esa acusación declaró la guerra contra Florencia, la cual duró dos años, ¡bonita manera de poner la otra mejilla! Este hombre corrupto es el artífice del nombramiento del tristemente célebre cardenal Torquemada como inquisidor general de España.

Este papa réprobo declaró en el 1476 la fiesta de la Concepción de María y un año más tarde, declaró las indulgencias por las almas del purgatorio. Este fue otro de esos, e innumerables, papas *infallibles*.

El inquisidor Inocencio VIII

El papa **INOCENCIO VIII (1484-1492)** le siguió en el solio. El comentarista de nombre Pastor, recibiendo de primera mano la información de Giovanni Bucardo, cardenal-maestro de ceremonias que asistió al cónclave que eligió al nuevo papa, escribió en su *“Historia del Papado” vol. III, nota 4: “ya no hay casi ni sombra de duda de que Inocencio VIII vino a ser papa por simonía”*; en otras palabras, comprando el cargo. Está demostrado que la noche anterior a la elección, el futuro papa firmó muchas prerrogativas y dádivas que debía hacer efectivas una vez designado (*¿sucesión apostólica?*). El cardenal Giuliano della Rovere fue el artífice principal de su ascenso al papado, quedando Inocencio al servicio de él.



“Cardenal Giuliano della Rovere, que fuera más tarde papa, coronado con su mismo nombre: **JULIO II (1503-1513)**, llamado “El general Juliano el Terrible”.

Este papa, Inocencio, tuvo dieciséis hijos de varias mujeres. ¡No negó que fueran sus hijos engendrados en el mismo Vaticano! (*Historia de la Reforma*, p. 11).

Como muchos otros papas, multiplicó los oficios clericales y los vendió por vastas sumas de dinero (simonía). Este papa disoluto, en su bula de 1484 “*Summis desiderantes affectibus*”, declaró dogmáticamente las siguientes aberraciones, fruto de una mente sucia y retorcida: “Los hombres y las mujeres que se descarrían de la fe católica y romana, se han abandonado a sí mismos a los demonios, íncubos y súbcubos (demonios sexuales, macho y hembra), y por encantamientos, conjuros, y hechicería...han matado niños, incluso en el vientre de sus madres, así como la multiplicación de sus rebaños, han destruido el producto de la tierra...” (*de Rosa, op.cit.,pp.182-183*).

Todos estos comentarios estaban contenidos en su bula “*Summis desiderantis*” con la cual otorgaba amplios poderes a quienes persiguieran a las brujas. Por ello, en 1489 dos dominicos publican basándose en esa bula papal el llamado “*Malleus Maleficorum*” (Martillo de brujas). Ese libro se convirtió en el manual que llevó a la muerte a un millón de mujeres, brujas o no, hasta el siglo XVIII. Los

inquisidores bajo el papa, habían determinado que era mejor que cien personas inocentes murieran que un solo hereje quedara en libertad. Esta horrenda doctrina se mantuvo en vigor durante los reinados de todos los papas de los tres siglos siguientes.

Hablando sobre indulgencias, Inocencio VIII, otorgó una de veinte años llamada *“Butterbriefe”*. Consistía en lo siguiente, por cierta suma de dinero, uno podía comprar el privilegio de comer sus platos favoritos durante cuaresma y otros días de ayuno. Como dice Hunt:

“Era una forma de acreditarse el ayuno mientras se daba rienda suelta a los deseos de comer los alimentos más exquisitos”.

Este papa réprobo, atacó con ira asesina a los Valdenses franceses *“por atreverse a mantener su propia religión en preferencia a la de Roma”*, dijo (Muston, *History of the Waldenses, tomo I, p. 31*). En el año 1487, Inocencio, emulando a su antecesor Inocencio III, organizó una cruzada contra ellos en la que prometió *“la remisión de todos los pecados para todos los que mataran a un hereje”* (*Ibid*). Ordenó, a su vez, la expulsión de cualquier obispo que descuidara purgar su diócesis de herejes.

Muy confundido estaba este papa matando a herejes que en realidad eran verdaderos cristianos. En este punto se cumplió lo que vio con antelación el apóstol Juan: *“Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro”* (Apocalipsis 17: 6). ¡El papa en el nombre de Cristo matando cristianos!, por eso se asombraba el apóstol Juan. Esa *mujer* no es sino la Roma eclesial; la gran ramera.

En Roma, tanto el papa como sus cardenales, entre ellos, Rodrigo Borgia, el futuro papa Alejandro IV, rivalizaban todos en fastuosidades, celebraciones y boatos injustificados. El mismo papa junto con Borgia eran los principales inductores de esa época de relajamiento. Inocencio VIII, no tuvo ningún reparo en arreglar y acudir en persona a la boda de uno de sus hijos naturales que había reconocido, Franceschetto, que se casó con Maddalena hija de Lorenzo de Médicis. Este Franceschetto, hijo del papa, se hizo rico con la venta de cargos y perdones, en colaboración con el que sería siguiente papa, Rodrigo de Borgia.

La ceremonia se celebró el 13 de noviembre de 1487, y el papa regaló a los contrayentes joyas por valor de diez mil ducados. En todo este ambiente de corruptela e inmoralidad estaban prácticamente todos los cardenales de la época; todos tenían su propia corte, su propio palacio, sus propias fiestas. Cuando llegó la noticia de la toma de Granada el 2 de enero de 1492, esto sirvió de excusa para celebrar fiestas sin fin.

Entre otros muchos actos, Inocencio VIII, nombró cardenal a un hijo de Lorenzo de Médecis, Giovanni, cuando sólo tenía trece años, así quería compensar el ultraje al casarse Franceschetto con la hija de aquél. Este Giovanni, acabó siendo papa.

El 25 de julio de 1492, después de la resaca de las fiestas sin fin conmemorando la toma de Granada, moría Inocencio VIII, dejando tras de sí una estela de corrupción en la corte papal.

3. Rodrigo Borgia: Alejandro VI

Capítulo aparte merece **Alejandro VI**, no por bueno, sino por todo lo contrario. Rodrigo Borgia, español de Játiva (Valencia), ascendió al solio romano con el nombre de **ALEJANDRO VI (1492-1503)**. Dice la enciclopedia católica, que fue nombrado *“cardenal a los veinticinco años de edad por su tío Calixto III, ocupó los obispados de Valencia (1458), Oporto y Cartagena. Tuvo cuatro hijos y una hija, Lucrecia. Entre los primeros se distinguió César, a quien adjudicó la Romagna con el título de Duque. Elegido papa en 1492. Condenó a Savoranola a ser quemado vivo por hereje...”*.

Con el paso del tiempo, muchos *doctores* de la iglesia de Roma han estado al lado de Savoranola: desde Felipe Neri hasta Catalina de Rici, desde los papas Paulo III a Clemente VIII. Este hombre, Alejandro VI, que se atrevió a condenar a la hoguera a alguien como Savoranola, no era más que un pagano y un perverso: Dice Godefroi Kurth en su obra *“L’Eglise”*:

“El papa Alejandro VI es la encarnación más siniestra del paganismo bajo la tiara; sereno y sonriente en medio del fango de los vicios, exhibe con pasmosa inconsciencia el espectáculo de sus torpezas y hasta en los hielos de su vejez prolonga, a los

ojos del universo estupefacto, el carnaval de una existencia falta en absoluto de sentido moral”.

Rodrigo Borgia, alias Alejandro VI, ganó su elección al papado por medio de chantajes con los cardenales, obsequios, beneficios etc., práctica común en aquellos días (*¿sucesión apostólica?*). Gelmi, historiador católico romano dice:

“Aunque ya desde antiguo era costumbre hacer regalos importantes a los electores después de realizada la elección papal, parece que en la segunda mitad del siglo XV fue también habitual antes de la elección hacer parecidos obsequios en dinero, prebendas y beneficios para ganarse los votos. En el caso de Alejandro VI, está fuera de duda que alcanzó la tiara mediante intrigas y manejos infames”(¿Sucesión apostólica?).

Hecho cardenal por su tío el papa Calixto III, aprovechando su cargo de vicescanciller acumuló tantas riquezas, que sólo el cardenal francés d'Estouteville, atesoraba una fortuna mayor que la suya. Hombre de vida escandalosa, Pío II le llamó la atención porque daba demasiado que hablar con sus orgías. Que se sepa por lo menos tenía ya tres hijos: Pedro, Jerónima e Isabella con mujeres cuyos nombres desconocemos antes de iniciar su relación con Vanozza del Catanei, una mujer casada, todo eso siendo cardenal y arzobispo. De esa relación adúltera y fornicaria le nacieron hijos, de los cuales reconoció a: Juan, César, Lucrecia y Joffré. A César Borgia le iniciaron en la carrera religiosa muy temprano, a la edad de cuatro años. El entonces papa Sixto IV, corruptamente le dispensó del impedimento canónico que tenía por haber nacido de un cardenal (Rodrigo) y de una mujer casada (Vanozza).

Durante los veinte años que duró su relación sexual con la señora Vanozza, el papa, le proporcionó dos maridos de tapadera, y un tercer marido cuando rompió con ella. De esa relación adúltera y fornicaria e infame nacieron varios hijos.

Después con la hija de Vanozza, Rosa, tuvo cinco hijos. Vivió en incesto público con sus dos hermanas y con su propia hija, y era el padre y amante de su hija Lucrecia, de quien parece ser tuvo un hijo.



“Papa Alejandro VI, su hija Lucrecia, y su hijo César”

Fue hecho papa mientras tenía otra amante, Julia de Farnesio, a la cual le proporcionó un marido-tapadera. Los romanos la llamaban con el blasfemo nombre de la *“novia de cristo”*, y en los documentos oficiales, aparecía como *“la concubina del papa”*.

Cuando Rodrigo ascendió al trono pontificio, nombró al hermano de Julia, Alejandro Farnesio, cardenal; se le conoció como el *“Cardenal Faldero”*, con el tiempo llegaría a ser papa. También en el día de su coronación nombró a su hijo César, de hábitos viles, que contaba diecisiete años de edad, cardenal y arzobispo de Valencia. La coronación del papa fue fastuosa, pero pronto Alejandro VI, se ganó la antipatía y el aborrecimiento de sus contemporáneos que observaron en él, maldad y corrupción.

El veneno la “cantarella”, y la partición del mundo

Al papa, y a todo su clan, los Borgia, les enfurecía que les trataran de arrebatar títulos, tierras y poder; por ello no dudaban en matar, abierta o secretamente, para ello utilizaban un tipo de veneno, llamado la *“cantarella”*, mezcla de orines y arsénico. Pero esto del envenenamiento no era exclusivo de los Borgia, también era practicado por el resto de los príncipes italianos de su tiempo. Los envenenadores más famosos que existieron se hallan entre los papas.

El año 1493 Alejandro VI, al año de su pontificado dividió el Nuevo Mundo en dos partes, una española y otra portuguesa, todo ello en virtud de la falsa *“Donación Constantina”*. A cambio, ambas coronas se comprometieron a convertir al catolicismo romano a todos los pueblos “descubiertos”.

Como resultado de la conquista quedó muy robustecido el papado en cuanto a riquezas y poder, fruto del robo y expolio de los conquistadores. Como el romano pontífice es el dueño de todo lo creado por ser el *vicario* de Cristo, por todo ello, el papa Alejandro VI (1492-1503), reclamó que todas las tierras por descubrir pertenecían a él, para que él dispusiera de ellas a su placer y antojo, en el “*nombre de Cristo*”, como *vicario* suyo.

Cuando España y Portugal se esforzaron en el descubrimiento de las nuevas tierras en el Nuevo Mundo, tanto el rey Juan II de Portugal, como sus homólogos españoles, Fernando e Isabel, creyeron que de parte del papa en cuestión les correspondían esas tierras. Se creó la disputa, y el papa Alejandro, declarando que el mundo le pertenecía, hizo lo siguiente. Trazó una línea de norte a sur a lo largo del Mapa Mundi de aquellos días, dando todo lo del este a Portugal, y lo del oeste a España. Así pues, el papa decretó que África sería de Portugal y las Américas de España. Sólo había una condición, que todos los indígenas de esas tierras, tanto de un lado como del otro fueran convertidas al catolicismo romano.

Como “*Dios en la Tierra*”, a Alejandro VI no le importaba pactar con quien fuera; para defenderse de sus enemigos “cristianos”, entre ellos Carlos VIII; no dudó para ello en pedir ayuda al turco, enemigo de la “cristiandad”; para ello negoció con el sultán Bajacet II.

Matrimonios de conveniencia con los hijos del papa

El papa Alejandro utilizó los diferentes matrimonios de su hija Lucrecia para sus fines particulares; usó también a su hijo César para su política; ésta era: Hacerse con las riendas del poder, convirtiendo el papado en un principado para los Borgia y acabar de este modo dominando toda Italia.

Casó el papa a su hija Lucrecia en primeras nupcias en el Vaticano con Giovanni Sforza, señor de Pésaro. El Papa, y papá de Lucrecia, declaró al poco nulo ese matrimonio, y Sforza, despechado, acusó al papa Alejandro de querer apartarle a su hija porque la quería para él. Sforza acabó asesinado por orden de Alejandro VI.

En el 1498, el papa casó a su hija Lucrecia con el duque Alfonso de Bisceglie, sobrino del rey de Nápoles, el cual moriría a manos de

César Borgia en el 1500 una vez su familia fuera expulsada del trono napolitano. Después la casó con el duque Alfonso de Este, señor de Ferrara. Todos estos eran matrimonios muy bien pensados para ganar poder para los Borgia. Además, Lucrecia tuvo su lugar en la corte del papa, su padre. Esto era algo inverosímil en otros tiempos, aun más, ¡cuando la propia Lucrecia representara al papa durante su ausencia!

Ese año 1500 fue declarado año de jubileo en Roma. Y con la complacencia de su padre, el papa, César Borgia lo aprovechó para recaudar dinero. Como no resultó suficiente, llevó a cabo una descarada venta de capelos cardenalicios.

El florentino Guicciardini, hombre moderado, vio en el papa Alejandro VI “un hombre de vida disoluta, falta de vergüenza, insinceridad, desconocimiento de la fe y la religión, codicia, ambición y nepotismo sin escrúpulos”.

El propio Maquiavelo, el autor de *“El Príncipe”*, y de la tristemente famosa sentencia: *“El fin justifica los medios”*, decía: “Los italianos somos profundamente irreligiosos y depravados; somos irreligiosos porque la Iglesia (de Roma) da el ejemplo más funesto en la persona de sus ministros”. Para muestra un botón: El 31 de octubre de 1501 el papa realizó una orgía sexual en el Vaticano que no ha tenido igual alguno en los anales históricos de la humanidad (*Diarium, Vol. 3, p. 167*). John Burchard, maestro de ceremonias, relata acerca de la orgía, que en ella participó toda la familia papal, con el papel destacado de Lucrecia, cincuenta prostitutas bailando desnudas y premios y apuestas a la virilidad de los altos dignatarios asistentes.

Este “vicario” de Cristo, murió en el caluroso verano del año 1503. Parece ser que murió abatido por su propio veneno por culpa de una desafortunada confusión de copas. Su cadáver se hinchó grotescamente, y ni siquiera había allí un sacerdote que lo velara.

Sobre su muerte, escribió Guicciardini:

“Así murió el papa Alejandro VI, en la cumbre de la gloria y prosperidad...Así como, en realidad, su acceso al papado fue indigno y vergonzoso - pues compró con oro tal cargo -, igualmente su gobierno estuvo de acuerdo con tal vil fundación. En él se dieron, y en gran medida, todos los vicios de la carne y

el espíritu. No hubo en él religión ni honor a la palabra dada. Lo prometía todo liberalmente, pero no se sentía obligado a nada que no fuese útil para sí mismo. No le preocupaba la justicia, puesto que en sus días Roma fue un antro de ladrones y asesinos. Su ambición no tenía límites y crecía en la misma medida que crecían sus Estados. A pesar de eso, sus pecados no encontraron castigo en este mundo, y gozó de mucha prosperidad hasta el fin de sus días”...

Este, querido lector, fue otro de esos papas *infallibles*, elegidos mediante “*sucesión apostólica*”.

Le siguió en el solio, PÍO III (1503), que murió al mes de ser elegido. Con todo ello, los cardenales estaban contentos, ya que se sabe que fue una elección que esperaban fuera provisional dado el desacuerdo del cónclave formado por cardenales franceses, italianos y españoles, otra vez, “*¿sucesión apostólica?*”.

4. El papa Julio II, el general Juliano el Terrible

Sólo ese corto tiempo bastó para que el italiano Giuliano della Rovere, el cardenal que había tenido en aquel Inocencio VIII una especie de hombre de paja y que había sido sobrino de otro papa, Sixto IV, reuniera en el Vaticano el 20 de octubre de 1503 a todos los cardenales españoles y a César Borgia.

Este Giuliano, viendo que todos los cardenales españoles estaban bajo César, hijo del papa Borgia, le ofreció el puesto de general de los ejércitos de la Iglesia si salía elegido papa “*¿sucesión apostólica?*”. Este accedió.

La inmensa mayoría del resto de los cardenales del cónclave también decidieron elegirle tras recibir del ya prácticamente papa las consabidas prebendas, dineros y beneficios. Por todo ello, puede afirmarse que Giuliano della Rovere entró en el cónclave siendo ya papa “*¿sucesión apostólica?*”.

Fue coronado al día siguiente con su mismo nombre: **JULIO II (1503-1513)**, llamado “El general Juliano el Terrible”. El nombre de Julio lo preservó como émulo de Julio César. Dave Hunt le describe así:

“El papa Julio II era un sifilítico, mujeriego infame, padre de una cantidad de bastardos. Llegó al papado mediante soborno: Durante los días de cuaresma, cuando los buenos católicos estaban en una dieta estricta, se hartaba con las comidas más deliciosas” (A Woman Rides the Beast, p. 162).

Se constituyó enemigo de los que él llamaba “bárbaros”, refiriéndose a todos aquellos españoles o “catalanes” que llegaron a Italia con aquel Alonso de Borgia, que llegara a ser el papa Calixto III. En otras palabras, quería deshacerse, cegado por un espíritu nacionalista enfermizo, de toda la casa de los Borgia.

Su amor por la guerra fue de tal magnitud, que sus contemporáneos afirmaban que había arrojado al Tíber las llaves de san Pedro, para poder empuñar mejor la espada. Así que todo su “pontificado” se lo pasó guerreando a diestra y a siniestra, ocupado totalmente en el “*poder temporal*”. A menudo este papa, iba vestido con su armadura, guiando a su propio ejército con el fin de conquistar ciudades y territorios buscando con ello la expansión de los estados papales. Añade Hunt al respecto: “¿Cómo es posible que fuese el “vicario” de Cristo que dijo que Su reino no era de este mundo y que, por tanto, sus siervos no tenían que pelear? Decir que lo era sería burlarse de Cristo y de Sus enseñanzas” (*Ibid*). Efectivamente, todo eso era, más que una burla, una cruel blasfemia.

De todas sus “hazañas” guerreras que realizó no nos vamos a ocupar aquí, para eso están los libros de historia secular, baste sólo añadir el mordaz, pero curioso comentario que el autor teatral Jean Lemaire le dedicó y que circuló por toda Francia, a sabiendas del rey de ese país, enemigo suyo:

“...del presente papa que, con aire marcial y tieso en su coraza, no quiere dejar de guerrear, por más que ello le cuadra tanto como el baile a un fraile calzado. A pesar de todo, no engendrará el aborto de un nuevo mundo, como él se imagina, porque los puercos se cebarán siempre con bellotas, las encinas dejarán caer a su tiempo las hojas y la leña servirá para el menester a que está destinada”.

5. La Capilla Sixtina y la Basílica de San Pedro

En el año 1506, se colocó la primera piedra de la Basílica de s. Pedro. Antes, la magnífica Capilla Sixtina se edificó y tomó su nombre en memoria y homenaje al papa Sixto IV (1471-1484). Así como la Basílica de san Pedro del Vaticano fue comisionada por Julio II con el dinero que papas como Sixto habían levantado con las indulgencias y él mismo con el botín de sus guerras, la Capilla Sixtina se levantó, además de con el dinero de las indulgencias y tantas otras triquiñuelas blasfemas, con los impuestos que el papa Sixto cobraba al concubinato de su clero: “(Sixto IV) acumuló más riquezas cobrando un impuesto a las concubinas mantenidas por los sacerdotes” (*Hunt, A Woman Rides the Beast, p. 174*), aunque él nunca pagara ni un solo impuesto por sus concubinas personales.

Pero no solamente cobraba a las prostitutas de sus sacerdotes y cardenales, también cobró impuestos anuales por cada prostíbulo de Roma. ¿Podrá Dios bendecir esos edificios profanos y corruptos? Poco sabe el público en general, y menos aún el católico romano de a pie de estas cosas.



“Tanto la Basílica de s. Pedro del Vaticano como la Capilla Sixtina, fueron levantadas con el dinero de las indulgencias, botín de guerras, impuestos por el concubinato del clero, impuestos por cada prostíbulo de Roma...poco saben muchos católicos de todo esto”

El papa guerrero Julio II artífice primero del levantamiento de la Basílica vaticana compró por una fortuna su solio, y ni siquiera pretendió ser religioso, y mucho menos cristiano. Engendró una

cantidad de hijos bastardos de sus relaciones fornicarias, con las cuales contrajo la sífilis, hasta tal punto, que hubo un momento en su triste vida que se halló tan carcomido por esa enfermedad venérea que no podía exponer su pie para que lo besaran.

Quien mal anda, mal acaba.

Los papas del tiempo de Martín Lutero

El primero de esos tres papas fue **LEÓN X (1513-1521)**. Fue hijo de Lorenzo de Médicis, el poderoso de aquel tiempo. Fíjese que carrera llevaba: Fue tonsurado (*) a los siete años, nombrado abad a los ocho y cardenal a los trece. De hecho, fue elegido para ¡veintisiete cargos clericales antes de tener trece años!

() La tonsura es la calva que se les aplica a los clérigos romanos, arriba y atrás en la cabeza. Costumbre ésta completamente pagana.*

Cuando cumplió los treinta y siete años fue hecho papa, y con todo lo que ya sabía del asunto eclesiástico pudo decir satisfecho: “Disfrutemos del papado, pues Dios nos lo ha dado”. ¡Y lo hizo!, aunque Dios nada tuvo que ver con eso. La procesión del Vaticano al palacio Laterano tras su coronación como papa, superó incluso los fastos de la de su antecesor Alejandro VI, el Borgia. Hombre extremadamente avaro, al tiempo que rendía culto al dinero, lo gastaba exorbitantemente. En el día de su toma de posesión, se gastó en ella la cantidad que correspondía a la séptima parte de lo que su antecesor Julio II amasó durante diez años. Era un papa que gastaba el dinero, derrochándolo. Tanto es así que dejó al estado pontificio casi en bancarrota.

Tampoco se quedaba corto en su culto al hedonismo, culto al placer sensual. Sus objetivos fueron mantener al Estado de la Iglesia romana alejados de las guerras (contrariamente a su antecesor inmediato), engrandecer a su familia y divertirse todo lo posible: “Disfrutemos del papado...”.

Escribió Ferdinand Gregorovius:

"En la época de León X, el paganismo parecía haberse despojado por entero de aquel ropaje cristiano bajo el cual había seguido viviendo

siempre entre los latinos en el mundo de la fantasía, del sentimiento de las formas y del politeísmo. Un romano del tiempo de Cicerón no se habría sentido completamente extraño en la fiesta de cualquiera de aquellos santos de la iglesia del siglo XVI... los aires que soplaban en el Vaticano abonan la veracidad de estas y otras parecidas ironías sobre la "lucrativa fábula del cristianismo" puestas en boca de aquel papa y de sus amigos. ""

Por lo que venía siendo habitual, una cosa parecía ser común entre los papas de aquella época: la despreocupación de los asuntos religiosos en sí. Además de la simonía, el nepotismo a extremos insospechados fue la norma en su pontificado: Elevó al cardenalato a su primo Julio, hijo ilegítimo de su tío Juliano. Para nombrarlo cardenal se cometió el perjurio de declarar que sus padres estaban casados al concebirle.

Este laxo León X declaró que el quemar herejes era un mandato divino. Esta declaración dogmática era parte de su ministerio de *infabilidad*, por supuesto. La caza, los banquetes y todo lo que podía proporcionarle placer era su *modus vivendi*. En su corte habían más de setecientas personas. Esos ricos palacios y sus cortesanos vestidos de seda y oro, hacían recordar las palabras del propio Jesús de Nazaret: "He aquí, los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están" (Lucas 7: 25). Aunque así se llamaban a sí mismos, siervos de Dios, esos cardenales, incluido su papa, no lo eran; sólo lo pretendían, engañando a un pueblo inculto y en gran parte supersticioso.

Nada les importaba a esos falsos seguidores de Cristo como estuvieran las gentes que constituían el pueblo llano. Se celebraban banquetes de un esplendor oriental; con manjares tan exóticos como platos de lenguas de loro traídos del África; peces vivos de Bizancio. Luego, las cortesanas alegraban la noche a los clérigos. Ese papa demostró verbalmente su ateísmo práctico diciendo en muchas de las múltiples orgías: "*¡Qué provechosa nos ha sido esa fábula de Cristo a lo largo de los siglos!*". Ese, es uno de los papas *infalibles* que han sido declarados por Roma, *Vicarios* de Cristo. Es decir, un *Vicario* de Cristo que dice que Cristo es una fábula; por lo tanto, con más razón, es una fábula también su *Vicariato*.



“El nefando papa León X”

Martín Lutero

Mientras tanto, poco tiempo atrás, a un joven monje agustino alemán, le cayó en sus manos providencialmente una Biblia. Leyéndola con avidéz se dio cuenta para su asombro y espanto de que poco tenía que ver la religión oficial con las palabras del Maestro de Nazaret.

Dióse cuenta, entre otras cosas, que la salvación es un don de Dios para aquél que está dispuesto a recibirlo por la fe, porque Cristo, ese Cristo despreciado por el mismo papa a quien decía representar en la Tierra, dio su vida en una Cruz llevando en ella todos los pecados de la humanidad, incluidos los suyos propios.

En 1517, el odiado por Roma, **Martín Lutero**, clavaba en la catedral de Wittenberg sus famosas **95 tesis**, mayormente contra las *indulgencias*. Justamente era a causa del dinero que se quería pedir para la construcción de la nueva Basílica de San Pedro en Roma, que ya iniciara Julio II. El impío papa León X, a cambio de dinero para la basílica, “convencería” al Dios de los Cielos para que perdonara días en el “purgatorio” a los donantes. Se dispuso de un detallado libro de tarifas.



“El anatemizado por el romanismo, Martín Lutero. Gracias a Dios por él”

Taxa Camerae...

He aquí el detalle sobre ese libro: Se llamaba *“Taxa Camerae seu Cancellariae Apostolicae”*. Entre los precios que el papa cobraba para dar cualquier clase de perdón están:

Delito de impureza, 27 liras; adulterio, 87 liras; homicidio de un sacerdote, 27 con penitencia pública o 67 con penitencia privada; por matar un obispo, 131; por concubinato de un sacerdote, 21 liras (sólo); por una mujer que beba un brebaje para provocar un aborto, un ducado y seis carlines; por un matrimonio en primer grado de parentesco, 100 liras, o 300 si la penitencia es privada; por un soldado de la causa católica que no matara un hereje, 36 liras (*). Es curioso observar que, según estas valoraciones, proporcionalmente, es más liviano matar a una persona, que cometer “un delito de impureza”.

() Obsérvese que es pecado no matar a un hereje, por ejemplo, a un protestante o evangélico.*

¿Pasaportes al paraíso?: Johannes Tetzel

En el territorio alemán de Branderburgo, comisionado por León X se encargó del cobro de las *indulgencias* el dominico Johannes Tetzel. El

clérigo en cuestión, como un vendedor ambulante, de ciudad en ciudad, iba ofreciendo lo que él mismo llamaba “*pasaportes para llevar el alma al Paraíso*”, todo ello precedido de la correspondiente *bula* papal. El tráfico inmoral que se producía era enorme: Dinero contante y sonante por indulgencias escritas y detalladas. Lutero en sus célebres 95 tesis, sencillamente se hacía eco de muchas de las preguntas que se hacían los hombres honestos ¿Por qué el papa que nada en su propio dinero, no construye su propia basílica en vez de engañar con falsas promesas a sus fieles?

Gracias a Dios, Lutero contó con una fiel y naciente aliada: **La imprenta de Gutenberg**. Ese regalo de Dios le dio oportunidad de publicar cientos de miles de ejemplares de sus escritos. Al principio, el papa, envuelto en su propio mundo, ni se inmutaba por ese monje agustino ni por sus escritos.

León X tenía otros asuntos más importantes que abordar, por ejemplo el de su sobrino Lorenzo de Médicis, a quien quería darle el ducado de Urbino para que fuera el fundador de la casa ducal de la familia. Para ello, se lo arrebató a Franchesco María della Rovere, sobrino de Julio II, al que por supuesto, y cumpliendo con su obligación de papa, excomulgó, metiéndose en una guerra costosísima que minó las finanzas del Vaticano así como su prestigio. Añadido al asunto, cabe narrar la tortura que el papa prodigó al embajador Della Rovere, sin respetar su salvoconducto. Por todo ello, un grupo de cardenales planearon asesinar al papa, pero el complot fue descubierto a tiempo.

El cabecilla fue arrestado, y violando de nuevo su salvoconducto, fue torturado y ejecutado. El papa, pretendiendo justificarse, dijo: “No es necesario mantener la palabra dada a un envenenador”. Los demás inculpados fueron despojados de sus cargos eclesiásticos y de sus fortunas; entre ellos estaba uno de los cardenales más poderosos del sacro colegio. Alguno se libró al pagar una alta suma, lo cual fue motivo de escándalo añadido.

Después de cobrarles sumas elevadísimas, León X nombró a una treintena de nuevos cardenales fieles a él. Mientras tanto León seguía derrochando intentando aplacar su insaciable hedonismo. Sin entender los motivos espirituales, como hombre extremadamente carnal que era, en 1520 emitió la bula con la que amenazaba con la

excomuni3n a Lutero, calificando todo aquello de “riña monjil”. Lutero la quem3 p3blicamente diciendo: “una vez que el obispo de Roma dej3 de ser obispo para tornarse en tirano, me he hecho invulnerable a todos sus decretos”. Avisado de esto, y sin darle mayor importancia, Le3n X le excomulg3 al a3o siguiente.

Le3n X, sencillamente no comprend3a la importancia de los principios expuestos por **Lutero**, en gran parte, los mismos que expuso cien a3os atr3s **Huss**, o en su d3a **Wycleff**, o por qu3 no decirlo, los mismos **ap3stoles de Cristo en sus ep3stolas**. Todo eso era ajeno a su vida depravada y alejada de toda verdad divina. Poco despu3 mor3a el papa Le3n X, cuando Lutero, a3n fugitivo, segu3a esforz3ndose en defender seg3n su luz de aquel momento, lo que comprend3a de las ense3anzas de la Palabra de Dios, tan ajenas a la vida y costumbres de aquellos cardenales y obispos, lobos rapaces, y de aquel papa que dej3 de serlo, para siempre...

6. La Roma de la Reforma

ADRIANO VI (1522-1523). Como rara excepci3n, este papa era natural de Utrech, Holanda. La ciudad de Roma sabedora de que era un extranjero y de familia pobre, recib3 su elecci3n con disturbios y saqueos. Tan sucia estaba, no tan s3lo la Roma secular, sino la Roma eclesi3stica, y sobre todo esta 3ltima, que un obispo le dijo al papa Adriano: “Limpia a Roma y el mundo estar3 limpio”.

La iglesia romana perd3a terreno en Alemania, y por ello, al ver por momentos menguarse su poder, el papa declar3 reconociendo: “Nos, confesamos abiertamente que Dios ha permitido esta persecuci3n de su Iglesia por los pecados de los hombres, especialmente de los sacerdotes y prelados. Todos nosotros, prelados y cl3rigos, nos hemos apartado del camino de la justicia, y hace mucho tiempo no hay nadie que obre el bien”.

El ingenuo “b3rbaro” (as3 le llamaban los romanos por ser extranjero), horrorizado cuando lleg3 a Roma y vio todo lo que vio, no se daba perfecta cuenta que el sistema romano estaba corrompido ya desde su mismo principio. El pobre hombre recib3 por esas palabras toda serie de burlas e insultos por parte de las familias patricias, y su ingenua piedad se convirti3 en el blanco de sus sarcasmos. Baste decir que, cuando muri3, los romanos comentaron que hab3a que “levantar una

estatua a su médico, que no logró sanarle”. No hicieron eso, pero sí colocaron en la puerta de ese médico el siguiente cartel: “Al libertador de la patria, el Senado y el Pueblo romano”. Ese papa malquerido no duró ni dos años ¿por qué sería? Cuando murió, nadie le lloró. Los cardenales, hartos de no poder desarrollar su vida anterior, preñada de fiestas y desmanes varios, celebraron con júbilo su fallecimiento.

Tuvieron que pasar 400 años hasta que se eligiera a otro extranjero como papa. De hecho, durante prácticamente toda la historia papal, y exceptuando el tiempo de Aviñón, el pontífice ha sido siempre italiano, y mayormente romano. De hecho el papado se lo han disputado siempre las mismas familias patricias romanas, tales como los Colonna, Orsini, Caetani, Medici, etc. Eso no sólo fue exclusivo del papa, sino también de los cardenales. Todo quedaba en casa, pero eso sí, su afán de dominio fue y es *universal* (de ahí que la Iglesia de Roma se llame “católica”), y la recaudación de tributos no conoció fronteras.

Una vez muerto el infeliz holandés, le sucede en el solio un Médicis; Julio de Médicis, con el nombre de **CLEMENTE VII (1523-1534)**. Este era primo de León X, e hijo ilegítimo. Fue legitimado por el mismo León X. He aquí uno de tantos ejemplos que muestran como los papas, pretendiendo ser “*Dios en la Tierra*”, hacían y deshacían a su antojo. Las mismas leyes y restricciones que ellos establecían para los demás, ellos se las saltaban a la torera.



“Retrato del papa Clemente VII, el “quiero y no puedo”

Los venecianos apodaron a ese papa sarcásticamente: *“El quiero y no quiero”*. Más que por su inmoralidad, por su absoluta incapacidad para tomar decisiones, *¿infabilidad papal?*). Hombre inseguro y vacilante, no se decantaba por nada. Aun reconociendo la necesidad de cambios en la sede vaticana, no se atrevía a entrar de lleno.

En el año 1530, un legado veneciano le definía así: *“Muestra, sí, el deseo de ver eliminados los abusos en la Santa Iglesia, pero no lleva a la práctica ninguna idea al respecto, ni toma ninguna medida”*. Ni siquiera era bien visto por sus más allegados. Guicciardini, su hombre de confianza, le describía así: *“Era bastante bronco y desagradable, tenía reputación de avaricioso, y ni por sombra era digno de confianza ni naturalmente inclinado a la bondad”*.

En lo político militar, y sin entrar demasiado en ello, estuvo preocupado en limitar el poder de Carlos V de Alemania; pero el emperador logró una decisiva victoria en Pavía en el 1525, entonces el papa tuvo que cambiar sus alianzas.

A escondidas intervino en un complot que pretendía echar a los españoles de Nápoles. Poco después hizo alianzas con el rey francés. Al final, el emperador alemán viendo el doble juego que estaba haciendo el papa al utilizar su persona contra la de Francisco I de Francia y viceversa, provocó el asalto y devastación de Roma por

parte de sus mercenarios, los *lansquenetes* alemanes y otros. El papa logró huir y refugiarse en el castillo de Sant'Angelo.

El embajador veneciano, para consolarle, dio unos argumentos que ahora leeremos, y que los papas habían rechazado siempre hasta entonces y que siguen rechazando:

“Su santidad no debe pensar que el bienestar de la Iglesia de Cristo descansa en este pequeño Estado de la Iglesia: por el contrario, la Iglesia existía antes de poseer el Estado, y era mejor para ella. La Iglesia es la comunidad de todos los cristianos; el Estado temporal es como cualquier otra provincia de Italia y, por tanto, Su Santidad debe procurar ante todo promover el bienestar de la auténtica Iglesia, que consiste en la paz de la cristiandad”.

Al punto, Clemente VII, asintiendo con el rostro, le respondió: *“en este mundo el ideal no corresponde a la realidad, y el que actúa por motivos idealistas no es más que un loco”.* Aquí podemos ver el sentido de fe y justicia que tenían los papas. Por otro lado, si realmente el papa es *“Dios en la Tierra”* como pretende ser, ¿por qué no puede hacer que los ideales suyos se cumplan? Este Clemente VII, dadas las circunstancias adversas, se dignó a responder al embajador en cuestión de forma tranquila y dando a conocer sinceramente su forma de pensamiento, otros papas, en otras circunstancias, habrían condenado a la persona que dijera algo así directamente a la hoguera, por *hereje*. Durante su pontificado, Enrique VIII de Inglaterra rompió definitivamente con el papado.

Paulo III

Le siguió a Clemente VII en el solio romano, **PABLO III (1534-1549)**. Paulo III con sus cuatro hijos, el día de su coronación, abiertamente celebró el bautismo de sus dos biznietos.

Este Paulo era aquel Alejandro Farnesio, hermano de Julia, la querida del papa Alejandro VI, el cual le hizo cardenal cuando ascendió al trono pontificio. Su nepotismo no tuvo medida. Son cerca de treinta y cinco el número de familiares a los que, aprovechando la ventaja de ser papa, concediera sin límites prebendas y honores; incluso llegó a

formar pequeños estados feudales que entregaba a sus parientes en régimen de vasallaje; como dice Beynon:

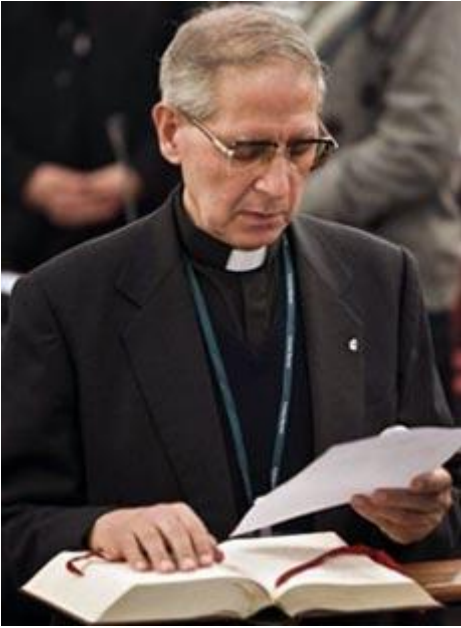
“toda una contradicción en un papa que, efectivamente, inició la definitiva reforma de la Iglesia Católica”.

El hijo del papa, Pierluigi Farnesio recibió los ducados de Parma y Piacenza. Este Pierluigi, homosexual, violó al obispo de Frano. Los nietos del papa fueron también muy favorecidos. Alejandro recibió obispados, abadías y prioratos, y el cargo de vicescanciller. Octavio el ducado de Camerino. Nombró cardenales a sus sobrinos Alessandro Farnesio y Guido Ascanio Sforza.

Surgen los jesuitas entonces

Es en su tiempo cuando se forma la Compañía de Jesús de Ignacio de Loyola, que como veremos, con su General Superior o **“Papa Negro”** al frente, se pone a disposición completa del papa. Esta orden militar y religiosa (por ese orden), será la que se ocupará de enfrentarse a todos los niveles y con todos los medios, bajo el lema maquiavélico de que *“el fin justifica los medios”* a la Reforma, y a los Protestantes.

Su fin es el de poner el mundo entero bajo los pies del papa. Bajo Paulo III, se convoca el célebre y definitivo Concilio de Trento, como respuesta a la Reforma, en el año 1545, interrumpido éste poco antes de la muerte del papa en cuestión. Los jesuitas tuvieron mucho que ver en él. Los jesuitas, junto con la Inquisición, y el esplendor de las liturgias que inventaron, fueron las armas principales del contraataque católico romano a la Reforma. Acerca de la Inquisición, la cual había florecido durante los siglos del Medievo, alcanzó a través de Paulo III en el año de 1542 la categoría primera de las *“Congregaciones Sagradas de Roma”*, llamándosela con el blasfemo nombre de: *“Santa, Católica y Apostólica Inquisición”*. Más adelante se la llamaría el *“Santo Oficio”*.



“El nuevo papa negro, el general superior de los jesuitas, el español Adolfo Nicolás”

Los dos frentes de Paulo III

Inesperadamente, el *protestantismo*, como así lo llamaron los papistas, estaba prosperando y avanzando por todas partes. Paulo III veía peligrar su posición e influencia sobre reyes y príncipes, por lo que decidió actuar. Este despótico papa que como dice Will Durant: “había otorgado el sombrero rojo a sus sobrinos de catorce y dieciséis años, y los había promovido a pesar de la notoria inmoralidad de ellos” (*The Story of Civilization*) Tomo, VI, p. 920), decidió actuar en dos frentes.

El primero es el que ya conocemos, es decir, la proclamación del Concilio de Trento, en el norte de Italia, para condenar teológicamente la Reforma; y el segundo frente, la organización de una guerra santa para destruir la Reforma y sus hijos definitivamente por el uso de la fuerza, y en el nombre de Cristo. El emperador, Carlos I de España y V de Alemania, persiguió duramente a los luteranos por la fuerza de las armas.

Paulo III, tras levantar el Concilio Tridentino donde se lograron levantar más de cien anatemas contra los *herejes* protestantes, no satisfecho con esto, quiso destruir físicamente a esos “*herejes*” por la fuerza de

las armas; para ello, ofreció a Carlos V de Alemania 1.100.000 ducados, 12.000 soldados de infantería y 500 caballos. Todo ello resultó en una guerra que duró casi diez años en Europa. Mientras tanto, aquel Paulo III promulgaba una bula excomulgando a todos los que resistieran a Carlos V, y ofreciendo indulgencias liberales a todos los que le ayudaran.

El arte es el espejo de la realidad

La promiscuidad sexual era algo común entre los papas, como estamos viendo. En el caso de Paulo III, tampoco fue diferente el asunto, y hasta en su sepultura le siguieron la representación de sus pecados. Dentro de la Basílica de San Pedro, el monumento de la tumba de este papa está adornado con figuras femeninas reclinadas. Una de esas representaciones femeninas, la que representa la justicia, estuvo desnuda durante trescientos años, hasta que Pío IX hizo que le pintaran vestidos encima. El modelo que se usó para la talla de la estatua fue Giulia, la hermana del papa Pablo III, una de las concubinas de Alejandro VI (*Hunt, p. 176*). Baste añadir que Paulo III buscó ayuda en los astrólogos, cosa prohibida por la Biblia (Deuteronomio 18) y por el canon romano (*Revista LIFE, 5 Julio 1963*).

Nuevos aires de reforma

Una vez puesta a la luz la falsedad del *poder temporal* del papado por Lorenzo Valla en el año 1440 al mostrar al mundo la mentira de las “Donaciones Constantinianas”, por un lado, y de que Lutero demostrara Biblia en mano que la salvación no depende de un papa sino de Cristo que la logró para nosotros, y que la recibimos por la fe, el mundo pareció sacudirse y bostezar, despertando, levantándose de un largo sueño de pesadilla medieval. Cundió el buen ejemplo.

Otros Reformadores fueron surgiendo a su vez: **Melanchton, Calvino, Zwinglio**. Con la Biblia abierta, un nuevo despertar del Evangelio se manifestaba por toda Europa del norte especialmente. En España muchos misioneros protestantes entraron, pero el poder papista auspiciado por su “*brazo secular*” se encargó de eliminarlos a todos.

Martín Lutero redescubrió la Biblia, y en ella no vio ni atisbo del papado. Por lo tanto del papa y de sus correligionarios pudo libremente expresar:

“No pueden probar su sentencia ni reprobar la contraria con otro argumento que el recurso a “esto es wyclefita, husita, herético”. Poca fuerza tiene esa falacia. Y si les urges pruebas escriturísticas, no te sabrán decir más que “nosotros estamos convencidos de ello, y la Iglesia, (es decir, nosotros mismos) así lo ha decidido”. He aquí cómo hombres réprobos e increíbles se atreven a proponernos sus fantasmagorías como artículos de fe sin más fuerza que la autoridad de la Iglesia”, que como bien apuntaba el ex monje agustino, eran ellos mismos.

Otra vez debemos insistir aquí que, si hay cristianismo es porque Dios nos ha legado Su Palabra, la Biblia; por lo tanto ella y sólo ella debe ser nuestra regla de fe a seguir.

Después de la Reforma, cuando los *protestantes*, llamados de este modo por los católico-romanos, se daban cuenta de la calamidad global de Roma, hicieron conocer al mundo la verdad de las Escrituras denunciando de esta manera la tremenda corrupción romana, el Vaticano tomó nota prestamente.

Roma no cambió ni un ápice en enmendar doctrina, principios y metas. Todo lo contrario, endureció y reafirmó sus posiciones dogmáticas antibíblicas a través del Concilio de Trento y, posteriormente, con el Concilio Vaticano I, principalmente. Lo único que Roma hizo, fue dar una imagen más cuidada frente al mundo, a partir del Concilio Vaticano II, y así hasta hoy en día, no dejando de ser este último, quizás, el definitivo concilio de la Contrarreforma. Todos aquellos desmanes de desenfreno de todo tipo, orgías borgianas, crueldad, nepotismo, simonía, etc. de los papas y cardenales, fueron poco a poco, al menos de cara al exterior evitándose algunos de ellos, y ocultándose otros. No obstante su hambre de apoderarse de las almas de los hombres y de sus pertenencias nunca ha disminuido, y será así hasta su segura destrucción (Ap. 17: 16-18)

La simiente del Falso Profeta | Décima Parte

Índice del Tema

- **1-La Contrarreforma: concilio de Trento**
 - a-Julio III, el papa mal aconsejado
- **2-Protestantismo, España, Carlos I y Felipe II**
- **3-El Concilio de Trento versus la Biblia**
- **4-Sobre los sacramentos de Roma**
 - a-La doctrina tridentina ata al fiel a Roma
 - b-Veamos algunas fechas respecto a la evolución de esos "sacramentos"
 - c-¿Sabe el católico romano si es salvo?



“El jesuita Ignacio de Loyola, principal de la Contrarreforma”

1-La Contrarreforma: concilio de Trento

Viendo que media Europa se hacía *protestante*, Roma se vio en la urgente necesidad de blanquear sus paredes, empezando por el mismo papado. Ya no nos encontraremos con papas descaradamente asesinos o abiertamente herejes; aunque el nepotismo no se erradicaría del todo, ni mucho menos. La imagen de cara al exterior había que empezar a cuidarla.

Avances tecnológicos como la imprenta, habían hecho que las noticias escritas corrieran con mayor celeridad por todo el mundo. El mundo era ya más consciente y sabedor de lo que era Roma realmente, a

pesar de la inconsciente ceguera de muchos, incluso hasta hoy en día. No obstante, el “**Santo Oficio**” o **Inquisición** estaría más activo que nunca, tratando de erradicar con la muerte más horrible a todos aquellos que no se sujetaban al papa romano.

En todo ese tiempo atrás, el poder de Roma había estado en auge dictando al mundo sus deseos en forma de órdenes. He aquí una muestra del poder papal de la época: El papa León X, prohibió que los tribunales civiles en cualquier país juzgaran a alguien por un crimen del cual el presunto transgresor hubiera sido absuelto por Roma mediante el pago fijado por cada ofensa (pago monetario). Si algún juez pasara por alto esa disposición papal, automáticamente se le excomulgaba. El ser excomulgado también significaba el perder la ciudadanía, puesto que las autoridades civiles estaban sujetas a las autoridades eclesiásticas. Era el tiempo de la esclavitud universal de la religión. Era preciso que todo ese desorden ético y moral decreciera. Era preciso un cambio. Ese cambio fue la Reforma, pero ésta obtuvo la respuesta agria de Roma: La Contrarreforma.

a- Julio III, el papa mal aconsejado

JULIO III (1550-1555), fue elegido por el cónclave. Este papa, sus cardenales cuando subió al solio pontificio, le aconsejaron esto:

“Hay que abrir bien los ojos y usar toda la fuerza posible en la cuestión, a saber, para permitir lo menos posible la lectura del Evangelio especialmente en lengua nativa, en todos los países bajo la jurisdicción. Baste la pequeña parte del Evangelio leída usualmente en la misa, y no se permita que nadie lea más. En cuanto el pueblo esté contento con esa pequeña porción, florecerán los intereses de vuestra Santidad, pero cuando el pueblo quiera leer más, sus intereses comenzarán a fallar. La Biblia es un libro que, más que cualquier otro, ha levantado contra nosotros los alborotos y tempestades, por los cuales casi perecemos. De hecho —escriben los cardenales—, si alguien examina de cerca y compara las enseñanzas de la Biblia, como ocurre en nuestras iglesias, entonces encontrará discordias y comprenderá que nuestra enseñanza es muchas veces diferente a la Biblia y nunca cesará de desafiarnos hasta que todo sea expuesto y

entonces nos volveremos objeto de burlas y odios universales. Por tanto, es necesario retirar la Biblia de la vista del pueblo, pero con cuidado, a fin de no causar rebelión”(énfasis nuestro).

Dese cuenta el lector de que se está tratando. La iglesia de Roma siempre ha sido la primera y tremenda opositora al Libro que pretende poseer y defender: la Biblia.



“Julio III, el papa mal aconsejado”

La elección final de ese papa Julio III no fue fácil. El cónclave estuvo reunido desde el 29 de noviembre de 1549, hasta febrero de 1550. Ese cónclave, formado por cardenales de dos tendencias dispares no se ponían de acuerdo; de hecho hubo violencia, cruzándose acusaciones como ésta, la que nos da a conocer el comentarista católico romano, Gelmi:

“Nosotros queremos un buen papa, pero vosotros (los del otro bando) queréis uno que sirva al cuerpo y no al alma; no queremos ver electo a un papa como los cuatro o cinco últimos, que se olvidaron de la Iglesia para enriquecer a sus sobrinos”.

Nótese que los mismos cardenales aceptaban y reconocían el hecho de que los papas eran corruptos; ¿Qué ocurre aquí con la *infabilidad* papal y la *infabilidad* de la Iglesia romana? Si algún cardenal hubiera sido lo suficientemente íntegro como para desear que la elección del

papa fuera correcta de acuerdo con su hipotética virtud, desde luego, tuvo que sentirse defraudado también en esta ocasión (y como siempre). **Julio III**, fue un hombre aficionado a los placeres de la vida; además, no abandonó la costumbre nepotista tampoco. Elevó al cardenalato entre otros al hijo adoptivo de su hermano que contaba a la sazón quince años de edad.

Julio III, se alió políticamente con Carlos I de España, declarando incluso la guerra a Enrique II, sucesor de Francisco I, rey de Francia; el motivo no tenía nada que ver con lo religioso siquiera: Recuperar la ciudad de Parma.

Dos pensamientos tenía Julio III, el primero, hacer lo posible para que los ingleses abandonasen la idea, contraria a los intereses papistas, de llevar adelante el proyecto de una Iglesia de Inglaterra. Se alegró cuando después de Enrique VIII, subió al trono de Inglaterra, María su hija, acérrima católica romana, llamada "*Bloody Mary*", es decir, "María la *Sanguinaria*". La razón de llamarla así obedecía a la persecución sanguinaria, a extremos inauditos que esa reina llevó a cabo contra todos sus súbditos *anglicanos*. Además abolió por ley de enero del 1555 todo lo establecido por su padre el rey Enrique.



“Retrato de María Tudor, alias María la Sanguinaria (Bloody Mary), reina de Inglaterra. Su rostro evoca una maldad evidente”

Lo que ya no vio Julio III, porque sucedió tres años después de que partiera hacia la eternidad, fue el hecho de que la sucesora de María, la reina Isabel, reinstaurara las leyes anglicanas de Enrique VIII, y ya de manera definitiva.

El segundo pensamiento del papa fue el de reemprender el Concilio. En el 1551, dio reapertura al Concilio de Trento, que había suspendido su antecesor por temor a que sus desavenencias con el emperador le perjudicaran justo antes de morir. Entre tanto, tras importantes batallas, en las que muchos de ambos bandos murieron estúpidamente, poco después, enfermo de gota, el emperador Carlos I de España y V de Alemania, se vio obligado a firmar la llamada *Paz de Augsburgo*, que sancionara el triunfo de la Reforma protestante. Deseoso de la verdadera paz que no tuvo, por rechazar el Evangelio de la paz, se retiró al monasterio de la localidad extremeña de Yuste, donde pasó allí dos años antes de morir en el 1558. Antes de todo esto, el papa Julio III, mal aconsejado por sus médicos, o quizás por su propia cerrazón, aceleró su muerte a causa de seguir un imprudente régimen dietético al que se sometió para curarse la gota. Reducido a extrema debilidad, falleció el 23 de marzo de 1555. En su modesto sarcófago sito en los sótanos del Vaticano, por toda inscripción figura sólo su nombre papal: *“Julio III”*. Este fue aquel papa, mal aconsejado por sus cardenales.

2- Protestantismo, España, Carlos I y Felipe II

Lo triste en cuanto a la Reforma, y no es culpable la Reforma en sí de ello, es la oportunidad que los soberanos, príncipes y señores feudales encontraron para ocultar tras ella los verdaderos intereses militares, políticos, personales y económicos y de poder que les movían.

Aunque el mensaje de la Reforma era evangélico, nada evangélica fue la actuación de muchos de los príncipes “protestantes”, que aprovecharon los nuevos aires de libertad para buscar su propio interés. Muchos de los príncipes protestantes supieron barrer para su casa. Escribe Durant:

“El verdadero victorioso no fue la libertad de culto sino la libertad de los príncipes. Cada uno, al igual que Enrique VIII de Inglaterra, se volvió la cabeza suprema de la Iglesia (ya bien católica o protestante) en su territorio, con el derecho exclusivo

de designar al clero y los hombres que debían definir la fe obligatoria” (Durant, op.cit., tomo VI, p. 453).

No obstante, en lo político, supieron los príncipes unirse en un frente común contra el emperador hasta alcanzar de él un compromiso, la ya mencionada *paz de Augsburgo*.



“El emperador Carlos I de España, y V de Alemania”

En el bando católico romano se encontró sobre todo España, que decidió por mano de Carlos I de España y V de Alemania, y posteriormente de su hijo Felipe II, la casa de los Austrias, tomar el testigo imperial para defender el catolicismo romano contra el *protestantismo*. Esto no acarreó sino pesares entonces, y una maldición espiritual de la cual, todavía no ha acabado de levantar cabeza a fecha de hoy. Esa maldición venía a superponerse a la anterior, cuando los Reyes Católicos expulsaron de España a los judíos.

Carlos I de España, recibió el Evangelio y casi se convirtió a Cristo, pero, luego sopesando en términos de intereses políticos lo que podría perder, se lo pensó dos veces, y lo rechazó; más aún, se volvió

enemigo del Evangelio, y esa herencia de maldición la pasó a su hijo Felipe.

Un ejemplo del odio que Felipe II dispensaba hacia el Evangelio y hacia los cristianos es cuando gustosamente asistió a la ejecución en la hoguera, tras terrible tortura, de su prima la condesa Isabel, que se había convertido a Cristo. La Inquisición la había condenado a muerte en las llamas y ahí estaba su primo, el rey Felipe II, *disfrutando* de ese espectáculo (tal como él mismo declaró), viendo la horrenda muerte de una *hereje*.

Pero Dios, en su justicia, después de haber dado muchas oportunidades al rey español para que se arrepintiera de sus pecados y se convirtiera, permitió que su muerte fuera incluso más horrible si cabe que las muertes de esos *herejes* que él contemplaba con satisfacción. Felipe II murió atormentado por una dolorosa enfermedad. Hacía ya casi dos meses que permanecía postrado en el lecho de muerte sin que nadie se atreviese a lavarlo: Explica Fornerón:

“No le cambiaban las ropas, ni le lavaban; las sábanas estaban impregnadas de sudor y supuraciones. Los piojos invadían aquel cuerpo; se le caían todos los cabellos y la barba; los medicamentos hacían manar del muslo dos escudillas de pus y la carne se desprendía de los riñones y de la espalda. Los parásitos le devoraban la piel; la cangrena se cebaba en su carne y en sus llagas...”. Así murió el gran rey inquisidor enemigo del Evangelio, Felipe II, el 13 de septiembre de 1598.



“Esta es la obra de la Inquisición del tiempo de Felipe II: ejecución de “herejes” mediante tortura y fuego”

3-El Concilio de Trento versus la Biblia

Al principio, los Reformadores, no se llamaban a sí mismos con el apelativo de *protestantes*, porque esa palabra no se había inventado aún (la inventaron los católicos). Muchos eran los que deseaban una reforma en la iglesia de Roma, ese sentir existía desde hacía al menos doscientos años. En un principio, ni Lutero ni Calvino deseaban abandonar la iglesia romana, ansiaban verla transformada desde adentro. Pero claro, ellos no comprendían en un principio que es imposible reformar algo que está corrompido desde la misma base; hasta la médula, como es el caso de la institución católica romana.

Evidentemente, pasado un poco de tiempo, cambiaron de parecer, viendo en esa institución satánica a la **propia Gran Ramera del Apocalipsis de Juan**. Durante ese proceso, los papas, no obstante, estaban furiosos por las verdades que los Reformadores les declaraban, hasta el punto de no sólo excomulgarles, sino de querer enviarles a las llamas.

Sólo la protección de ciertos príncipes alemanes evitó que eso fuese así, por la gracia de Dios. En aquel tiempo, la presión en el pueblo y en la nobleza por parte del papado era insufrible. Escribe Hunt:

“Al estar hartos del despotismo arrogante del papado, con su presión y matanza de cualquiera que no consintiera con sus imperiosas demandas, multitudes siguieron a Lutero y Calvino y los otros líderes de la Reforma en abandonar la Iglesia de Roma, mareados con las primeras bocanadas de aliento de libertad espiritual que habían inhalado en sus vidas” (Hunt, *A Woman Rides the Beast*, p. 199).

La popularidad del sistema político-religioso romano estaba en un nivel bajo cuando se reunió el **Concilio Tridentino en el año 1545**. Una inmensa mayoría de obispos no italianos, sobre todo, y demás clerecía anhelaban una reforma de la iglesia romana en profundidad, y muchos creyeron ingenuamente que Trento la iba a producir, y de ese modo, los que la habían abandonado podrían regresar; por cierto, este sigue siendo el deseo de muchos en la actualidad, pero la iglesia de Roma jamás cambia, ¿no es ella *infallible*? Ella es **“Semper eadem”** (siempre la misma).

Describe el teólogo José Manuel Díaz Yanes a la iglesia de Roma de la forma siguiente:

“La Iglesia Católica es - semper eadem -. No cambia. Es cual camaleón que adapta el color de su cuerpo al de los objetos que tiene junto a él, pero sigue siendo un camaleón. A los ojos de los otros animales, se asemeja a cualquier otra cosa, pero sigue siendo un camaleón. La iglesia romana es igual: se adapta cual camaleón a cualquier circunstancia siempre que le beneficie, pero en el fondo sigue siendo la misma iglesia que salió de Trento...”



“Roma es: “Semper Eadem”; ciega, y mil veces ciega”

No obstante, el papa y su *curia romana* tenían otros muy diferentes planes. El obispo Coriolano Martorano, dio el discurso de apertura del concilio. Von Dollinger describe su oratoria:

“El cuadro que Martorano describió de los cardenales y obispos italianos, su sanguinaria crueldad, su avaricia, su orgullo, y la devastación que habían producido en la Iglesia, era algo perfectamente chocante. Un escritor desconocido, que había descrito esta primera reunión en una carta a un amigo, piensa que Lutero mismo nunca habló más severamente” (Von Dollinger, op. cit. p. 298).

Este hombre en su discurso alentó a los que tenían esperanza de una reforma; lamentablemente, muy pocos de los que pensaban de esa forma estaban presentes porque Paulo III, a través de los jesuitas, había llenado el concilio con sus propios hombres de confianza.

El discurso del obispo Martorano fue como una voz en el desierto que clamaba por ir a un hipotético cristianismo. Pero ese concilio,

controlado por los jesuitas vería su más estrepitoso fracaso espiritualmente hablando.

Psalmi dice que cuando un delegado no italiano se atrevió a formular cargos verdaderos en contra del papado, los obispos italianos, mayoría en la sala, gritaron, golpeando con los pies y clamando:

“maldito desdichado, no debe hablar; habría que procesarlo de inmediato” (Psalmi, Coll, Actor, en Le Plat, VII,II. 92). Esto mismo ocurriría siglos más tarde en el Concilio Vaticano I.

Von Dollinger asegura que un famoso testigo ocular escribió después que se dio apertura al concilio, de que nada se podía esperar de los “obispos monstruosos” que estaban allí. No había “*nada episcopal en ellos, excepto sus largas sotanas...habían llegado a obispos mediante el favor real, mediante la sollicitación, mediante la compra en Roma, mediante artes criminales, o después de largos años en la Curia*”.

“Todos ellos deben ser depuestos si es que Trento ha de producir algo digno, pero eso era imposible” (Dollinger, *op. cit.* pp. 298-299).

Pallavicini, contemporáneo también, escribió: “Los obispos italianos no sabían de otro objetivo excepto el de dar apoyo a la Sede Apostólica y su grandeza” (*Storia del Concilio di Trento, p. 425 (ed. Milano, 1844).*

Nos detendremos un poco en esta sección para aclarar cuestiones doctrinales importantes. Hablemos sucintamente del Concilio de Trento (1543-1563). Este concilio, como ya venimos diciendo, fue la respuesta a la Reforma, por lo tanto fue el concilio de la Contrarreforma, ya que se dirigió a contradecir y anatemizar el mensaje de los Reformadores.

En él, **se definieron doctrinas y dogmas** como la cuestión de **la justificación, los sacramentos, el sacrificio de la misa, el culto a los santos, las imágenes**, etc. De hecho, Trento fue la respuesta árida y devastadora a la Reforma protagonizada por católico-romanos que despertaron al leer con atención y fe lo expuesto en la Biblia.

Trento fue la respuesta aplastante a la firmeza demostrada por hombres católicos, valientes y sinceros que todos conocemos, y que no callaron frente a las presiones de Roma. Anteriormente, en la fecha

de 1415, fue condenado **Juan Huss** en el Concilio de Constanza a morir abrasado. Huss dijo justo antes de morir: **«A mi, a un pobre ganso, (Huss significa ganso en alemán), mandáis a las llamas, pero dentro de cien años, Dios Todopoderoso levantará a otros hombres que no podréis detener»**. Cien años justos más tarde, en 1515, se originó la Reforma.

En el Concilio en cuestión, se definieron hasta la fecha, y de forma inalterable para siempre la enseñanza y dogmas de la iglesia de Roma. Fue publicado un nuevo **Credo** donde se añadieron por primera vez como artículos de fe, los siguientes:

- 1- Todas las observancias y constituciones de la iglesia de Roma.
- 2-La interpretación de la Escritura según el sentido de la iglesia de Roma.
- 3- La interpretación de las Escrituras sólo según el unánime sentir de los Padres.
- 4- Todas las ceremonias recibidas y aprobadas por la iglesia de Roma, y todas las demás cosas definidas por los Concilios Ecuménicos.
- 5- La iglesia de Roma es Madre y Señora de todas las iglesias: Obediencia al papa de Roma como sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo.

Al decir ser el obispo de Roma, *Vicario* de Cristo sobre la tierra, proclamaba su supuesta autoridad y primacía sobre cualquier otro obispo cristiano y cualquier otra iglesia cristiana donde estuviera, ¿es éste el espíritu y enseñanza de Cristo?, no; veamos: *“Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos”* (Mateo 23: 8-10).

4-Sobre los sacramentos de Roma

Trento anatemizó como herejía la doctrina bíblica de la Reforma de que somos **justificados por la sola fe**, o sea, sin el concurso de las obras (ver Romanos 3: 28, Romanos 5: 1, Efesios 2: 8, 9, etc.), **por la imputación de la justicia de Cristo** (ver 2 Corintios 5: 21). Por otra

parte, Trento definió que el ***instrumento*** para recibir el primer paso en el proceso de justificación es el bautismo; sin embargo, la Biblia nos enseña que el ***instrumento*** es la fe. El bautismo será la confirmación pública de esa justificación alcanzada por la sola fe en los únicos méritos de Cristo.

a- La doctrina tridentina ata al fiel a Roma

La iglesia de Roma enseña que es a través de los sacramentos establecidos y definidos por ella misma, a los cuales ahora nos referiremos, que el fiel tiene acceso a la gracia de Dios, o dicho de otro modo, a tener supuesta paz con Dios. El concilio de Trento definió que los sacramentos de la Nueva Ley son siete, y sólo siete: **Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia** (confesión auricular), **Extremaunción, Orden Sacerdotal y Matrimonio**.

El catolicismo romano es un sistema sacramental, ya que todos los “**pasos**” de la salvación dependen de algún modo de la “**gracia sacramental**”, es decir, de la que supuestamente facilitan esos **sacramentos**. Trento enseña que la gracia de Dios al fiel católico se **canaliza** a través de los siete sacramentos expuestos, y ya tan consabidos, siendo la misma institución romana la que administra esa gracia en definitiva.



“La consolidación tridentina de los sacramentos romanistas fue una intervención urgente y necesaria ante el empuje de la Reforma”

El Vaticano II diría más tarde que “La Iglesia (romana) es en Cristo como un sacramento...”. Esto es una aberración, y **no deja de ser el pronunciamiento más sectario que se haya oído jamás.**

La administración de la gracia de Dios no es mediante “sacramentos” de institución de hombres, sino mediante Dios mismo a través de Su Hijo, y por el poder de Su Espíritu (Hchs 14: 3; 15: 11, 20: 32; Ro 1: 5, 7; 3: 24; 4: 16 etc. etc.). La gracia de Dios es multiforme, y la recibimos por la fe, la cual es un don de Dios también para todos aquellos que tengan un corazón para amar a Dios (Ef. 2: 8).

El problema estriba en que la iglesia de Roma pretende tomarse las mismas atribuciones que sólo le corresponden a Dios. Ningún “sacramento”, mandamiento de hombres por disposición de hombres podrá ejercer algún beneficio de parte de Dios el Cual ha instituido Su propia manera de hacer las cosas y las ha declarado en Su Palabra, la Biblia. El problema del hombre estriba cuando este intenta decirle a Dios cómo debe hacer las cosas, y aún peor, cuando por su cuenta y riesgo las establece añadiendo que “*así lo quiere Dios*”, tomando Su nombre en vano.

¡El Señor del universo se basta a Sí mismo para administrar Su gracia ilimitada para todos Sus hijos amados, y esos hijos amados, los que han experimentado un nuevo nacer (Jn 3: 3), son Su Iglesia Universal!; así que, es Dios quien directamente llega al hijo de Dios.

Imagínese a un eterno intermediario entre usted y su esposa, siempre debiendo comunicar y relacionarse uno con el otro a través de esa hipotética tercera persona; sería inverosímil ¿no es cierto?, pues esto es lo que la institución religiosa romana siempre ha pretendido, que usted tenga una relación con Cristo a través de ella. Nunca el Señor pretendió levantar un organismo religioso de esa clase. Roma jamás quiso entender cuál es el propósito del Evangelio: lo que nuestro Dios quiere es tener una relación personal e íntima con cada uno; esto sólo es posible a través de Jesucristo porque **“en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre, bajo el cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos”** (Hechos 4: 12); ¡esta es la Buen Noticia!

Roma dice que *“por la regeneración bautismal”*, el más tierno bebé entra en la iglesia y comienza su vida *“sacramental”* que perdura hasta después de la muerte, porque la iglesia (romana) alcanza a las almas del purgatorio mediante sus *“sufragios”* es decir, (plegarias, indulgencias, misas). La institución romana se constituye dios de cada católico, la cual le sigue ¡hasta después de muerto el fiel! ¡Qué horror!

La iglesia de Roma insiste y sigue insistiendo que *sólo* es a través de ella misma que el individuo puede llegar al cielo un día, pasando por el purgatorio, y que no hay otra manera. **Este es el defecto de base de toda secta, y Roma es la madre de todas ellas.**

En modo alguno la iglesia de Roma puede ser cristiana. En modo alguno.

b-Veamos algunas fechas respecto a la evolución de esos “sacramentos”

Sin embargo, estos llamados sacramentos no fueron sino definiéndose lentamente a través de la historia.

- En el año 528 se introduce la Extremaunción, pero no como sacramento.

- En el año 845 la Confirmación fue instituida como sacramento.
- En el año 850, la Extremaunción fue sancionada y hecha sacramento al fin.
- En el año 1000, el sacramento de la Eucaristía se definió como sacrificio (antes se denominaba *oblación*).
- En el 1130 se definió no dogmáticamente que los sacramentos eran siete.
- Los siete sacramentos son así declarados en el Concilio de Florencia en el año 1439.
- En el Concilio de Trento, en el año 1550, son definitivamente confirmados los siete sacramentos hasta la fecha;
- En el año 1551, la Extremaunción fue reconocida como sacramento por el Concilio de Trento en su sesión 14.

La pregunta obvia es: Si los siete sacramentos, por los cuales según Roma, se recibe la salvación, no se definieron realmente hasta la fecha de 1550, ¿Cómo se salvaba la gente antes de esa fecha?

Los *sacramentos* de Roma son una añadidura a lo que enseña la Biblia, y la misma Palabra de Dios nos exhorta a no añadir nada a ella: **“No añadiréis a la Palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella**, para que guardéis los mandamientos de Yahvéh vuestro Dios que Yo os ordeno” (Deuteronomio 4:2).

Me detuve ante el testimonio de un ex sacerdote católico, Miguel Carvajal, y he querido reproducirlo aquí:

“...uno de los profesores en el pizarrón estaba escribiendo todos los años en los que habían sido establecidos los diferentes dogmas de la Iglesia de Roma, y al final...luego que estuvo todo escrito, dijo: “Bueno, ¿qué sería de la Iglesia Católica si tuviéramos que anular todos estos dogmas?” Y él mismo, razonando, dijo: “Yo creo que quedaríamos en nada”. Entonces ese fue el primer impacto en mi vida, y de ahí comenzaron grandes preguntas, como por ejemplo, ¿por qué Jesucristo no habrá predicado el evangelio completo y dejó la tarea a la Iglesia para que establezca dogmas y nuevas doctrinas?”.

c-¿Sabe el católico romano si es salvo?

El católico-romano medio no está seguro de su salvación en absoluto. Se le ha enseñado siempre que “*nadie sabe, sólo Dios*”. Los sacramentos, a pesar de la importancia suma con que Roma los alaba, no conceden al fiel que los recibe seguridad alguna acerca de lo más básico de la fe cristiana verdadera: la salvación y la seguridad de haberla recibido. Esto es triste. ¿De qué sirve seguir concienzudamente todos los pasos que exige la religión de Roma, si nadie que la practique puede tener la seguridad de la salvación?! Hunt escribe:

*“Para el católico, la salvación no viene mediante recibir a Cristo como Salvador personal, sino que es un extenso proceso que comienza con el bautismo, y de ahí en adelante depende de la relación continua de la persona con la Iglesia. La salvación viene mediante la participación en los sacramentos, penitencias, buenas obras, sufriendo por los pecados personales y los pecados de otros aquí y/o en el purgatorio, indulgencia para reducir el tiempo en el purgatorio, y cantidades casi interminables de misas y rosarios dichos a favor del feligrés aún después de la muerte. **El “evangelismo” católico es por obras, la antítesis propiamente dicha de “el evangelio de la gracia de Dios”** (Hechos 20: 24)”.*

El Concilio de Trento, en su sesión número seis, concluyó diciendo que las buenas obras personales no sólo nos *justifican* delante de Dios, sino que son esenciales para la salvación. Así lo afirma el Canon 24 de ese mismo Concilio de Trento. Esto implica que sólo Dios sabe cuántas “buenas obras” hay que hacer y meritarse para llegar al cielo. El católico romano es un esclavo de su propia creencia; es un esclavo de su iglesia.

La simiente del Falso Profeta | Onceava Parte



(La Matanza del día de San Bartolomé)

Índice del Tema

- **Los Caraffa / In Coena Domini / La matanza de San Bartolomé / La “*infallible*” traducción de la “biblia de Sixto”**
 - El colérico y destructivo Paulo IV
 - El neopotista papa del final del Concilio de Trento
- **"In Coena Domini" (El reclamo de dominio papal completo sobre toda la cristiandad)**
 - San Pío V, asesino de "herejes"
- **La Matanza de San Bartolomé**
- **La "infallible" traducción de la "Biblia del papa Sixto"**
 - El antiguo inquisidor Sixto V, papa pecador
 - Algunos breves papados
 - Eterno nepotismo
 - Jansenismo, un primer atisbo

Los Caraffa / In Coena Domini / La matanza de San Bartolomé / La “*infallible*” traducción de la “biblia de Sixto”

Le siguió a Julio III, **MARCELO II (1555)**. Fue elegido en dura rivalidad frente a un hijo de Lucrecia Borgia; sólo duró en el solio tres semanas... ¿por qué sería? De nuevo los cardenales estaban divididos en dos bandos, los imperiales, partidarios de Carlos I, y los franceses, partidarios del rey de Francia. Por ello, las acusaciones de unos contra

otros y las palabras violentas no cesaron hasta que fue nombrado el siguiente papa.

El cardenal español Francisco Mendoza, le aseguró al cardenal Caraffa antes de entrar en el cónclave, que, a pesar de que algunos cardenales pensaban en él como futuro papa, jamás llegaría a serlo por la razón de que el emperador Carlos I no lo quería; pero, contra todo pronóstico, resultó ser que el cardenal Giovanni Jietro Caraffa sí fue elegido nuevo papa, con el nombre de PAULO IV (1555-1559), un auténtico monstruo.

El colérico y destructivo Paulo IV

Este fue otro de los papas que negó la infabilidad papal de viva voz, y al menos en eso tuvo razón, porque su vida no fue un dechado de *infabilidad* precisamente. La misma enciclopedia católica dice de ese papa que fue un “fanático e intransigente”, y añade:

“Por cálculos políticos, y para ayudar a su criminal sobrino Carlos Caraffa, traicionó al emperador y se unió a Francia en la guerra contra España. Los ánimos resentidos de Europa no ocultaron su alivio al conocer la noticia de su muerte”.

Esto es lo que la enciclopedia católica ha de decir de tal personaje. Paulo o Pablo IV, fue un enemigo acérrimo de los españoles, a los que calificaba de herejes, cismáticos y malditos de Dios; semilla de judíos y morunos, y añadía: hez del mundo.

Paulo IV fue un papa racista y xenófobo. Fue quien obligó a todos los judíos a llevar ridículos sombreros de color amarillo para poder identificarlos. El apologista Dave Hunt dice de él:

“Ningún papa odió a los judíos más que Paulo IV, cuyas crueldades desafían los límites de la razón humana” (Una Mujer cabalga la Bestia, pág. 23).

Pedro de Rosa, historiador católico-romano declara que:

“toda una sucesión de papas reforzó los antiguos prejuicios contra los judíos, tratándolos como leprosos indignos de la protección de la ley.

Pío VII (1800-1823) fue seguido por León XII, Pío VIII, Gregorio XVI, Pío IX- todos buenos alumnos de Paulo IV”.

El propio historiador católico romano José Gelmi, dice de él:

“Sobre el carácter de Paulo IV escribió el embajador veneciano Navaggero: “Este papa es de un temperamento violento y fogoso...es impetuoso en el manejo de los asuntos y no tolera que nadie le contradiga”. - Añade Gelmi - ...su pontificado defraudó por su extraordinaria severidad y por el vergonzoso nepotismo al que el papa sucumbió. Enemigo inflexible, por tradición familiar, del predominio español en Italia, Paulo IV se dejó arrastrar por su sobrino moralmente indigno, el cardenal Carlo Caraffa, a una guerra contra España, que acabó en 1557 con la derrota total de los soldados pontificios”.



*“PAULO IV. Se le conocía por su fama de **“Gran Inquisidor y profesional de la tortura”**. Llegó a tener tanta afición por este tipo de castigo que pagaba de su propio dinero por nuevos instrumentos de tortura y se decía que las víctimas de sus castigos eran los judíos, las mujeres y los protestantes”*

Su conducta nepotista, no sólo fue con su sobrino, el cardenal Caraffa, sino también con cinco de sus sobrinos. Tres de ellos fueron cardenales y dos altos cargos de la curia; todos ellos fueron intrigantes políticos que cometieron grandes abusos. Las conjuras contra el papa estaban a la orden del día.

El pueblo estaba muy descontento por la rígida forma de gobierno del papa, y los cardenales estaban también muy molestos. Estos urdían

una y otra vez confabulaciones contra el pontífice; misteriosamente eran descubiertas a tiempo. Decenas de importantes personalidades, cardenales incluidos, eran llevados a las mazmorras del castillo de Sant'Angelo.

Despechado por el fracaso que tuvo con su sobrino Carlo y sus demás sobrinos por su fracaso en la política exterior, y porque se tuvo que detener una vez más la marcha del Concilio de Trento, arremetió encolerizado contra los herejes.

El 15 de febrero de 1559 renovó las antiguas sanciones canónicas contra los herejes por lo cual, dio un impulso terrible a la Inquisición. Como método para frenar el avance del Protestantismo, hizo conocer su "Índice de libros prohibidos", que publicó ese mismo año.

En él no solamente arremetía contra los escritos de los Reformadores, sino contra la mayor parte de las ediciones de la Biblia, y los escritos de los santos padres post-apostólicos. En su tribunal preferido, la Inquisición, se cometían atrocidades que la mente humana en su sano juicio no puede llegar a comprender.

A su muerte, el pueblo romano asaltó el edificio de la Inquisición, y destruyó su estatua en el Capitolio. Llegaron a saquear sus habitaciones, y su cadáver tuvo que ser escondido en un subterráneo a fin de impedir su profanación...Este fue otro papa *infallible*.

El nepotista papa del final del Concilio de Trento

Le siguió **PÍO IV (1559-1565)**. Esta vez también fue difícil la elección del papa. Debido al fracaso anterior en términos de política exterior, los cuarenta y ocho cardenales seguían divididos en dos bandos. Tres meses tardaron en ponerse de acuerdo. Al fin eligieron papa. Su nombre era Giovanangelo Médicis, fue, por tanto, otro Médicis. Este, como no, practicó el nepotismo; también elevó al cardenalato a sus sobrinos. Repartió innumerables prebendas entre todos sus familiares. Llegar a ser papa era sinónimo de enriquecimiento súbito para sí y para quien el papa quisiera, la familia, por supuesto.

No hizo mucho ese papa en sus seis años de mandato, solamente, entre otras pocas cosas, en el año 1561 ordenó ejecutar al cardenal Carlos Caraffa, sobrino del anterior papa Paulo IV, y a su hermano.



“El nepotista PÍO IV. Último papa tridentino”

Bajo ese papa, concluyó el que fuera casi eterno Concilio de Trento. Entre muchas otras cosas, de ese Concilio surgió la impronta de cambiar ciertos malos hábitos en la corte vaticana. Esto no fue del agrado de muchos, clérigos y seglares. Hasta tal punto creció el malestar, agravado por las continuas intervenciones de la nefanda Inquisición, que se decidió, conspirando, asesinar al papa.

El día que se fijó para el asesinato, se presentaron en el Vaticano con puñales bajo sus ropajes, tres hombres: Accolti, hijo de un cardenal que muriera sentenciado por Paulo III; Tadeo Manfredi y el conde Pelliccioni.

El primero llegó hasta el pontífice, sacó un escrito de protesta, pero no hizo nada más. Los otros dos, se quedaron tan desconcertados al ver que no sacaba su arma, que allí mismo se pusieron a discutir, descubriéndose la conjura inmediatamente. Fueron apresados.

El conde Pelliccioni fue perdonado a cambio de que diera a conocer los nombres de todos los cómplices, pero el hijo del cardenal y Manfredi, más un tercer individuo, por nombre Canossa, tras torturarlos, murieron ejecutados del modo más demencial y cruel en el Capitolio, el 27 de febrero de 1565.

Además de eso, no menos de veinte personas más fueron condenadas a galeras de por vida. El papa (y su curia) se portó como

cruel e inmisericorde señor feudal al que le hubiera ocurrido algo semejante; de hecho los papas eran señores feudales. Al poco, Pío IV murió y fue enterrado, siguiendo las instrucciones de su testamento, en santa María de los Ángeles, en un dignísimo sepulcro.

“In Coena Domini” (El reclamo de dominio papal completo sobre toda la cristiandad)

San Pío V, asesino de “herejes”

PÍO V (1566-1572), llamado san Pío V, fue el siguiente papa. Del cardenal Ghislieri, italiano, como prácticamente todos los papas, puede decirse que recibió el papado en uno de los pocos cónclaves en el que se consiguió respetar las normas de clausura del mismo.

Significa esto, que en prácticamente todos los cónclaves hasta la fecha, los cardenales habían recibido todo tipo de presiones desde el exterior a la hora de decidir quien iba a ser el nuevo papa (*¿sucesión apostólica?*).

Del nuevo pontífice, destacaban todos los purpurados, su fe. Ahora bien, la pregunta es ¿de qué fe estamos hablando? Por supuesto de la fe en la iglesia romana y sus dogmas, por lo tanto, en su afán de velar por la pureza de la fe católico-romana, aumentó en mayor proporción las atribuciones de los tribunales de la Inquisición, y les dio normas más crueles y severas, que llevaron hasta el punto de ejecutar a muchos inocentes; ni qué decir de los innumerables “herejes” evangélicos.

En Roma se efectuaban cada año un mínimo de tres a cuatro “*Autos de fe*”, donde muchas personas en cada uno de ellos morirían bajo el tormento de las hogueras, previa tortura. Ejemplo típico de la dureza de este tribunal satánico fue lo acaecido, curiosamente, a un obispo, por nombre Carranza, que tras doce años de cautiverio, murió sin que la Inquisición pudiera probarle ningún delito de herejía. Por todo ello, tanto el pueblo como el clero estaban aterrorizados, y nada producía tanto pavor como una sencilla llamada del Tribunal, aunque sólo fuera para testificar en alguna causa contra alguna otra persona.

Pío V, que llegó a ser “*elevado a los altares*”, en su satánica ceguera, promovía todas estas cosas pensando, cosa inconcebible, que así

agradaba a Dios. La pregunta es evidente: ¿Cuál sería el concepto que este *santo* tendría de Dios?



“san” Pío V, elevado a los altares romanistas por ser un cruel inquisidor. Nótese que aparece con espada en mano”

En su pasión sin medida por hacer de este mundo un lugar católico-romano, y como no podía hacer más, a pesar de ser “Dios” en la Tierra, en 1570 excomulgó a la reina Isabel de Inglaterra, la reina protestante. El 25 de febrero de ese año, en su bula “*Regnans in excelsis*”, maldecía con el anatema a la reina inglesa, y la declaraba reo y autora de herejía, tomándose la insólita libertad de absolver a todos sus súbditos de la obligación a su obediencia. Con este anacrónico acto propio del canonismo del medioevo, consiguió que ocurriera todo lo contrario, afortunadamente.

Aquella bula del siglo XIV, “*In Coena Domini*”, del papa Gregorio XI, por la cual reclamaba el dominio papal completo sobre toda la cristiandad, en 1568, el papa Pío V, juró que eso sería una ley *In Eternum*, es decir, para siempre. Posteriormente, fue confirmada por los demás papas siguientes, y vino a ser dogma dentro de la iglesia de Roma.

Pío V, ocupado en sus guerras diversas, y especialmente en la guerra contra los turcos, moriría a los sesenta y ocho años de edad. A este hombre cruel y sanguinario, el papa Clemente X, cien años más tarde

beatificó, y Clemente XI, por decreto del 4 de agosto de 1710, lo inscribió en el “catálogo de los santos”.

Hasta Pío X, papa del siglo XX, y del cual hablaremos, este Pío V es el último papa “elevado” a los altares.

La Matanza de San Bartolomé

A Pío V le seguiría **GREGORIO XIII (1572-1585)**, que tomaría ese nombre emulando a Gregorio el Grande.

El rencor religioso, promulgado ciertamente por los papas para reclutar al pueblo en sus guerras de religión, es un hecho constatado. Tras la Paz de Augsburgo, y anteriormente, la Dieta de Worms, las diferencias resurgieron de nuevo, más por intereses económicos y políticos que por causas meramente religiosas.

Como decimos, los papas utilizaban el ardor religioso de sus fieles para mandarlos a las batallas, en la que los únicos beneficiados eran ellos. En ese ambiente mezquino, surgiría el papa Gregorio XIII, que, entre otras cosas, se alegró malignamente de la brutal matanza de los miles y miles de hugonotes (cristianos), en París y otras ciudades francesas en la tristemente recordada “*Matanza de san Bartolomé*” de 1572.

Leemos en la enciclopedia wikipedia:

“La matanza iniciada en París y extendida inmediatamente al resto de las poblaciones galas atrapó desprevenidas e indefensas a sus víctimas, entre las que no escasearon mujeres y niños, de modo que durante la noche del 24 de agosto de 1572, la que ha pasado a la historia como Noche de San Bartolomé, la masacre pudo alcanzar hasta 100.000 sacrificados”.

Cien mil asesinatos, mejor dicho. Si nos damos cuenta, en un acto como este, se entiende perfectamente la porción del Apocalipsis: “Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús...” (Ap. 17: 6)

La operación de exterminio de ciudadanos protestantes tardó en llevarse a cabo tres días, bajo la capa de religiosidad, se cubrieron infinidad de venganzas personales, de ruines acciones de cobardes rencorosos.

No bien hubo conocido la noticia, el papa Gregorio XIII ordenó que se cantaran *Tedeums* (acciones de gracias) en todas las iglesias, y que la ciudad se pusiera de fiesta. Miserablemente, el papa, acompañado de treinta y tres cardenales, entonó un solemne *Tedeum*, al que sólo los demonios atendieron, en la basílica de San Luis de los Franceses.

Desde allí transmitió sus parabienes a la familia real francesa, e incluso, acuñó una medalla conmemorativa. Este papa fue para muchos el papa ejemplar de la reforma católica, ¿qué les parece? Este fue otro *infallible* papa.

Los últimos años de su vida, los dedicó al engrandecimiento y embellecimiento de Roma. La capilla de la basílica vaticana va unida al nombre del pontífice, llamada gregoriana, para que le recuerden los descendientes de aquellos desdichados franceses protestantes, entre otros.



“La cruel y nefanda Matanza de San Bartolomé. Miles de cristianos evangélicos murieron a manos de la ruin muchedumbre alentada por sus autoridades eclesiásticas”



“El nefando papa Gregorio XIII hizo grabar una medalla conmemorativa que lleva en una cara su propia efigie y en la otra un ángel con la espada desenvainada matando hugonotes bajo el lema «Ugonotiorum strages» (la destrucción de los Hugonotes). Los Hugonotes eran cristianos evangélicos”

La “*infallible*” traducción de la “Biblia del papa Sixto”

El antiguo inquisidor Sixto V, papa pecador

Le siguió en el solio **SIXTO V (1585-1590)**. Antiguo inquisidor, este papa fue el que retirara la estatua de la Papisa Juana de su lugar público. Obligó a los obispos de todos los lugares a visitar regularmente Roma, emulando el mandamiento de Mahoma a sus fieles respecto a la Meca.

Además, declaró que él, siendo papa, no sólo tenía jurisdicción religiosa sino también civil sobre los reyes y príncipes, y que podía “designar o destituir a cualquiera en cualquier momento que se le antojara, incluyendo a emperadores”.

Viéndose tan imponentemente infalible, emprendió personalmente su propia corrección del texto de la Vulgata porque consideraba que la comisión de expertos era demasiado lenta.

Sixto V declaró que su versión personal de la Biblia era la auténtica y muy fiel, no obstante, estaba tan plagada de errores y arbitrariedades, que se le recomendó que no la publicara.; no obstante, no hizo caso del consejo.

El obispo católico Strossmayer dice al respecto: “Sixto V publicó una edición de la Biblia, y en una Bula recomendó su lectura, que luego Pío VII condenó” (¿infallibilidad papal?).

Este papa hizo como recientemente han hecho los “testigos” de Jehová, “reescribió” la Biblia, para que se conformara a sus propias ideas peculiares.

Referente a esa traducción de la Biblia de Sixto V, y extendiéndonos un poco más en la cuestión, mencionaremos que la escribió de nuevo en latín, añadiéndole frases y cláusulas a su antojo, omitiendo versículos enteros, cambiando los títulos de los salmos, e inventando su propio sistema de capítulos y versículos.

En su bula papal, la “*Aeternus Ille*”, en declaración dogmática sobre la fe y moral para toda la iglesia romana, declaró el papa Sixto por la “plenitud del poder apostólico”, que esa nueva traducción de la Biblia debía ser recibida y mantenida como verdadera, lícita, auténtica e incuestionable en todas las discusiones, lecturas, predicaciones y explicaciones públicas y privadas.

Cualquiera que desobedeciera, debía ser excomulgado. Pedro de Rosa, católico-romano comenta al respecto:

“Una biblia había sido impuesta con la plenitud del poder papal, completa con los adornos de la excomuni3n, sobre toda la iglesia, y estaba atestada de errores. El mundo acad3mico estaba confundido; los protestantes sacaban enorme placer y diversión del bochorno de la iglesia romana...”.

Ciertamente, el clero romano qued3 pasmado ante la obra del papa, pasmado con estupor. Adem3s del problema en s3 en cuanto a la p3sima y amañada traducci3n, ve3an otro problema derivado: **esta traducci3n falsa hab3a sido aprobada por el Concilio de Trento por imposici3n papal, y todos los documentos que se aprobaron estaban basados en ella, por lo tanto de descubrirse el “pastel”, ¡quedar3an anulados todos!** Sixto V, al poco, muri3; entonces el cardenal Bellarmino, h3bil manipulador, invent3 un encubrimiento del asunto. Sigue diciendo de Rosa al respecto:

“...Bellarmino regres3 a Roma el 11 de noviembre de 1590...personalmente aliviado de que Sixto V, que hab3a querido incluirlo a 3l en el 3ndice de libros y autores prohibidos, hab3a muerto...Bellarmino, aconsej3 al nuevo papa que mintiera. Algunos de sus admiradores han disputado esto. Las opciones

eran simples: admitir públicamente que un papa había errado en un asunto crítico de la Biblia, o participar en un encubrimiento cuyo resultado era incalculable. Bellarmino propuso la última” (ambas citas: Pedro de Rosa, Vicars of Christ...Crown Publishing, inc., 1988), p. 217-219).

El jesuita Bellarmino y un grupo de eruditos que juraron guardar secreto, trabajaron durante seis meses corrigiendo los errores de Sixto V. Entonces se publicó una nueva edición de la [“Biblia de Sixto”](#) como si fuera simplemente una nueva edición. Mientras tanto se hizo un esfuerzo fenomenal por recuperar las copias originales de la verdadera y a la vez falsa “Biblia de Sixto” para ser destruidas; no obstante, unas cuantas copias escaparon del cerco, y fueron preservadas para la posteridad como pruebas de todo lo dicho. Una de esas copias está en la [Biblioteca Bodleiana en Oxford, Inglaterra](#). Todo el dogma de la infabilidad papal se cae por el suelo ante tal evidencia histórica.



“La Biblioteca Bodleiana en Oxford, Inglaterra, donde se halla una de las copias de la primera falsa “Biblia del papa Sixto”

Este papa, Sixto V, habiendo sido gran inquisidor, era sádico y extremadamente cruel. A los bandidos y salteadores, no los encerraba sino que directamente los ajusticiaba. Se dijo que en su primer año de mandato rodaron en Roma más cabezas que melones habían llegado a sus mercados.

Tres días después de su coronación, ordenó colgar a dos jóvenes de las almenas del castillo de Sant'Angelo por el mero hecho de estarse paseando con sendos arcabuces colgados al hombro. Dos días más tarde mandó decapitar a un caballero de Espoleto, por haber desenvainado su espada.

Este papa, al igual que todos los demás, sabía enseñorearse bien de todos sus fieles. En política exterior, sólo dar un breve apunte: Después de apoyar de palabra la llamada "*Armada Invencible*", con la cual Felipe II dismanteló gran parte de los bosques de España para construir sus naves con el fin de ir contra Inglaterra (para "librarla" de la herejía protestante), el papa, prometiéndole apoyo financiero, al ser, a su vez, la propia Armada dismantelada contra todo pronóstico por los vientos y tempestades en su periplo hacia la Isla, y derrotada después de tres días de lucha, en junio de 1588, "*donde dije digo, digo Diego*", el papa negó los subsidios prometidos, dando simples y pueriles excusas.



"El desastre de la española "Armada Invencible"

Murió Sixto V el 26 de septiembre de 1590. Los romanos, apenas conocer la muerte del tirano, se echaron a la calle, y de no haber llegado a tiempo las tropas del condestable Colonna (¿le suena el apellido?), las gentes habrían derribado la estatua que el Senado había erigido en su honor en el Capitolio. Así de querido por el pueblo fue también ese papa *infallible*. Acerca de la tiranía, cabe aquí apuntar que los papas llamaron treinta y tres veces tropas extranjeras para asolar Italia y subyugarla al Vaticano.

Breves papados

A Sixto V le siguió **URBANO VII (1590)** que sólo duró unos meses. De hecho, en menos de un año y medio, ocuparon el solio pontificio nada menos que tres papas quienes, por una causa o por otra, murieron. De hecho, muchos fueron los papas que murieron asesinados sin que esto haya trascendido al conocimiento del público.

GREGORIO XIV (1590-1591). Poco se puede decir de él, excepto que durante su efímero mandato desapareció de las arcas papales buena parte del tesoro acumulado por su predecesor Sixto V. Su cardenal-sobrino le engañaba respecto a la situación de Roma debido a una epidemia de una enfermedad desconocida; por lo tanto, el pueblo culpaba de esa situación al mal gobierno del papa y se producían algaradas diversas.

Más eremita que papa, hombre alejado por naturaleza de las cuestiones cortesanas, políticas y militares, no supo estar a la altura que se esperaba de él como pontífice romano. No obstante, por interés si tuvo ocasión de aliarse con el rey español Felipe II para ir en contra de Enrique IV, rey de Francia. Cayetano Morini dijo de él: "...poco capaz de mantener la dignidad de soberano y de príncipe...". Cabe aquí hacer una reflexión que bien se hubiera podido hacer con cada papa: ¿Cuándo fue el apóstol san Pedro un soberano o un príncipe? Evidentemente, a diferencia del discípulo de Cristo en cuestión, de los papas sí se esperaba que fueran soberanos, y por encima de los reyes y señores de la Tierra, sobre los cuales debían imponerse por "derecho divino".

Eterno nepotismo

Después de **INOCENCIO IX (1591)**, que sólo duró unos meses, muriendo, fue elegido **CLEMENTE VIII (1592-1605)**. De familia florentina aunque enemiga de los Médicis, todo quedaba en casa. También él, sucumbió a la tentación del nepotismo como siempre. Nombró cardenales a sus dos sobrinos, reservándoles la dirección de la Secretaría del Estado, nada menos. En la corte papal, todo el mundo sabía que quien quisiera algún favor del papa, tenía que dirigirse a su sobrino Pietro.

Clemente VIII, haciendo caso omiso a su propio nombre, mandó, entre otros, ejecutar en la hoguera, levantando una enorme pira en el Campo de las Flores, junto al Vaticano, al filósofo ex-dominico Giordano Bruno. El pobre Giordano anduvo huyendo de un lado a otro hasta que al final fue apresado y condenado a morir quemado vivo por la Inquisición.

LEÓN XI (1605), otro Médicis para variar, cayó enfermo la misma tarde de su coronación, y ya no volvió a levantarse.

Le siguió **PABLO o PAULO V (1605-1621)**. Camilo Borghese, de los Borghese fue elegido a sus 53 años nuevo papa con el nombre de Paulo V. La fortuna de su familia, extinguida a finales del siglo XIX, se formó gracias a su miembro predilecto, el recién nombrado papa.

Paulo V, fue el que llevó a cabo “una legislación técnica de los decretos de Trento” sobre la que se basa la fe de los fieles católico-romanos de hoy en día. Ahora veremos la conducta de ese papa del cual, infaliblemente, surgieron dogmas que los fieles de Roma deben, sin excusa, acatar y creer ciegamente.



“El nepotista y perseguidor Paulo V”

Este fue un papa que rechazó los descubrimientos científicos de Copérnico y Galileo Galilei. En el pontificado de este papa, Galileo Galilei, “por su defensa de los principios copernianos y sus disquisiciones sobre la significación bíblica de los mismos se vio en

dificultades con la Iglesia y fue citado a comparecer ante la Inquisición (1616)” (Enciclopedia Católica).

El científico, viéndose perdido, se vio obligado a negar sus afirmaciones científicas bajo pena a decretar por el Tribunal nefando que le había citado a comparecer. ¡La historia es testigo fiel! ¿Cómo poder creer con “fe ciega” lo que un papa legisla y decreta, cuando este mismo papa, contra toda razón científica y de sentido común, condena y ridiculiza a través de un sistema perverso como es la Inquisición, las enseñanzas verdaderas de Galileo, por ejemplo? ¿Es que Dios no está interesado en la ciencia, siendo Él el Autor de la misma? Este es otro problema intrínseco que conlleva la *infabilidad* del “romano pontífice”, cree que es infalible en todo, ¡aun no siéndolo en nada!

Paulo V no fue ningún santo, ¡ni mucho menos!, practicó el nepotismo descaradamente. Incluso el jesuita cardenal Roberto Bellarmino se vio en la obligación de advertirle. Veamos algunos casos de su “barrer hacia casa”:

Escipión Cafarelli Borghese, sobrino por parte de su hermana, fue ascendido a cardenal a los 27 años, ocupando inmediatamente el primer puesto en la Corte. Las rentas que ese vividor acumulaba en el 1612 superaban los 140.000 escudos anuales, toda una fortuna; por ello, pudo comprar las mejores haciendas del Lacio, en otro tiempo propiedad de los Colonna y Orsini.

A su hermano Francesco, dio Paulo V el generalato de la Iglesia, y al otro Giovambatista, el gobierno de Bormo. A ambos les dio, además, mucho dinero, aunque más dio al segundo, porque al tener un hijo, Marco Antonio, el papa había depositado en él la esperanza de la continuidad de la estirpe familiar. Para este sobrino, compró el papa Paulo innumerables fincas, e incluso llegó a imponer su matrimonio, casándolo cuando sólo tenía 18 años de edad con una Orsini; Camilla Orsini.

Esa unión buscada ex profeso que el mismo papa bendijo, engrandecía todavía más su propia familia. Mientras tanto, los cardenales del papa seguían viviendo inmersos en el mayor de los lujos imaginables de aquella época, pero guardaban cierta discreción,

no apareciendo ante todos con aquel descarado libertinaje orgiástico de hacía unos cien años.

Compitiendo en suntuosidad y fasto, el ejemplo de vida de los cardenales era una vergüenza para cualquier alma mínimamente sensible. Al propio cardenal-sobrino, le llamaban “Delizzia di Roma”; rivalizaban con él los cardenales Aldobrandini y Cinzio entre muchos otros, haciendo vana ostentación de riquezas y de pantagruélicos banquetes.

Pablo V, fue el fundador del Archivo Vaticano, y seguidamente dejó bien claro cual iba a ser la política de secretismo de la iglesia de Roma en la inscripción sobre la puerta: “Quienquiera que entre aquí sin autorización especial del papa, será excomulgado inmediatamente”. En otras palabras, cualquiera que tuviera la osadía de entrar en el Archivo sin más, “perdería” toda posibilidad de salvación eterna, yendo a parar al infierno para siempre (según él).

Durante el papado de ese inicuo, la triste Contrarreforma propiamente dicha estaba en su auge. El cardenal Roberto Bellarmino, defendiendo el papado y la irracionalidad de su presunta autoridad, buscando en todo ello su propio beneficio, dijo, como jesuita que era:

“Si el papa se equivoca, ordenando vicios y prohibiendo virtudes, la iglesia debe creer que los vicios son buenos y las virtudes malas, a no ser que quiera pecar contra la conciencia”.

Esta falsa declaración manipuladora, fruto de una mente retorcida y enferma, **es el espíritu de la Ley Canónica, es decir, la teología de la iglesia de Roma.** Contrariamente, la Biblia que es la Palabra de Dios nos advierte: “No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación, pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos” (Salmo 146: 3, 4). Tal y como el Salmo nos dice, el papa Paulo V, en el cual no había salvación, expiró y volvió a la tierra el 28 de enero de 1621.

Le siguió a Paulo V, **GREGORIO XV (1621-1623)**. Practicante del nepotismo como todos, Alessandro Ludovisi, alias Gregorio XV, hizo rico, y a una velocidad vertiginosa a su cardenal sobrino Ludovico. Cuenta Beynon: “le enriqueció hasta límites insospechados y a una velocidad grandiosa: tal parecía que el papa temía no vivir demasiado

para hacer lo suficientemente rico a su sobrino Ludovico Ludovisi”. Ciertamente, sus temores eran bien fundados.

URBANO VIII (1623-1644) le siguió. Dice Beynon: “Tras innobles disputas, en ocasiones con más de diez cardenales padeciendo fiebre, y con un ambiente en el que más parecía que se trataba de rechazar candidaturas y no de elegir un papa...el Sacro Colegio se decidió por el cardenal Maffeo Barberini” (¿Sucesión apostólica?). Este sí fue un auténtico campeón del nepotismo, y además fue acusado de simonía.

Hizo cardenal a su propio hermano Antonio que era fraile capuchino, y a su sobrino Francesco Barberini. A un sobrino segundo, Tadeo Barberini, le nombró General de la Santa Iglesia, y luego, gobernador de Roma. Más tarde, hizo cardenal a otro sobrino suyo, Antonio Barberini con sólo 20 años de edad, después le nombró camarlengo (*) y prefecto de la Signatura.

(*) **Camarlengo**: *título de dignidad entre los cardenales de la iglesia romana, presidente de la Cámara Apostólica y gobernador temporal en sede vacante”.*

Más tarde volvió a hacer cardenales a dos sobrinos de dos primos suyos, Lorenzo Magalotti y Francesco Maquiavelli.

La meta del papa Urbano era la de acumular bienes y riquezas para su familia para que ascendiera a lo más alto de la sociedad. Los tres cardenales Barberini acumularon más de cien millones de escudos, con unas rentas de cuatrocientos mil escudos; mientras tanto, la Cámara apostólica estaba endeudada.

Este hombre sin escrúpulos, buscando una respuesta a su gusto, fue a preguntar a los juristas, hasta qué punto los papas podían favorecer a sus familiares. La respuesta lógica sería: ¡en ninguna manera! Sin embargo, la respuesta auténtica vino por medio del jurista español Juan de Lugo, diciéndole que como pontífice era el señor de la Tierra, y le estaba permitido favorecer a sus parientes en una cantidad de cien mil escudos anuales, lógicamente desviándolos de los fondos de la Iglesia. Como dice de nuevo Beynon:

“Esta respuesta, que bien podría ser tomada como un chiste, adquirió tonos de verdadero sarcasmo cuando Juan de Lugo, en

el lecho de muerte, sintió remordimientos y rebajó los favores a 60.000 escudos anuales”.

Aparte de lo grotesco del asunto, la verdad es que si estas gentes consideraban que el papa era el señor de la Tierra, bien podría hacer lo que quisiera, sin límite y sin consultar jurista alguno.

Mientras tanto, el papa sin pensarlo dos veces, buscó la solución a sus problemas pecuniarios aumentando las fiestas y los juegos públicos; cualquier excusa era buena para hacer dinero, de esa manera también intentaría acallar las quejas y habladurías del pueblo. Los antiguos romanos ya lo intentaron y les fue muy bien. El método “*Panis et circensis*” (panes y circo), fue el método a emplear por el papa Urbano VIII también.

Hubo un tiempo en el que todo eran fiestas suntuosas (para los ricos), cacerías, juegos de azar, representaciones escénicas, estaban a la orden del día. Muchos cardenales quedaron arruinados por llegar a ser víctimas de la pasión por el juego, arriesgando y perdiendo fortunas enteras; entre ellos estaban los Médicis, Borghese, Ludovisi, Torres y Rivarola.

Urbano VIII propició las matanzas contra los protestantes, y persiguió a los jansenistas. Además, lejos de tener alguna misericordia, en el año 1632, **Galileo Galilei**, a pesar de su avanzada edad (70 años) y graves dolencias, fue obligado a comparecer de nuevo ante el tribunal de la nefanda Inquisición donde fue condenado, todo a raíz de un trabajo científico suyo, donde Urbano VIII creyó ver una sátira hacia su persona.

Este papa, amenazó al anciano Galilei con tortura, si no renunciaba a su afirmación de que la Tierra giraba alrededor del sol. Urbano decía que esa creencia era contraria a la Escritura; no obstante se equivocaba, y al decir eso evidenciaba su desconocimiento de la Biblia (ver Job 1: 7; Isaías 40: 22). A causa de su desconocimiento culpable de la Palabra de Dios, en el año 1625, este papa, entre otras cosas, reguló la beatificación de los santos. Murió el 29 de julio de 1644. Este fue otro de los infalibles papas.



“El déspota Urbano VIII”

Le sigue **INOCENCIO X (1644-1655)**. Sólo dos meses duró el cónclave para elegir nuevo papa. Parecería un éxito por la pronta decisión de acuerdo de los cardenales; sin embargo no fue así. Fueron los meses de agosto y septiembre, y el calor era insostenible. Muchos de los cardenales, a causa del calor y de las precarias condiciones de higiene padecían fiebres y se temía que el cónclave se transformara en una especie de hospital; por esta única razón se llegó a la elección de Giovan Battista, a pesar de que estaba excluido por Francia (¿sucesión apostólica?). Como era romano, el pueblo recibió jubilosamente la noticia, todo quedaba en casa.

Inocencio X, como de costumbre, tuvo un cardenal sobrino, pero esta vez fue un incompetente consumado. Con él aumentó la pompa y el lujo en la corte vaticana, y quien se aprovechó bien de toda esa situación fue su cuñada Olimpia Maidalchini, quien tuvo mucha mano con el papa.

Inocencio X, al que Velázquez immortalizó en uno de sus retratos más celebrados, en su bula “*Cum occasione*”, confirmó la condenación del jansenismo hecha por su antecesor.



“Inocencio X - cuadro del gran Velázquez. Sólo con contemplar la siniestra expresión de su rostro, ya se prevé que tipo de persona fue – hay cosas que no se pueden ocultar”

Jansenismo, un primer atisbo

Ahora bien ¿qué era el jansenismo? Veamos. El jansenismo era la doctrina del católico holandés [Cornelio Jansen](#). La enciclopedia católica la define así: “Los caracteres distintivos del jansenismo son: 1) La doctrina de la gracia en contraposición a la doctrina jesuítica de las obras; 2) La insistencia en una moral más rígida y puritana; 3) El encarecimiento de la autoridad de la Biblia y de los primitivos concilios en oposición al desarrollo ulterior de la Iglesia (de Roma); 4) El interés por la educación”. Esta doctrina infinitamente más cristiana que el romanismo, fue condenada por muchos papas, hasta que desapareció el último jansenista dentro de la iglesia de Roma. Hablaremos algo más sobre la cuestión del jansenismo, más adelante.

La simiente del Falso Profeta | Doceava Parte

El Papado de la Edad Moderna (1655-1800)



Índice del Tema

- **Introducción**
 - La imposible “sucesión apostólica” del Colegio Cardenalicio.
- **1. Papas de la Edad Moderna**
 - **ALEJANDRO VII (1655-1667); el neo nepotista.**
 - **INOCENCIO XI (1676-1689); el papa que hubiera sido “santo”, a no ser por Francia.**
 - **ALEJANDRO VIII (1689-1691); el papa que tenía prisa.**
 - **El Sagrado “Corazón” de Jesús.**
 - **Clemente XI y su “Unigenitus”.**
 - **El interdicto dirigido a los católicos.**
 - **Aún con la polémica jansenista.**
 - **CLEMENTE XII (1730-1740). El enemigo de los jansenistas.**
 - **CLEMENTE XIII (1758-1769). El papa que quería tierras.**
 - **CLEMENTE XIV (1769-1774). El papa que murió al poco de suprimir los jesuitas.**

Introducción

Después de la paz de Wesffalia de 1648, quedó definitivamente establecido el mapa político-religioso de Europa. Las condiciones, por lo general, fueron más ventajosas para la Reforma que para el

papado. Este ya no sería una potencia política como acostumbraba a ser, al menos de una forma visible, porque las maquinaciones de los incansables jesuitas proseguirían, hasta la fecha, intentando llevar al mundo a los pies de sus propios intereses, mediante la figura del papa de Roma. Gracias a Dios, en ese periodo a estudiar, el “poder temporal” del papa, una de las columnas del sistema pontifical, se va aplacando conforme los derechos feudatarios de la santa Sede sobre muchos territorios italianos son sistemáticamente ignorados.

La imposible “sucesión apostólica” del Colegio Cardenalicio

Respecto al Colegio Cardenalicio; este se divide en tres grupos antagonistas, a saber, a) Los defensores de los intereses de la curia, b) Los defensores de los intereses nacionalistas de cada Corona (España, Italia y Francia), c) El partido independiente. Dada la falta de acuerdo obvia, fue muy usual la elección de papas avanzados en edad y achacosos con el fin de ganar tiempo mientras duraban sus cortos pontificados... (¿sucesión apostólica?).

Si bien es cierto que la maldad de los papas ya no fue tan espectacular o descarada a partir de esos tiempos, no es menos cierto que en el fondo, todo seguiría siendo igual. Los llamados “siete pecados capitales” que según la doctrina romana llevan a uno directamente al infierno, a saber, “soberbia, envidia, ira, pereza, avaricia, gula y lujuria”, eran juego de niños, eran pecata minuta, para los papas; los anteriores, tal y como vimos; también los de este periodo.

1. Papas de la Edad Moderna

ALEJANDRO VII (1655-1667); el neo nepotista

ALEJANDRO VII (1655-1667). Acabó practicando el nepotismo, aunque al principio parecía negarse a ello. Por presiones de sus cardenales, llegó a acceder, y tan convencido estaba al final, que el historiador católico, Beynon, llegó a exclamar: “Muchos, muchísimos fueron los millones que escaparon de las arcas de la Iglesia en dirección a la familia del papa”.

El hermano del papa, Mario, obtuvo el generalato de la Iglesia, y el gobierno del Borgo; su sobrino Flavio, hijo de otro hermano ya difunto,

fue enviado al noviciado para que se preparara para el sacerdocio y el cardenalato. El hermano de Flavio fue nombrado gobernador de Sant'Angelo, y toda su parentela de sobrinos segundos y terceros fueron recibiendo sus dineros correspondientes.

Alejandro VII condenó el “**Augustinus**” de [Cornelio Jansen](#), donde este autor católico manifestó su doctrina jansenista. Este papa réprobo, conque dicha doctrina contradecía abiertamente la propia del jesuita Ignacio Loyola, protector del papado, llegó a prometer la indulgencia plenaria a todos los que practicaran los llamados “**Ejercicios Espirituales**” de Loyola. Alejandro VII moriría el 29 de mayo de 1667; y le seguiría en el solio tras sólo dieciocho días el cónclave reunido, **CLEMENTE IX (1667-1669)**. Este fue uno de esos que hicieron papa cuando ya eran ancianos, por ello sólo sobrevivió dos años.



“Alejandro VII, hizo lo posible por impedir la expansión del protestantismo sobre todo en Italia e Inglaterra.

Fue, por tanto, un papa de transición, y le siguió **CLEMENTE X (1670-1676)**. Este también era otro cardenal anciano; tenía ochenta años cuando le eligieron papa. Tuvo otro cardenal sobrino, Paluzzi-Altieri, experto en asuntos de estado, y llegó a tener la supremacía sobre el secretario de Estado. Al ir envejeciendo el papa, y volviéndose cada vez más senil, más crecía el poder y la influencia de su cardenal-sobrino. Cuando el papa murió, hubo pocos que le lloraron, más que

nada debido al odio que el cardenal Paluzzi-Altieri se había granjeado con su forma de gobernar.



“Clemente IX, un papa de transición”

INOCENCIO XI (1676-1689); el papa que hubiera sido “santo”, a no ser por Francia

INOCENCIO XI (1676-1689). Fue un hombre duro, severo. Desde el comienzo de su pontificado estuvo en violento desacuerdo con Luis XIV de Francia, el cual reunió una asamblea del clero francés para definir los derechos de la iglesia galicana. A saber, el galicalismo, era un movimiento opuesto a la primacía papal; pretendía limitar el control de Roma sobre la iglesia francesa; en todo lo demás era estrictamente romano.

Este papa condenó al grupo y a sus definiciones, dejando a treinta y seis obispos en la calle. Benedicto XIV, en el siglo XVIII, no concluyó su proceso de canonización debido a las presiones del gobierno francés, que no le perdonaban ni después de muerto, el modo cómo había defendido su postura papal. Por otro lado, es interesante ver de qué depende que a uno le hagan santo, o más bien de que a uno no le hagan santo; en este caso, ¡dependió del estado francés!

Inocencio XI, en su afán por adecentar la corte papal y si fuera posible, la misma Roma, aprobó severísimas normas contra la moda femenina,

contra las religiones en cuyos cultos hubiera música alegre, etc. Mandó excomulgar a todos aquellos que tomaran rapé en la capilla vaticana. Llegó a prohibir, emulando al Islam, la entrada de todas las mujeres al Vaticano (excepto a aquellas que eran soberanas de Estados).

¡Los cardenales estaban que trinaban con ese hombre! Habiendo disputado con su enemigo el rey francés Luis XIV, el rey Sol, y habiendo este último hecho continuados intentos para reconciliarse, el papa Inocencio pasó dos meses de enfermedad dolorosísima, muriendo el 12 de agosto de 1689.



“Inocencio XI, sólo llegó a “beato” y no a “santo”, por la oposición francesa...”

ALEJANDRO VIII (1689-1691); el papa que tenía prisa

ALEJANDRO VIII (1689-1691). Fue otra candidatura de trámite, ya que el cardenal Pietro Otoboni, el elegido para reinar como papa tenía ya setenta y nueve años de edad. Durante su pontificado renació con fuerza el nepotismo de nuevo, el que su predecesor, Inocencio XI trató de frenar. Veintiséis meses de solio bastaron para enriquecer a su familia. Este injusto y desproporcionado favoritismo hacia los familiares fue uno de los graves pecados en el que incurrieron los papas a lo largo de los siglos. Nombró cardenal y regente a su sobrino Pietro, de veintidós años, y llenó de honores y privilegios varios a otros miembros de su familia con una rapidez escandalosa. El mismo, viéndose anciano, buscaba el enriquecer a los suyos en gran manera

y rápidamente, aprovechándose de su posición de privilegio. Suya es la frase: “Démonos prisa, que la penúltima hora ha sonado ya”, refiriéndose a su edad.

El Sagrado “Corazón” de Jesús

Bajo el pontificado de Alejandro VIII se dio origen al culto del “Sagrado Corazón de Jesús”. Este culto dedicado al “corazón” de Jesús entró con mucha fuerza en la iglesia papista. Tuvo su origen en esa época por mano de una mujer enferma mental, Margarita Alacoque, la cual vivía encerrada en el convento de Monial (1690), Italia.

Esta pobre mujer pretendía haber recibido revelaciones que le ordenaban instituir una fiesta y un culto en honor, no a Jesús directamente, sino a su “corazón”. El Vaticano dudó por largo tiempo y rehusó dar su sanción a tal culto extraño, pero finalmente, como veremos, Clemente XIII, en el 1765, lo decretó, y desde entonces en adelante ese culto idolátrico invadió la iglesia romana.

Alejandro VIII, el 1 de enero de 1691 dejaba este mundo.



“Alejandro VIII, en su tiempo surgió el idolátrico culto del “Sagrado Corazón de Jesús”.

INOCENCIO XII (1691-1700). Mandó que los sacerdotes llevaran siempre el traje talar, mostrándose muy rígido y tremendamente exigente con las formas de vestimenta y hábitos externos de los

religiosos; por ello se granjeó las antipatías del clero. También les obligó a hacer los jesuitas “Ejercicios espirituales”.

En política exterior, fomentó la Guerra de Sucesión española al apoyar la sucesión de Felipe de Anjou. El papa no podía olvidar la mentira de su derecho al “poder temporal”.

Clemente XI y su “Unigenitus”

Siguiendo con el impulso nepotista que no acababa de ser erradicado del papado, el 23 de diciembre de 1711, otorgó el cardenalato a su sobrino Aníbal, la excusa fue el decir que fue hecho bajo presión del Colegio Cardenalicio, más que por decisión propia, pero sabiendo que el papa es “Sumo” pontífice, no viene al caso tal parca justificación.

Este mismo sobrino, en 1719, obtuvo el cargo de camarlengo. El cometido más importante en materia de religión de este papa, fue el de luchar contra el jansenismo. El cura jansenista Pasquier Quesnel, publicó varios libros contrarios a la religión católico-romana; más tarde Clemente XI intentó refutar sus doctrinas con su bula “*Vineam Domini*” (1705), obligando al clero a acatarla, firmándola.

Las monjas de la comunidad de Port-Royal des Champs se resistieron a aceptar y firmar la bula “*Vineam Domini*”, por lo cual el convento fue ¡clausurado, destruido y arado! La todopoderosa Roma se puso en acción una vez más.

Viendo que la cosa no paraba allí, el romano, en 1708, ordenó que esas obras jansenistas de Quesnel fueran quemadas públicamente en París. El Parlamento francés se opuso a ello, y entonces el papa, ofuscado, se puso a trabajar y escribió la bula “**Unigenitus**” (1713), por la que condenaba el trabajo del cura Quesnel.

Ambas bulas fueron dirigidas respectivamente a arrancar una sumisión interna de obediencia al papado, y a la condenación directa de la teología jansenista.

Aún hubo otra bula, la “**Pastoralis Officii**” del 28 de agosto de 1718, por la cual confirmaba y daba fuerza a la anterior “Unigenitus”.

La realidad es esta: El punto de vista cristiano de que cualquiera podía leer y entender la Biblia destruiría el catolicismo romano. El jansenismo que surgía de las mismas filas del catolicismo, defendía, al igual que hizo la Reforma protestante, la lectura y disfrute de la Biblia por parte de todos sin excepción: ¡Había que destruir el jansenismo!

En el **“Unigenitus”** Clemente XI descargaba con toda su furia cañonazos contra las verdades que Quesnel había propuesto; a saber:

Quesnel decía: “Los cristianos han de santificar el Día del Señor leyendo libros piadosos, más particularmente las Sagradas Escrituras”, a lo cual respondió el papa en su bula: “¡Condenado!”.

Decía Quesnel: “Quitar el Nuevo Testamento de las manos de los cristianos es cerrarla boca de Cristo hacia ellos”.

A lo que el papa respondía: “¡Condenado!”.

Decía Quesner: “Prohibirles a los cristianos la lectura de las Sagradas Escrituras y especialmente el Evangelio es como prohibir que los hijos de luz usen la luz, y como castigarlos con un tipo de excomunión”.

A esa verdad también respondía el papa: “¡Condenado!”.

El papa Clemente tenía muy en cuenta los consejos que los cardenales dieron en su día a Julio III, previniéndole que cerrara la Biblia al pueblo, ya que de no hacerlo de ese modo, el pueblo se daría cuenta de la gran falacia en la que estaban inmersos. ¡La Biblia abre los ojos!



“Clemente XI, otro papa enemigo de las Escrituras”

El interdicto dirigido a los católicos

En lo político, el papado de Clemente XI, se vio marcado por la Guerra de Sucesión española, fomentada por su predecesor, Inocencio XII. En el 1715, por no tenerse en cuenta los que se suponen eran derechos de la santa Sede sobre la isla de Sicilia, el papa no tuvo ningún inconveniente en lanzar un interdicto sobre toda la isla.

Ahora bien, hay que entender lo que supone un interdicto, para la población católico-romana. He aquí la explicación: Un interdicto o entredicho, es un decreto papal por el que se priva a alguien de sus derechos religiosos, tales como la asistencia a los cultos, de los sacramentos o de la sepultura eclesiástica.

Los afectados por tal interdicto, son así castigados hasta que el papa considera que la afrenta ha sido reparada. Cuando afectaba a una ciudad o a una nación o estado, como es este el caso, los muertos eran enterrados sin ceremonia religiosa ninguna; los templos se cerraban; los recién nacidos no eran bautizados, y todos eran tratados como proscritos. Así trató ese papa a sus católicos de Sicilia; y el resultado de ello fue provocar la guerra civil en el reino. Se caracterizó Clemente XI de ser el único papa que lanzara el último de los interdictos papales sobre un país entero... Este fue otro de los abundantes papas infalibles.

Aún con la polémica jansenista

INOCENCIO XIII (1721-1724). Buscó que condenaran en Francia al cardenal francés Noailles y a otros obispos que en su día se negaron a firmar la bula de su predecesor “Unigenitus”.

Los escritos de esos clérigos, en los cuales mostraban su rechazo a la imposición de los papas, fueron condenados por el tribunal romano de la Inquisición, por sentencia del 8 de enero de 1722. Por todo ello, el papa buscaba imponerse, y si fuera necesario, por la fuerza, atar y dejar bien atada su estructura de poder en esos países que se decían católicos. Tal es la herencia que aún hoy arrastramos. Prácticamente inadvertido pasó ese papa por la historia. Le sucedió:

BENEDICTO XIII (1724-1730). Usó el mismo nombre papal que aquel Papa Luna de Aviñón. Fue otro Orsini, hijo del duque de Gravina. Con un pontificado anodino, tuvo en el cardenal Niccolo Coscia su hombre de confianza, ocupando el lugar equivalente al de cardenal-sobrino. No obstante Coscia abusó de la confianza y ejerció simonía, comerciando con los cargos que repartía el papa. Se enriqueció considerablemente y de una manera descarada. El anciano papa no tuvo por menos que enterarse del asunto, sin embargo Benedicto, ni se inmutó, y en franca complicidad, mantuvo su confianza en el corrupto cardenal. Falleció el 21 de febrero de 1730. Le siguió...

CLEMENTE XII (1730-1740). El enemigo de los jansenistas

CLEMENTE XII (1730-1740). Siguiendo con la práctica de sus antecesores, procedió eficazmente contra los jansenistas. Este fue otro de aquellos papas ancianos, pero esta vez, duró nada menos que diez años vivo y en el solio.

Volvió a reincorporar la figura del cardenal-sobrino, que por cierto, éste, lo hizo fatal como gestor. Teniendo su propio cardenal de la familia, Coscia, el cardenal del anterior papa tuvo que abandonar Roma por temor a las represalias. No obstante, de poco sirvió, porque el recién llegado al solio le mandó procesar, excomulgándole, y en el 1733 le condenó a diez años de prisión en Sant’Angelo.

Decir aquí que el siguiente papa que veremos, el papa Benedicto XIV, le liberó y le condonó el resto de la pena que le quedaba por cumplir

(que no era mucha, por cierto). Este es un ejemplo más por el cual se aprecia que en cada cambio de papa solía aparecer un cambio quasi radical (¿infabilidad papal?). Esto dio lugar al famoso dicho romano de que la regla de cualquier papa era arrasar cuanto hubiera hecho su antecesor (¿infabilidad papal?).

La dejadez del papa anterior había permitido muchos abusos por parte de los cardenales. Clemente XII deshizo cosas que el anterior papa había dispuesto (¿infabilidad papal?). Volvió a restaurar el cuerpo de las Lanze Spezzate, y volvió a readmitir a los camareros de honor que habían sido expulsados por Benedicto XIII.

En el año 1738 condenó las logias masónicas, excomulgó a los masones, y ordenó a la Inquisición que se encargara de ellos, y muchos murieron en la hoguera. Igual que entonces, ahora hay innumerables masones en todos los estamentos del Vaticano.



“Clemente XII; enemigo de los jansenistas”

BENEDICTO XIV (1740-1758), fue elegido en medio de las acostumbradas discordias entre los cardenales (¿sucesión apostólica?). El cónclave duró nada menos que seis meses, y al final salió electo, como no podía ser de otro modo, un italiano, el cardenal Próspero Lambertini.

Este fue rígido e inflexible en cuanto al planteamiento de las formas litúrgicas, y esa rigidez atrajo las desgracias y la muerte a muchos. El

11 de julio de 1742 se dio a conocer su bula “Ex quo Singulari”, por la cual declaró acabada la polémica sobre la debatida cuestión de los ritos litúrgicos en el lejano Oriente. Esto había enfrentado a los jesuitas, defensores de las formas rituales estrictamente romanas, con otras congregaciones religiosas.

Con esa bula papal, se ordena la uniformidad ritual, buscando el imponerla por la fuerza papal. Esto molestó tanto al emperador chino Yong Tchinog, que hizo levantar una persecución por la cual muchos católicos murieron. Murieron, no por defender su fe, sino por una serie de formas rituales propias, de corte occidental, inverosímiles para aquella cultura oriental. Este papa legalista e intolerante sentó los principios básicos de la canonización de los santos.

CLEMENTE XIII (1758-1769). El papa que quería tierras

Le sucedió a este papa, **CLEMENTE XIII (1758-1769)**. Como no, otro italiano, Carlo Rezzonico. Fue un papa impopular, ya que exigía la devolución de ciertos territorios que consideraba propiedad del Vaticano, territorios conseguidos a raíz de todas aquellas falsificaciones, partiendo de la falsa “Donación de Constantino”.

No se le hizo ningún caso, porque estos ya eran otros tiempos. En ese tiempo, Francia, España, Nápoles, habían expulsado a los jesuitas, entre otras razones, una muy evidente es la expuesta por el rey de España, a la sazón, Carlos III, el cual descubriera una muy importante conspiración de la Compañía de Loyola en todos sus territorios.

El papa, furioso y contra las cuerdas, el 30 de enero de 1768 publicó su “Monitorio”. En ese documento excomulgaba a todos los soberanos de los feudos del Vaticano. Las cortes de los Borbones, que dominaban Europa, tomaron el “Monitorio” como una declaración de guerra y formaron coalición para enfrentarse al papa.

Francia ocupó los Estados Pontificios de Aviñón (Aviñón todavía era feudo de Roma en aquel tiempo). Nápoles ocupó otros condados italianos. Carlos III de España, exigió la supresión del Monitorio, y reclamó que fueran expulsados de Roma el General Superior (o papa negro) de la Compañía y demás cardenales que apoyaban la conspirativa Orden.

El papa no hizo caso, pero cada vez se encontraba más aislado. Esta fue de las pocas veces hasta ese entonces que un papa no podía ponerse por encima de los demás gobernantes y mandatarios. Los reyes no reconocían su “divinidad” en la Tierra.

En enero de 1769, los embajadores de las tres mayores monarquías borbónicas presentaron sendos memoriales al papa, exigiendo en ellos la disolución de la Compañía de Loyola. El papa Clemente dijo que antes de aceptar y firmar ese documento se cortarían ambas manos. Al poco murió.

¡Hasta tal punto peleó el papa Clemente XIII por los jesuitas!, porque gracias a ellos, el papado se mantenía e intentaba avanzar conquistando almas y naciones enteras. Al papa le interesaban los jesuitas, los necesitaba (y los necesita). Respecto a la figura de ese pontífice, dice el católico Beynon de él: “Poco de bueno puede decirse de su pontificado. Sólo su intransigencia ante lo que consideró siempre derechos inalienables de la Iglesia (de Roma) fue la causa de que tantos y tantos sucesos nefastos para los asuntos eclesiásticos se produjeran a una velocidad de vértigo”.

El culto al “Sagrado Corazón” de Jesús, es declarado dogma de fe en el año 1765 por este papa.



“El impopular Clemente XIII; el necesitado de sus fieles jesuitas”

CLEMENTE XIV (1769-1774). El papa que murió al poco de suprimir los jesuitas

CLEMENTE XIV (1769-1774). Después de un largo período de tiempo en el que ningún cardenal, presionado por sus respectivas potencias, se ponía de acuerdo con los demás; de pronto, cuando el 1 de mayo no había ni vislumbre de acuerdo, diecisiete días más tarde lo hubo, y por unanimidad.

La razón por la cual este “milagro” vino a ser, fue la compra del papado a cambio de disolver la Compañía de Loyola (¿sucesión apostólica?). Clemente XIV, nunca llegará a ser ¡“elevado a los altares”! Este papa, fue criticado por todo el mundo, incluidos los católicos papistas, que han llegado a dudar de la rectitud de sus intenciones, todo porque se atrevió a suprimir la orden religiosa que más hizo por el papado en todos los tiempos, la odiosa Sociedad Jesuita; todo (según esos autores) por causas políticas.

La verdad es que todo el mundo no papista estaba en contra de los jesuitas; ¿la razón?, porque eran intrigantes y conspiradores, buscando siempre la manera de colocar al papa por encima de todos los reyes y soberanos de la tierra.

Las potencias católicas de la Europa meridional habían descubierto muchas veces el “pastel”, y abiertamente se opusieron a esos militares políticos religiosos, a través de los cuales el papa podía seguir adelante afanándose con ser el primer soberano de la Tierra.

Incluso Su Majestad Apostólica, la emperatriz María Teresa de Austria, afirmaba que no quería emplear la violencia contra el Vaticano, pero en nada se oponía a las resoluciones de las cortes borbónicas al respecto.

No hay que creer que fue fácil todo este asunto para Clemente XIV, ya que intentó disuadir a todos de la idea de suprimir la Compañía. No obstante, al final tuvo que ceder, ya que los informes que él mismo solicitaba a sus preladados de diferentes naciones y colonias acusaban a los jesuitas de graves delitos.

El 21 de julio de 1773, con el documento llamado “Dominus ac Redemptor”, anunciaba la supresión de la orden política religiosa. A

juicio de Clemente XIV, y según su documento de supresión, la Compañía de Loyola ya no era apta para lo que fue en su día constituida.

Durante algunos años, los jesuitas desaparecieron de la escena visible, pero seguirían en secreto maquinando, hasta su rehabilitación posterior por mano de otro papa, Pío VII. Antes, Clemente moriría de una bronconeumonía el 22 de septiembre de 1774. Curioso que muriera sólo un año después de suprimir la Compañía.

Caraccioli en su “Vie du pape Clement XIV” (París: Desant, 1776), p. 313, escribe:

“Los jesuitas, al menos en un principio, ya no existían; pero Clemente XIV sabía muy bien que, al firmar la sentencia de muerte de ellos, estaba firmando también la propia. “Esta supresión se llevó a cabo al fin – exclamó – y no lo lamento...Lo haría otra vez si no se hubiera hecho ya; pero esta supresión me matará” (cit. en la Historia Secreta de los Jesuitas, Edmond Paris, p. 75)

“Podemos afirmar, con toda seguridad, que el 22 de septiembre de 1774, el papa Clemente XIV murió envenenado” (Barón de Ponnat, op. Cit; 224, cit. en la Historia Secreta de los Jesuitas, Edmond Paris, p. 75)



“Clemente XIV; el papa que se resistió a suprimir la Orden Jesuita, hasta que al fin accedió. El papa que murió poco después”

PIO VI (1775-1799), recuperó para su pontificado la tradición del cardenal-sobrino. Los gastos de su sobrino favorito fueron tantos que el Vaticano no pudo hacer frente a la proyectada desecación de las insalubres lagunas de Pontina.

Este papa vio el surgimiento de la Revolución Francesa, y como el pueblo se levantaba en contra de todo lo establecido, desde la figura del rey, hasta la del papa, pasando por todo su clero. No obstante, muchos católico-romanos seguirían apoyando la vieja institución religiosa, hasta hoy.

La simiente del Falso Profeta | Treceava Parte

El Papado de la Era Contemporánea (1800...) El “Syllabus” y otras hierbas / Infabilidad *versus* santidad



“¿hombre de paz?”

Índice del Tema

- **Introducción**
 - PÍO VII, Napoleón I y los jesuitas
 - GREGORIO XVI (1830-1846). El papa del “pestilentísimo”
 - Pío Nono, el infalible
- **El “Syllabus” y otras hierbas**
- **Infabilidad versus santidad**
 - León XIII, el papa que se creía Dios en la tierra
 - Pío X, el papa hecho santo por los hombres, pero no por Dios

Introducción

A la muerte de Pío VI, se dejó oír una exclamación: “*Pío, el sexto y último*”. Napoleón llegó a decir refiriéndose al papado: “Esta vieja máquina se deshará por sí sola”. A pesar del comentario de Napoleón de que caería por sí solo, el papado no sólo no caería sino que se mantendría fuerte. La profecía del Apocalipsis debe cumplirse (Ap. 17)

El comienzo del siglo XIX representa la recuperación del papado, no porque la institución busque el cambiar, sino porque lo que

inevitablemente gira alrededor suyo, se adapta a su existencia, una vez más.

Perdida la estrategia de alcanzar poder a través de conquistar territorios con la bandera de la fe romana, y con la espada del emperador, el papado se hace fuerte ahora a través de otra estrategia hasta nuestros días, hasta el punto de que el papa hoy en día – increíblemente - es llamado el “*hombre de paz*”.

Nunca el papado en esta hora ha tenido mejor prensa en todas partes, y lo consigue no con la espada desnuda, sino con la apariencia de la piedad (aun negando la eficacia de ésta, 2 Ti. 3: 5).

No obstante, mientras el papado empezará a buscar el darnos su cara más dulce, los papistas de toda esta era contemporánea, se esforzarán en levantar el *poder temporal* del soberano romano. Aparecerán ligas católicas, partidos políticos católicos, prensa católica, de nuevo los jesuitas, más tarde el Opus Dei, etc. etc. que serán instrumentos muy eficaces de presión en los países liberales o de transfondo protestante.

El fin de todos ellos es, instaurar una dictadura religionista basada en el poder papal, y derrocar la incipiente democracia. No obstante, en estos días, esta última está siendo muy útil al papa, justamente por el hecho de que puede mostrar al mundo una cara de afabilidad y encanto, escondiendo tras estas formas, la antigua voluntad inamovible de ser el señor de la Tierra, y seguramente, buscando el momento propicio para actuar conforme a sus antiguos y verdaderos propósitos.

Seguimos viendo papas.

PÍO VII, Napoleón I y los jesuitas

PÍO VII (1800-1823). El cardenal Bernabé Chiaramonti fue el elegido tras un largo y manipulado cónclave, lleno de presiones de orden político e intereses varios de todo tipo (*¿sucesión apostólica?*). Estaba emparentado con el anterior papa Pío VI, el cual le nombró en su día obispo de Tívoli, y luego obispo de Imola. El 14 de febrero de 1785 le hizo cardenal. Una vez papa, a su madre, la condesa Giovanna Ghinni, la declaró *venerable*, es decir, digna de *veneración*.



“Pío VII”

A pesar de estar en contra del papado, Napoleón Bonaparte firmó en 1801 un [concordato](#) con el papa, buscando con ello su interés personal: Ganarse, a través de la religión, el favor de los *fieles*. El papa estaba satisfecho con todo ello, ya que en él se reconocía el papado, cuya imagen estaba tan deteriorada en Europa por aquel entonces. De hecho, este no fue sino un pacto de intereses personales por ambas partes. Escribe el católico Beynon:

“Objetivamente debe decirse que la firma del [Concordato](#) fue un fracaso para ambos estadistas, ya que se llegó al acuerdo por la ambición de una parte y el cálculo político de la otra: para nada entró en el Concordato el sentimiento religioso”.

Tal era la ambición y desespero por alcanzar, cada uno de ellos, sus metas personales; uno ser el emperador sucesor de Carlomagno, y el otro, reestablecer el papado en su forma y poder como lo fuera en el medioevo, **que Pío VII, al final, accedió a coronar como emperador a Napoleón el 2 de diciembre de 1804.**

Esto le daba a **Napoleón** el prestigio de los emperadores como Carlomagno, y a Pío VII la importancia y el reconocimiento de su *autoridad*, volviendo a ser el papa el que corona a los emperadores. Pío VII y Napoleón, dos hombres antagónicos en todo, aborreciéndose

el uno al otro en lo personal y en cuanto a lo que representaban, se ponían de acuerdo para egoístamente favorecerse de mutuo acuerdo.

No obstante, los dos poderes absolutistas inevitablemente iban a chocar. Disgustado el emperador con el papa por motivos de estrategia político militar, decidió ocupar los Estados Pontificios, declarar a Roma como “Ciudad Imperial” y mantener prisionero al pontífice en Fontainebleau (Francia). Allí estuvo del 1809 al 1814.

Por aquel entonces, la estrella de Napoleón empezó a declinar en lo militar, y consecuentemente en lo político. Pío VII, una vez se vio libre de Napoleón, volvió a Roma el 24 de mayo de 1814. Nada más regresar a Roma revocó la orden de disolución de los jesuitas dictada por su antecesor Clemente XIV, y reestableció a la Compañía de Loyola. El papa necesitaba urgentemente a sus jesuitas.

Es obvio que la Compañía, tal y como vimos fue disuelta por el papa Clemente por presión política y no por convicción personal en absoluto, de la misma manera, fue de nuevo rehabilitada cuando esa presión exterior dejó de existir, ya que el papado *siempre* ha necesitado y buscado la inestimable ayuda de los jesuitas desde el inicio de su existencia para su mantenimiento en el poder.

Por todo ello, todo este asunto tan grotesco, otra vez más nos demuestra la falacia de la *infallibilidad* papal: Un papa, hace una cosa, el siguiente, cuando puede, hace lo contrario. Otro caso, protagonizado por este mismo papa: Pío VII condenó el matrimonio civil, que en su día Adriano II (867) declarara válido; dónde está aquí la *infallibilidad* papal, ¿quién de los dos fue *infallible* en su declaración de fe y costumbres?



“El coronado Napoleón I”

De nuevo otro caso: Recordemos que Sixto V (1585-1590) publicó una edición de la Biblia, y en una Bula recomendó su lectura, pues Pío VII la condenó, de nuevo, ¿quién obró con *infabilidad* aquí, Sixto o Pío; o quizás, ninguno de los dos?

Al igual que la inmensa mayoría de los pontífices de Roma, este papa estaba totalmente en contra de que la Biblia fuera leída por los católicos, acordémonos de la declaración de los cardenales a Julio III advirtiéndole del sumo peligro de que la Biblia cayera en manos del pueblo; cuando esto ocurriera, se daría el *fiel* cuenta de la enorme incongruencia de Roma frente a la verdad escritural.

Como ya vimos, Pío VII, escribiendo al primado de Polonia en el año 1816, sobre la lectura de la Biblia, le declaró:

“Hemos deliberadamente tomado las medidas oportunas para remediar y abolir esta pestilencia”.

Con relación a la reinstauración de la Compañía de Loyola, comenta Grigulevich:

“Se restauraron allí el régimen y las costumbres de tiempos pretéritos: el comercio de cargos y santos sacramentos, la vida pródiga y escandalosa del clero, la arbitrariedad y los desmanes de los parientes del papa”.

Tras un larguísimo pontificado de 23 años y medio, Pío VII moría el 7 de junio de 1823 a los ochenta y dos años de edad a causa de una fractura de cadera. Este valedor de la Compañía, vivió muchos años, pero le siguió:

LEON XII (1823-1829). Este fue el cardenal Della Genga, de familia rica, nació en el castillo de sus ascendientes en Osimo, Italia. Por medio de la bula "*Quo Graviora*", confirmó todas las excomuniones lanzadas por su antecesor, Pío VII. Aunque enfermo de por vida, empleó enorme severidad.

En 1825, dos patriotas fueron ejecutados en Roma; en Rávena fueron ajusticiados otros siete, y hubo más de quinientos encarcelados. Delegando gran autoridad en el llamado *cardenal vicario*, éste podía castigar con pena de cárcel a quienes incumplieran con la obligación católico-romana de practicar la confesión auricular y la comunión pascual, esto incluía también a los extranjeros residentes. Cuando este papa murió, se le quiso poner este epitafio: "Aquí yace Della Genga, para paz suya y nuestra". Le siguió...

PÍO VIII (1829-1830). Más del gusto de Austria que de otra nación, el cardenal Francesco Severio Castiglioni es elegido papa, nacido en Cingoli (Italia), de una ilustre familia condal. Ya antes de ser papa, luchó también contra el *jansenismo*, de la mano de Felice de Paolo, obispo de Anagni y de Loreto. Tuvo como puede verse un muy corto pontificado, en el cual no dejó de perder el tiempo repeliendo el *jansenismo*. La muerte le sorprendió envuelto en política exterior, e intentando introducir el catolicismo romano en los Estados Unidos de América bajo la dirección de los jesuitas.



“Los jesuitas, ya hacía tiempo que intrigaban en los EEUU”

GREGORIO XVI (1830-1846). El papa del “pestilentísimo”

GREGORIO XVI (1830-1846). De nombre común Bartolomeo Alberto Capellari, adoptó el nombre de Gregorio, el cual hacía doscientos años que nadie usaba. Si antiguo era su nombre, también trasnochadas eran sus ideas. Asegura la enciclopedia católica que “sus 15 años de pontificado se caracterizan por su inclinación hacia cuestiones propiamente religiosas...”, ¡y qué ideas! En su encíclica *“Mirari vos”* de 1832 condenaba la libertad de conciencia, de prensa y de pensamiento. He aquí un extracto de tal documento:

“...Y de esta, de todo punto, pestífera fuente del indiferentismo, mana aquella sentencia absurda y errónea, o más bien, aquel delirio de que la libertad de conciencia ha de ser firmada y reivindicada para cada uno. A este pestilentísimo error le prepara el camino aquella plena e ilimitada libertad de opinión, que para ruina de lo sagrado y de lo civil está ampliamente invadiendo”.

Pensar que el motivo de argumentar de forma tan agresiva y hasta grosera, impropia de alguien que se hace llamar *“Santo Padre”* estas ideas, obedece a perseguir una moral recta e iluminada, es un craso error.

El católico Lamennais, calificaba a los colaboradores próximos a Gregorio XVI de “ambiciosos, avaros, corruptos”. Nada había

cambiado en Roma realmente desde tiempos realmente antiguos. Las mismas familias aristocráticas asociadas al papado como los Orsini, Colonna, Borghese, Ruspolo, etc. seguían estando allí.

Los parientes del papa y la curia cardenalicia, a pesar de que los ingresos eran elevados, esquilaban las finanzas para su propio provecho. Todo se intentaba hacer de espaldas al pueblo *fiel*. Nada había cambiado realmente en el Vaticano. Gregorio XVI “*fue conocido como uno de los más grandes borrachos de Italia, y también tenía numerosas mujeres; una de ellas, la esposa de su barbero*” (*El sacerdote, la mujer y el confesionario*, p. 139).



“El papa borracho y mujeriego”

Envuelto en sus deseos de volver a la anacrónica realidad de la Edad Media, moría este *infallible* papa. Le siguió el increíble **PÍO IX (1846-1878)**. A este papa le conocemos ya muy bien. Es el impulsor del Concilio Vaticano I, donde enfáticamente se declaró a sí mismo y a sus sucesores: ***Infallibles***.



“Caracterización católica del Concilio Vaticano I. Nótese la luz pintada que va hasta el papa. Un aspecto más de la suma idolatría en que siempre ha estado inmersa la ramera del Apocalipsis”

Pío Nono, el infalible

En sólo cincuenta horas de cónclave fue elegido Giovanni María Mastai-Ferreti como papa. Hablaba de amnistía, reformas, libertad de prensa; hablaba de paz, de progreso, contrariamente a sus antecesores.

Con todo ello se atrajo las simpatías no sólo de Italia, sino de Europa entera. Con ese discurso de aperturismo y de libertad, hasta los soberanos le enviaban embajadas con regalos. Existe una copla Toscana que dice, no exenta de cierto humor:

“¡Oh, Dios, oh Dios, toda Italia me parece un gallinero, no se oye gritar sino Pío, Pío!”.

Todo parecía indicar que Roma había dado a luz a un papa que amaba la libertad de pensamiento. A través del cardenal Pasquale Gizzi como jefe de la secretaría de Estado, empezó a promulgar amnistías por doquier por delitos políticos (¿?), y todo ello fue acogido con entusiasmo por todo el mundo.

No obstante, tal derroche de virtud duró poco. Pronto, ante nuevos síntomas revolucionarios, redactó una imperfecta *constitución* con la intención de imponerla en todos sus Estados. Se empezó a crear gran malestar, agravado por la guerra que el ejército del papa perdiera contra Austria, y de un día para otro, esa aura de *liberalidad* se

esfumó. Declarado por muchos italianos traidor, el papa fue expulsado de Roma, donde se proclamó la república y se abolió el *poder temporal*.

En ese momento, las potencias católicas romanas le ayudaron, sobre todo la República Francesa por mano de Luis Napoleón III, y tras diecisiete meses de ausencia, regresó al Vaticano, el 12 de abril de 1850. Se reestableció de nuevo el *poder temporal*

No obstante, era ya el tiempo de pensar en unir a Italia como una sola nación. La solución sería la monarquía, y para ello se creó el 17 de marzo de 1861 la creación del reino de Italia, bajo el cetro de Víctor Manuel II, de la casa de Saboya. Roma debería ser necesariamente la capital del reino. Con todo, el papa ve con rabia como el tiempo de los grandes poderes terrenales de la Iglesia, ajenos completamente a la voluntad de Cristo, iban concluyendo.

No obstante aún abrazaba la idea de que en el último momento llegaría la ayuda de alguna potencia católica extranjera, y en eso estaban los jesuitas trabajando. Pero, no fue así. El 29 de septiembre de 1870, Roma fue rodeada, y al día siguiente, entraron los ejércitos italianos.

El 2 de octubre se celebró un plebiscito para que los propios ciudadanos romanos decidieran su destino. El resultado fue increíble: 133.681 votos contra 1.507. Se decidió la unión con el Estado Italiano. El 9 de octubre de 1870, un real decreto incorporaba Roma y el Patrimonio de San Pedro al reino de Italia.

El papa perdió lo que no era suyo definitivamente, un territorio que abarcaba por aquel entonces 12.000 kilómetros cuadrados, y en el que habitaban unas 700.000 personas. Así, cayó, después de mil años, el *poder temporal* de la Iglesia de Roma.

Mientras tanto, el papa Pío IX, *excomulgó* a todos sus enemigos, que eran muchos miles, empezando por sus antiguos súbditos de la ciudad romana. Quizás es el papa que haya excomulgado jamás a más personas. Por su parte les mandaba a todos al infierno (esto es en definitiva excomulgar según Roma).



“Pío IX, el papa “infalible” por excelencia”

Considerándose prisionero en el Vaticano, en un encarcelamiento autoimpuesto, trató de boicotear las nuevas instituciones democráticas, prohibiendo a los católicos romanos votar en las elecciones políticas.

Desde el Vaticano maldijo a sus enemigos. La maldición que declaró sobre el nuevo rey de Italia Víctor Manuel es digna de ser transcrita aquí:

“Dondequiera que esté, ya sea en casa o en el campo...en todas las facultades de su cuerpo...que el cielo, con todos los poderes que se mueven allí, se levante contra él, lo maldigan y angustien”

Todas esas maldiciones sumaron más de 130 palabras. Los jesuitas tenían entonces mucho trabajo que hacer.



“V́ctor Manuel II, rey de Italia”

Contra el resto de sus enemigos, que segun el n'mero de los votos ascendía al 99 por ciento de la poblaci3n italiana, el papa maldijo a todos ellos tambi3n:

“Todos los que...han perpetrado la invasi3n, usurpaci3n y ocupaci3n de las provincias de nuestro dominio, o de esta querida ciudad (Roma)...han incurrido en la mayor excomuni3n y todo el resto de las censuras y penas eclesi3sticas, cubiertas por los sagrados c3nones, constituciones y decretos apost3licos y todos los Concilios generales especialmente el concilio de Trento” (Lorraine Boettner, “Roman Catholicism”, 1982, p. 246).

No fue f3cil para el pueblo italiano toda esa transici3n. Tuvo el pueblo que sufrir a'n los desmanes del papa. Cuando una multitud se reuni3 gritando vivas al nuevo rey V́ctor Manuel, inmediatamente la policia papal hizo fuego contra las gentes congregadas.

Esa fue la manifestaci3n del sentir del papa, el cual expres3 claramente en su *“Quanta Cura”* su l'nea de pensamiento propia del oscurantismo medieval, propia de la Roma pol'tico religiosa de siempre:

“Estas opiniones falsas y perversas de democracia y libertad individual, son tanto m3s detestables, por cuanto ellas...estorban y proscriben esa influencia saludable que la Iglesia Cat3lica, por

institución...debiera ejercer libremente...no sólo sobre hombres como individuos, sino sobre naciones, pueblos y soberanos”.

Sigue diciendo el papa:

“...Esa opinión errónea tan perniciosa para la Iglesia Católica...a la que nuestro predecesor, Gregorio XIV llamó la demencia (deliramentum): es decir, “de que la libertad de conciencia y de culto es el derecho peculiar (o inalienable) de todo hombre, que debe proclamarse por ley, y que los ciudadanos tienen el derecho a ...expresar abierta y públicamente sus ideas, verbalmente, o mediante la prensa, o por cualquier otro medio”. (*Quanta Cura, Pío IX, 8 diciembre de 1864*).

Mucho más que todo eso hizo ese réprobo papa. Después de la votación democrática que arrasó con el *poder temporal* del Vaticano, Pío IX reaccionó con una crueldad y demencia inusitadas. Ejecutó cientos de italianos que se habían opuesto al pensamiento del papa, y unos 8.000 fueron confinados a las cárceles papales bajo condiciones inhumanas:

“Muchos encadenados a la pared y sin libertad siquiera para ejercicio o fines sanitarios. El embajador inglés llamó a los calabozos de Pío IX, “el oprobio de Europa” (*Emmet McLoughlin, An Inquiry into the Assassination of Abraham Lincoln – The Citadel Press, 1977- p. 94*).

Arribavene, un testigo ocular, describió el horror de esas prisiones de ese *infallible* papa:

“Desde el alba hasta el anochecer, estos miserables cautivos colgaban de las barras de hierro de sus horribles moradas, e imploraban perpetuamente a los que pasaban para que les dieran limosnas en el nombre de Dios. ¡Una prisión papal! Cómo me estremezco al escribir estas palabras...seres humanos apilados juntos confusamente, cubiertos de harapos, y rodeados de parásitos” (*Arribavene, op. cit.. tomo II, p. 389*).

El “Syllabus” y otras hierbas

Dados los fracasos en lo político y militar, Pío IX intenta sujetar a sus fieles, distrayéndoles con nuevos dogmas. En el año 1852, envía una *encíclica*, o carta circular a los obispos, en la cual dice que pronto va a declarar el dogma de la Inmaculada Concepción de María, y el “Syllabus”.

En el 1854, en su Bula “*Ineffabilis Deus*”, instituyó el dogma de la “*Inmaculada Concepción*”, y en el año 1864 publicó el “Syllabus”.

En cuanto a este último, se trata de un catálogo donde se condenan todas las libertades. En él, se reseñan lo que a juicio del *vicario* de Cristo (y no de Cristo), son los principales errores de pensamiento y obra. Entre otros: el creer que el papa debiera conciliarse con el progreso, la libertad de opinión y pensamiento, libertad de prensa.

En el [Syllabus](#), se decretó la unión de la iglesia de Roma con el Estado, **y que el catolicismo romano debe ser la religión del estado en todas partes**, y que la iglesia de Roma puede usar la fuerza para obligar a la obediencia; por lo tanto, no hay salvación fuera de esa institución porque **se condena deliberadamente la creencia de que “todo hombre tiene libertad de aceptar y profesar la religión que crea verdadera” (III, 15).**

Este [Syllabus](#), jamás ha sido rechazado ni enmendado por Roma, y sigue, por tanto, **siendo doctrina de la iglesia romana**, aunque no pueda ponerse en vigor en la mayoría de países, gracias a Dios. En el [Syllabus](#), Pío IX expresa todo lo contrario a lo que predicaba cuando fue elegido papa, por ello, sólo podemos entender su actuación inicial como una mascarada; una descarada hipocresía.

Infabilidad versus santidad

La *Enciclopedia Británica* Vol. 17, p. 224, nos dice que ese papa, Pío IX, como tantísimos otros, distaba mucho de una mínima expresión de santidad. Nos dice que tenía “varias mozas (tres de ellas eran monjas), de las cuales tuvo hijos”. Muchos enemigos levantó contra sí mismo ese exaltado pontífice, tanto es así que los cardenales no se atrevieron a trasladar su cadáver desde san Pedro hasta la basílica de san Lorenzo donde él dispuso ser enterrado. Cuando así lo hicieron

tres años más tarde, una muchedumbre asaltó el cortejo fúnebre. Ese fue Pío IX, el papa *infallible* donde los hubiere.

León XIII, el papa que se creía Dios en la tierra

Su sucesor, el papa **LEÓN XIII (1878-1903)**, tenía por nombre común Gioacchino Pecci. Hijo del conde Domenico Lodovico. Fue el primer nuevo papa elegido sin el *poder temporal*. Este papa continuaba negando el derecho a los católico-romanos a votar. Este fue el papa que enfáticamente declaró: “*Ocupamos en la Tierra el lugar de Dios Todopoderoso*” (*The Great Encyclical Letters of Pope Leo XIII, p. 304, by Benziger Brothers, N. Y. Nilil Obstat, 1903*). Poco tiempo después de su elección, excomulgó (como era costumbre papal) a todos los evangélicos. A partir del Vaticano II, ya no se les excomulgará; ¿quién tenía razón, los que excomulgaban o los que no? (*¿infallibilidad papal?*).



“León XIII, dios en la tierra”

Pío X, el papa hecho santo por los hombres, pero no por Dios

Le sucedió **PÍO X (1903-1914)**. Este es el célebre Pío X, el cual escribió el célebre [Catecismo Mayor](#), donde cercena los Mandamientos de la Ley de Dios, y añade otros, como ya vimos. Él también, siguiendo el ejemplo de aquel antiguo papa Hormidas y su “*Fórmula Hormidas*” (s. VI), dogmáticamente asegura que la Iglesia de Roma es la *única y verdadera* Iglesia de Jesucristo.

Este varón, hijo alabado de Roma, fue “elevado a los altares” como *san Pío X*.

Durante su pontificado se produjo la total separación entre la Iglesia católico-romana y el Estado en los países católicos. A diferencia de su predecesor, en el 1905 levantó la prohibición de votar a los *fieles* (*¿infabilidad papal?*).

En una encíclica publicada en el 1910, calificaba a los Reformadores o Protestantes como: *“Enemigos de la cruz de Cristo, hombres de mentalidad terrena, cuyo dios era su vientre”*, pocos años más tarde, el [Concilio Vaticano II](#), contrariamente definía a los Protestantes como **“hermanos separados”** (*¿infabilidad papal?*). Hay una gran diferencia entre ser *“enemigo de la cruz de Cristo”* y ser “hermano”, aunque eso sí, “separado”. ¡La verdad es que los evangélicos no son ni una cosa ni otra!



“Pío X, el papa hecho santo por los hombres, pero no por Dios. Fíjense en esa foto en la que posa, como si fuera un César romano. ¡En el dicho de hombres así deben creer los católicos!”

Este “*santo*” papa condenó a los reformistas católicos, y sobre todo al movimiento llamado *modernista* que opinaba que los dogmas eran símbolos en parte mutables. El papa les calificó de “cloaca de todas las herejías”.

En oposición al *modernismo* y por inspiración y promoción jesuita, nació el movimiento *integrista*, que utilizó para alcanzar sus metas: la denuncia, el espionaje y las maquinaciones ocultas, sin desdeñar todo tipo de armas más o menos violentas, entre ellas, el poder de la prensa y de la palabra escrita en general.

Con el visto bueno y apoyo de este “*santo*” varón, se creó una red secreta antimodernista internacional. Es decir, una especie de policía secreta eclesial. Muchas denuncias se produjeron, que afectaron a casi todos los intelectuales católico-romanos. Antisemita a ultranza, se necesitó de la intervención del ejército italiano para liberar a los judíos del ghetto de Roma impuesto por el Vaticano. Pío X, citado por Golda Meir en su autobiografía, dijo: “No podemos evitar que los judíos vayan a Jerusalén, pero jamás lo aceptaremos”.

Poco antes de morir, estalló la Primera Guerra Mundial. Aunque de puertas para fuera Pío X adoptara una posición neutral, la verdad es que no fue así. El Vaticano fue el principal instigador de esa barbaridad.

Seguiremos hablando de ello.

La simiente del Falso Profeta | Catorceava Parte



“El jesuita cardenal Agustín Bea”

“Las atrocidades no aparecen porque sí; alguien las planea, alguien las ejecuta” (anónimo)

El Comunismo y la Primera Guerra Mundial / Los Tres Frentes Jesuitas

Índice del Tema

- **Un atisbo al origen del Comunismo**
 - “Protocolos de Sión”
 - Rasputín
 - El Tren Sellado
- **1. La revolución soviética**
 - El Tratado de Versalles
- **Benito Mussolini; el primer frente Jesuita**
- **El preludeo a la Segunda Guerra Mundial; Hitler, el segundo frente Jesuita**
 - Mein Kampf, (Mi Lucha); escrito por un padre jesuita
 - *Pío XI respaldando a Hitler*
- **España (Franco), el tercer frente Jesuita**
 - La Guerra Civil Española, breve atisbo

Poco antes de morir el papa Pío X, estalló la Primera Guerra Mundial. Aunque de puertas para fuera, Pío X adoptara una posición neutral, la verdad es que no fue así, y lo que es más las altas instancias vaticanas fueron instigadoras de esa barbaridad.

Nos será necesario hacer un poco de historia. Empecemos pues.

Un atisbo al origen del Comunismo

Todo el mundo sabe que personajes como Marx y Engels fueron los promotores visibles del comunismo. Estos dos, que escribieron el Manifiesto Comunista en 1848, al igual que Lenin, que se llamaban a sí mismos ateos, fueron entrenados y dirigidos por sacerdotes jesuitas.

Este que vamos a relatar a continuación, es el testimonio de un jesuita de muy alto rango, el cardenal Bea, alemán, encargado del movimiento ecuménico de la institución católico romana, antiguo confesor del papa Pío XII, **jesuita bajo juramento extremo de obediencia absoluta.**

De 1921 a 1924, Bea fue el superior provincial de Alemania.

Este testimonio fue dado a conocer a través de un ex-jesuita de alto rango, el Dr. Alberto Rivera, posteriormente arrepentido, convertido a Cristo, y alejado de Roma que lo escuchó directamente de labios del citado cardenal, que daba clases a los jesuitas. Dicho testimonio está publicado a través de la editorial Chick Publications, Chino, California EE.UU 1987. Este testimonio está en gran parte respaldado por otras informaciones debidamente contrastadas y publicadas que mencionaremos. Prestemos atención a lo que aquí se va a decir, porque nos va a ser muy útil a la hora de comprender mejor la historia.

Según Alberto Rivera, el cardenal Bea dijo que el Partido Comunista fue creado por los jesuitas con un solo propósito: destruir al Zar de Rusia, el protector de la Iglesia Ortodoxa. Decía que el partido Comunista fue secretamente financiado por agentes de Roma (los Illuminati) para crear otra potencia mundial leal al Vaticano.

Según su información, antes de la Primera Guerra Mundial, muchos judíos ricos maniobraban para recuperar el control de Jerusalén. El Vaticano estaba furioso porque el papado siempre ha querido llevar su

sede de la ciudad de las siete colinas a Jerusalén. Una vez más los judíos se entrometían en los planes de Roma.



“El ex jesuita de alto rango y hermano en Cristo; Dr. Alberto Rivera”



“El cardenal Bea S.J. (Sociedad Jesuita), siendo alabado por su labor ecuménica durante el Concilio Vaticano II”

“Protocolos de Sión”

En vista de esto, los jesuitas elaboraron un plan secreto y maestro, que no sólo frenaría a los judíos europeos, sino que haría que todo el mundo se volviera contra ellos. Urdieron una infamia para poner en contra de los judíos a todo el mundo. Esto fue a raíz de un documento que unos judíos fieles al papa escribieron en el nombre de la comunidad judía llamado “Protocolos de Sión” (*Behind the Dictators*, L.H. Lehmann, pg. 10-15, Agora Publishing Company, N.Y. 1942).

A principios del siglo XX, Francia cayó en la mira del Vaticano, al pactar nada menos que con el Zar de Rusia. Al papa y a los jesuitas no les gustaba nada que Francia hubiera depuesto a su rey católico en su día, y llegara a ser una República, pero aquel pacto con el Zar de Rusia ya era demasiado.

Mientras tanto, la influencia de la Iglesia Ortodoxa se había ido extendiendo a Bulgaria, Grecia, la parte europea de Turquía y la Yugoslavia Serbia. El Vaticano se había propuesto poner a Francia de rodillas y extirpar para siempre la competencia religiosa en los Balcanes.

La estrategia: empezar una guerra, la Primera Guerra Mundial. Allí estaban los jesuitas (*Secret History of the Jesuits, Edmond Paris, p.8, 9, 116-124*).

Alemania tuvo mucho que ver. “El monseñor Fruhwirth dijo en 1914: “Alemania es la base sobre la cual el santo padre puede y debe establecer grandes esperanzas” (cit. “La Historia Secreta de los Jesuitas; p.122)

El Kaiser era un buen católico-romano, y el papa le respaldaba. Este Kaiser Guillermo, consultó al Vaticano si podía expandir sus fronteras. El papa s. Pío X, a pesar de su pública declaración de neutralidad, hipócritamente, le dio la bendición. Justo después de que empezara la Guerra, el 20 de agosto de 1914, moría Pío X. La cuenta atrás hacia el exterminio de millones de almas había empezado. Una masacre sin precedentes se ponía en marcha. El diablo, a través del poder religionista iba a enviar a millones de almas al infierno. Esa fue la cruel realidad.

Siguió a Pío X:

BENEDICTO XV (1914-1922). De nombre común Giacomo della Chiesa, era hijo de los marqueses de Migliorati. Este Benedicto XV declaró “santa” a Juana de Arco, patrona de Francia, invalidando la declaración y condenación de su antecesor Eugenio IV el cual la mandara quemar viva por bruja. Este papa, llamado “*el Papa de la guerra*”, también era amigo de Alemania. En esa guerra inútilmente murieron católico-romanos de ambos bandos. Los alemanes lucharon contra Francia, Inglaterra y Rusia. Luego los Estados Unidos entraron

en el conflicto. La devastación duró 4 años (1914-1918), y Europa quedó en ruinas.



“A Juana de Arco, un papa la condena, otro papa la hace santa, y los dos usando de su infabilidad”

Rasputín

En Rusia, el zar Nicolás, protector de la Iglesia Ortodoxa Rusa, y su esposa, la emperatriz Alejandra, tuvieron un hijo llamado Alexis, heredero al trono. El niño sufría de *hemofilia*, su sangre no coagulaba cuando sufría alguna herida. Su vida estaba siempre en peligro.

Su madre estaba tremendamente afligida, y los médicos nada podían hacer. Un extraño y siniestro hombre llamado Rasputín, llamado el “monje loco”, tenía contacto y gran influencia sobre la zarina; decían que tenía poder para sanar, no obstante ese poder no le venía de Dios, ya que era un practicante de cultos satánicos; también tenía un gran poder sobre los demás, especialmente sobre Alejandra.



“Grigory Rasputin tenía una enorme influencia en la casa del Zar”

Según el jesuita cardenal Bea, la emperatriz Alejandra, en un momento de debilidad le reveló a Rasputín dónde estaba el oro de Rusia custodiado por el Zar. Inmediatamente, se pasó esta importante información al patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa, justo antes de que el monje loco muriera asesinado por alguno de sus muchos enemigos, al cual no les fue fácil llegar a matar.

El Tren Sellado

Siguiendo con el interesante testimonio del cardenal Bea dada al grupo de estudiantes jesuitas, les hablaba del pasado, presente y las metas futuras en términos del *“poder temporal”* del Vaticano.

Decía que la Revolución Rusa fue preparada larga y cuidadosamente. Los jesuitas trabajaron estrechamente con Marx, Engels, Trostsky, Lenin y Stalin. Tanta era la confianza que tenían en ese proyecto, que hasta decidieron secretamente ir trasladando el oro del Vaticano a Rusia a través de Alemania (*Alemania y la revolución en Rusia 1915-1918 de Von Bergen y Parvus; documentos del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, editado por ZAB Zeman, publicado por London Oxford University Press, NY, Toronto 1958*) (*The Sealed Train de Michael Pearson, publicado por G.P. Putnam’s Sons, NY, p. 63, 1975*).

El Vaticano - explicaba el cardenal Bea - estaba seguro de que pronto su enemigo, el Zar y la Iglesia Ortodoxa serían destruidos y el comunismo se levantaría como una nueva y poderosa hija del Vaticano.

Lenin se encontraba en Suiza cuando oyó las noticias relacionadas con la revolución que había estallado en Rusia. Para ayudar a la revolución, el alto mando alemán y otros prepararon secretamente un tren especial para transportar a Lenin y a sus revolucionarios a través de Alemania.

En abril de 1917, Lenin y algunos de sus hombres clave hicieron el viaje en el famoso "Tren sellado" (*Black Night, White Snow, de Salisbury, publicado por Doubleday, 1977, Garden City, NY, pgs. 405-407*). El hombre de más alta responsabilidad en la organización de este viaje fue Diego Bergen, un devoto católico alemán, entrenado en escuelas jesuitas (*Life and Death of Lenin, de R. Payne, 1964, publicado por Simon y Schuster, NY, pgs. 285-300*).

Más tarde, durante la República de Weimar, y el régimen de Hitler, llegó a ser embajador en el Vaticano (*Alemania y la revolución en Rusia 1915-1918. Documentos del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, editado por Z.A. Zeman, publicado por London Oxford University Press, NY, Toronto 1958, pg. 9*).



"Lenin y otros viajando en el llamado "tren sellado"

1. La revolución soviética

En abril de 1917, cuando Lenin llegó a Rusia, la revolución estaba controlada por los hombres de Lenin. El Zar había sido forzado a abdicar, y él y su familia fueron puestos bajo arresto domiciliario.

El 10 de marzo de 1918, Lenin se estableció en Moscú. En julio, por razones de seguridad, la familia real fue llevada a Yekaterinburgo, en los Urales. Podía haber una posibilidad de rescatarlos por parte del llamado *ejército blanco*, el ejército de los checos; no obstante, el 17 de julio 1918, se sentenció al Zar y a su familia a muerte. El Zar, protector de la Iglesia Ortodoxa, y a toda su familia, fueron cruelmente masacrados.

Tarde en la noche, los cuerpos fueron trasladados a un camión, llevados a una mina abandonada llamada los “cuatro hermanos”, donde fueron descuartizados, quemados, rociados con ácido y arrojados por un túnel abandonado de la mina (Black Night, White Snow, Doubleday & Co. 1978, pp. 593, 594).

Los autores del magnicidio, que según el cardenal Bea, eran en realidad jesuitas haciéndose pasar por comunistas. Se movieron con gran rapidez; el partido comunista central no se enteró del juicio y asesinato del Zar y su familia hasta después de estar consumado (Black Night, White Snow, Doubleday & Co., pp. 593, 594). Después empezó la cacería del clero ortodoxo con gran furor.

Según el cardenal Bea S.J., informando a sus correligionarios, el Vaticano esperaba ansiosamente las noticias referentes a la destrucción de sus competidores religiosos. Los soviéticos atacaron monasterios y conventos; el propósito de levantar el comunismo por parte del Vaticano se estaba cumpliendo. Las ejecuciones comenzaron.

Para el Vaticano, aquella era una prueba. Si la iglesia rusa era destruida, el siguiente objetivo sería la Iglesia de Inglaterra (“Los Padrinos”, Chick Publications p.14).

Ya desde el inicio de su existencia, la Roma religioso-política ha derramado y ha hecho derramar tanta sangre por prevalecer, que esto no nos tiene por qué asombrar de manera especial.

Sólo un imprevisto golpe de fortuna podría salvar a la iglesia rusa y a su patriarca; no obstante éste tenía un as en la manga. Cuando el ejército rojo llegó para matar al viejo patriarca, él los recibió con los brazos abiertos, y les dijo: “Camaradas, al fin han llegado, les hemos estado esperando, les tenemos el oro del Zar, mis queridos camaradas”.

Los comunistas quedaron aturcidos. Dejando a un lado las armas, aceptaron el oro y la amistad del patriarca, y ordenaron detener de inmediato las ejecuciones del clero ortodoxo.

Los comunistas, no sólo se quedaron con el oro del Zar, ¡sino también con el oro del Vaticano!, ese oro del papa que llegó a Rusia a través de Alemania. Se dice que equivalía 666 millones de dólares (León Trotsky, por Joel Carmichael, p. 171; The Sealed Train, Michael Pearson, 1975 por G.P Putnam's sons, NY. P. 290).

Cuando el papa se percató de ello, casi sufre un ataque al corazón, ¡había sido traicionado por sus propios comunistas! El Vaticano se enfureció, habían sido traicionados y los comunistas habrían de pagar por su traición; este sería el germen de la Segunda Guerra Mundial.

El Vaticano siempre ha creído que con su fortuna tan tremenda puede llegar a dominar el mundo y su economía; cree que puede poner a las naciones ante sus pies mediante depresiones planeadas. Según el cardenal Bea, los Illuminati, el Opus Dei (Los Angeles Times, oct. 7; 1968) y la Masonería son el brazo armado del Vaticano. Obviamente, los Jesuitas rigen a todas esas organizaciones. A través de esas organizaciones y muchas más, el Vaticano puede controlar la riqueza del mundo.

El Tratado de Versalles

La realidad es que tanto la América protestante como Inglaterra, derrotaron al instigador de la Gran Guerra. No obstante, como dijo una vez el presidente Abraham Lincoln: “Los jesuitas jamás olvidan ni abandonan”.

Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, Alemania se encontraba en una terrible depresión económica. Ciertos judíos pro católicos recibieron del Vaticano la orden de comprar las tierras de los

alemanes que se encontraban en quiebra y hambrientos. El dinero fue suplido por el Vaticano, y esos falsos judíos compraron esos bienes de forma abusiva, a muy bajo precio, aprovechándose de la necesidad de los forzados vendedores. Los alemanes estaban desesperados.

En el momento oportuno los jesuitas usarían ese incidente para incitar el odio contra los verdaderos judíos. La acusación sería que los judíos sin piedad habían arrebatado la tierra a los alemanes durante la depresión (Los Padrinos; Chick P. p. 16).

Al término de la Primera Guerra Mundial, cuando los aliados firmaron el Tratado de Versalles en julio de 1919, estaban tan enojados con el Vaticano por provocar la guerra, que no quisieron reconocerlo como nación, y le impidieron sentarse en la mesa de conferencias.

“Esta medida fue sabia, pero insuficiente. En vez de aplicar las sanciones contra la santa sede, que ésta merecía por haber provocado la Primera Guerra Mundial, los vencedores no hicieron nada para prevenir las futuras intrigas de los jesuitas y del Vaticano. Veinte años después, tales intrigas condujeron a una catástrofe aún peor...” (La II Guerra Mundial) (Historia secreta de los Jesuitas, p. 130)

El 22 de enero de 1922, el papa Benedicto XV murió de una terrible neumonía tras una leve indisposición cuatro días antes. Según el Dr Rivera, murió envenenado.



“Benedicto XV”

En ese mismo tiempo, Mussolini organizó la “*Marcha sobre Roma*”, y el papa **PÍO XI (1922-1939)**, tomó su lugar. De nombre común Ambrosio Damiano Achille Ratti, fue elegido papa tras sólo tres días de cónclave. **En el 1929 se creó el Estado del Vaticano**. El Estado italiano reconocía la soberanía del papa en la ciudad del Vaticano, que abarca cuarenta y cuatro hectáreas.

Benito Mussolini; el primer frente Jesuita

Volviendo un poco atrás, al finalizar la contienda mundial, Europa estaba en ruinas, pero ni Francia ni la Iglesia Ortodoxa Serbia estaban destruidas. La juventud alemana e italiana no sabía qué dirección tomar. La rebeldía era una forma de vida; y la inflación arruinaba sus naciones.

Mientras tanto los comunistas empezaron a organizar grupos revolucionarios. Los jesuitas se movían en tres frentes. El primer frente fue Italia. Por aquel tiempo un desconocido que proclamaba por todas partes que era el nuevo César destinado a reconstruir el Imperio Romano se levantó. Su nombre, Benito **Mussolini**. Era un cruel arrogante personaje, y su pequeño ejército de camisas negras no era más que una banda de bribones violentos.

El General Superior de los Jesuitas, al cual se le conoce como papa negro, y que a la sazón era **Halke Von Ledochowski**, asignó a un jesuita del más alto nivel para que trabajara con Mussolini. El confesor de Mussolini era el jesuita llamado Venturi. El voto católico, dirigido por el Vaticano, puso a Mussolini en el poder.



“Halke Von Ledochowski, el general superior jesuita de aquel tiempo”

Pío XI llamó a Mussolini: *“El hombre a quien la providencia nos ha permitido conocer”* (La Historia Secreta de los Jesuitas, Edmond Paris, p.134). Mussolini, como pago, **firmó un concordato** (*) en el año 1929 en Letrán, haciendo del catolicismo romano la única religión permitida en Italia y sus territorios.

Imagínese usted a cualquiera de los apóstoles celebrando semejante acuerdo con una dictadura fascista...Claro, esto no puede imaginárselo; ¡esto es inimaginable! Conque muchos de los católicos italianos eran políticamente socialistas y, por lo tanto, opuestos al régimen fascista de Mussolini, el papa prohibió a sus fieles participar en la política; no tendrían más alternativa que apoyar al dictador.

El **Duce** estaba agradecido, **por contrapartida reestableció el poder temporal del papa,** y dio a la clerecía total poder sobre la vida de la nación. Por haber confiscado en 1870 los territorios papales, Italia, por mano de Mussolini pagó al Vaticano 750 millones de liras al contado, y 1000 millones en bonos del estado. Con parte de ese botín se levantó el famoso **Banco Vaticano**.

(*) **Concordato:** *Pacto entre un gobierno nacional y un grupo religioso que fija los términos de acuerdo relacionados con materias de mutuo interés.*

Al final, a los católicos se les prohibió oponerse a Mussolini y se les instó a apoyarlo. Dice Dave Hunt, historiador y apologista:

“La Iglesia (de Roma) virtualmente puso al dictador fascista en el gobierno (como lo haría con Hitler pocos años más tarde). A cambio de esto, Mussolini (en el Concordato de 1929 con el Vaticano), hizo que el catolicismo romano fuese otra vez la religión oficial del estado, y se hizo que cualquier crítica hacia la misma fuese una pena capital. A la Iglesia se le otorgaron otros favores, incluyendo una vasta suma de dinero al contado y en bonos” (“Una Mujer cabalga la Bestia”, pag. 59).

Italia, bajo Mussolini, el dictador fascista y católico-romano, llegó a ser momentáneamente poderosa. Armó el dictador un ejército y lo puso en acción atacando Etiopía. Los italianos, con sus aviones, ametralladoras, bombas y gas venenoso, destrozaron a los pobres indígenas etíopes que se defendían con lanzas y escudos. Previamente, el papa Pío XI, había bendecido las tropas asesinas de Mussolini. El cardenal arzobispo de Milán, Alfredo Ildefonso Schuster (jesuita), llamó a esa masacre de negros en Etiopía: “Una cruzada católica”.

Escribe Edmond Paris: *“Mientras...la esvástica cooperaban en Alemania, Benito Mussolini emprendió la fácil conquista de Etiopía con la bendición del santo padre”* (Historia Secreta de los Jesuitas, p. 139)



“El jesuita Alfredo Ildefonso Schuster”

Mussolini entendía perfectamente lo que significaba el papado; llegó a decir claramente:

“Es increíble que los gobiernos liberales no hayan comprendido que la universidad del papa, heredera de la universidad del Imperio Romano, representa la gloria más grande de la historia y de las tradiciones italianas”. Dijo además: “Reconocemos el lugar preeminente que la

iglesia católica ocupa en la vida religiosa del pueblo italiano algo que es perfectamente natural en un país católico como el nuestro, y bajo un régimen como el fascista”.

Así que, para Mussolini, fascismo y catolicismo romano se dan de la mano; combinan bien. Este discurso del Duce fue alabado por todos los cardenales de Roma, diciendo en un escrito dirigido al papa: “...este eminente estadista que gobierna Italia por decreto de la Divina Providencia”.

Ahora fijémonos detenidamente en las palabras de Mussolini cuando dice que “universidad del papa” es heredera de la “universidad del Imperio Romano”.

A ambas partes, Vaticano y Mussolini, les interesaba estar juntos. El dictador necesitaba la iglesia de Roma para establecer su control en el país a causa de la mayoría católica, y por su parte, la iglesia en cuestión deseaba apoyarlo a cambio de la restauración de su poder temporal, o al menos, parte de él.

De todos modos, ese es el modo como Roma había sido Roma siempre, espiritualmente fornicado con los reyes y emperadores (Ap. 17: 2).

Con la firma del Tratado de Letrán, el pontífice romano volvió a estar de nuevo donde solía estar: “coronando” al emperador, y a la sombra protectora de éste.

El investigador Avro Manhattan, en su libro *“The Vatican and World Politics”* expresa esto con claridad diáfana: *“La Iglesia (de Roma) por lo tanto se volvió el arma religiosa del estado fascista, mientras que el estado fascista se volvió el arma secular de la Iglesia”*.

La Biblia llama a este manejo “fornicación espiritual”. Una de las figuras importantes en negociar el Concordato en cuestión fue el procurador Francesco Pacelli, hermano del cardenal Eugenio Pacelli, futuro papa. De lo aprendido acerca de ese concordato, cuatro años más tarde, el Vaticano firmaría otro semejante con la Alemania nazi.

Moriría Pío XI justo antes de que la Segunda Guerra diera comienzo, así como moría Pío X antes de la Primera... ¿casualidad? Ciertamente

la fecha fue el 10 de febrero de 1939, y también su muerte, un misterio.



“Pío XI”



“Benito Mussolini, el dictador italiano”

El preludio a la Segunda Guerra Mundial; Hitler, el segundo frente Jesuita

A mediados de los años veinte, Alemania era un caos. La inflación estaba por las nubes, y el dinero no valía nada. Destronaron al Kaiser, culpándole de todos los males. Mientras tanto, los comunistas pugnaban por el poder.

El nuevo gobierno que surgió era débil, y algunos querían que el pueblo alemán escogiera su propio gobierno como en Francia.

Querían que Alemania fuera una república, por ello el papa estaba enfurecido.

Hay dos cosas que el Vaticano siempre despreció: el protestantismo y la democracia.

Los Jesuitas se movieron rápidamente para detener la nueva república de Weimar. Dos hombres fueron levantados para frenar la república: Franz Von Papen (católico romano), y el otro, Eugenio Pacelli, quien llegaría ser el papa Pío XII. El escenario fue montado por el aspirante a Anticristo, también católico romano e inmerso en el ocultismo, Adolf Hitler.

Mein Kampf, (Mi Lucha); escrito por un padre jesuita

El famoso libro, "*Mein Kampf*", fue escrito por el padre jesuita **Staempfle**, y sólo firmado por Hitler (*La Historia Secreta de los Jesuitas, Edmond Paris, p. 148*). Aquel libro fue el plan jesuita para la toma de Alemania a través de Hitler. De todos los libros que el Vaticano prohibiera con severidad, entre ellos nunca estuvo "*Mein Kampf*", ni otras obras antisemitas (*Lewy, op. Cit. P. 152*).

Otra inquisición estaba a punto de comenzar; en lugar de usar hábitos dominicos, se usarían uniformes nazis. Los nazis, respaldados por el Vaticano, usaban la misma táctica que Mussolini. Alemania se convirtió en el segundo frente jesuita. El símbolo de esta nueva inquisición era la esvástica, un antiguo símbolo ocultista. El Vaticano eligió a Hitler para sus propósitos de triunfo. Él y todos sus asociados tenían al menos una cosa en común: eran católico romanos.

Pío XI respaldando a Hitler

Cuando se supo que Pío XI daba su respaldo a Hitler, el voto católico romano puso a éste en el poder. Era el año 1933. Este mismo año, contempló la firma del Concordato entre Alemania y el Vaticano.

Dicho acuerdo lo firmó el cardenal Pacelli, quien más tarde llegó a ser el Papa Pío XII (1939-1958). En ese mismo año, Pacelli era el Secretario de Estado del Vaticano. La otra parte, la alemana, era representada por Franz Von Papen, siniestro nazi y devoto católico romano, diplomático de Hitler. Éste, no tuvo ningún inconveniente en

declarar: “El Tercer Reich es el primer poder que no sólo reconoce, sino que pone en práctica los altos principios del Papado” (*Der Voelkischer Beobachter*, 14 de enero de 1934).

En esa misma reunión estuvo también el entonces poco conocido prelado del Vaticano, Montini, que llegaría a ser el papa Pablo VI.



“Foto de la firma del Concordato entre el Vaticano y la Alemania nazi”

El Vaticano sabía acerca de la intención de Hitler de exterminar a los judíos antes de firmar ese Concordato. Esto es así, porque por otras muchas razones, Hitler el uno de abril de 1933, unos cuatro meses antes de la firma del tratado en cuestión, comenzó su programa sistemático con un boicot contra los judíos, justificándolo con estas siguientes palabras:

“Creo que hoy estoy actuando al unísono con la intención del Creador Todopoderoso. Al pelear contra los judíos, hago batalla por el Señor”.

Ese pensamiento diabólico era bien conocido por el Vaticano, y nunca lo desaprobó. Todas las ideas de Hitler fueron expuestas en su libro, recordemos, escrito por un jesuita, “Mein Kampf”.

Muchos de los 30 millones de católico romanos alemanes lo habían leído, así como la jerarquía romana; ¿alguien se opuso? Nadie. Más aún, conociendo de antemano las ideas racistas, antisemitas y destructivas de Hitler, expresadas con nitidez en su libro “*Mein Kampf*”, el Papa Pío XI, dirigiéndose al Vicecanciller Fritz Von Papen, le expresó cuán contento estaba de que el gobierno alemán tuviera como líder a un hombre como ése, refiriéndose a Hitler (*Franz Von Papen, Memoirs, pág. 279, Londres, 1952*).

El obispo Berning publicó un libro recalcando el vínculo entre el catolicismo romano y el patriotismo, y le envió una copia a Hitler “como muestra de mi devoción” - escribió. Diversas personalidades de la jerarquía romana alabaron a Hitler y sus doctrinas.

Monseñor Hartz dijo de él que había salvado Alemania de la ponzoña del liberalismo y del comunismo. Taeschner, publicista católico romano, dijo de él que había sido enviado por la Providencia a fin de lograr la realización de las ideas social católicas (*Guenter Lewy, The Catholic Church and Nazi Germany – McGraw-Hill, 1964, pág. 160, 161*).

El obispo **Vogt de Aachen** prometió a Hitler que *“la diócesis y el obispado participarían encantados en la construcción del nuevo Reich (reino)”*.

El cardenal **Faulhaber**, en una nota manuscrita a Hitler, expresó el deseo “que viene del fondo de nuestro corazón: que Dios guarde al canciller del Reich para nuestro pueblo”.

Una foto apareció en un diario mostrando al vicario general Steinmann a la cabeza de organizaciones de la juventud católica en un desfile que pasaba frente a Hitler y contestando al saludo del *Fuehrer* con el brazo levantado. Steinmann declaró que *“los católicos alemanes por cierto consideraban al gobierno de Adolfo Hitler como la autoridad dada por Dios, y que algún día el mundo reconocería con gratitud que Alemania erigió un baluarte contra el bolchevismo”*.

La mayoría de los católicos de Alemania estaban eufóricos después de que se firmara el Concordato de 1933 entre Hitler y el Vaticano. A los jóvenes católicos se les instó a que levantaran el brazo derecho en un saludo, y que desplegaran la bandera con la ocultista svástica.

El entonces joven **Ratzinger**, actual papa romano, fue uno de ellos. Las organizaciones de la juventud católica, exigían la estrecha y total colaboración entre el estado totalitario y la iglesia totalitaria. Todos los obispos alemanes juntos prometieron su fidelidad al nacional-catolicismo de Hitler.

El obispo **Bornewasser**, en una reunión de la Juventud Católica en Tréveris, declaró: *“Con cabeza levantada y paso firme hemos entrado*

al nuevo Reich y estamos dispuestos a servirle con todo el poder de nuestro cuerpo y alma” (Guenter Lewy, The Catholic Church and Nazi Germany – McGraw-Hill, 1964, págs. 100, 106).

Se celebraban múltiples misas para bendecir al partido nazi y a su *Führer*. Hay fotos que atestiguan este hecho, como la celebrada en Munich en 1937.



“El joven Ratzinger, actual papa romano, perteneciente a las juventudes hitlerianas”



“Concubinato entre lo nazi y lo católico romano”



“Entre otros, el vicario general Steinmann junto a dirigentes nazis levantando el brazo en alto”



“Más prelados católico romanos saludando a lo nazi”

Siempre la institución católico romana, como mujer ramera que es, ha anhelado estar al cubierto del poder civil y militar para realmente ser ella misma y sentirse “realizada”. Hitler fue su paladín, su héroe por poco tiempo. Estoy especialmente persuadido de que Hitler es un tipo clarísimo de la Bestia Anticristo (Ap. 13) que está por levantarse en el mundo como “rey del mundo”, y que en ese momento cuando vaya a levantarse, la mayoría de las gentes de ese tiempo que viene verán en él lo que los alemanes católicos vieron en Hitler en un principio.

España (Franco), el tercer frente Jesuita

Como hemos venido diciendo, los Jesuitas iban perfilando una estrategia político-militar encabezada por tres frentes. Vimos el primer frente, el italiano con Benito Mussolini; el segundo el alemán, con Adolf Hitler, y ahora veremos el tercero de ellos. España, con Francisco Franco al frente, se convirtió en el tercer frente de los Jesuitas.

Previamente, cuando el tiempo de la república, tres presidentes, a saber, Niceto Alcalá Zamora, Manuel Azaña, y Juan Negrín, educados en instituciones de los Jesuitas, conociendo su talante, habían pedido que fueran aprobadas cinco leyes con el fin de impedir la ingerencia del Vaticano en la República Española.

En esos días, se descubrieron restos de cuerpos de bebés en los sótanos y pasadizos subterráneos de ciertos conventos; unos para curas y otros para monjas que se enlazaban bajo tierra a través de diferentes pasillos. Esos bebés fueron el fruto de ocultas relaciones sexuales entre el clero conventual, y para que no trascendiera el asunto a la opinión pública y caer así en desmerecimiento y descrédito, cruelmente los mataron y los depositaron allí. Eran decenas los que se encontraron.

Eso produjo un enorme sentido de indignación, que catapultó la implementación de esas leyes comentadas. El asunto trataría de lo siguiente: 1. Todas las iglesias católicas romanas debían ser nacionalizadas; 2. Todas deberían pagar impuestos; 3. No más escuelas en manos de sacerdotes católicos; 4. Todas las escuelas, conventos y monasterios habrían de estar bajo el control del gobierno español; 5. Reconocimiento de la religión protestante. Evidentemente todo esto encendió la ira de la Sociedad Jesuita.

La Guerra Civil Española, breve atisbo

La Guerra Civil Española fue provocada por el levantamiento de Franco y sus generales, auspiciados por el Vaticano. Debido a que un puñado de comunistas respaldaban la República, le hicieron creer al mundo que era una revolución anticomunista.

Gracias al control de la prensa por parte del Vaticano, la verdad fue encubierta. El papa contrató a varias divisiones de mercenarios musulmanes para pelear bajo el general Francisco Franco. El papa excomulgó a los cabecillas de la República y declaró la “*guerra santa*” entre la Santa Sede y Madrid. Este general, que se hacía llamar el *Generalísimo* y andaba “*bajo palio*” como si fuera un cardenal, se convirtió durante cuarenta años en un dictador católico-romano que ayudó a implantar el llamado nacional-catolicismo en España. El 3 de agosto de 1937, el Vaticano reconoció al gobierno de Franco, ¡veinte meses antes de que la guerra civil terminara!

Aparentemente los jesuitas tuvieron éxito en los tres frentes. Los dictadores Hitler, Mussolini y Franco fueron llamados “*defensores de la fe*”. Pronto volvería a correr la sangre en una nueva guerra mundial. En todo ese proceso, el papa de turno sería consciente de su papel, aún negándolo a la vista de todos.

La simiente del Falso Profeta | Quinceava Parte

En el contexto de la II Guerra Mundial / El final de la Guerra / La División Azul / Los últimos papas hasta hoy



Índice del Tema

- **1. Hitler y Roma**
 - A. Complot anticristiano y antijudío
 - La impía Acción Católica
 - Hitler, Himmler y los Jesuitas
- **2. Lo que ocurría en Yugoslavia**
- **3. El impío Pío XII**
 - La carta de Pío XII dirigida al presidente Roosevelt
 - La Asunción pionina
- **El final de la Guerra / La División Azul**
 - El oro de los judíos
 - 1. El plan “B” jesuita
 - Acabó la II Guerra Mundial
- **Los últimos papas hasta hoy**
 - Bancarrota del Banco Ambrosiano
 - 1. El último papa, hoy: Ratzinger

1. Hitler y Roma

Al principio, la Iglesia romana se oponía a Hitler; le asustaba esos fanáticos con camisetas marrones. Aquí estamos hablando del año 1930, cuando los nazis vencieron electoralmente y de forma estrepitosa. No obstante, cuando el movimiento hitleriano iba avanzando y conquistando en las urnas el voto popular, los obispos católicos empezaron a moderar sus críticas.

El voto de los católicos era abrumador, y los obispos no veían la manera de parar eso. Como siempre ha hecho Roma “si no puedes con tu enemigo, únete a él”. Por su parte Hitler, conocedor del pensamiento de la jerarquía romana, planeó sagazmente su estrategia.

Hitler anunció: *“El gobierno del Reich considera que el cristianismo (es decir, el catolicismo), es el fundamento inamovible de la moral y del código moral de la nación, y atribuye el máximo valor a las relaciones amistosas con la Santa Sede, y está esforzándose por desarrollarlas”.*

A los pocos días, los obispos alemanes retiraron públicamente toda la previa oposición al partido nazi. La estrategia de Hitler dio resultado, tal y como se la relató a Rauschning: *“Tenemos que atrapar a los sacerdotes por la notoria avaricia e indulgencia para consigo mismos. Así podremos conciliar todas las cosas con ellos en perfecta paz y armonía... ¿Para qué altercar? Se van a tragar cualquier cosa con tal de poder mantener sus ventajas materiales”* (H. Rauschning, *The Voice of Destruction*, N.Y., 1978, p. 11).

Aquí oímos una vez más la misma cantinela de siempre. El mismo Hitler lo declaró con claridad meridiana. Roma siempre ha buscado codiciosamente su beneficio a toda costa (Ap. 18: 3). Hasta tal punto se tragó Roma el anzuelo que, de todas ellas, Hitler fue la principal baza del Vaticano.

Contrariamente a lo que fue en un principio, en él llegaron a estar puestas todas las esperanzas de que se levantase un nuevo y neo-medieval sacro imperio romano germánico; el III Reich de Hitler, que debiera durar mil años, por torcida alusión al Milenio bíblico (Ap. 20), y que tanto deseaba (y desea) Roma.

Para Hitler, que como todo el mundo sabe, estuvo involucrado en el ocultismo, al cual fue iniciado ya desde muchacho por el abate del monasterio benedictino de Lambach, el cual era un consagrado ocultista, el cristianismo era en realidad el catolicismo romano. Esto es evidente por sus declaraciones. El dictador dijo una vez:

“Rechazo ese libro de Rosenberg. Fue escrito por un protestante. No es un libro del partido...como católico, nunca me siento cómodo en una iglesia evangélica o en sus estructuras...en cuanto a los judíos, sólo estoy continuando la misma política que la Iglesia Católica ha adoptado por mil quinientos años, que ha visto a los judíos como un peligro y los ha acorralado en ghettos, etc, porque Roma sabía cómo eran los judíos. No pongo raza sobre religión, pero sí veo el peligro en esta raza para la Iglesia y el Estado, y quizás estoy haciendo un gran servicio a la cristiandad”.

Este monstruo que fue Hitler, se identificaba con Roma y estaba en contra, por tanto, de evangélicos y judíos. ¿No tendría esto que dar que pensar a más de uno? Lo que Hitler decía de Roma en cuanto a su trato con los judíos era una realidad. No sólo Roma los metió en ghettos a lo largo de muchos centenares de años, también los condenó a la hoguera y buscó su exterminio.



“Adolfo Hitler conversando con el nuncio de Pío XII”

Hasta tal punto ha llegado su soberbia y audacia que no ha tenido ningún inconveniente en hacer esto al pueblo de Dios. La matanza de

judíos que realizó Hitler y sus secuaces, era perfectamente legal de acuerdo a las leyes canónicas del sistema romano. Toda una aberración se mire por donde se mire. Déjeme decirle que esto no ha cambiado un ápice.

Estas leyes siguen vigentes porque son dogma inalterable romano desde el Concilio de Trento. Desde 1212, por decreto papal, se requería de los judíos que usaran un distintivo visible y humillante, y se les prohibía ocupar cargos públicos. Esto fue hecho cumplir por los *dominicos*. Decretos papales adicionales prohibieron a los judíos, a los no católicos, y a los cristianos verdaderos, ser dueños de bienes raíces, vender mercancías nuevas, vivir y morir cerca de católico-romanos.

No hace tantos años, la misma *svástica*, principal símbolo nazi y antisemita, la cual los obispos alemanes, primero, y luego todo el Vaticano saludara con reverencia extrema, no era sino un símbolo ocultista y satánico, usado por la masonería, y que Hitler usó por recibirlo de manos de aquel abate satanista de Lambach. Un símbolo satánico, no sólo aceptado, sino venerado por toda la jerarquía católica romana, ¿podrá haber mayor ceguera que esta?, posiblemente sí, pero con esta, es bastante. Existe la ceguera fruto de una ingenua ignorancia, pero este no es el caso definitivamente.

A. Complot anticristiano y antijudío

En su afán por destruir el testimonio cristiano, algunos católico-romanos alemanes recibieron órdenes de unirse a las iglesias protestantes. Era esencial para poner en acción aquel diabólico complot que afectaría el pensamiento de los judíos por décadas. Aquellos católicos encubiertos trabajaron duro para ganarse la aceptación y la confianza de los pastores protestantes y sus congregaciones.

Así, cuando las atrocidades antijudías comenzaron, los agentes católicos, haciéndose pasar por protestantes, acusaban públicamente a los judíos y los entregaban a la Gestapo para enviarlos a los campos de exterminio. Aún hoy en día, los judíos creen que los protestantes les traicionaron y que los verdaderos cristianos son sus enemigos.

Esa misma táctica la está empleando el jesuitismo: introducir católicos militantes en las iglesias evangélicas, haciéndose pasar por cristianos, para destruir desde adentro.

El Vaticano tomó a mil judíos católico-romanos y los ocultó bajo los cerros del Vaticano mientras duró la guerra, ¿por qué?, por si acaso Hitler perdía. El Vaticano siempre se protege en caso de que sus planes fracasen. Con ese acto mencionado, pudieron proclamar al mundo que habían protegido a esos judíos de los nazis, y en este caso el papa Pío XII quedó muy bien ante la prensa internacional; y muchos aún siguen creyéndolo (*“Los Padrinos”, Chick P. P. 21*).

La impía Acción Católica

Mientras los alemanes construían sus máquinas de guerra, los jesuitas se preparaban en los países que Hitler iba a invadir. Montaban *“quintas columnas”* (*) en Francia, Bélgica, etc. La *Acción Católica* era la quinta columna en aquellos países. *“Los Padrinos, pág. 22, Chick Publications”*

* (Una “quinta columna” es un ejército secreto en un país, listo para ayudar al enemigo a derrotar a su propia nación).

En Bélgica, los jesuitas Picard, Ardent y Foucalt, predicaban un *“evangelio”* hitleriano-fascista que llamaban *“avivamiento espiritual”*. De este modo se preparaba el camino para los tanques alemanes. En los Estados Unidos, el padre jesuita Coughlin, llamado el apóstol de la esvástica, llegaba a través de la radio a más de 20 millones de seguidores.

La *“Public Broadcasting System”*, en su programa televisivo del 6 de abril de 1994, dijo: *“El padre Charles Coughlin, un sacerdote católico, era el portavoz antisemítico más influyente del país. Su programa de radio llegaba a millones de personas”* (*America and the Holocaust, Deceit and Indifference,, parte de “The American Experience”, serie de PBS, 6 de abril de 1994*).

Coughlin decía: *“La guerra alemana es una batalla por el cristianismo”*. Este hombre era el encargado de las llamadas *“células comandos”* en los principales centros urbanos, que actuaban conforme a los métodos de los hijos de Loyola y eran entrenados por agentes nazis. (*La*

historia secreta de los jesuitas, pag. 137). Así fue la *Acción Católica* en los Estados Unidos entre 1936 y 1942 (*Enciclopedia Británica, vol. III*).

En Francia, la “*Acción Católica*” fue descaradamente la quinta columna, bajo el nombre de Federación Nacional Católica. Los jesuitas decían a los católicos romanos que el papa respaldaba a Hitler y que estaban listos para servir al ejército católico nazi cuando llegara el momento. Francia cayó a los treinta días de que los tanques alemanes la invadieran, gracias a la “*Acción Católica*” (*New Illustrated Encyclopedia of World History, p. 1048*).



“El jesuita Charles Coughlin en plena efervescencia”

Hitler, Himmler y los Jesuitas

Seis largos y sangrientos años duró la Segunda Guerra Mundial. Una de las grandes fuentes de inteligencia militar de Hitler corría a través del Vaticano *vía* las *confesiones auriculares* católicas en todo el mundo. La información era un elemento vital.

Heinrich Himmler organizó la policía secreta alemana, la Gestapo, conforme a los principios de la Orden de los Jesuitas. El mismo Hitler dijo a sus colegas: “Himmler es algo así como nuestro Ignacio de Loyola”. (*“Los Padrinos, pág. 23 Chick Publications”*).

Dave Hunt también dice lo mismo al respecto: “En muchos aspectos, las SS se organizaron según el modelo de la Orden de los Jesuitas, que Himmler había estudiado y admirado. Es asombroso que el juramento de las SS terminara con “que Dios me ayude” - sigue diciendo Hunt: “Su catecismo consistía en una serie de preguntas y respuestas: “Pregunta: ¿por qué creemos en Alemania y en el

Fuehrer? Respuesta: Porque creemos en Dios, creemos en la Alemania que él creó en su mundo, y en el Fuehrer Adolfo Hitler, a quien él nos ha enviado”(A Woman Rides the Beast”, Hunt. P. 286).

Hitler públicamente dijo respecto a los Jesuitas: “Ante todo, he aprendido de los Jesuitas. Y así también lo hizo Lenin...El mundo jamás ha conocido algo tan espléndido como la estructura jerárquica de la Iglesia Católica. Hubo muchísimas cosas que simplemente he apreciado de los jesuitas para ser usadas por el partido” (Manfred Barthel, *The Jesuits; History and Legend of the Society of Jesus* (New York, 1984), p. 266).

Muchos sacerdotes católico-romanos vistieron el uniforme negro de la policía secreta alemana. El padre Himmler, jesuita y tío de Heinrich Himmler, era uno de los oficiales superiores de ese nefasto cuerpo policial. Fue mayormente a través de esta organización que seis y medio de millones de judíos sufrieron tortura y muerte en los campos de exterminio, ¡una perfecta inquisición moderna! Escuche bien esto: Los protestantes creyentes en la Biblia, que oraban por los judíos y trataban de ayudarlos, también fueron a los campos de concentración y exterminio.



“El arzobispo católico Stepinac con el nazi Ante Pavelic, líder del Ustashi en Croacia”

2. Lo que ocurría en Yugoslavia

En Yugoslavia, los “*hermanos separados*”, miembros de la Iglesia Ortodoxa Griega, eran asesinados por los *Ustashis*, grupo católico armado encabezado, como no, por jesuitas. Sus monstruosas torturas y masacres son casi impublicables (*Ravening Wolves, Mónica Farrell, p. 44*).

Estos fueron más asesinos si cabe que los propios nazis. Muchos sacerdotes católicos eran miembros del escuadrón de asesinos *Ustashis*; pero hagamos un poquito de historia. En su afán de, ahora sí, destruir el comunismo, el cual traicionara los intereses del Vaticano en su día, este último no vaciló, ya en la década de los años veinte, en conspirar junto con un grupo que se le vino a llamar el *Intermarium*, un comité internacional clandestino que pretendía liberar las naciones “*entre mares*” (Báltico, Negro, Egeo, Jónico y Adriático).

El objetivo básico consistía en aislar a los comunistas al este de una nueva e hipotética Europa católica. Poco a poco ese *Intermarium* fue recibiendo cada vez más apoyo del Vaticano, a pesar de que ya en los años treinta, era definitivamente un grupo fascista e involucrado en el terrorismo internacional. Entre todos sus líderes destacaba por su maldad y sadismo Ante Pavelic.

Este hombre desarrollaría un gran servicio al Vaticano y al propio Hitler; de hecho llegó a convertirse en un jefe títere nazi en Yugoslavia. Su grupo, los *Ustachis*. Escribe Hunt:

“Este grupo de *Ustachis* estaba dirigido por el líder del *Intermarium*, **Ante Pavelic**, en asociación con el arzobispo croata Aloysius Stepinac. Estos dos archicriminales fueron responsables de numerosos asesinatos, incluyendo el del rey Alejandro de Yugoslavia y el de Barthou, ministro de relaciones exteriores de Francia (1934), así como también de Radich, líder croata del partido de los campesinos (1928)” (*A Woman Rides the Beast, p. 309*).

Radich sabía que el Vaticano estaba implicado en todo esto y lo había públicamente denunciado. El resultado de su denuncia fue su propio asesinato. La historia es muy larga y penosa para contarla entera aquí, decir que el objetivo en Croacia era el de destruir a todos los no católicos y no croatas. Escriben Scott y Jon Lee Anderson: “*Esto*

significó que la matanza de serbios y la deportación de judíos a campos de ejecución nazis era la política oficial del estado llevada a cabo por bandas vigilantes de escuadrones de terror croatas que viajaban por los montes y valles en busca de familias no católicas” (Scott Anderson, Jon Lee Anderson , Inside the League, Dodd, Mead & Co., 1986).



“El títere pro nazi Ante Pavelic”



“El títere pro nazi Ante Pavelic saludando a Hitler”

Ante Pavelic alardeaba de que Croacia había resuelto del todo el “problema judío”. Los 50.000 judíos que había en Croacia cuando empezó la Guerra, fueron rápidamente asesinados o deportados a los campos de exterminio nazis, sobre todo a Auschwitz. Escribe Hunt:

“La mayoría del clero católico en Croacia estaba fanáticamente detrás de Pavelic y de su régimen increíblemente impío. Pavelic hasta dio medallas a monjas y sacerdotes, revelando el hecho de

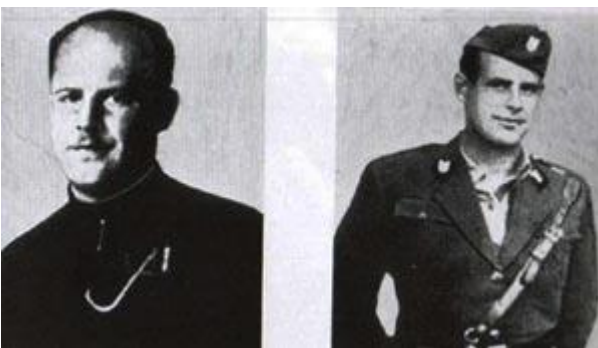
que muchos de ellos participaron activamente junto con los milicianos de la Ustashi” (A Woman Rides the Beast, p. 311).



“El asesino Ante Pavelic con monjas católicas”

La realidad, horrible por necesidad, es que tanto en Yugoslavia, Ucrania, y en todos los frentes, los sacerdotes, obispos y cardenales católico-romanos, con el conocimiento total del Vaticano, participaron y dieron su bendición a algunas de las masacres más sangrientas de la Guerra, con la intención de dar al catolicismo romano el control de esas regiones.

Un monje franciscano, Miroslav Filipovic, fue el comandante del campo de exterminio de Jasenovac, luciendo uniforme de Ustashi. El campo de concentración de Jasenovac, se distinguió por el número de prisioneros jóvenes que allí se enviaron. En 1942 el campo tenía más de 24.000 jóvenes prisioneros de religión ortodoxa; 12.000 de ellos fueron masacrados a sangre fría; muchos de ellos muertos por inanición (existe total documentación al respecto).



“El asesino Miroslav Filipovic-Majstorovic, fraile franciscano, también fascista. A la izquierda, en su hábito de fraile. A la derecha, con su uniforme Ustashe.”



“El asesino Miroslav Filipovic-Majstorovic, celebrando misa en Banja Luka”

Durante el tiempo que el franciscano Filipovic comandó el campo, dirigió la exterminación de no menos de 100.000 víctimas. Poco antes, el arzobispo Stepinac ordenó a todo el clero croata a que apoyara al nuevo estado Ustashi. Está muy bien documentada toda la forma en que el clero romanista estuvo involucrado, ya en la participación activa, o en bendecir el Holocausto llevado a cabo por los ustashis, teniendo entre sus filas a numerosísimos sacerdotes.

Un cura llamado Iván Raguz, repetidamente urgía la matanza de todos los serbios, incluyendo niños, para que: *“Ni siquiera las semillas de las bestias queden”*. (*“Cortinas de Humo” J.T.C., p. 29*).

“Los Ustashis casi siempre usaron las armas más primitivas, como trinchas, espadas, martillos, serruchos y hachas, para torturar a sus víctimas antes de ejecutarlas. Quebraban las piernas, arrancaban la piel, cegaban cortando los ojos con cuchillas y aún se los arrancaban de las cuencas. Esta información está bien documentada con fotografías y testimonio juramentado de los supervivientes. No perdonaron a mujeres ni niños. Para citar algo: En las aldeas entre Vlasenica y Kladan, las tropas ocupantes nazis descubrieron a niños que habían sido empalados (atravesados con palos como aves para asar) por los Ustashis, los curas católicos abogaban por la matanza de niños” (*Ibid, pp. 29, 30, 33*).

Todo esto es demasiado horrible, pero fue real. El motivo de toda esta barbarie, réplica exacta de las acaecidas en la Edad Media e instigadas por los propios papas a través de la Inquisición y anterior (véase la comandada por Inocencio III contra los Albigenses, por

ejemplo), no era sino obligar a todos los no católicos: Ortodoxos (serbios) y judíos a *convertirse* al catolicismo romano. Escribe Hunt:

“El arzobispo Stepinac encabezaba el comité que era responsable de las “conversiones” forzadas al catolicismo romano bajo pena de muerte, y era también el Vicario Apostólico Militar Supremo del Ejército Ustashi, que efectuó la matanza de los que rehusaron convertirse. A Stepinac se le conocía como el “Padre Confesor” de los Ustashi, y continuamente otorgaba la bendición de la Santa Madre Iglesia a sus miembros y actividades” (*A Woman Rides the Beast*, p. 312).

El número de víctimas asesinadas en Yugoslavia excedieron al millón. En los juicios de crímenes de guerra se estimó que de 700.000 a 900.000 víctimas fueron torturadas y ejecutadas en los 24 campos de exterminio dentro de Croacia (*Los Angeles Times*, 19 enero de 1988, p. 22). Decenas de miles nunca llegaron a los campos; muchos eran judíos, pero la mayoría eran serbios de fe ortodoxa a quienes se les dio la alternativa entre convertirse al catolicismo romano o morir. La mayoría optaron por lo segundo.

Ante la matanza de serbios y judíos, el obispo católico de Mostar se lamentó, pero no de ésta, sino de que si “*las autoridades hubieran sabido manejar las conversiones al catolicismo con destreza e inteligencia...el número de católicos habría aumentado al menos en unos 500.000 o 600.000*” (*Anderson & Anderson, Inside the League, Dodd, Mead & Co., 1986, pp. 27-28*).

Después de la guerra, el arzobispo “*padre confesor*” Aloysius Stepinac fue arrestado por el gobierno yugoslavo y sentenciado a diecisiete años de prisión por sus crímenes. Al pronto, la poderosísima y sutil máquina de propaganda del Vaticano se puso en marcha presentando a Stepinac como un héroe y víctima de los comunistas. A los muy pocos años, el arzobispo estaba libre.



“El arzobispo católico Aloysius Stepinac con nazis de Ustashi”

Andrija Artukovic, ministro del interior y ministro de justicia bajo Ante Pavelic posteriormente, voló a los Estados Unidos después de haber supervisado el asesinato de casi un millón de personas (la mayoría miembros de la Iglesia Ortodoxa). Yugoslavia estuvo a punto de extraditar a Artukovic para que pagara por sus crímenes, pero gracias a la institución católico-romana por mano del cardenal Spellman, los servicios de inmigración y de inteligencia de los Estados Unidos bloquearon su extradición a Yugoslavia. En 1986 se le describió como “probablemente el criminal de guerra más importante todavía vivo y no castigado en la actualidad” (*Anderson & Anderson, op. cit. p. 296 / Los Angeles Times, 19 de enero de 1988, 1ª parte, pp. 20, 22*)).

Este Andrija, justificándose, llegó a decir: “Yo fui guiado por los principios morales de la iglesia católica”

Ante Pavelic, el líder ustashi, logró eludir el cerco, disfrazándose de cura católico. Llegó a Roma, donde el Vaticano lo escondió. Allí se reunía frecuentemente con Giovanni Montini, el subsecretario de estado del papa Pío XII, el que llegaría a ser papa también con el nombre de Pablo VI.

Montini, había sabido por años lo que los Ustashi estaban haciendo. Algún tiempo después, huyó a la Argentina a través de las acostumbradas rutas clandestinas vaticanas. Una vez allí llegó a ser asesor de seguridad de Juan Perón el dictador argentino. A punto de ser asesinado por sus propios ex camaradas, huyó del complot contra él y se refugió en Madrid, España, donde murió de muerte natural en diciembre de 1959. Ese día, el entonces papa Juan XXIII pronunció su bendición personal sobre su cadáver.



“Andrija Artukovic junto a un cura católico”

3. El impío Pío XII

Volviendo a la historia de los papas, ahora le toca el turno a Pío XII. Su nombre común fue Eugenio Pacelli, hijo de una ilustre familia romana. Según Gelmi, *“...se le reprochó la mentalidad clerical, las actitudes teatrales, un desacertado favoritismo, cierta propensión al nepotismo y temperamento autoritario”*.

No fue neutral en el conflicto mundial como se cree; Pío XII, llegó al poder rogando por la victoria nazi. Simón Wiesenthal, el judío “cazador” de nazis le ha acusado de colaborar en la fuga de criminales de guerra nazis tras la derrota del ejército alemán; de esto veremos más.

El canciller Konrad Adenauer dijo: “Hasta ahora los alemanes no necesitaban un cardenal propio en la curia, porque tenían al papa”.

A pesar de que su discurso público era a menudo de advertencia contra el abuso de los derechos humanos, paradójicamente guardó siempre un silencio cómplice con respecto al exterminio de aquellos 6 millones de judíos en el holocausto nazi.

Independientemente de su fuero interno, él no podía condenar algo que hubiera contradicho no sólo el sentir, sino la actuación de su Iglesia a lo largo de los siglos (piénsese en la Inquisición).

Los historiadores imparciales, concuerdan en declarar que ese silencio del papa alentó a Hitler en su genocidio, por aquello de que “quien

calla, otorga”. La realidad es que Pío XII fue un buen teórico. Hacía alarde de que él era el protector de la moral en el mundo. En su primera encíclica, dada a conocer en octubre de 1939, decía: *“En el cumplimiento de nuestro deber, no nos dejaremos influir por consideraciones terrenas ni nos detendrán la desconfianza ni la oposición...”*. Estas palabras resultaron del todo huecas.

El mismo día que Pío XII comenzó su papado, Mussolini echó de Italia a 69.000 judíos y este papa no dijo nada. Unas semanas más tarde, Italia invadió Albania, y el papa Pío protestó, no a causa de la invasión de un país, además de manera cruel, sino porque dicha invasión se realizó en un “Viernes Santo” (*Avro Manhattan, The Vatican in World Politics –Horizon Press, 1949*).

Guenter Lewy, historiador e investigador escribió:

“Cuando miles de antinazis alemanes fueron torturados hasta la muerte en los campos de concentración de Hitler, cuando la clase docta de Polonia fue masacrada, cuando cientos de miles de rusos murieron porque los trataban como esclavos subhumanos, y cuando 6.000.000 de seres humanos eran asesinados porque no eran arios, los oficiales de la iglesia católica en Alemania alentaban al régimen que perpetraba estos crímenes. El papa en Roma, el líder espiritual y maestro supremo de la moral de la iglesia católica romana, permaneció callado” (Lewy, *The Catholic Church and Nazy Germany* (McGraw-Hill, 1964), p. 341).

Cuando se le preguntó al papa Pío XII si no iba a protestar por la exterminación de los judíos, este respondió “cándidamente”: “No se olvide de que millones de católicos están en los ejércitos alemanes. ¿Acaso les voy a crear conflictos de conciencia?”

¡¿Qué les parece esta respuesta!?. En otras palabras, cuando el mal es tan grande que rebosa la medida imaginable, es mejor no decir nada para no “crear conflictos de conciencia”, ¡increíble!



“El impío Pío XII, en su ostentosa, escandalosa y ridícula apariencia papal, propia de los césares romanos”

La realidad es que si Pío XII hubiera escrito una encíclica denunciando el Holocausto y otras barbaridades nazis, muy posiblemente, no sólo se hubieran detenido estas atrocidades, sino que hasta Hitler hubiera sido derrocado. El valor de una encíclica papal tiene tanto peso como una declaración ex cátedra, según Pío XII. Así mismo lo declaró en su encíclica *“Humani Generis”*, en la cual advirtió que cualquiera de sus encíclicas era tan obligatoria sobre la iglesia romana como cualquier declaración ex cátedra.

Los millones de católicos nazis hubieran seguido las directrices del papa antes que las órdenes del estado. Sin embargo, el papa NO HIZO NADA.

Además, ni Hitler, ni Mussolini, ni Himmler, ni ningún otro de los participantes claves del Holocausto fueron jamás excomulgados; siguieron siendo católicos hasta el fin, refugiados bajo el paraguas de la madre iglesia romana.

Lejos de ser reprendidos, los nazis fueron recompensados por Roma. Escribe Güenter Lewy:

“Este encubrimiento de la verdad acerca de la cooperación católica fue tan audaz y exitoso que en Alemania...ni un solo obispo tuvo que renunciar a su cargo (por cooperar con los

nazis). Todo lo contrario, al obispo Berning, que había trabajado hasta la caída de Hitler en el Concilio del estado de Prusia de Goering, en 1949 le dieron el título honorario de arzobispo. Von Papen, que ayudó a negociar el Concordato de 1933, fue ascendido a **camarlengo secreto papal en 1959**. Semejantes recompensas para hombres que estuvieron profundamente involucrados con el régimen nazi representan una burla a las figuras heroicas... que murieron peleando contra Hitler”(Ibid, p.321).

El mismo asesino arzobispo **Stepinac** fue elevado a la dignidad de cardenal por el mismo Pío XII después de la guerra.

Los defensores de Pío XII, insisten en decir que el *silencio* papal durante la guerra ante la realidad del Holocausto nazi fue debido a la “necesidad de que la Iglesia permaneciera neutral”. Pero ¿cómo la iglesia puede permanecer neutral ante algo así? La razón es, porque la iglesia de Roma, no es la Iglesia de Jesucristo.

Millones de verdaderos cristianos en todo el mundo estaban orando por el fin de las barbaridades; miles de ellos ayudaron a los judíos a escapar de la muerte, poniendo en peligro sus propias vidas y las de sus hijos. Sin embargo, agentes católicos, haciéndose pasar por protestantes, acusaban públicamente a los judíos y los entregaban a la Gestapo. Aún hoy en día, los judíos creen que los protestantes los traicionaron y que los verdaderos cristianos son sus enemigos (*Los Padrinos, Chick Publications, p. 21*).

No, el Vaticano no fue *neutral* en absoluto; Pío XII no fue *neutral* en absoluto; no nos engañemos. Conforme la guerra llegaba a su fin, la actitud visible del papa mostraba menos “neutralidad”. Pío XII hizo que en los campamentos de refugiados se supiera que “el Vaticano daría refugio a los fugitivos fascistas” (*Aarons and Loftus, Unholy Trinity: Hows the Vatican’s Nazi Networks Betrayed Western Intelligence to the Soviets, N.Y. 1991*)).

Los periodistas investigadores Mark Aarons y John Loftus, en su obra “*Unholy Trinity: The Vatican, The Nazis and Soviet Intelligence*”, escriben: “Bajo la dirección del papa Pío XII, oficiales del Vaticano como el monseñor Giovanni Montini (más tarde Pablo VI), supervisaron una de las más grandes obstrucciones a la justicia en la

historia moderna...facilitando el escape de decenas de miles de nazis (criminales de guerra) al occidente, donde se suponía que los adiestrarían como “combatientes por la libertad”....así como también criminales de guerra fascistas de Europa Central, de Rusia, de Bielorrusia y de Ucrania” (*Ibid*, pp. 12, 13).

Secretamente, el Vaticano estuvo activamente implicado en la escapatoria de asesinos terribles, entre ellos, numerosos clérigos, desde sacerdotes a arzobispos. Esto es historia. El padre Vilim Cecelja, teniente coronel en la milicia de los Ustashis, que había organizado a 800 hombres para pelear junto con los nazis en Yugoslavia, formó parte del séquito de Ante Pavelic cuando éste último fue bendecido por Pío XII en Roma el 7 de mayo de 1941. Viendo venir la derrota nazi, el padre Cecelja fue a Viena en mayo del 1944 “*para preparar el extremo austríaco de la red de escape*”, y para fundar “la sucursal austríaca de la Cruz Roja en Croacia, lo cual le brindaría una cobertura ideal para su trabajo ilegal” (*Ibid*, p. 92).

Está muy claro lo que el Vaticano hizo después de la Guerra al respecto. Escriben los periodistas aludidos: “*Lo que el Vaticano hizo después de la Segunda Guerra Mundial es un crimen. La evidencia es inequívoca: La Santa Sede ayudó a huir a fugitivos de la justicia internacional. Las rutas clandestinas se crearon con la intención de ayudar a criminales de guerra nazis buscados a escapar de la justicia... Hallamos que la ignorancia no es una defensa adecuada: Pío XII estaba perfectamente enterado de los crímenes de Ante Pavelic*”. (*Op. cit.* p. 282).

La carta de Pío XII dirigida al presidente Roosevelt

Cierto sector del Vaticano busca que “se eleve a los altares” a Pío XII. Sin embargo, una carta enviada por el papa Pío XII al presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, durante los días más oscuros del Holocausto ha vuelto a encender la controversia sobre los esfuerzos católicos por declarar santo a la anterior figura papal.

El “*Jerusalem Post*” ha informado que ha conseguido una copia de la carta de fecha 22 de junio de 1943, descubierta recientemente en los archivos de los Estados Unidos, en la que el Papa Pío XII expresa su

oposición en cuanto a permitir que el movimiento Sionista creara una patria Judía en Palestina.

Años atrás, en el momento en que era entregada dicha carta por el representante especial del papa en los Estados Unidos, A. G. Cicognani, al Embajador Myron Taylor, enviado especial de Roosevelt, estando el programa nazi para erradicar al judaísmo europeo en plena actividad, el Vaticano se mantenía en silencio absoluto acerca de la cuestión. Esta carta en cuestión, encontrada por el **Centro Simón Wiesenthal**, se cree que es la primera expresión explícita de la política de Pío XII contra el Sionismo manifestada al gobierno americano. Dice la carta del pontífice:

“Es cierto que una vez Palestina fue habitada por la Raza Hebrea, pero no hay ningún axioma en la historia que justifique la necesidad de que un pueblo retorne al país que dejaron hace diecinueve siglos. Si se desea un 'Hogar Hebreo', no sería muy difícil encontrar un lugar más adecuado que la propia Palestina. Con el incremento de la población judía allí, nuevos y graves problemas internacionales surgirían”.

¡Qué poco conocía ese papa las Sagradas Escrituras donde claramente se nos dice que los judíos volverían a su tierra! El Rabino Marvin Hier, decano del Centro Simón Wiesenthal, dijo que la carta “es una acusación sumaria de Pío XII, porque dice básicamente que cuando el papa quiso expresar un punto de vista sobre el asunto sin duda alguna, lo dijo con toda claridad. ¿Dónde hay una carta similar dirigida a Adolf Hitler diciéndole que el Vaticano siente repugnancia por su política contra los Judíos? Pero en el fragor del Holocausto, el Vaticano supo cómo oponerse al Estado de Israel”.

Hier dijo que la carta se encontró hace dos semanas cuando investigaban sobre Pío XII, buscando encontrar apoyo a su candidatura para la canonización. Hasta ahora, no ha habido respuesta oficial todavía por el papado a partir de ser expuesto el contenido de la carta. El Rabino David Rosen, Jefe de la Oficina de la Liga Anti-Difamación de Israel y experto en las relaciones Católico-Judías, dijo que “ha sido conocida por mucho tiempo la política vergonzosa que la Santa Sede mantuvo durante ese período, y esto es justamente una confirmación del hecho”. Rosen dijo que el anti-

Sionismo de Pío XII fue una continuación de la vieja postura política del Vaticano.

Continúa diciendo Hier: *“...en presencia de supervivientes, decenas de miles que viven todavía sus últimos años, y que sus últimos años los vivieran sabiendo que la persona de la que no escucharon nada sino silencio, ha sido designada para santo - mucha gente alrededor del mundo dirá que un santo estaba vivo en el Vaticano durante el Holocausto. Eso es un insulto a la memoria del Holocausto, y un insulto a los sobrevivientes”*.

La Asunción pionina

El 1 de noviembre de 1950, Pío XII, ex cátedra, obligó a toda la catolicidad romana a creer que **la “Inmaculada Madre de Dios y siempre Virgen María fue al final de su vida asumida al cielo en cuerpo y alma”**. Según este *infallible* papa, **el dogma de la Asunción** había sido unánimemente creído en la Iglesia desde su mismo comienzo y de que está plenamente apoyado en la Escritura.

Esto es totalmente falso. Ese dogma era del todo desconocido en la iglesia primitiva y no está apoyado en ninguna manera en la Escritura. Cuando Pío IX necesitó distraer la atención de la catolicidad romana a causa de sus muchos problemas con el estado, lanzó el dogma mariano de la inmaculada concepción; ahora tenemos a este Pío XII, en plena posguerra lanzando otra cortina de humo para “unir” a la catolicidad de su tiempo con otro dogma mariano como el de la asunción de María que nada tiene que ver ni con la realidad ni con la verdad histórica y escritural.



“La inmaculada concepción de María (es decir, que María fue concebida sin pecado, como Jesús), su perpetua virginidad, y su ascensión a los cielos en cuerpo y alma, son terribles y escandalosas mentiras de la Gran Ramera”. Un verdadero insulto a la verdadera María”

Eugenio Pacelli, Pío XII, murió el 9 de octubre de 1958 a los ochenta y dos años de edad.

El final de la Guerra / La División Azul

Conforme al Dr. Rivera, el cardenal Agustín Bea en el Vaticano les dio a todos los jesuitas reunidos allí un resumen de cuanto había acontecido antes, durante y después de la II Guerra Mundial.

A medida que la guerra iba declinando, el ejército soviético, abastecido con las armas de los Estados Unidos, atacaba desde el este, mientras los aliados penetraban en Alemania y destruían el ejército hitleriano. En respuesta a una solicitud de Hitler, el general Franco le mandó su famosa *División Azul*, compuesta en su mayoría por soldados vascos (*Los Padrinos, Chick Publications, p. 24*).

Una división completa fue movilizada en tren a través de las líneas aliadas. En el tren ondeaba la bandera del Vaticano. A los aliados se les dijo que su misión era salvar curas y monjas que iban a ser asesinados. La realidad es que la *División Azul* peleó al lado de los alemanes en la defensa de Berlín.

El oro de los judíos

Cuando Adolfo Hitler se dio cuenta de que todo estaba perdido, se suicidó y el almirante **Karl Doenitz**, un católico romano, tomó el mando de la Alemania nazi. En lugar de devolver a España la *División Azul*, como habían prometido los nazis, el almirante Doenitz con el oro alemán, oro que pertenecía en gran parte a los judíos masacrados en los campos de exterminio, lo puso en aquel tren y lo envió a Suiza para ser puesto en los bancos suizos a nombre del Vaticano.

Esos españoles franquistas fueron traicionados, y la mayoría de sus componentes fueron a parar a prisiones comunistas. A los americanos se les dijo que el tren cargado de oro que atravesaba sus líneas era un “*tren caritativo*” del papa, y que portaba medicamentos para los heridos.

Al ver la bandera del papa, lo dejaron seguir sin ser inspeccionado. Los pocos supervivientes de la *División Azul* que volvieron a España fueron fusilados o puestos en manicomios para asegurarse de que la verdadera historia acerca del oro alemán se mantuviera en secreto ante el mundo. Pero los oficiales de la *División Azul* que fueron parte de esa conspiración volvieron en gloria y fueron recompensados (*Ibid*, p. 24).

“Adolfo Hitler, hijo de la Iglesia Católica, murió defendiendo a la cristiandad, por tanto es incomprensible que no se puedan encontrar palabras para lamentar su muerte, cuando hubo tantas para exaltar su vida. Sobre sus restos mortales se alza su victoriosa figura moral. Que con la palma de los mártires Dios de a Hitler los laureles de la victoria”.

Esta oda a la estupidez y al desvarío, ¿de quién vino? Esta barbaridad fue publicada por la prensa española el día que Hitler se suicidó; fue difundida por la misma *Santa Sede* bajo la cubierta de la prensa franquista; un comunicado del Vaticano vía Madrid (*The Secret History of the Jesuits, Paris, p. 163*).



“En ese lugar se encontraron mil millones de marcos de aquella época en algo más de 500 bolsas, 8.600 lingotes de oro, monedas de oro francesas y suizas, decenas de maletas llenas de diamantes, perlas y piedras preciosas, todo ello robado a las víctimas de los campos de concentración, así como sacos llenos de dentaduras y coronas dentales de oro que sacaban a los judíos antes y después de ser ejecutados”

1. El plan “B” jesuita

Alemania estaba de nuevo en ruinas, así como el resto de Europa. Se rindió el 8 de mayo de 1945. El Vaticano estaba de nuevo en problemas. El hijo de Roma, el partido nazi, respaldado por el papa Pío XII, había fracasado, y el hijo odiado, el comunismo, era ahora el triunfador. Según el cardenal Bea, narrado por el Dr. Rivera, (*Los Padrinos, p. 24*), los jesuitas, siempre preparados para dar marcha atrás, habían tomado las siguientes medidas de precaución por si acaso perdían la guerra:

1. Hacer creer a todo el mundo que el Vaticano no había tenido nada que ver con la guerra, y al mismo tiempo, convencer al mundo de que el holocausto judío nunca había ocurrido.
2. Asegurarse de que los sacerdotes, monjas y monjes rebeldes fueran internados en campos de concentración alemanes, con lo que a la vez, convencerían al mundo de que también habían sido perseguidos.
3. Ordenar a algunas familias católicas y sacerdotes que protegieran a los judíos en sus hogares. En el futuro constituirían un excelente material propagandístico para películas, libros, etc.
4. Presentar un nuevo rostro al organizar el Concilio Vaticano II.

5. Elegir a un papa pro-comunista de detrás del Telón de Acero, para agradar a los comunistas (vencedores) y tratar de convertirlos al catolicismo, cumpliendo con su “*profecía*” de Fátima, en la cual el papa Pío XII estuvo tan involucrado. Este fue Karol Wojtyla, Juan Pablo II.

Acabó la II Guerra Mundial

Después de la II Guerra Mundial, el papa Pío XII rechazó abrazar al otro “*hijo*” del Vaticano, el comunismo. Al llegar al poder **Juan XXIII**, **inició el Concilio Vaticano II** el cual pretendió y logró ser un enorme cambio de imagen de la Iglesia de Roma. Por primera vez Roma hablaba de armonía, tolerancia, buenos deseos para todos, incluidos los protestantes a los cuales ya no llamaba herejes y anatema sino “*hermanos separados*”.

Eso hizo más daño aún, porque ha engañado a muchos evangélicos bien intencionados que han creído que Roma ha cambiado, **sin saber que Roma jamás cambia.** Juan XXIII dio su respaldo y protección a Fidel Castro, que en realidad, según el Dr. Rivera, es un “fiel católico y bien entrenado jesuita bajo juramento” (*Los Padrinos, p. 31, Chick Publications*).

Los últimos papas hasta hoy

Con el nombre de **JUAN XXIII (1958-1963)**, fue nombrado papa Angelo Giuseppe Roncalli. Los cardenales que se reunieron en cónclave a la muerte de Pío XII, llegaron a una solución de compromiso a la hora de elegir al nuevo papa.



“Juan XXIII coronado con la tiara triple, que representa poder absoluto sobre todo lo creado. ¡Qué blasfemia!”

Se plantearon el elegir un papa de *transición*, muy entrado en años y no muy conocido, que no fuera a crear problemas sucesión apostólica. Tenía que ser alguien manejable con el fin de dirigirle al cumplimiento del punto nº 4 del plan jesuita:

El advenimiento del Concilio Vaticano II.

En el primer año de su pontificado, Juan XXIII se mostró como era habitual con todos los papas: conservador; no obstante, un año más tarde, empezó a cambiar de discurso y habló de *“aggiornamento”*, es decir, de la necesidad de una puesta al día, de una modernización.

Ese nuevo mensaje, que a muchos pilló por sorpresa, obedecía a la implementación del plan B jesuita, perdida la guerra (la II Guerra Mundial).

En 1962 comenzó el Concilio Vaticano II. El papa, tal y como estaba previsto, sólo vivió hasta ese punto. El concilio en cuestión lo presidiría otro papa, con otro talante muy distinto, Pablo VI.

PABLO VI (1963-1978). De nombre común Giovanni Battista Montini. Estuvo presente en la firma del concordato entre el nazi Von Papen y el entonces cardenal Pacelli.



“Montini, luego, Pablo VI, aparece a la derecha de la imagen, ayudando en la firma del concordato nazi, firmado por el impío Pío XII”

Montini era perfectamente conocedor de las masacres de los Ustashis directamente a través del contacto en el Vaticano con Ante Pavelic, el líder asesino croata, cuando fue subsecretario de estado del papa Pío XII.

Conocedor fue también de todo lo que los nazis hicieron a los judíos en los campos de concentración, etc. etc., y conociendo...calló. Los periodistas de investigación Aarons y Loftus, autores de un magnífico libro que descubre al público innumerables secretos muy bien guardados del Vaticano, escriben en el mismo respecto a Ante Pavelic: *“estaba viviendo dentro del Vaticano junto con otros criminales de guerra buscados”* (*“Unholy Trinity...”* N.Y. 1991, comentario debajo de la foto nº 12).

En esos días, Ante Pavelic, estaba disfrazado de sacerdote mientras estaba escondido en el Vaticano, y se hizo muy amigo del monseñor Giovanni Battista Montini, posteriormente hecho papa con el nombre de Pablo VI.

Este fue un papa que despertó escasas simpatías en general. Defensor del celibato tradicional, instaurado por aquel Gregorio VII y que tantos males trajo a tantos clérigos. Sin base científica alguna, se opuso a los anticonceptivos declarándolo así en su encíclica *“Humanae vitae”* que provocó el debilitamiento de la credibilidad en la autoridad magistral de Roma en un gran número de católico-romanos.

Siguiendo el plan jesuita, favoreció el **ecumenismo**. De tal modo lo hizo, que una vez, dirigiéndose a Sri Chinmoy, uno de los líderes hindúes más influyentes del mundo, le dijo: *“La vida hindú y la vida*

cristiana irán juntas. Su mensaje y mi mensaje son el mismo” (A Woman Rides the Beast, Hunt, p. 431).

Pablo VI, fue el primero de los papas hasta hoy en llevar en la mano la cruz torcida. Es el crucifijo, pero constituyendo una cruz torcida en forma de arco, y un cristo clavado en ella retorcido y grotesco. Se sabe que ese es un símbolo satanista de burla a Cristo.



“Montini, ese anticristo, fue el primero que empezó a empuñar ese sacrílego y satanista crucifijo retorcido, la llamada “cruz torcida”

También favoreció la apertura hacia el Este, preparando el camino para así cumplir con el punto nº 5 del plan B jesuita: Levantar un papa “comunista”. A la muerte de Montini, mientras se preparaba el advenimiento de ese papa de detrás del telón de acero, se decidió elegir a un papa de *transición* de nuevo (*¿sucesión apostólica?*); este fue:

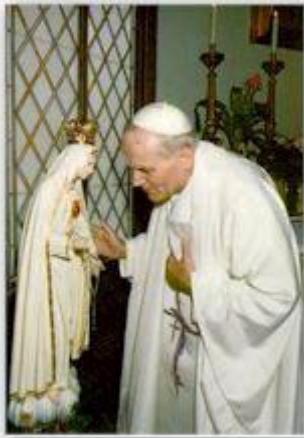
JUAN PABLO I (1978). Albino Luciano, cardenal de Venecia, fue el nuevo papa, y sólo duró ¡un mes! Fue asesinado, así como una mayoría de papas lo fueron a lo largo de la historia, porque la filosofía a seguir siempre fue: “El fin justifica los medios”. La versión facilitada sobre su muerte no convenció a nadie. La ausencia de una autopsia fue un dato muy significativo. Luciano no entendió que fue elegido

simplemente papa de *transición*, y se propuso “escarbar” en algunos estercoleros, uno de ellos en las cuentas del Banco Vaticano. Le costó caro. Le siguió:

JUAN PABLO II (1978-2005). El primer papa no italiano desde 1522. Polaco, de la ciudad de Cracovia, Karol Wojtila nació el 18 de mayo de 1920. Hijo de un oficial del ejército, perdió a su madre a los nueve años de edad. Fue su maestra, Felicia Wladrowska quien se ocupó de él. Fue ordenado sacerdote en 1946. Como dato curioso y a tener en consideración diremos que antes de esa fecha sufrió una crisis vocacional a causa del teatro. ¡De hecho llegó a ser un notable actor! A pesar de su apariencia de persona abierta y modernista, Juan Pablo II fue defensor a ultranza de la autoridad papal.

Llevó el título “*Totus Tuus*” en sus labios y en toda su figura y mensaje hasta el mismo ataúd que acogió su cuerpo. Ese “Todos Tuyo” (*Totus Tuus*) iba dirigido a la virgen. De hecho probablemente ese ha sido el papa más idólatra mariano e idólatra en general que jamás ha habido. Gran adorador en concreto, y entre todas, de la virgen de Guadalupe de México, falsa María donde las haya, y clarísimo demonio de poder. La autora católica y mejicana Valentina Alazraki en su libro “Juan Pablo II y la Virgen de Guadalupe”, dice así:

“Si se quisiera ilustrar la devoción que el Santo padre tiene a la Virgen de Guadalupe, bastaría recordar que sobre el escritorio de su estudio privado, al que Juan Pablo II se sienta para escribir sus discursos, sus cartas pastorales o sus encíclicas, se encuentra no una imagen de la Virgen Negra de Chestokowa, patrona de Polonia -como sería de esperar-, sino la efigie de nuestra Guadalupana. Y es que desde los principios mismos de su pontificado, lo puso bajo su protección y cuidado”.



“El archi idólatra mariano, Karol Wojtyla, hablando a ese muñeco, su diosa”



“Besando la “cruz torcida”. Ese fetiche satánico lo empezó a llevar Pablo VI, y lo llevan los jefes del Vaticano hasta la fecha. Esa señal la conocen muy bien los luciferinos”

Bancarrotta del Banco Ambrosiano

Durante su papado, justo al inicio de la década de los 90, algo muy turbio salió a la luz. El 29 de mayo de 1990, se inició el proceso por la bancarrota del Banco Ambrosiano. A lo largo de la investigación, las tramas financieras del Vaticano se conocieron. El banco quebró fraudulentamente en 1982, en la que fue la peor de las bancarrotas sufridas por un banco italiano.

Su presidente, Roberto Calvi, apareció ahorcado poco después, colgado de un puente de Londres. Su amigo y socio, Michele Sindona murió en la cárcel al beber una taza de café con cianuro en 1986. Alguien les asesinó.

La investigación sobre el banco, que fue muy dificultosa por cierto, destapó una telaraña en la que se encontraba la mafia, la masonería, financieros y políticos, hasta los servicios secretos italianos, y el Vaticano por encima de todo ello.

La responsabilidad en la quiebra del “*Banco del papa*”, en la cual el nombre del arzobispo Paul C. Marcinkus estaba a la cabeza, se estimó en 1.200 millones de dólares, de los que devolvió 250 en 1984.

El arzobispo, en su calidad de presidente del Instituto para las Obras de Caridad (IOR), concedió avales y recomendaciones a Calvi. El presidente del Ambrosiano realizaba operaciones con esos avales por medio de bancos fantasmas y daba al IOR altísimos rendimientos.

Marcinkus y los dos administradores del Banco Vaticano, Menini y De Strobel, fueron reclamados por la magistratura italiana para ser procesados, al considerar que el IOR había estado implicado en dicha quiebra. No obstante, no siguió el proceso adelante, ya que la *Santa Sede* intervino. Ese mismo año Marcinkus cayó en desgracia y fue relevado de su cargo, y tras declarar que “*el Vaticano es un barrio de lavanderas*”, se retiró como párroco a su Chicago natal. ¡Cuánta oscuridad encierran los muros vaticanos!

Juan Pablo II, ha sido de los más activos. Cumpliendo con el designio jesuita de derrocar el comunismo, que en su día ellos favorecieran para sus intereses, fielmente actuó en esa dirección. La portada de la revista *Time* del 24 de febrero de 1992, mostraba fotografías del ex presidente Ronald Reagan y del papa en cuestión con esta alarmante leyenda:

“SANTA ALIANZA”: Cómo Reagan y el Papa conspiraron para ayudar al movimiento Solidaridad de Polonia y acelerar el fallecimiento del comunismo”.

El artículo principal contaba cómo Reagan había “*creído fervientemente en los beneficios, así como en las aplicaciones*

prácticas de la relación de Washington con el Vaticano. Uno de sus primeros objetivos como presidente, dice Reagan, era reconocer al Vaticano como un Estado “y hacerlo aliado”. Y desde luego que se volvieron aliados.

Según el Dr. Alberto Rivera, en su declaración frente cámara, recogida por Jim Arrabito (1950-1990), los Jesuitas alcanzaron a Reagan mucho antes de ser presidente, cuando de joven era una estrella de la pantalla, y en concreto interpretó el papel de un jugador de fútbol americano en la película “*Knute Rockne*”; ese fue su primer contacto con la Orden Jesuita (Alberto Rivera and Others speak of Jesuit Infiltration; spirituallysmart.com)

Cayó el muro de Berlín, se terminó la Guerra Fría, y el comunismo soviético se derrumbó. Toda una historia de intriga entre la CIA y los agentes mucho más eficaces del Vaticano. De hecho, el ex Secretario de Estado Norteamericano Alexander Haig, reconoció que “la información del Vaticano era absolutamente mejor y más rápida que la nuestra en todo aspecto”.

El mismo Mikhail Gorbachev, ex presidente de la Unión Soviética, dijo que el papa actual continuaría desempeñando “*un gran papel político en la actual transición que está ocurriendo en Europa* –siguió diciendo el ex líder comunista- *los sucesos en la Europa del Este, no habrían sido posibles sin la presencia de este papa (Juan Pablo II), sin el gran papel, incluyendo el político, que él sabía cómo jugar en la escena mundial*”(“*World*”, 6 de marzo de 1992); (*A Woman Rides the Beast*, Hunt, pp. 232,233, 234).

¿Cuándo el Señor Jesucristo mandó a sus discípulos a que se involucraran en los asuntos de este mundo? El dijo: “Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así...” (Mateo 20: 25, 26).

Todas esas intrigas políticas, alianzas impías, y objetivos terrenales no son propios de la verdadera Esposa de Cristo, aunque sí son propios de la que así mismo se llama verdadera y única iglesia de Cristo: Roma. Por ello, el plan jesuita está en marcha a través del papa. La meta es acabar con todos sus oponentes, y establecer un Nuevo Orden Mundial donde su líder sea un hombre visible, reconocido por

todos, en todos los estamentos, económico, social, religioso, político, militar. Inequívocamente, todo apunta al cumplimiento profético que encontramos en el libro de Apocalipsis capítulo trece. Es innegable que el que encarnará al Falso Profeta o segunda Bestia, será un papa romano. Nótese que a pesar de que el catolicismo está cayendo por todas partes, la figura del papa romano, no sólo se mantiene, sino que se eleva ante los ojos de todos.

El catolicismo ordinario será destruido, pero el falso obispo romano será el jefe de la nueva iglesia mundial ecuménica, humanista, falsa y atroz.

Juan Pablo II ha sido el papa que más se ha movido en las esferas internacionales, evidentemente, preparando el camino del Falso Profeta (Ap. 13: 11). Ese llamado “*testigo de esperanza*” cumplió con su trabajo de anunciar al mundo la falsa esperanza; el surgimiento del Anticristo. Según un religioso destinado en el Vaticano, después de Juan Pablo II, “hay un fuerte deseo de un papado breve” (Diario El País, 28 Enero de 2001) ¿Será ese el caso del actual papa, Ratzinger, o quizás no será así? Sólo el tiempo lo dirá, y poco queda de este último.

1. El último papa, hoy: Ratzinger

BENEDICTO XVI (1927-) De nombre común Joseph Alois Ratzinger, nacido **Marktl am Inn en Baviera (Alemania)**, fue elegido como el **265º papa** el 19 de abril de 2005 por los cardenales que votaron en el cónclave del 2005 tras el fallecimiento de Juan Pablo II. Ratzinger había sido nombrado cardenal por Pablo VI en 1977 y sirvió como asesor teológico durante el Concilio Vaticano II. En 1981 fue nombrado prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, (el sucesor del Santo Oficio o Santa Inquisición) por Juan Pablo II, quien lo nombró Decano del Colegio Cardenalicio y, como tal, cardenal - obispo de Ostia en 2002.



“Ratzinger de joven haciendo el saludo hitleriano. El perteneció a las juventudes de Hitler”



“Ratzinger con la cruz torcida”



“Ratzinger queriendo agradar, hasta el punto de caer en el ridículo”

Es todavía demasiado pronto para saber a ciencia cierta que deparará ese papa al mundo, pero una cosa sí sabemos. El, al igual que su antecesor, está trabajando arduamente hacia **“la construcción de un Nuevo Orden Mundial”** (Julio César Pineda “Perfil internacional de BenedictoXVI” -Globovisión. Com) y ya todos a estas alturas sabemos lo que en realidad significa ese manido “Nuevo Orden Mundial”; el **Orden de la Bestia**. En abril de 2005, Ratzinger fue incluido en la lista de las 100 personas más influyentes del mundo por la revista *Time*.

“Joseph Ratzinger, se convirtió en Abril del 2005 en el primer papa alemán después de casi mil años, y no hay que olvidar que Alemania es la cuna del nazismo, y que Adam Weishaupt quien fuera jesuita de alto rango, iniciara de puertas para afuera allí la orden de los Illuminati. Es sabido que esta organización – junto con muchas más y operando piramidalmente - desde sus inicios ha promovido el establecimiento de un gobierno de orden mundial, llamado Nuevo Orden Mundial, y que una vez establecido dicho orden mundial, entonces Lucifer presentaría a todos al gran mesías para todas las religiones.

Esta organización hoy en día es sumamente influyente en todos los poderes políticos del mundo, y tiene dominio total de la deuda externa del planeta tierra; en otras palabras las instituciones bancarias está subordinadas a ellos, así como los gobernantes políticos de las naciones. Esta organización se le conoce como la principal de la

masonería, y su dios es Lucifer – es decir – el diablo (aunque no lo reconozcan así); son por tanto, luciferinos.

Ratzinger ha cambiado su discurso desde los tiempos en que era jefe de la Inquisición hasta ahora como papa. Actualmente, los esfuerzos de ese hombre hacia la causa ecuménica hubieran sido increíbles de creer, sólo unos pocos años atrás.

Benedicto XVI ha sido el primer papa en visitar la Cúpula de la Roca, uno de los lugares más sagrados del **Islam**. Benedicto XVI se convirtió en el primer papa que entrara en la mezquita de la Cúpula de la Roca, en la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén. El papa fue recibido a la entrada de la mezquita por el Gran Mufti de Jerusalén, Mohammed Hussein. Como se usa por tradición en los lugares santos musulmanes, el papa se descalzó para entrar en el lugar de oración. Benedicto XVI pronunció después un discurso en la Explanada de las Mezquitas, ante altos responsables religiosos musulmanes.

Todo ello redunda en algo absolutamente novedoso en el catolicismo desde el Concilio Vaticano II, y obedece a la consecución del plan B jesuita, que se corresponde con lo que el libro de Apocalipsis nos muestra, acerca de la unión de las religiones en una gran iglesia mundial, y a la cabeza ese hombre de pecado que exaltará al cristo de Satanás (Ap. 13: 11ss).

¿Será Ratzinger el Falso Profeta? Todavía no lo sabemos. En cuanto a su vida natural le queda poco ya, así que no es probable que llegue a serlo. No obstante, me atrevo a pensar que el próximo falso obispo de Roma lo llegue a ser. El tiempo es extremadamente corto ya.

Sinceramente creo que todo este paseo por la vida de esos falsos hombres de Dios, ha servido y servirá para abrir mucho los ojos de muchos. Esa es mi constante oración al Señor.

----- FIN-----

Edición Revisada por Lolo Morales el 5 de Julio de 2010
Extraído y editado del Libro Luz y Tinieblas
Managua, Nicaragua.